

LOBO LASSO DE LA VEGA, GABRIEL (1558-1616)

MEXICANA

ÍNDICE

Don Luis de Vargas Manrique, al retrato de Cortés
Soneto

Aprobación

El Rey

Prólogo del Licenciado Jerónimo Ramírez al discreto lector

Al Marqués del Valle

Del Capitán Don Jerónimo Cortés, hermano del Marqués del Valle

Soneto

Del Capitán Francisco de Aldana al retrato de Gabriel Lasso de la Vega

Soneto

CANTO I

En el cual se declara el grave sentimiento que el príncipe de las tinieblas hace, sabido que Cortés se embarca para el descubrimiento y conquista de la Nueva España, y cómo parte a la casa de Neptuno, procurando impedir la navegación con su ruina y muerte

CANTO II

Engolfada la flota entre Cuba y Yucatán, se levanta una asperísima tormenta que la desbarata y arroja a varias partes, en la cual milagrosamente es socorrida por el Angel S. Miguel. Toman tierra los españoles en la isla de Acuzamil [Cozumel], cuyos ánimos exhorta Cortés para la intentada conquista

CANTO III

Desamparan los isleños de Acuzamil [Cozumel] lo poblado, temerosos de la nueva gente y armada, a los cuales apacigua Cortés y hace volver a sus casas. Derriba los ídolos, poniendo en su lugar el árbol de nuestra Redención. Viénese a los españoles Jerónimo de Aguilar y cuenta a Tapia y sus compañeros su largo y trabajoso cautiverio

CANTO IV

Prosigue Aguilar su agradable historia, donde declara el asiento de la ciudad de Méjico y costumbres del nuevo mundo [y] el poder y grandeza del rey Moctezuma. Pide a los españoles le digan las caucas de su venida y con qué fines, a lo cual Tapia satisface. Parte la armada de aquella isla, tomando la derrota de Catoche, primera punta de Yucatán

CANTO V

Halla Cortés el navío que había perdido en la borrasca pasada. Prosigue Neptuno en impedirle el paso para la Nueva España. Pónele el Ángel con su armada en salvo, a la boca del río Tabasco, dándole tierra firme, en la cual se le ofrece en hábito de mancebo cazador, y le informa de la tierra y gente. Cuéntale asimismo la sangrienta batalla y retirada del capitán Francisco Fernández de Córdoba. Ofrécese el príncipe de las tinieblas al cacique Tabasco en sueños, instruyéndole en lo que debe hacer para ruina de los españoles

CANTO VI

Previene el cacique Tabasco con su gente para defender la entrada a los españoles; en la ciudad de Potonchan [Champlotón], la cual fortifica no poco ufano y alentado de un infernal y monstruoso prodigio. Traza Cortés de darle el asalto después de muchas demandas y respuestas con los naturales

CANTO VII

Asalta Cortés por agua la ciudad de Potonchan [Champlotón], donde halla animosa resistencia y se señala el valeroso Tlaxco. Sale el cacique Tabasco de ella a defender la entrada a los españoles por el muro rompido, del cual y de la ciudad son rebatidos por el Cacique algunos de ellos que la habían entrado, sobre que se traba una dudosa y sangrienta refriega

CANTO VIII

Entran los españoles la ciudad de Potonchan [Champlotón] con daño y muerte de muchos indios. Retírase con su gente el cacique Tabasco malherido, habiendo peleado con gran esfuerzo y coraje valerosamente

CANTO IX

Salen seis españoles de la ciudad de Polonchan [Champlotón], por orden de Cortés, a buscar mantenimientos la tierra adentro y, habiéndose dividido, se le ofrecen en un bosque a Clandina, Aguilar y Matienzo, a la cual libran de la fuerza de Hirtano. Cuéntales la india el molesto proceder del bárbaro, con el lastimoso fin de Tacaybí, su competidor

CANTO X

Rehusa el Cacique la paz con los españoles, con ejemplar castigo de los que se la propusieron. Junta en Cintla nuevas gentes para proseguir la guerra. Salen tres compañías de la ciudad a reconocer la tierra y a buscar mantenimientos, a las cuales los indios pusieron en grande aprieto y, desbaratándolas con gran daño, las retiran y encierran en la ciudad

CANTO XI

Estando Cortés cuidadoso por la comenzada conquista, se rinde al sueño, en el cual se le ofrece el río Tabasco y, aliviándole los cuidados, le instruye en lo que debe hacer para su conservación y prósperos sucesos. Sale de la ciudad con ánimo de dar la batalla al Cacique, el cual se le ofrece en el camino, donde se traba una profiada y sangrienta batalla que puso a los españoles en grande aprieto

CANTO XII

La sangrienta batalla de Cintla, con el milagroso socorro que los españoles en ella tuvieron y última retirada de los indios. Las paces y venida del cacique Tabasco a la ciudad, donde da la obediencia a Cortés por la majestad del emperador Carlos Quinto

CANTO XIII

Levanta Cortés, con admirable industria, los caciques y señores opresos de Moctezuma en contra suya; prométele la liga cien mil hombres de guerra para salir de la tiranía en que estaban. Tienen entre Moctezuma y él diferencia sobre el dejarle ir a Méjico. Funda el puerto de San Juan de Ulúa y Villa Rica de la Veracruz, donde se le amotinan algunos españoles, a los cuales ejemplar y rigurosamente castiga

CANTO XIV

Yendo Aguilar en seguimiento de un indio, le coge la noche en un espeso monte, por el cual discurriendo entra en una cueva de unos salteadores donde, con mucho riesgo de su vida, libra por la espada a Clandina de sus manos, a la cual tenían para sacrificar, habiendo valerosamente peleado y muerto muchos de ellos

CANTO XV

Hace barrenar y echar a fondo Cortés los navíos en que había pasado a la Nueva España, conocida la remisión de algunos españoles en proseguir la conquista, porque no se le volviesen a España sin acabarla. Envía Plutón a Megera al campo español, la cual levanta los ánimos de muchos soldados contra Cortés por medio del insolente Celidón. Apacígualos el capitán con riguroso castigo de su cauteloso inventor

CANTO XVI

Prosigue Cortés su camino para Méjico, y la Furia infernal en sus trazas para impedirle el efecto de él; la cual, en forma de indio, en sangriento espectáculo se ofrece al general de los tlaxcallanos, cuyos ánimos indigna contra los españoles: de adonde resulta el primer reencuentro que Cortés tuvo con ellos, y el loable y valeroso proceder de los quince mancebos tlaxcaltecas y primera retirada de los indios, con la venida de Maxixca en busca de Cortés a darle la batalla

CANTO XVII

Ponen Maxixca y Taxguaya a los españoles en grande aprieto, del cual, habiéndose ofrecido el Ángel a Cortés en hábito de indio amigo, los saca victoriosos, con lamentable y sangrienta retirada de los tlaxcallanos. Sale Xicoténcatl, su general, de la ciudad con

ciento y cincuenta mil indios y, habiendo exhortado [a] su gente, presenta la desigual batalla a Cortés

CANTO XVIII

Prosigue la bella Taxguaya en sus amorosos intentos con Sandoval. Trábase la sangrienta y porfiada batalla entre los españoles y los tlaxcaltecas, en la cual la valerosa doncella, habiendo hecho duro estrago, muere a manos de Alvarado, después de haber por la de Sandoval recibido agua de bautismo

CANTO XIX

El fin que la sangrienta batalla con los tlaxcaltecas tuvo y el requerimiento que los españoles hicieron a Cortés para que dejase tan áspera guerra. La última retirada de los indios y el efecto de las paces, por Cortés con instancia procuradas, juntamente con la venida de Xicotécatl, en capitán general, al real de los españoles

CANTO XX

Previniese el rey Moctezuma y los de Chololla [Cholula], para impedir el camino a Cortés con su muerte. Sábese la traición por industria de Gualca, dama del capitán Alvarado. Pone fuego y saquea Cortés la ciudad con muerte de seis mil indios. Parte para Méjico, donde es recibido con grande aplauso del rey Moctezuma y de su corte

CANTO XXI

Pone en prisión Cortés al rey Moctezuma; derriba los ídolos del templo, arbolando en su lugar la Cruz y efigie de Nuestra Señora. Hace Plutón y sus infernales ministros un concilio en el volcán de Chololla [Cholula]. Parte el ídolo Tezcatlipuca a la casa de la Envidia, la cual va a la isla de Cuba y, habiendo hecho su ponzoñoso efecto, envía Diego Velázquez, con armada contra Cortés, a Pánfilo de Narváez. Quema Cortés al cacique Qualpopoca en México. Mándale Moctezuma salir de la ciudad, persuadido de la infernal Megera

CANTO XXII

Surge la armada de Pánfilo de Narváez junto a la Veracruz. Sale Cortés de Méjico en su busca y, asaltándole en un lugar fuerte, le prende y, dejándole en la Veracruz, da la vuelta a Méjico. Cuéntanse también las siniestras señales de la perdición del nuevo mundo, los sacrificios de hombres y derramamiento de sangre humana que los indios hicieron para aplacar sus ídolos, de donde salió el rebelión de la gran ciudad y prevenciones de él, instigados de nuestro antiguo adversario

CANTO XXIII

Pretenden los mejicanos quitar del altar, con armada mano, la imagen de Nuestra Señora que Cortés había puesto, de adonde resulta un comprobado milagro. Combaten los indios la estancia de los españoles. Da Cortés vista a Méjico, donde entra con gran recelo. Hace un general razonamiento Cuetlabac a los indios ofreciéndose por su caudillo y, señalándose valerosamente, embiste a la casa fuerte de los españoles con estrecho cerco y dura batería

CANTO XXIV

La muerte del rey Moctezuma y ceremonias obsequias que los mejicanos le hicieron. El razonamiento del viejo Guacano. El nombramiento y coronación del nuevo rey Cuetlabac. Los recios combates que los indios dieron al fuerte de los españoles. La resolución de Cortés de desamparar la ciudad de Méjico. La sangrienta y lamentable retirada que de ella hizo

CANTO XXV

El milagroso y victorioso suceso que los españoles tuvieron en lo más estrecho de su lamentable retirada en los campos de Otumpam [Otumba] por el alto valor de Cortés. La sangrienta huida de los mejicanos y amigable acogida que a los españoles hicieron en Tlaxcallán [Tlaxcala]. El razonamiento que hizo Cortés a sus españoles, animándolos, y el que hizo el rey de Méjico a sus ahuyentados escuadrones

MEXICANA (Épica)

Don Luis de Vargas Manrique, al retrato de Cortés

Soneto

Este es aquél que, aunque cortés, se puso
en puntos con Alcides, y a las faldas
del nuevo y rico mundo, en sus espaldas
las dos columnas, le pasó y opuso.

Las sienes veis que la razón y el uso
con el duro metal -consideradlas-
quitaron a coronas y guirnaldas,
y a diademas que intentó el abuso.

Este es el cierto Eolo que a porfía
los vientos sujetó y, con regocijo,
nuevo mundo pisó y desconocido.

Este es el hijo de la cortesía
y, del valor y, aunque de entrambos hijo,
escogió de su madre el apellido.

Aprobación

Yo he visto este libro, intitulado Mexicana, de Gabriel Lasso de la Vega, que se le ha dado otra vez licencia para imprimir, y asimismo lo añadido, y digo que se le puede dar mejor ahora, por haberle mejorado con más cuidado y curiosidad.

—Don Alonso de Ercilla

El Rey

Por cuanto por parte de vos, Gabriel Lasso de la Vega, nos fue hecha relación que vos habíais compuesto en octava rima y verso un libro intitulado la Mexicana, que trataba de los hechos de Hernando Cortés y otros españoles en el descubrimiento y conquista de la Nueva España, el cual habéis impreso con licencia nuestra; el cual dicho libro habíais enmendado y añadido, incorporando en él un pedazo de la última parte que teníais prometido, en lo cual habíais pasado mucho trabajo y cuidado, y nos suplicasteis os mandásemos dar licencia para le imprimir y privilegio por veinte años, o como la nuestra merced fuese. Lo cual visto por los del nuestro Consejo, y como por su mandado se hicieron las diligencias que la premática por nos últimamente hecha sobre la impresión de los libros dispone, fue acordado que debíamos mandar dar esta nuestra cédula para vos en la dicha razón, y nos tuvimoslo por bien. Y por la presente vos damos licencia y facultad para que por tiempo de diez años primeros siguientes, que corren y se cuentan desde el día de la fecha de esta nuestra cédula, podáis imprimir el dicho libro de que de suso se hace mención, con lo a él añadido por su original, que en nuestro Consejo se vio, que va rubricado y firmado al fin de Miguel de Ondarza Zavala, nuestro escribano de cámara, de los que en el nuestro Consejo residen, con que antes que se venda le traigáis ante ellos juntamente con el dicho original, para que se vea si la dicha impresión está conforme a él, y traigáis fe en pública forma cómo por corrector nombrado por nuestro mandado se vio y corrigió la dicha impresión por el original. Y mandamos al impresor que así imprimiere el dicho libro, no imprima el principio, ni primer pliego de él, ni entregue más de un solo libro con el original al autor o persona a cuya costa le imprimiere, ni otra persona alguna, para efecto de la dicha corrección, hasta que antes y primero el dicho libro esté corregido y tasado por los de nuestro Consejo, y estando hecho, y no de otra manera, pueda imprimir el dicho principio y primer pliego, y seguidamente ponga esta nuestra cédula y privilegio, y la aprobación, tasa y erratas, so pena de incurrir en las penas contenidas en la dicha premática y leyes de nuestros reinos. Y mandamos que persona alguna sin vuestra licencia no lo pueda imprimir y vender, so pena que el que lo imprimiere haya perdido y pierda todos y cualesquier libros, moldee, y aparejos que de los dichos libros tuviere, y más incurra en la pena de cincuenta mil maravedís por cada vez que lo contrario hiciere; la cual dicha pena sea la tercia parte para el juez que lo sentenciare y la otra tercia parte para la persona que lo denunciare, y la otra tercia parte para la nuestra cámara. Y mandamos a los de nuestro Consejo, presidentes y oidores de las nuestras Audiencias, alcaldes y alguaciles de la nuestra Casa y Corte y Chancillerías, y a todos las corregidores, asistentes, gobernadores, alcaldes mayores y ordinarios, y otros cualesquier jueces y justicias de todas las ciudades, villas y lugares de los nuestros; reinos y señoríos, así a los que ahora son como a los que serán de aquí adelante, que vos guarden y cumplan esta nuestra cédula y merced que así vos hacemos, y contra su tenor y forma no vayan, ni pasen, ni consientan ir ni pasar por manera alguna, so pena de la nuestra merced y de diez

mil maravedís para la nuestra cámara. Fecha en el Pardo a seis días del mes de diciembre de mil y quinientos y noventa y un años.

–Yo el Rey

Por mandado del Rey nuestro señor

–Juan Vázquez

PRÓLOGO del Licenciado Jerónimo Ramírez al discreto lector

Siendo preguntado Tales Milesio cuál sea la cosa más sabia de esta vida, respondió que el tiempo, orque descubre la verdad y perfección de las cosas, que en su primera invención no pueden salir tan cabadas que con la experiencia humana no vayan cada día recibiendo aumento, hasta llegar al punto e su perfección. Considerando esto, el poeta Horacio da un buen consejo en su Arte de poesía: que o se den prisa los que escriben libros a divulgarlos, sino que tengan sufrimiento, y por espacio de ueve años no los dejen salir de casa; porque las más veces, los que no sufren la tardanza del estilo que siempre va borrando y añadiendo- sacan sus escritos imperfectos y semejantes a los partos bortivos, los cuales por faltarles el justo tiempo que la naturaleza ordena, perecen luego. Si muchos escritores de los antiguos, y casi la mayor parte de los modernos, hubieran refrenado el deseo de ublicar sus obras, no les pesara tanto de ver en ellas algunas cosas que las pudieran hacer mejores si guardaran la corrección de sus propios juicios. Cicerón decía que los libros [de] De inventione se le ayeron de las manos. Ovidio se quejaba de la licencia que dio fuera de tiempo a sus ransformaciones para que saliesen al teatro del mundo a representar la tragicomedia de tan varios ucesos. Virgilio, estando cercano a la muerte, mandó que su Eneida fuese quemada, para que el uego corrigiese las faltas que él no había podido enmendar. Tanto como esto importa que los autores econozcan sus libros, y que los limen y laman como hacen las osas para formar sus hijos. He querido sar de este preámbulo, no para disculpar a Gabriel Lasso de la Vega en esta segunda impresión de u Mexicana, porque aunque la primera vez la sacó a luz dejándose llevar del ímpetu de su juvenil ngenio, fue obra tan bien recibida de todos que ninguno pudiera poner falta en ella; sólo el que la ompuso dejó lugar para vencerse a sí mismo en aquella materia y sujeto que tan felizmente había ratado antes, y así puedo decir con verdad que la impresión de ahora es tan diferente de la pasada ue puede pasar por nueva, así en la disposición como en lo que lleva añadido. Van en convenientes ugares algunas ficciones ingeniosas, sin las cuales pierden el ser y gusto las obras de poesía. No quiso ntes usar de ellas el autor por parecerle que de esta manera guardaría mejor el rigor que pide la istoria; después acá, considerando de la importancia que es (mayormente a los que escriben metro) untar lo dulce con lo provechoso, quiso tomar la licencia que se concede al poeta para fingir; pero izo esto con tanta prudencia y artificio que lo que es ficción parece que tiene dependencia con la ateria que se trata, sin disminuir el crédito de la historia, acerca de lo cual ha sido siempre tan scrupuloso y sucinto que ni encarece, con hipérboles los memorables hechos de Cortés, ni para acerlos mayores sube de punto la fortaleza de los indios (como lo piensan algunos envidiosos de la loria ajena). En lo uno y en lo otro procede con mucha verdad, sin poner ni quitar nada de lo ubstancial, como yo largamente lo declaro en una apología que tengo hecha en defensa de los indios e la Nueva España,

que va impresa en el fin de esta obra, a la cual me remito. Sólo resta ahora, iscreto lector, exhortarte al fin de este breve prólogo que en las horas dedicadas a la lección de uenos libros recrees tu ánimo con la armonía de estos cantos de Gabriel Lasso, en los cuales hallarás a facilidad de Ovidio, la elegancia de nuestra lengua castellana, avisos de graves sentencias, escripciones de muchos lugares, dichos de soldados, razonamientos de capitanes; verás en ellos intadas al vivo crueles batallas, muertes violentas, sucesos repentinos. Finalmente, no sin admiración gusto tuyo, leerás los discursos, peligros, tormentos y victorias inmortales de Hernando Cortés, loria de nuestra nación española, puestas en dulce estilo por Gabriel Lasso de la Vega, el cual no ha uerido perder el tiempo celebrando fabulosas aventuras de caballeros incógnitos, como muchos lo an hecho; antes tendiendo las velas de su ingenio por la profundidad del mar Océano, dejó atrás las olumnas de Hércules y las cosas vulgares de nuestro polo, por darnos clara noticia de las que hay en l otro mundo, que tan ocultas han sido, asía cosmógrafos como a poetas, porque solos tres (si no me ngaño) han ilustrado con sus versos las cosas de la India Occidental, entre los cuales ocupa muy uen lugar nuestro poeta Gabriel Lasso de la Vega.

Al Marqués del Valle

Luego que tomé la pluma alentado de tan alto sujeto, conocí cuán debidas le eran a V. S. mis uastas ocupaciones y cuán propia la gloria de tan altos hechos; y así se las ofrezco, para que nadie se es atreva y quede premiada mi voluntad con la que V. S. muestra en recibirlas. A quien guarde uestro Señor, etc.

De Madrid, 7 de marzo, 1594.

–Gabriel Lasso de la Vega

Del Capitán Don Jerónimo Cortés, hermano del Marqués del Valle

Soneto

Con dulce son de nuevo se derrama
de mi invencible abuelo la grandeza,
los trabajos, peligros y braveza
con que tiene ganada eterna fama.

Al más tímido pecho y fuerza inflama,
viendo de tal varón tal fortaleza,
que no pudo del hado la aspereza
domar ni oscurecer su ardiente llama.

Esto se debe a ti, divino Lasso,
cuya musa con plectro sublimado

cantó el alto valor del fuerte pecho.

Bien muestras que a deber te dio el Parnaso
tanto licor que el verso delicado
en majestad iguala en todo al hecho.

Del Capitán Francisco de Aldana al retrato de Gabriel Lasso de la Vega

Soneto

Tú, que el furor francés cantar pudieras,
como de quien alcanzas parte tanta,
por ser felice rama de la planta
de las flores de lises verdaderas,

y del héroe francés, que sus banderas
junto de Santillana, y Torre planta,
¿cómo callas aquesto y ahora canta
tu musa iberios hechos tan de veras?

Tu propia causa dejas de prudente
y no era de dejar la del Salado,
que dio a los Lassos dos perpetuo nombre,

ni el hecho entre los hechos excelente
del glorioso letrado restaurado
por otro Lasso digno de renombre.

CANTO I

En el cual se declara el grave sentimiento que el príncipe de las tinieblas hace, sabido que Cortés se embarca para el descubrimiento y conquista de la Nueva España, y cómo parte a la casa de Neptuno, procurando impedir la navegación con su ruina y muerte.

Canto las armas y el varón famoso
que, por disposición del justo Cielo,
salió de Iberia, y con valor glorioso
arribó del Antípoda en el suelo.
Aquél que por el mar tempestüoso
y varias tierras, con odioso celo
fue, y con furor dañado, perseguido

de los monstruos del reino del olvido;

Aquél que, por la saña vengativa
del Ángel ambicioso, tantos males
en mil partes sufrió con frente altiva
hasta extirpar los ritos infernales,
del Alto introduciendo la fe viva
en los fines del suelo occidentales,
hasta dar a su cruz fijo aposento
y abatir la impiedad del viejo asiento.

¡Oh tú, celeste Musa, cuya planta
pisa la luna, el sol y las estrellas,
y en la Trina presencia, eterna y santa,
ciñen tu sien gloriosa las más bellas;
tú mi estilo humildísimo levanta,
alivio de mis ansias y querellas,
para poder cumplir lo prometido,
haciéndome capaz de lo que pido!

Y tú, venturosísimo Fernando,
nieto del valeroso y nuevo Alcides,
ahora estés las fieras fatigando,
con que loablemente el ocio impides,
ora en la paz serena ejercitando
a Marte, do tu raro esfuerzo mides,
recibe el pobre don por mí ofrecido,
no de vil premio, más de amor movido.

Tú, que de la lección te pagas tanto,
y tanto en ella al fuerte abuelo imitas,
la de fingidos hechos deja en tanto
que en estos verdaderos te ejercitas,
que hazañas te dirá mi humilde canto
que deben en tu mente estar escritas,
de que dan testimonio tus estados,
con sangre y no privanzas granjeados.

Una ciudad famosa está asentada
en la parte mejor del occidente,
del mar doscientas millas apartada,
que coge a Iberia por el norte enfrente,
del valeroso Antípoda habitada
(bulliciosa, arriscada, fiera gente),
dicha Méjico, rica, populosa,
y en ejercicio bélico estudiosa.

Esta jamás fue de Hércules sabida
ni de ciencias antiguas descubierta,
que estaba por los hados escondida
para a Carlo humillar la cerviz yerta.
Estábale esta empresa prometida
al Quinto César, con su gloria cierta,
porque suya la Fama la llamase
y a la inmortalidad la dedicase.

De esta insigne ciudad Plutón hacía
mayor cuenta y caudal que de otra alguna
de cuantas en sus levas puesto había,
por ser a sus designios oportuna.
Esta con gran instancia pretendía,
por ser más opulenta que ninguna,
hacerla de su reino la señora,
cabeza y principal legisladora.

Aquí tuvo su templo suntuoso,
sus aras tintas siempre en sangre humana,
el hijo de Saturno codicioso,
dada al cuchillo de entrañable gana.
Desde aquí con decreto riguroso
daba a sus pueblos ley dura, inhumana;
aquí era, como en Elis, adorado
con gran respecto por el Indio errado.

Bien que diversas veces había oído
que de la Hesperia bélica remota,
de Fortuna un varón favorecido,
hallaría esta tierra al mundo ignota,
habiendo el contrapuesto mar rompido
con pecho fuerte y moderada flota,
y que éste en duro yugo la pondría,
donde la fe de Cristo plantaría.

Temía este suceso desastrado,
traíale continuo cuidadoso,
y en su presencia el Español nombrado
era más que otras gentes enojoso.
Tenía al caro hermano encomendado,
señor del gran tridente y mar ondoso,
que si armada de Iberia el paso abriese,
en sus profundos senos la escondiese.

Cuando sus crespas hebras recogía
el rojo Febo, y en las ondas claras
metió con ellas el alegre día,
y sus alas tendió la Noche avaras,
a Plutón un espíritu traía,
con gran velocidad, las nuevas caras
de cómo armadas naves españolas,
del mar rompían las soberbias olas.

Sacudió la cabeza y rostro horrible,
a una y otra parte revolviendo,
el hijo de Opis, una voz terrible
del indignado pecho despidiendo.
Refrenar su furor no fue posible:
el duro suelo con los pies batiendo,
sonó tres veces el horrendo aullido,
del Cerbero al estrecho lazo asido.

Deja de azufre el vaporoso asiento,
y su fuerte ciudad de hierro duro
tembló, desde el almena lasta el cimiento,
por todas partes; y el herrado muro
(eterno, y de contraste humano exento)
tembló, y la redondez del reino oscuro;
tembló el Cocito y la infernal laguna,
con su ancha playa, de alegría ayuna.

El turbio lago siempre cenagoso,
en su hediondo centro embravecido,
hierva revuelto, y con bramar furioso,
regüelda negra arena con rüido.
Tembló el horrible vado impetuoso,
por el negro barquero corregido;
gimieron las hermanas mal peinadas,
de ponzoñosas víboras crinadas.

De la cara consorte se despide
el príncipe infernal, con rostro fiero,
la cual pendiente de su cuello pide,
con afecto amoroso lastimero,
que pues el hado su contento impide,
tardo en le dar y en el quitar ligero,
que no dilate su agradable vista,
la ruina española por él vista.

«Si ya no fueron-le decía-fingidos

los suspiros fogosos, vehementes,
con que turbar pudiste mis oídos
y virgíneos intentos inocentes,
de tu furor lascivo persuadidos
con mil promesas fáciles, ardientes;
y si la fe no es falsa que me diste,
por la Estigia jurada y reino triste,

«De que Cicno y Aretusa fueron
testigos, y el callado bosque hojoso,
los blancos cisnes que mi queja oyeron,
y fugitivo arroyo tortuoso,
y los verdes gamones que cubrieron
de la infernal ribera el prado umbroso;
y el fruto que de Ceres siete granos
hizo al cobrarme sus intentos vanos;

«Y si aquellos abrazos fervorosos
de nuestro conyugal y eterno lecho,
antes violentos cuanto ya amorosos,
no han resfriado tu encendido pecho;
si no fueron cual de hombre cautelosos,
(y en esto de inmortal, mortal te has hecho
vuelve con brevedad, mira cuál quedo,
muestra si algo contigo en esto puedo.»

Con halagüeños labios le provoca
casi a terniza en medio del coraje,
que un regalado ardor de Plutón toca
las entrañas, hinchadas del ultraje.
«No menos, dice, a ti que a mí te toca,
señora, el útil fin de mi viaje,
y mi vuelta será sin duda luego,
pues consiste en tu vista mi sosiego.»

Desamparó con esto su presencia,
de ira arrebatado, cruel, rabiosa;
sienten todas las almas su impaciencia,
más que otras veces al pasar dañosa.
Todo es rabia, furor, odio, inclemencia,
nadie el rostro ofendido mirar osa:
del reino oscuro los umbrales deja,
que el coraje por puntos más le aqueja.

Daba Cortés al favorable viento
y al mejicano golfo vela hinchada,

y las naves con presto movimiento,
blanca espuma del mar alzan salada,
cuando Plutón, con grave sentimiento,
revuelve en la memoria fatigada
el daño inevitable del abismo,
y así comienza a hablar consigo mismo:

«¿Será que pueda tanto un mortal hombre
que, contrapuesto a mi poder eterno,
pretenda con mi daño claro nombre,
el límite estrechando del infierno?
¿Será que de inmortal gane renombre,
mis reinos usurpando y su gobierno,
y que yo de mi intento ya desista,
y el paso con su muerte no resista?

«Cuando por tierra amiga y llana fuera
el ciego loco, ron su intento ciego,
una boca infernal en ella abriera
y le escondiera allá en mi eterno fuego;
cuánto más por la mar, ciega carrera,
y a mi hermano entregado por mi ruego,
que sorbiéndole en raudo remolino,
satisfará a su loco desatino.

«¿Será que de mi culto el ejercicio,
cese en el ancho imperio mejicano,
y el antiguo sangriento sacrificio,
dado con abundosa y franca mano?
¿Será que no derrame en mi servicio,
su sangre el Indio, contra sí inhumano,
y, será que a mis aras se les quite,
la ofrenda que mi honor desacredite?

«¿Tan sin vigor el hombre ya me siente,
o tan falto de ser, que se me atreve?
Pues yo haré que el mísero impaciente
duro castigo de su intento lleve:
pues al linaje reo, inobediente,
en la deuda mortal puso que debe
mi astuto proceder y cauto engaño,
de a do le resultó tan grave daño.»

Entre sí aquestas cosas revolviendo,
de la tiniebla el príncipe indignado,
se va a las casas de Neptuno, habiendo

las líquidas campañas penetrado:
por montes de agua y, selvas discurriendo,
y de un hojoso bosque a un ancho prado,
de ganchoso coral su claro seno,
y lisas perlas, variado lleno.

Montañas de agua en empellón furioso,
a una y otra parte se dividen,
que de humor coronadas espumoso,
el sol rocían y su luz impiden.
Las blandas ovas en su centro ondoso,
con bullicio unas de otras se despiden,
abriendo por el reino cristalino,
todas las cosas a Plutón camino.

Pasa por hondos valles de agua gruesa,
y por lagunas cristalinas pasa;
topa de focas una banda espesa,
torpe en bullicio y de limpieza escasa,
que turbando las aguas atraviesa,
al pasto dada sin ninguna tasa:
ríndenle la debida reverencia,
causándoles espanto su presencia.

Sigue de alados monstruos gran concurso,
con bullicio veloz, acelerado,
del príncipe infernal el presto curso,
y el rostro del coraje demudado,
haciendo cada cual vario discurso,
en su venida al hondo mar salado.
Míranle todos y él a nadie mira,
que va vertiendo por los ojos ira.

Llega al líquido alcázar suntüoso,
cuya entrada le ofrece un monstruo fiero,
de grandeza de un monte pedregoso,
haciendo fiel oficio de portero.
Alza el disforme rostro perezoso,
y viendo el de Plutón grave, severo,
humilde a su presencia el pecho inclina
y hace franca la entrada cristalina.

Abre las lisas puertas transparentes,
cuya inmensa riqueza sostenían
dos diamantes bellísimos, lucientes,
que en su hueco capaz las recibían

y en los umbrales líquidos, fulgentes,
de quiciales perpetuos les servían,
sobre los cuales con silencio andaban,
y a pequeña violencia se entregaban.

Entra derecho donde el rey marino
estaba graves cosas consultando
con el prudente Océano divino,
a sus húmedos reinos leyes dando:
sentado en trono excelso cristalino,
líquido humor perpetuo destilando
por la barba acatada y el cabello,
cuyo rostro brotaba aljófar bello.

A su lado Anfitrite está asentada,
de hermosura rara, peregrina,
con guirnalda de perlas coronada
la crespa hebra a quien el sol se inclina,
a dos nevados lazos aplicada,
sobre la lisa frente alabastrina,
cuya presencia de Neptuno alcanza
perdón en lo que pide o cruel venganza.

De varias piedras a sus pies hermosos,
inestimable cantidad se v[e]ía:
claros diamantes y rubíes preciosos,
que en el estrado cristalino había,
cornerinas, aljófares lustrosos,
zafiros y granada perlería,
jacintos gruesos y esmeraldas gruesas,
topacios con granates y turquesas.

Cual suele en la vistosa primavera
vestirse el campo de olorosas flores,
bordando de jarama la ribera,
con mil diversas suertes de colores,
la natura, maestra verdadera,
su gran poder mostrando y sus primores,
así el lustroso, transparente estrado,
con variedad se muestra matizado.

Allí está Glauco, Tetis y Nereo,
Cimodoce, con Forco y Panopea,
Portuno, de ardentísimo deseo,
rendido a la hermosa Galatea,
y de Miseno el homicida reo

la ardiente vista en Aretusa emplea,
y, con Espio, el hijo de Atamante,
Palemón, y Tritón, rendido amante.

Unos están ufanos y gozosos,
otros con rostros tristes, indignados;
éstos del proceder de amor quejosos,
aquéllos de fe incierta asegurados.
Unos de amor se muestran victoriosos,
otros de desfavor al centro echados,
celosos unos de otros se recatan,
y mil sucesos amorosos tratan.

Levantáronse todos cuando vieron
al rey de las tinieblas, y en su estrado
con el debido honor le recibieron,
dándole el caro hermano el diestro lado.
Con general silencio le atendieron,
al proponer atentos deseado;
Plutón, mostrando su infernal fiereza,
la voz levanta, y su razón empieza:

«Si ya, Neptuno, rey del gran tridente,
no te desplace la hermandad eterna,
y si una advenediza, loca gente,
a tu pesar tus reinos no gobierna,
¿cómo permites, cómo se consiente
(sin ser de efecto mi querella interna)
rompa tus ondas la española armada,
en daño de tu hermano conjurada?

«¡Sienta tu furia, y la violencia sienta,
del levantado mar ciego, confuso!
y no permitas que la Cruz sangrienta,
do el Nazareno sus espaldas puso,
la vea el Indio, ni sembrar consienta
tu poder cuanto el mío descompuso:
sus naos esconde en tu profundo centro,
que este Dios y sus leyes llevan dentro.»

Dijo, y el gran Neptuno le responde
con voz grave, fijada en él la vista:
«Mi hermandad a la tuya corresponde
con voluntad jamás de hermano vista.
Tu ira está en mi pecho, desde donde,
ten por sin duda a tu contrario embista.

A tu reino te vuelve, hermano, y quede
a mi cargo tu causa, que bien puede.»

Con esto el capitán del reino oscuro
del transparente con fervor se aleja,
y el vuelo alzando por el aire puro,
caer sobre el Antípoda se deja,
do es adorado con decreto duro:
y allí nuevos pertrechos apareja,
para impedir por tierra la conquista,
cuando al líquido humor Cortés resista.

De Océano los alados moradores
discurren por sus senos bulliciosos,
que del vecino daño sabedores,
mil presagios denuncian lastimosos,
y aquéllos cuya forma en los amores
de Melarito (altivos, desdeñosos)
tomó con traza extraña el dios marino,
cortan en banda el reino cristalino.

CANTO II

Engolfada la flota entre Cuba y Yucatán, se levanta una asperísima tormenta que la desbarata y arroja a varias partes, en la cual milagrosamente es socorrida por el Ángel S. Miguel. Toman tierra os españoles en la isla de Acuzamil [Cozumel], cuyos ánimos exhorta Cortés para la intentada conquista

Del corazón magnánimo, excelente,
es aspirar a soberanas cosas
con buena industria y medio conveniente,
partes que facilitan las dudosas:
que nunca abate, no, el varón prudente,
el suyo a las humildes y viciosas,
mas la hermosura de las grandes le alza
donde su nombre para siempre ensalza.

Como la llama levantando el vuelo,
siempre a su esfera natural camina,
y la bajeza huyeijdo de este suelo,
la ave de Jove al cielo se averina,
así es el corazón de honroso celo,
que a cosas altas su deseo inclina:
a éste la victoria es tan süave,
cuanto fue el alcanzarla duro y grave.

Si en vuestro abuelo se hace la experiencia
y se revuelve su loable historia,
veráse sin ninguna diferencia,
que es el que saca de esto mayor gloria:
pues del mar contrastando la violencia,
hizo eterna a los siglos su memoria,
poniendo en yugo la cerviz exenta
de la nación del mundo más sangrienta.

Seguía la armada el próspero destino
engolfada con manso y fresco viento,
haciendo sesgo el áspero camino
la ignorada señal de movimiento;
mas cuando en el océano vecino
Febo alumbró el alado ayuntamiento,
cuya presencia su madeja alegre,
dejando envuelto el mundo en sombra negra,

Arrebata Neptuno su tridente
y el mar humilde con la punta azota:
comienza a estremecerse bravo, hirviente,
y con vaivén furioso se alborota;
brama cual toro en lid celosa, ardiente;
de su centro la parte más remota,
espesas ovas y lodoso cieno
vomita aprisa su revuelto seno.

Comienza el claro cielo a marañarse
y [a] turbarse la luz de las estrellas,
y el fulminoso norte a recatarse,
en dar la claridad de sus centellas.
Ven los astros lustrosos ofuscarse,
cubiertas de terror sus faces bellas,
y de un color horrible, ceniciento,
ocupado el celeste movimiento.

Con gran pujanza horrísono bramando,
al mar se arroja el Aquilón furioso,
al favorable viento desterrando
con son desacordado y temeroso,
la lóbreguez nocturna acrecentando,
el continuo ventar impetuoso;
cubre el rostro de Cintia un negro velo,
el ser turbando que la da el de Delo.

Levántase el soberbio mar hinchado
con ímpetu furioso, embravecido,
en altos montes del rigor echado,
del Aquilón nevoso con rüido.
Ya el cielo, de lluvioso humor cargado,
bramando y por mil partes encendido,
mil injurias despide, recios truenos,
rebombando su horror en huecos senos.

Sintió el pío Cortés que un frío hielo,
por sus turbados miembros se esparcía,
temió la ira del revuelto cielo,
y de su verde edad el postrer día.
Ocupóle un profundo desconsuelo,
los lugares capaces de alegría,
y con gemido oculto lastimoso,
mirando al cielo dice fervoroso:

«¡Oh autor de toda cosa, omnipotente,
que desde tu sublime, eterno asiento,
ves el aprieto de esta aflicta gente,
y de mi pecho puro el sano intento!
Si ya mi celo fervoroso, ardiente,
puede a tu culto ser de algún aumento,
y si esta pequeñuela, humilde armada,
va a sembrar tu Evangelio encaminada.

«Y si estos navichuelos temerosos,
de simulacros tuyos entrañados
y ocupados de humildes religiosos,
de divinos misterios inflamados,
van con pechos fervientes, fructuosos,
a plantarlos entre hombres, do ignorados
han sido hasta aquí, tu causa ampara
y del furor estigio la repara.

«Y pues mi proceder flaco, culpable,
es de castigo riguroso digno,
más en tu ofensa que otros detestable,
con vano y malicioso desatino:
reserva aqueste pueblo miserable
de la pena a que el reo cuello inclino,
recibiendo el lloroso sentimiento
del haberte ofendido, por descuento.

«¡Oh muchas veces bien afortunado

yo, si cuando rompí los hierros duros,
que en Cuba el ofendido Adelantado
me puso, y guarda de velados muros,
fuera en las aguas mísero anegado,
cuyos medios tomé por más seguros,
que aunque muerte sin gloria sé que fuera,
no el inocente pueblo padeciera!

«Mas pues el justo Cielo piadoso
me guardó para ver tan triste suerte,
esto conviene, no hay que estar quejoso,
pues esto es lo mejor si bien se advierte.
Y si en el alto coro fulminoso
está dispuesto que mi celo acierte
a echar al ángel vano de su asiento,
no hay que temer el líquido elemento.»

Diciendo aquesto, con furor le embiste
de agua un empellón por la siniestra:
óyese un lastimoso clamor triste
y junto al cielo y a la nao se muestra;
pero Neptuno, que a su daño asiste,
la arroja al centro con airada diestra,
el monte convirtiendo de agua duro,
en hondo valle cavernoso, oscuro.

«Conviene así perezcas», le decía,
«imprudente español», Neptuno airado,
y ufano su cabeza azul movía,
con que el mar esforzaba levantado;
sus caballos tras esto aprisa hería
(de rubia crin y pecho dilatado)
y a Egea parte, do su templo hermoso,
baña perpetuo olor de incienso humoso.

Espárcense las naves una a una,
temerosas, confusas, desmandadas,
de la borrasca mísera, importuna,
y viento fiero, indómito arrojadas:
y al vario disponer de la fortuna,
corren aquí y allí desbaratadas,
que asaltadas del viento repentino,
echaron cada cual por su camino.

El alarido, llanto, vocería,
el fácil prometer con voz rompida,

y el discorde lamento que se oía,
de la gente turbada y afligida,
con el bramar del viento, parecía
que la celeste esfera desasida
con la inferior terrestre se juntaba,
según la confusión manifestaba.

Gritan los marineros alterados,
cada cual en su nave diligente,
y las cursadas armas los soldados
sueltan, por acudir al mal presente.
Atónitos, confusos y turbados
(que a nadie allí aprovecha el ser valiente),
corren donde el piloto ordena y manda
a la vela largar, la triza en banda.

No del sangriento Marte la impaciencia,
ni su duro ejercicio se practica,
del enemigo campo la asistencia,
ni en medir al contrario bien la pica:
mas en hacer al viento resistencia,
que por momentos más se multiplica;
se muestra cada cual y se entremete
en lo que nunca vio ni le compete.

Andaban por el ancho mar vagando
los ligeros navíos sin consuelo:
cuál sin vela o trinquete levantando,
en las hinchadas olas alto vuelo;
cuál con el fin postrero agonizando,
ve la hirviente arena y bajo suelo;
y cuál, viendo del viento la pujanza,
rinde al temor del todo la esperanza.

La tablazón rechina, amenazando
con la vecina muerte; crece el viento,
y en las cóncavas rocas resonando
forma un desacordado y ronco acento
con la abundancia de olas, que azotando
los robustos peñascos va en aumento,
y en ellos quebrantada su frecuencia,
aún no perdona al cielo su inclemencia.

Salió la capitana destrozada,
junto con otra nao que la seguía,
que del duro nordeste arrebatada,

por el hinchado golfo discurría:
sin reparo a las olas entregada,
una montaña de agua la embestía
en popa, y fue tan recio el movimiento,
que arrancó el gobernalle de su asiento.

Cayó el timón al agua (el golpe, horrendo),
en la turbada gente acrecentando
su falta un nuevo y compasible estruendo,
su inevitable fin considerando:
la enmienda de la vida proponiendo,
de conseguirla ya desconfiando;
de reparo ninguno no se trata,
a quien el viento cruel no desbarata.

La nao izó un farol desparramado,
porque más su peligro se entendiese
y porque (de las otras divisado),
siendo posible, alguna la acorriese:
conveniente remedio y acertado,
que la nao capitana, como viese
que era necesitada seña aquella,
como pudo intentó favorecella.

Al mar el capitán Morla se arroja,
que de la rota nave tenía cargo,
y a una gúmena atado, gruesa y floja,
tras el timón andando se hizo al largo.
A la nao le volvió con gran congoja,
en él atravesado, sin embargo
del levantado mar que lo impedía,
y del áspero viento la porfía.

Daba nueva materia de lamento
al afligido pueblo miserable
el implacable mar y recio viento,
creciendo su furor incontrastable,
cuando del celestial, supremo asiento,
el soberano Dios inexplicable
penetró con la vista, en un instante,
cuanto el suelo contiene vario, errante.

Las líquidas campañas de Neptuno
mira, y las partes donde el sol inclina.
El trance del Ibero ve importuno,
cuyos contritos pechos examina:

sus ocultos afectos uno a uno,
en un punto percibe y determina;
al Antípoda mira, ciego, errado,
de las estigias leyes apremiado,

Las estatuas del ángel comunero
de sus caras criaturas ve adorados
con oloroso incienso y celo fiero,
sobre ricos altares levantadas:
con sangre humana hirviente rociadas;
el vicio ve en su punto, porque toma
la espada del rigor contra Sodoma.

Ve que el mísero Antípoda insapiente,
de su sangre y pasión no se aprovecha,
y que el barquero estigio diligente,
millones de almas al Erebo echa.
Y condolido el alto Omnipotente,
de ver puesto en miseria tan estrecha
al hombre, hechura suya y semejante,
así dice a Miguel, que está delante:

«Vete a Cortés y sácale del trance
en que el monstruo ambicioso ves le ha puesto,
que quiero que su pío celo alcance
el victorioso fin por mí dispuesto:
quiero del Indio los errores lance,
y que conozca ya por él fui puesto
en un madero, do morir convino
por remediar del hombre el desatino.»

Dijo, y veloz el ángel al momento
de la trina presencia se desvía,
y con alegre, humilde acatamiento
parte, dorando la nocturna vía.
Del invisible y, áspero elemento,
su presencia suspende la porfía;
humíllase el soberbio mar insano
viendo el santo, celeste cortesano.

Cálase en punta y vuelo infatigable
sobre la rota y, descompuesta armada,
vibrando la asta dura, incontrastable,
contra la escuadra mísera, dañada,
que en confuso tropel, fiero, espantable,
la esperanza afligía más fundada;

limpia de monstruos el nocturno manto,
y abátelos al reino del espanto.

Aquí y allí invencible discurriendo
el refulgente joven se ofrecía,
los cascados bajeles socorriendo;
mil rutilantes rayos de sí envía,
en los ánimos tristes esparciendo
con devota humildad santa alegría;
sobre las sesgas alas se sustenta,
y el pecho aflicto de Cortés alienta.

Dícele: «¡Oh gran varón, del Cielo eieto
para tan alta y singular empresa!
Sabe que al sumo Dios es muy aceto
celo en que tantas almas interesa.
No temas el furor del mar inquieto,
mas camina, Cortés, camina apriesa
al occidente, donde el ángel vano,
nombre y asiento usurpa al Soberano.

«Que por tu mano la divina esencia
quiere que su soberbia sea abatida,
y del tumulto indiano la insapiencia,
al camino de luz restituida.
De parte de la Suma Providencia,
te revelo esperanza tan cumplida
y el próspero suceso victorioso,
de dignas alabanzas copioso.»

Calló, y ceñido del intacto viento,
no a las sublimes partes se levanta,
mas siguiendo el supremo mandamiento,
al templado occidente se adelanta:
do al príncipe del reino del lamento,
aguarda a que Cortés ponga la planta
para hacerle sangrienta resistencia,
con gente armada y la infernal potencia.

El capitán de Cristo, que turbado
quedó del resplandor y voz divina,
en cubierta de popa arrodillado,
mil gracias rinde a la potencia trina.
En coraje humildísimo inflamado,
que tarda piensa (y contra sí se indina)
en abatir al príncipe maligno

del lugar de dte sólo el alto es digno.

A esta sazón, el golfo mejicano
la Aurora plateó y dejó tratable;
salúdala el clarín sonoro ufano,
y el pueblo en voz devota y agradable.
Dan las velas tras esto al viento insano,
cuanto ya riguroso, favorable;
oyen de la alta gavia un marinero
quc dice «¡Tierra, tierra!», placentero.

«¡Tierra, tierra!», gritaba en voz subida,
dulce palabra a todos los oyentes,
al pronunciar alegre, suspendida.
La gente, con preguntas diferentes,
corre en tropel, sin orden esparcida,
buscando los lugares convenientes
más altos del navío, do pudiese
descubrir con la vista su interese.

Unos miran la gavia, codiciando
el lugar mal seguro del grumete
y, por el árbol con fervor trepando,
la difícil subida se acomete.
Otros la corva proa van poblando,
la levantada popa y el trinquete:
cansando la dudosa vista en vano,
al marinero imputan de liviano.

Mas cuando ya del todo se enteraron
en descubrir la tierra deseada,
y el Cabo de Mujeres divisaron
(que es una punta estrecha y prolongada),
los tiernos corazones levantaron
a la humilde oración, do celebrada
con dulces himnos fue la merced pía,
que del celeste coro descendía.

Toman aquesta punta, do aportaron
dos rotos navichuelos de la armada,
que en el pasado trance se ampararon
de una fragosa peña levantada.
No paró allí Cortés, que luego alzaron
las velas y a la isleta deseada
de Acuzamil llegaron, menos una,
las naves arrojadas de fortuna.

Los aflictos iberios mareados,
ganosos de pisar la grata arena,
dejan las naos ligeros, animados
con ver la dulce playa y selva amena.
Tienden los lasos miculbros fatigados
por ella, y del naufragio y grave pena
pasada (que aún los rostros denunciaban)
ya olvidados, gozosos se abrazaban.

Hiere Gaytán el pedernal fogoso,
saltan centellas de su vena ardiente;
cébase en yesca el fuego codicioso,
y prende en seca leña diligente
Túrbase el sol con el vapor humoso,
divídese en cien partes ya la gente,
formando a su elección tejidos ranchos
de verdes troncos y de hojosos ganchos.

La llama esfuerza Tracio y, con presteza,
sacan de los navíos bastimento,
rociado con la áspera fiereza,
de las olas alzadas por el viento.
Dan de seca y salada carne a pieza,
a todos por igual repartimiento;
pónenla en asadores mal formados,
de los vecinos árboles cortados.

La cual por brevedad unos extienden
suelta, sin artificio, por las brasas
que con aliento presuroso encienden,
en su satisfacción lentas y escasas.
Otros, aflictos, débiles, no atienden
ni quieren de sazón prolijas tasas,
que sin ella en los dientes la deshacen,
con que a Naturaleza satisfacen.

Sólo Cortés no come, que el cuidado
de la perdida nave le afligía
y (de mil pensamientos rodeado)
de su gente algún trecho se desvía.
Sobre un yerto peñasco levantado,
a quien de claro espejo el mar servía,
se sube, y la turbada vista arroja
por el agua, con íntima congoja.

Con ojo alerta solicita, inquiere,
vuelve, resuelve con atento oído,
por ver si acaso la fortuna quiere
en alguna caleta esté metido.
Con levantada voz el aire hiere,
retumba en las cavernas el sonido,
sólo la miserable Filomena,
participa llorosa de su pena.

Mas visto en esto que la suerte dura
en nada a sus intentos corresponde,
bajando del peñasco a la verdura,
con ánimo afligido vuelve adonde
ve, cuidosa, su gente se apresura
en buscar su caudillo; a quien responde
con faz serena, alegre, agradecida,
causando gran consuelo su venida.

Estaba la comida ya aprestada,
y el capitán de Cristo en un momento
come con muestra afable, sosegada,
aunque con duro, oculto sentimiento.
Apenas fue la mesa levantada
cuando, con grave voz y vivo aliento
(en medio puesto de la iberia gente)
dijo, para animarla, lo siguiente:

«Guerreros, cuyos pechos valerosos,
siempre negaron al temor la entrada,
del Cielo electos por los más famosos,
para el glorioso fin de esta jornada,
condignos de los triunfos más honrosos
que ha alcanzado jamás heroica espada:
tened en mucho la ocasión que os llama,
bastante a hacer perpetua vuestra fama.

«No menos intentáis que para el Cielo
millones de almas conquistar, que asidas
tiene el ángel estigio a eterno duelo,
por su torpe ignorancia reducidas.
Pues si éstas con piadoso y santo celo
son a su Redentor restituidas
(que para esto nos hace su instrumento),
¿qué premio aguarda tan loable intento?

«¿Pensáis que haberos de la furia insana

del mar instable y vientos reservado
la Suma Providencia soberana,
y la visible muerte ahuyentando,
que es sin grande misterio? Será vana
la mente que otra idea haya formado,
que el Supremo Hacedor ordena y manda
sigamos en su nombre esta demanda.

«No os digo yo que está tan aparente,
el fin de esta victoria prometida
que podáis conseguirla fácilmente,
sin riesgo alguno de la cara vida;
no, que el varón magnánimo excelente,
no adquiere de esa suerte la debida
gloria, ni al vencedor el lauro honroso
puede ceñir la frente, estando ocioso.

«Muchos premios promete esta jornada,
yendo intentada con tan justo celo,
bien que envuelta en fatigas y mezclada
con trabajos, cansancio, hambre y duelo:
ocupemos la tierra, que ocupada
el Idólatra tiene, y fértil suelo;
seamos para dar a nuestros Reyes
más tierra, y a los de ella justas leyes.

«Que por este escabroso y mal camino
(al parecer) y vías que abriremos,
nos lleva nuestro próspero destino
donde el árbol de Cristo plantaremos:
y adonde del rebelde ángel malino,
la ciega confusión abatiremos,
y vanos simulacros levantados,
de estigios documentos entrañados.

«Bien veo que sois pocos, pero tales
en ánimo y valor, que no os excede
humana fuerza, ni ásperas señales
harán vuestra virtud sin nombre quede.
Rompamos por los débiles raudales
del ya benigno mar, pues nos concede
señal tan clara y de bonanza llena
la aura benigna, próspera y serena.»

Estas y otras razones les decía,
copiosas de esperanzas y consuelo,

y aunque de alegre rostro se fingía,
llena está el alma tic ansia y desconsuelo.
Tras esto por la isleta adentro envía
a Castañeda, Núñez y a Ciruelo,
a Nájara y Cifuentes, que trajeron
nuevas de un lugar que descubrieron.

Todos con voz concorde confirmando
lo que propuesto vuestro abuelo había,
las vigorosas diestras levantando,
cada cual fervoroso le ofrecía.
El bélico furor manifestando
que la causa en sus pechos infundía,
le dicen: «General de Cristo, vamos
donde a tan justa guerra fin pongamos.

«Intenta abrir el suelo hasta su centro,
y tomar del infierno cruel venganza;
rompe la belicosa tierra adentro,
sin temor de la antípoda pujanza:
que cuanto más difícil el encuentro,
más te le facilita nuestra lanza;
en ninguna ocasión te faltaremos,
y en las que nos pusieres moriremos.»

Tras esto un rumor sordo discurriendo
se esfuerza en el ejército animoso,
cual el ruido que osa va esparciendo
en el pinar cerrado y monte hojoso,
cuando las altas cimas abatiendo
de los pinos el Tracio impetuoso,
al suelo las humilla y las quebranta
y de él con silvo recio las levanta.

Cuando por los soldados vio la guerra
Cortés con tantas veras aceptada,
de conquistar ganoso aquella tierra
que los hados cometen a su espada,
su visible fortuna dulce afierra,
de dilación temiendo sea turbada.
Pone en ejecución su grave intento,
como declararé con nuevo aliento.

CANTO III

Desamparan los isleños de Acuzamil [Cozumel] lo poblado, temerosos de la nueva gente y armada, los cuales apacigua Cortés y hace volver a sus casas. Derriba los ídolos, poniendo en su lugar el árbol de nuestra Redención. Viénese a los españoles Jerónimo de Aguilar y cuenta a Tapia y sus compañeros su largo y trabajoso cautiverio.

Cerca asiste del bien la desventura;
del estado apacible, la mudanza;
no hay cosa estable, firme ni segura,
en que poner la vana confianza.
No hay contento en la tierra, que es locura
pensar que le ha de haber ni que le alcanza
cumplidamente el más afortunado,
en la engañosa cumbre levantado.

Vemos, tras buena suerte, un azar duro;
tras un alegre estado, un descontento;
tras un vivir pacífico, seguro,
un desastrado caso o fin violento;
tras un triunfar del artillado muro,
un miserable y triste acaecimiento;
tras el ardiente sol, las tempestades,
y tras bonanza en mar, calamidades.

¿Quién vio tratable el mar y sosegado
que a la hespérica armada prometía
paso cierto y seguro, acompañado
del turquesado manto y claro día,
volver bravo, furioso, remontado
sobre la confiada compañía?
¿Y quién en un instante al Indio vido,
de su antigua quietud desposeído?

Los confusos isleños, temerosos
de ver tantos navíos, y espantados,
tocando caracoles tortuosos,
y al son de roncás trompas ayuntados:
rehusando los fines peligrosos,
de común parecer determinados,
desamparando van los patrios muros,
hasta allí inexpugnables y seguros.

Por los espesos montes se metieron
(desamparando el pueblo dilatado)
con las viandas y oro que pudieron
huir bien cada cual, no muy cargado.
Muchos el rico peso sacudieron

de los tímidos hombros, mal su grado,
teniendo por menor daño el perderlo,
que dejar de correr por guarecerlo.

El sexo femenino iba siguiendo
con paso corto el curso apresurado:
aquí va tropezando, allí cayendo,
el tierno hijuelo del pezón colgado;
grita, los caros nombres repitiendo
del dulce padre y del esposo amado;
hiere con dolorosa voz el cielo,
haciéndole testigo de su duelo.

La anciana gente inútil, impedida,
los agravados miembros fatigando,
sigue también la mísera huída,
de la necesidad fuerzas sacando:
mas fueles con amor grande impedida
por el pío Cortés, que procurando
no iba su inquietud, ruína, daño,
sino sacarlos de su torpe engaño.

Hizo luego traer a su presencia
de aquella isleña gente derramada
que, aunque escondida, fue con diligencia
y afable trato a su quietud tornada,
abatiendo la varia diferencia
de estatuas, por los indios adorada,
plantando en su lugar con santo celo,
el madero que abrió, cual llave, el Cielo.

Cortés la posesión luego aprehende,
por Carlos Quinto, de la nueva isleta,
que treinta millas por do más se extiende
tiene de longitud, por cuenta reta:
y por do más la estrecha el mar y ofende,
con los continuos golpes de mareta,
diez millas tiene, digo, de angostura,
veinte grados al Artico en altura,

Del fortunoso daño reparada,
la flota levó el ferro, enderezando
la proa a Yucatán, con vela alzada,
a quien el sesgo viento está llamando.
Reconocida, vista y costeadada
la tierra por Cortés, no le agradando,

de Cotoche doblar mandó la punta,
que por más importante la barrunta.

Mas la nao disparando de Alvarado,
manifiesta un peligro en que se v[e]ía,
por donde a vuestro abuelo fue forzado
volverse al puesto do partido había:
donde habían apenas ancorado,
cuando le dice un indio, en travesía
de Yucatán: «Señor, mira una vela
que deja de surcar el mar y vuela.»

Atento el General y armada mira
donde el sutil bajel enderezaba:
ven que una yerta roca en punta gira
y a tierra diligente se acercaba.
En una oculta cala se retira,
mas él, que ver lo que era deseaba,
manda que Andrés de Tapia y tres soldados,
orilla el mar la sigan alentados.

Con silencio los cuatro caminaban
(no con poco temor de ser sentidos)
y por la estéril costa se acercaban
al peñascoso seno, recogidos
cual diestros cazadores que ojeaban
los tímidos venados no advertidos,
con recatado paso, en la espesura,
hasta ver a su tiro coyuntura.

Así van su camino continuando,
cuál veis con paso lento, cuál corriendo,
cuál por blandos pantanos atollando,
cuál por yertos peñascos ya subiendo
y con el corvo abrigo emparejando;
ven que de la barquilla van saliendo
cuatro robustos jóvenes membrudos,
trenzados los cabellos y desnudos.

En tierra saltan, de arcos ocupadas
las manos y de agudos pasadores,
de palo y pedernal anchas espadas,
matizadas de varios mil colores:
piernas, brazos y caras esmaltadas,
de cárdeno color muchas labores,
los bezos de la boca agujereados,

de sortijones de oro atravesados.

Con las espadas altas y desnudas,
el Ibero se arroja diligente
haciendo retumbar las selvas mudas
con voz disorde, presurosa, ardiente:
sigue el alcance con las puntas crudas,
derechas a la extraña y nueva gente
que por la arena estéril discurría
y al bajelillo huyendo se volvía.

Mas uno de éstos fervoroso atiende,
a los amigos tímidos llamando:
«parad, les dice, que el huir ofende,
y en vano vais el paso apresurado.»
Espada, flechas y arco arroja y tiende
por la arena, con ansia preguntando
a los cuatro soldados castellanos:
«¿Por ventura, señores, sois cristianos?»

De tal pregunta todos admirados,
confusos y suspensos respondieron:
«Sí, somos», temerosos y turbados,
que por la estigia sombra la tuvieron.
Mirábanle y mirábanse alterados,
que cuando la española lengua oyeron,
por hombre tan remoto pronunciarse,
no pudieron dejar de no admirarse.

Cual si en callada noche tenebrosa
fantástica visión se les mostrara,
y en sombra negra, horrible y espantosa
algún futuro mal les denunciara
y, con voz espantable, temerosa,
lo más ignoto de él los declarara,
así estaban confusos, suspendidos,
al hablar de aquél monstruo dando oídos.

Que con voz baja, humilde, regalada,
les dice: «Valerosa compañía,
si templáis el rigor de vuestra espada
y con clemencia oís la suerte mía,
conoceréis que fuisteis enviada
del Cielo, por aquesta ignota vía,
para sacar de bárbara costumbre
un cristiano, y de dura servidumbre.»

Las manos altas y ojos en el cielo,
y ambas rodillas a la arena dadas;
de un cerdoso, revuelto y negro pelo,
las arrugadas carnes cobijadas;
en el plegado rostro sin consuelo,
de muerte mil señales estampadas,
llorando con sollozo descompuesto,
dice con ronca y débil voz aquesto:

«Pues que cristianos sois, por Dios os ruego,
y por las almas que le gozan santas,
que luego me llevéis, llevadme luego
a la región del mundo (pues hay tantas)
más apartada, o entregarme al fuego,
antes que de estas gentes las gargantas
traguen mis flacas carnes, porque quiero
sólo saber que a manos de hombres muero.»

Dijo, y los cuatro a compasión movidos
le alzan de tierra con abrazo estrecho,
de los adversos casos sucedidos
pidiendo que les cuente todo el hecho:
cómo entre aquellos hombres nunca oídos,
le arrojó la fortuna a su despecho;
ruéganle que su patria y nombre diga,
pues le ha ofrecido el Cielo suerte amiga.

Viéndose con afecto acariciado,
más en él con sollozo el llanto crece.
Cual niño de la madre regalado,
a quien tras el castigo favorece,
que (conociendo el ánimo aplacado)
más, cuanto más le halaga, se enternece,
así el varón del hado perseguido
llora en el bien presente, aún no creído.

«Mandáisme renovar, varones claros,
dijo, la triste, lastimosa historia,
cómo los hados míseros, avaros,
el camino torcieron de mi gloria.
Esto no podrá ser sin declararos
(si el dolor no me roba la memoria)
la suerte de mis tristes compañeros
más que querréis, bastante a enterneceros.

«No os cause admiración el ver que hable
mi natural lenguaje conocido,
que aunque en hábito extraño, miserable,
soy español y en Écija nacido
(de Vandalia ciudad inexpugnable)
y es Aguilar, señores, mi apellido;
bastábaos de mi vida saber esto
mas, pues que lo queréis, seré molesto.»

Que prosiga le ruegan con aliento,
deseando el suceso por extenso;
y así, con débil voz y ronco acento,
despidiendo un suspiro de lo intenso,
dice: «Pues el oírme os da contento,
dadme gratas orejas, aunque pienso
que el cuerpo, débilmente alimentado,
se hallará de vigor necesitado.

«Después que de la Iberia el hado incierto
me trajo por mil mares peregrino,
sin jamás concederme amigo puerto,
al cabo me arrojó mi cruel destino
al Darién, para mí por malo cierto
(que éste del desdichado es el camino)
donde en guerra civil Núñez y Enciso,
procedían con término divisio.

«De allí partí, a Valdivia acompañando,
que iba a Santo Domingo a dar noticia
al Almirante del motín y bando
que andaba (con sangrienta enemiciencia)
entre los españoles, procurando
ser cada cual señor, rey y justicia,
con tiránicas fuerzas, opresiones,
movidos de codicias y ambiciones.

«En una carabela nos metimos
(nunca al Cielo pluguiera) y, engolfados,
a poco trecho andado conocimos
nuestra contraria suerte y duros hados:
luego en los bajos y peligros dimos,
que llaman de las Víboras, forzados
de un repentino Ábrego lluvioso,
que amenazando vino a fin lloroso.

«Un disorde lamento rompe el cielo,

del pueblo condenado a muerte dura,
no le consuela ya ningún consuelo,
ningún remedio humano le asegura.
Saltaron al batel del navichuelo
(sin viandas, sin velas, sin ventura),
elegido por medio postrimero,
veinte hombres, de los cuales fui el postrero.

«Quedó en la carabela mucha gente
que tomara el seguirnos por partido,
pero fuele, por cosa conveniente,
con gran rigor y fuerza defendido:
que el frágil batelillo no consiente,
ni fue en su estrecho seno permitido,
que más de los que estábamos entrasen,
por más que su dolor manifestasen.

«Muchos al levantado mar se echaron,
de entrar en el batel determinados,
pensando guarecerse, más quedaron
con lastimoso fin desengañados;
y algunos que las manos arrojaron
a los bordos, de amigos confiados,
las dejaron en ellos aferradas,
a hierro de sus troncos apartadas.

«De sus puños al mar otros caían,
de los que a los lugares defendidos,
con los visajes últimos se asían,
los brazos al batel dejando asidos:
cuyos cuerpos cual piedras se sumían
sin poder ser del agua sostenidos,
que para recibirlos se apartaba
y, habiéndolos sorbido, se juntaba.

«No fue con tal coraje defendida
la nao de Bruto de la griega gente,
ni en la dura, espantosa arremetida,
en ofender se vio tan diligente;
ni en apartar de sí la turba asida,
que procuraba entrarla abiertamente,
se mostró tan crüel, brava, sangrienta,
como nuestra barquilla en tal afrenta.

«Contra caros amigos levantamos
las perjuras espadas, sin respeto

de la debida Fe que profesamos,
la entrada defendiendo con efecto.
Y no sólo el remedio les negamos
con riguroso y áspero decreto,
sino que a nuestras manos perecieron,
los que las suyas gratas ya no fueron.

«Viose subir al cielo el mar furioso,
vuelto en montañas de agua, y despeñarse
muchos y, en el camino presuroso,
con otros que subían encontrarse,
a quien alzaba el golpe fortunoso
de las hirvientes olas, y al toparse,
las ocultas entrañas descubrían
que el elemento líquido teñían.

«Otros en el hinchado mar metidos,
con las confusas olas peleando,
bajaban a su centro sumergidos,
el aliento vital apresurando;
y algunos de la furia compelidos,
del agua y viento fiero emparejando,
con el roto navío se encontraban,
y cual de blanda pasta se estrellaban.

«O ya cansado el mar de sustentarle,
o de su fin el hado deseoso,
le acometió con gana de anegarle
con un collado de agua mortüoso,
ayudado del viento, que a arrojarle
fue bastante a un bajío peligroso
donde encalló, y las aguas le cubrieron
y los pocos de dentro perecieron.

«No el barco en la isla Oigia fabricado
por el hijo industrioso de Laertes
(de la bella Calipso compasado)
con gruesos troncos y tablones fuertes,
fue con tanto rigor despedazado
del marítimo dios, ni tantas suertes
de vientos en el mar jamás se vieron,
como a anegar la nave concurrieron.

«El lastimoso caso apenas vimos
cuando, del mismo viento arrebatados,
por el hinchado golfo nos metimos,

de poder escapar desconfiados.
Trece soles, señores, anduvimos
por el líquido reino desmandados,
hasta que al catorceno nuestra suerte,
a Mayá nos echó, provincia fuerte.

«Murieron de los veinte en el camino,
ocho, de sed, de hambre y desventura,
y comer de sus carnes nos convino
a los doce, y tenerlo a gran ventura.
Mas como tras un mal otro continuo
viene, con suerte rigurosa y dura,
para mayor miseria fui guardado,
de la dudosa vida asegurado.

«Un bárbaro cacique (a cuyas manos
las nuestras desarmadas se rindieron),
juntando otros caciques comarcanos,
cuatro hombres y a Valdivia se comieron:
y a los demás, con actos inhumanos,
en un jaulón estrecho nos metieron,
fuerte, de gruesos troncos de madera,
para otra semejante borrachera.

«El sangriento espectáculo reciente
de los caros amigos degollados,
y la espantable muerte que al presente
se avecinaba ya por todos lados,
los ánimos llenó de furia ardiente,
hasta allí flacos, débiles, cansados,
que cuando ya el morir se representa,
a nadie, aunque le llama, al fin contenta.

«Quebrantamos la red, de ella huyendo
por ásperos lugares no sabidos,
las usadas veredas desmintiendo
(mas no sin gran temor de ser comidos),
y por una espesura discurriendo,
por do pensamos ir más escondidos,
al bajar por un valle recatados,
descubrimos cien bárbaros armados.

«Estos sin resistencia nos prendieron
y a Xamanzana atados nos llevaron,
provincia do en prisiones nos metieron
hasta que a su señor nos presentaron:

otro bravo cacique, a quien pidieron
y encarecidamente suplicaron,
condolidos quizá, que nuestras vidas
fuesen a servidumbre reducidas.

«Fue la gracia del bárbaro otorgada,
y con benignidad nos recibieron,
mas fue merced, señores, mal gozada,
que cinco de los siete se murieron
de grave enfermedad no bien curada,
que nunca sus achaques se entendieron.
Un marinero y yo quedamos vivos,
contentos con la vida, aunque cautivos.

«Aqueste en Chetemal está casado
con una joven bárbara hermosa,
y ya como cacique está labrado,
gallarda usanza entre ellos, y vistosa.
Roguéselo y no quiso (de afrentado)
venir conmigo a libertad sabrosa,
o porque la mujer es rica y bella,
y vive contentísimo con ella.

«Ocho veces de nieve la ribera
cobijó el día corto, y la campaña
dotó el largo de mieses placentera,
tostando el útil grano y frágil caña;
y otras tantas la dulce Primavera
los campos esmaltó con traza extraña,
y otras ocho los árboles más altos,
su sombra adelgazaron, de hojas faltos,

«Después que mi fortuna miserable
entre estos hombres sin piedad me prueba,
y, con la patria, en queja lamentable,
mi memoria tristísima renueva.
Mas si del hado, en perseguirme estable,
y de esta gente, a vuestros ojos nueva,
hubiese de contar bien por su vía,
el sol sus doce signos correría.»

Tapia replica, y por merced le pide,
de aquella gente las costumbres diga,
si la gobierna rey, y a dó reside,
y qué ley a observarla les obliga.
«Pláceme, respondió, si no lo impide,

del afligido aliento la fatiga.»
Callaron todos y Aguilar prosigue,
como en el canto por venir se sigue.

CANTO IV

Prosigue Aguilar su agradable historia, donde declara el asiento de la ciudad de Méjico y costumbres del nuevo mundo [y] el poder y grandeza del rey Moctezuma. Pide a los españoles le digan las caucas de su venida y con qué fines, a lo cual Tapia satisface. Parte la armada de aquella isla, tomando la derrota de Catoche, primera punta de Yucatán.

Don singular por cierto es la templanza,
grandemente los hombres habilita,
mucho con ella en la opresión se alcanza,
y mucho los trabajos facilita;
de aquél puede esperarse buena andanza
que lo superfluo de su cuerpo quita
y con lo razonable se contenta,
con que a naturaleza no violenta.

Mas triste del que siempre se fatiga,
en servir a su cuerpo cuidadoso,
que a muchos sirve, pues a tal se obliga,
solícito, afanado y temeroso:
éste la cosa justa no investiga,
antes le aplica el nombre más vicioso,
que aquél tiene por vil la cosa honesta,
a quien el cuerpo es caro, y por molesta.

No digo yo que al cuerpo le quitemos
lo que para el vivir le es necesario,
pues la naturaleza que tenemos
nos fuerza a que le amemos de ordinario;
bien es de los peligros le guardemos,
de enfermedad, pobreza y cruel contrario,
mas con término tal y con tal celo,
que al mundo agrade y satisfaga al Cielo.

En los tiempos antiguos y dorados,
poco de que traer en esto había,
pues eran comúnmente sustentados
de hierbas los humanos, y agua fría:
unos viviendo de otros apartados,
faltos de casas, ropas, policía.

Esto a naturaleza contentaba,
y el hombre alegre y sin cuidado andaba.

¿Quién fue, cuitado, de éstos el primero
que, de tan altos dones mal contento,
abrió a la gula el áspero sendero,
dándole entre nosotros fijo asiento?
¡Oh siglo nuestro errado, lastimero,
vano, vicioso, indómito, sangriento,
vuelve a aquellas costumbres tan hermosas
las tuyas, reprobadas y viciosas!

Mas hay de epicúreos muchedumbre,
que sus vientres y cuerpos sólo adoran
(vuelta en naturaleza su costumbre),
que el bien o el daño venidero ignoran:
y no hay solo un Pitágora[s] que encumbre,
entre éstos, la templanza que desdoran,
hasta que su maldad al Cielo obligue
a que con sus deleites los castigue.

No de aquestos los pasos imitando,
ganó el fuerte Aguilar renombre claro,
sino de la templanza antigua usando,
siendo desde su infancia en ella raro.
Fue grande sufridor, menospreciando
del hado adverso el proceder avaro,
el cual haciendo al Español notoria
va de esta suerte su agradable historia:

«Aquesta es un isleta mal poblada,
adonde ahora estáis, de poca cuenta,
y aquélla es tierra firme, dilatada,
que el occidente veis que el sol calienta.
Hábitala una gente desbarbada,
belicosa, feroz, sanguinolenta,
hombres robustos, ágiles, membrudos,
de rostros bazos y en costumbres crudos.

«Allí una gran ciudad, puesta en un llano,
como cabeza principal florece,
cuyo distrito fértil, ancho, ufano,
con extendidos reinos la obedece:
está el antiguo pueblo mejicano
(por donde nuestro polo se le ofrece)
de altura en su horizonte en veinte grados,

con cuidado, señores, compasados.

«Es agradable y a la vista hermosa,
tiene sesenta mil y más vecinos,
gente granada, rica, belicosa,
de tal grandeza por sus partes dinos.
Tiene su asiento la ciudad famosa
en agua, y de ella salen tres caminos
de pedernal calzados, tan durable,
que hacen la gran ciudad inexpugnable.

«Soplan la tierra Norte y Mediodía,
las costas y marinas, Oeste y Leste,
y las calzadas, por derecha vía,
baten Ábrego, Céfiro y Nordeste.
Hay una montüosa serranía,
a la vista de Méjico al sudoeste,
de a do baja tanta agua a la campaña,
que el mejicano muro en torno baña.

«Hácese un lago ancho y espacioso,
que ocupa en redondez noventa millas,
de la insigne ciudad seguro foso,
guarda y amparo de otras muchas villas
que en su distrito verde y espumoso
se encierran, y en sus húmedas orillas
tiene cincuenta pueblos suntüosos,
de edificios gallardos y costosos.

«Son los más principales de señores
que a uno, como a rey, sólo obedecen,
y como sus vasallos o inferiores,
con excesivos pechos le engrandecen.
Reyes, caciques, pobres moradores,
al Rey personas con hacienda ofrecen,
que a ninguno reserva del tributo,
como señor de todos absoluto.

«Ignora el haber Dios y ley divina
esta gente sin luz, y así ejercita
del ángel comunero la doctrina,
con que su mal y daño solicita.
Guardan ésta con dura disciplina,
a que con gran cuidado los incita;
comunican con él todos sus hechos,
de sus cautas respuestas satisfechos.

«De aquí nace el tener por adivinos
a aquéllos que a este yerro más se aplican;
tienen por fe los falsos desatinos
que estos cuitados con fervor predicán,
a quien tienen por santos y por dinos;
de lo que con su adverso comunican,
inquieren lo futuro por agüeros,
haciendo mil discursos estrelleros.

«Tienen (como lo son) por inmortales
a las almas, y entienden son premiadas
según como vivieron los mortales
velos, en que anduvieron disfrazadas;
creen que hay penas y futuros males
a que son por sus culpas condenadas,
y que alcanza del bien el bueno palma,
con que descansa eternamente el alma.

«Guardan un rito duro, temerario,
bruta costumbre de su secta vana,
y es que en el sacrificio de ordinario
ofrecen a sus dioses sangre humana;
riegan con ella el falso relicario
y simulacros de su ley profana,
y de los cuerpos ya sacrificados,
comen en borracheras congregados.

«Bañan en fuentes los recién nacidos,
o en frígidos estanques represados,
por que salgan más recios y curtidos,
y de miembros más fuertes, y alentados.
Son de cuerpos medianos y fornidos,
de gruesos tercios y hombros apartados,
de brazos cortos, tablas espaciosas,
enjutas piernas, plantas presurosas.

«Pónenles en naciendo a los varones,
una dura rodela en la siniestra,
y una flecha, o dos puntas de lanzones,
en la incapaz y tierna mano diestra.
Regocíjanse en bailes y canciones,
dando de su venida alegre muestra,
diciéndole: «Tu ley y patria cara
defiende, con rigor de lanza o jara.»

«Usan el corvo arco, y flecha dura,
arma con que pelean comúnmente;
válense de ella por la más segura,
y por ser en tirarla diestra gente.
Tanto, que el que por suerte o desventura
el blanco yerra con la vira ardiente,
en la congregación do la ejercitan
de tirar más allí le inhabilitan.

«Gruesas picas con puntas enastadas
de pedernal durísimo, enconosas,
dardos para arrojar, hondas, espadas,
ejercitan por armas más dañosas.
Hay entre ellos personas señaladas
en jugar otras armas más briosas,
para poder de cerca señalarse,
y con el enemigo aventajarse.

«Estos, con hachas cortas y martillos,
al menester en número arremeten:
diestros soldados, prácticos caudillos,
que a su arrogancia sola se someten:
y en las sangrientas bregas y corrillos
son los primeros que las plantas meten,
cuál con pesada maza repuntada,
cuál con ancha rodela y corta espada.

«Y para que el solícito flechero
no les pueda ofender con brazo airado,
ni el golpe duro del contrario fiero,
visten (de palo fuerte, retostado)
coseletes cubiertos con un cuero
curtido, y con industria aderezado,
del cual hacen quijotes, brazaletes,
grevas, escudos, cascos, capacetes.

«Esles por estatutos defendido,
el uso de las armas si no en guerra,
por evitar escándalo y ruido
y por que esté pacífica la tierra;
en la costa o frontera es permitido,
(do entre ellos la discordia más se encierra),
que el odio envejecido en desafíos,
pueden allí mostrar con nuevos bríos.

«No diré por ahora la manera

con que estas gentes forman sus batallas,
que no es para contarse a la ligera
el industrioso término de dallas:
pero prométoos relación entera
de esto, y de cosas dignas de notallas,
y en tanto oid del alto Moctezuma
el poder y grandeza en breve suma.

«Es Moctezuma rey de la más parte
de aqueste nuevo mundo belicoso,
hombre animoso, astuto en cualquier arte,
reportado, sagaz, grave, industrioso,
inclinado, al rumor del fiero Marte,
cursado en su ejercicio riguroso,
amigo de intentar notables cosas
y adquirir opinión en las dudosas.

«Dicen ser por antigua línea recta
derivado de estirpe generosa,
y de la sangre ilustre y más perfecta
de Aculhúa, y su casa valerosa;
de Aculli descendiente, a quien sujeta
gran parte de esta turba belicosa
está, su real persona respetando,
con que se va de todo apoderado.

«Este es por sucesor también tenido
del fuerte y valeroso rey Auchizo,
y también descendiente del temido
Acamapich, que a Méjico rehízo.
Hombre entre ellos valiente y atrevido,
valeroso, esforzado en cuanto hizo,
bárbaro, pero recto y justiciero,
tenido en opinión de gran guerrero.

«El rico y gran distrito señalado,
que a Moctezumacín está obediente,
le terminan de un lado y otro lado
(cada cual por su parte diferente)
el proceloso mar, del Sur llamado,
y el del Norte, con mansa, clara frente,
con blanca espuma el término rayando,
el dilatado sitio demarcando.

«Y no paró el soberbio mejicano,
con áspero rigor y dura guerra,

hasta que con violenta y diestra mano,
vio los últimos fines a la tierra;
haciendo lo difícil fácil llano,
conquista lo poblado, monte, sierra;
los antiguos caciques deshereda,
dichoso aquél que con la vida queda.

«Llega a las aguas con feroz destino,
y de verlas el bárbaro ofendido,
intenta abrir el líquido camino,
si por ellas le fuera concedido,
y de bajar al sitio cristalino
del húmedo Neptuno sumergido,
sólo a mover con él sangrienta guerra
porque le impide conquistar más tierra.

«Del un mar hasta el otro le obedecen
cien ciudades insignes, populosas,
cuyas grandezas con el tiempo crecen,
y fábricas insignes, suntuosas,
que con las sierras competir parecen
sus levantadas torres ingeniosas;
sonle ochocientas leguas obedientes,
de lenguas varias y diversas gentes.

«Verdad es que en el término que digo,
hay algunas provincias señaladas
que tienen a este rey por enemigo
(de ejércitos gruesísimos dotadas),
que sustentadas de uno y otro amigo,
le atienden con cervices levantadas,
como tecoantepecos, tlaxcallanos,
pánucos, chichimecas, mechoacanos.

«No porque a Moctezuma, rey potente,
resistirse podrían (si el quisiese
mostrar su gran poder y airada frente)
sin que con brevedad los destruyese.
Entretiéndose así porque a su gente
le es, para habilitarse, de interese,
en la milicia; de a do llevan vivos
copia, a sus sacrificios, de cautivos.

«Son, entre reyes y caciques, treinta,
cada cual de a cien mil y más vasallos,
los que por evidente y clara cuenta,

dejo, por pesadumbre, de nombrarlos.
A Moctezumacín personal renta
dan, como a aquel que pudo sujetarlos,
reconociendo el duro y adversario
suceso del opreso tributario;

«Con más tres mil señores poderosos
(que esta costumbre en sus tributos tienen),
señores de lugares populosos
que en el reino espacioso se contienen.
Los reyes y caciques más famosos
residen en su corte y se entretienen,
que así les es del bárbaro pedido,
de ellos jurado en forma y consentido.

«Usa de aquesta cauta diligencia
por evitar civiles disensiones,
y cuando alguno parte es con licencia
y con graves y justas ocasiones,
dejando lo que dura aquella ausencia
(para rehenes) cuantiosos dones,
mujer, hijos, hermanos y gran suma
de oro luciente, perlas, plata y pluma.

«Están de antiguos tiempos obligados
a tener casa en Méjico de asiento,
a ello por el bárbaro forzados,
con expreso, inviolable mandamiento;
conservan de esta suerte sus estados
y van los de su Rey en más aumento:
hay en su corte copia de señores,
hechos, de extraños, propios moradores.

«Estos con sus personas solamente
le pagan, sus servicios asistiendo,
que es el común pechar de noble gente,
la ilustre de la baja distinguiendo,
que el labrador con modo diferente,
va con graves tributos acudiendo:
sirve al rey con hacienda y con persona,
imposición que a nadie no perdona.

«Tlacopan y Tezcuco nunca dieron
a Moctezuma más del homenaje,
ni sus antiguos reyes le rindieron
(como otros) abatido vasallaje,

voluntaria obediencia le ofrecieron
por ser, como son todos de un linaje,
con quien casan los reyes mejicanos
deudas, hijas, hermanas, con hermanos.

«Ha mucha tierra y reinos adquirido,
con mano armada y duras opresiones,
y al mejicano imperio sometido,
ensanchando su término y mojones:
tanto su monarquía se ha extendido,
por las bélicas árticas regiones,
que si en Méjico se arman, es ya cierto
de este rey aceptar cualquier concierto.

«Guardan a Moctezuma por sus grados,
cada día seiscientos caballeros,
y otros dos mil continuos y soldados,
cursados tiradores y piqueros.
Están para este efecto diputados
cuatro caciques, prácticos guerreros,
a quien el repartir la gente toca,
que para aquesta guarda se convoca.

«Esta es, señores, relación muy cierta,
según la tienen las provincias fieras,
que con armada mano y cerviz yerta,
de gentes se defienden tan guerreras.
¡Dichosa aquélla que a escaparse acierta,
del bárbaro monarca y sus banderas,
y dichosa también la más remota,
pues goza paz serena por ignota!

«Mucho, señores, por contaros resta,
pero para ocasión mejor se quede,
y en tanto me decid qué armada es ésta,
y la causa también de a dó procede,
a qué fin por aquí viene dispuesta,
qué luz o relación guiarla puede;
del general el nombre y patria os pido
que también me digáis, encarecido.»

Enterneció a los cuatro el triste cuento;
de la gente y costumbres se admiraron,
y más cuando del bárbaro sangriento,
del comer carne humana se informaron;
hicieron con los rostros movimiento,

con que el temor oculto declararon.
Tapia responde: «Todo se te debe»,
y a su demanda así la lengua mueve:

«Valeroso español, en trances duros
por los hados siniestros ya probado
(más que aquél que humilló los altos muros
al Durateo, de hombres entrañado),
a alentarnos bastante en los futuros
y a lanzar los pasados del cuidado,
lo que pides haré con gran contento,
y, pues tú le recibes, oye atento:

«Esta armada que ves y sus banderas,
es del gran Carlos Quinto valeroso,
que envía a conquistar naciones fieras
y ese mundo que dices espacioso:
que ciertas relaciones verdaderas
del genovés Colón, hombre industrial,
(que algunas costas de él ha descubierto),
nos hace, aunque prolijo, el paso cierto.

«Es general de aquesta armada y gente,
Cortés, que produjo la Extremadura,
en Medellín, mancebo floreciente,
de gran reputación, ser y cordura,
reportado, sagaz, diestro, valiente,
de clara sangre y próspera ventura,
según pregonan la parlera fama
que del un polo al otro se derrama.

«La nobleza del pecho generoso
y la necesidad le acometieron,
facilitando el hecho más dudoso,
feliz y honroso fin le prometieron:
y por el ancho mar tempestuoso,
sus arduas pretensiones se extendieron,
buscando en los dudosos trances gloria
con que eterniza el fuerte su memoria.

«A éste el domar las brutas hinchazones
del Mejicano bárbaro temido,
y el descubrir incógnitas naciones,
debe estar por el Cielo cometido:
para que las idólatras regiones
(que han hasta aquí sin Dios y ley vivido)

un sólo Dios y ley tengan y adoren,
y ser de todo el Hacedor no ignoren.

«Este siguió las letras, pero viendo
que otro camino el Cielo le mostraba,
y que del crudo Marte el duro estruendo
a darle eterno nombre le llamaba,
el ciego y torpe sueño sacudiendo,
la clara sangre (que dormida estaba)
entre los verdes años se remueve,
lo mucho viendo que a su tronco debe.

«Diciendo: 'Amada patria y dulce abrigo,
tiempo es de te dejar, a Dios te queda,
que en vez de tu regalo ya me obligo
a seguir de fatigas la vereda,
otras empresas que hasta aquí investigo,
pues llega el tiempo en que mi diestra pueda
vibrar la pica, gobernar la espada,
y mis hombros cubrir gola acerada.'

«A Italia parte, donde nombres caros
han con tan justas causas adquirido
(por su mucho valor) varones claros,
opuestos al rigor del mudo olvido.
No quiere nombre entre éstos, aunque raros,
sino que un mundo entero no sabido,
haga de su valor bastante prueba,
y de él el triunfo entero se le deba.

«Torció de aquel intento la derrota,
y a la isla de Cuba (de ésta enfrente)
se vino, hasta Colón al mundo ignota,
estancia no a sus fines conveniente.
Mas con nueva de tierra más remota,
navíos junta, munición y gente,
con mil contradicciones que no digo,
aunque pudiera bien, como testigo.

«Quiso ver qué españoles llevaría,
Cortés, a la jornada, y numerados
vio que quinientos y cincuenta había
juntado, en militar arte cursados,
que con gallardo aspecto y bizarría
en Cuba dieran muestra concertados:
cinco escuadras lucidas de piqueros,

y hasta once los demás de arcabuceros.

«Con dieciséis caballos y esta gente,
y once navíos medianos, determina
probar ventura y arrojar la frente
al hado próspero o total ruina.
No la necesidad fue inconveniente
(que es do el ingenio humano más se afina)
para impedir la suerte venturosa,
echada a la inconstante y varia diosa.

«Salieron capitanes, por consejo
nombrados, Morla, Ordás, Portocarrero,
Escalante, Salceda, Olid, Montejo,
Ávila, gran soldado y marinero,
Velázquez, Escobar (llamado 'el Viejo'
por reportado, práctico, severo),
el general tomando de esta gente,
parte de la arriscada y floreciente.

«De contrapuestos fuegos variada,
blancos y azules, hizo su bandera,
y, en medio una cruz grande colorada,
por una banda y otra en cuadro entera,
y una letra en latín que, declarada,
dice en nuestro español de esta manera:
'La Cruz sigamos, que si Fe tenemos
ea esta seña, amigos, venceremos.'

«Entre los dichos sus navíos reparte,
con gente, munición y artillería,
y de la fértil Cuba alegre parte,
del mar rompiendo la salada vía.
Su gente exhorta, y el furor de Marte
del tímido inflamó la sangre fría,
en el pecho más flaco y temeroso,
nuevo ser influyendo belicoso.

«El mar soberbio y viento descompuesto,
la armada en varias partes dividieron,
y con violento proceder molesto
gran tiempo el dulce puerto le impidieron.
Al fin, por no os cansar, señor, con esto,
digo que aquí los hados nos trajeron
después de un asperísimo naufragio
tenido, y con razón, por mal presagio.»

Dio Tapia fin con esto al grato cuento
y, del suceso próspero alentados,
al español, amigo alojamiento
llegaron, con los indios desarmados:
cosa que dio a Cortés mucho contento
y puso más esfuerzo a los soldados,
viéndose con faraute y lengua cierta,
con parte de la tierra descubierta.

Aguilar a Cortés contó afligido,
su largo cautiverio miserable.
A compasión de oírle conmovido,
con caricia le abraza y rostro afable
diciéndole: «Serás de mí tenido
en lo que pide tu vivir loable;
obras de caro hermano te prometo,
y éstas conocerás por el efeto.»

Hizo Cortés que luego le trajesen
dos pares de costosas vestiduras
de su misma persona y le vistiesen,
alivio de sus largas desventuras.
Luego a las naos mandó se recogiesen,
y con velas hinchadas y seguras
de aquella isleta ufanos se partieron:
no digo, de cansado, adónde fueron.

CANTO V

Halla Cortés el navío que había perdido en la borrasca pasada. Prosigue Neptuno en impedirle el paso para la Nueva España. Pónele el Ángel con su armada en salvo, a la boca del río Tabasco, dándole tierra firme, en la cual se le ofrece en hábito de mancebo cazador, y le informa de la tierra y gente. Cuéntale asimismo la sangrienta batalla y retirada del capitán Francisco Fernández de Córdoba. Ofrécese el príncipe de las tinieblas al cacique Tabasco en sueños, instruyéndole en lo que debe hacer para ruina de los españoles.

No desconfíe el más necesitado,
el más menesteroso y afligido,
ni el que con más rigor fuere del hado
y de suerte siniestra perseguido;
no se juzgue ni llame desdichado,
que nadie sin trabajos ha vivido:
¿cuál de los puestos en la varia rueda

habrá que sin miserias vivir pueda?

Que, a nuestro parecer, luego que vemos
que algún suceso adverso nos aflige,
por perdición notoria le tenemos,
contra la ley divina que nos rige;
mas si nuestra malicia conocemos,
antes nos purifica y nos corrige,
que a veces por do asoma el daño y pena
viene la suerte próspera más llena.

Por Aguilar lo digo, que perdida
tenía de remedio la esperanza,
y por la rota llave que, escondida,
en Campeche se vio sin confianza
de verse a puerto amigo conducida
y libre de la antípoda pujanza,
de sed, hambre, temor y desventura,
suerte aguardando lamentable y dura.

Perdióse en la borrasca ya pasada
la desmandada nao que habéis oído,
y del rigor del viento fue arrojada
a un puerto que hoy se llama el Escondido,
do estando de favor desconfiada,
oyeron los de dentro un gran rüido
que a ellos, cortando el agua, se acercaba
y con la ciega noche se ocultaba.

Del repentino caso alborotados,
en confuso montón van discurriendo,
con atentos oídos levantados,
al rumor que por puntos va creciendo.
Ocupan los lugares señalados,
los flacos reforzando y previniendo;
entrañan los cañones con cuidado
de salitrada especie y plomo helado,

Temiendo si en su daño conjurada,
aquella nueva gente se movía,
con alguna naval, secreta armada,
visto ofender por tierra no podía.
Y estando, cual oís, atribulada
la iberia gente, al apuntar del día
oye de amigas trompas varios sonos,
de Carlos descubriendo los pendones.

Era el pío Cortés, que con su flota
en busca del navío caminaba,
tomando de una isleta la derrota
que hacia Campeche más se avecinaba:
pero torció la vía por ignota
y, por otra que más le aseguraba,
a una cala llegó, do había surgido
el mediano bajel que había perdido.

Nunca madre cobró el perdido hijo,
ni el hijo recobró a su madre cara,
en quien se viese tanto regocijo,
con tiernos ojos y halagüeña cara:
ni en el amante ausente el amor fijo,
vuelto a lo amado, dio muestra tan clara,
cual vuestro, abuelo dio de haber cobrado
el navichuelo, y él de verse hallado.

Tienden las anchas velas levantadas,
reciben en sus sellos útil viento,
óyese de las cuerdas estiradas
el rechinar, y airoso movimiento.
Cortan las naos con proas alentadas
el mar tratable, cuanto ya violento;
hacen las ondas señas a la flota
que siga de Tabasco la derrota.

Estaba de la armada en asechanza
el cerúleo Tritón, con ojo alerta,
por orden de Neptuno, que venganza
pretende, y de su ida aviso cierto.
Despide horrible aliento con pujanza,
por su instrumento cóncavo retuerto,
truenas con recio y áspero sonido,
de los Gigantes por su daño oído.

Como cuando vapor seco y caliente,
en nuble negra y húmeda encerrado,
sale rompiendo por do el rayo ardiente
es con rüido de su seno echado,
así la corva concha reciamente
rebrama desde el sur al norte helado;
todo el húmedo reino se alborota,
y la región del mundo más remota.

Dejan veloces sus acuosos nidos
de Océano los alados moradores,
do pieles vistosísimas vestidos
y escamas varias, varias en labores:
que como resonase en sus oídos
(más que jamás, con truenos muy mayores)
la superior señal, se alborotaron
y las cabezas sobre el agua alzarón.

Tú, Ícaro, de Febo aún temeroso,
no enjuto de las lágrimas paternas,
del rayo te recelas fulminoso,
con que ya regaló tus alas tiernas.
Temblaron de tu mar altivo, ondoso,
las aguas, y las cóncavas cavernas
bramaron todas con los recios truenos,
llenos de confusión sus huecos senos.

Refrenó el frigio Marsias su corriente,
el llorado tributo al mar negando,
su albergue de cristal resplandeciente,
con vuelo velocísimo dejando:
saca del agua su mojada frente,
los azules cabellos ondeando,
al son horrible y áspero movido,
nunca de él con vigor tan grande oído.

Veloz se cala al espacioso centro
la vigilante y presta centinela,
y por la estancia de Neptuno adentro,
la alegre nueva en altas voces vuela.
Sale el marino dios al grato encuentro,
que el torpe efecto del tardar recela;
los presurosos vientos le acompañan,
que el mar humilde desde el centro ensaña.

Tenía fresca en la inmortal memoria,
la precedente burla entera y viva;
érale dura y lastimosa historia
ver que, con grato cielo y frente altiva,
el Iberio, cantando la victoria,
a su despecho por sus reinos iba,
y que impedirle el paso salió vano,
con el intento y ruegos de su hermano.

Pretende de su agravio dura enmienda,

hiere sus monstruos con azote duro,
abren furiosos transparente senda,
rompiendo un cristalino y otro muro;
siguen las ondas con pujanza horrenda
su curso, y el revuelto cieno oscuro
también le sigue en ciegos empellones,
y de confusas ovas mil montones.

Mas el celeste joven fulminoso,
el vuelo infatigable levantando,
discurre por el aire presuroso,
la que parió al terror de luz bordando:
cuando a su medio curso presuroso
llegaba (el mundo de quietud dotando)
entra en la capitana reforzada,
del vecino peligro descuidada.

Sepulta en sueño, con pesada carga,
Miguel al timonero, y de la mano
le quita el gobernalle y de él se encarga,
al parecer en forma y voz humano.
La nao con empellón furioso alarga,
de las otras el mar dejando cano;
vienta tras esto un próspero, levante,
para sus altos fines importante.

Deslízanse las naves presurosas
por el tendido mar con sesgo curso,
y tras la capitana codiciosas
siguen su velocísimo discurso:
que de nubes turbadas y lluviosas,
ven hacia el frío norte gran concurso,
de cuya banda un trueno con rüido
se oyó, con asperísimo estallido.

El general de Cristo, que oyó el trueno,
sube a popa llamando al timonero
(de que fuese quien era bien ajeno),
a quien dice: «Cuidoso compañero,
¿cómo truena con tiempo tan sereno?,
¿qué barruntas, me di, del venidero?»
El santo protector que le encamina,
de esta suerte soltó la voz divina:

«Capitán valeroso, mil señales
de temporal siniestro se me ofrecen:

los cuernos de la luna desiguales,
que de niebla ofuscados se oscurecen,
y el que a las partes ves septentrionales,
cuyas sombras, señor, por puntos crecen,
amenaza con Norte descompuesto,
y con lluvioso Ábrego el opuesto.

«Y estas vagas estrellas, que cortando
vienen el aire con volar fogoso
de la banda del este, denunciando
van a la del oeste tiempo odioso.
Y las que ves también centelleando,
con rutilar más vivo y más lustroso
que acostumbran mostrarse de ordinario,
denuncian tempestad y viento vario.

«Y aquesta niebla vaporosa, ciega,
que turba la región del aire claro
y en mil partes distinta al mar se entrega,
el don haciendo de la luz avaro;
y aquella nube que al oriente llega,
a quien siguen las otras como amparo,
mil formas ofreciendo, inciertas, varias,
ten por señales, capitán, contrarias.

«Este color del mar ennegrecido,
es de erizados nortes señal cierta,
y en el fervor del centro embravecido,
de vientos diferencia está cubierta.
Gran daño tiene dentro concebido,
bien tengo su malicia descubierta,
y estas espumas que sembradas vemos,
por siniestra señal también tenemos.

«Los duros golpes, capitán, escucha,
con que las yertas rocas el mar hiere,
la furia descompuesta con que lucha,
que otra vez anegar el mundo quiere.
Llama tu suerte favorable y mucha,
si el puerto que pretendes hoy te diere
sin recibir tu armada detrimento
del mar furioso y del inestable viento.

«Pero si aqueste próspero no calma,
y, un breve espacio como vienta dura,
de más que piensas te promete palma,

y puerto en tierra firme te asegura.
Que le tenemos cerca me da el alma,
según colijo de una niebla oscura
que al templado occidente se me ofrece,
que sobre alguna tierra estar parece.

«A quien, si bien adviertes, ya visita
la Aurora con su frente plateada,
ya de sus cumbres la tiniebla quita,
y ciega noche de terror vendada;
ya el continuo trabajo resucita
de la cuidosa gente, reparada
del corto espacio de la noche fría,
alivio del penoso afán del día.»

Dijo, y con velocísima pujanza
y alentado vaivén la nao impele;
cruje la tablazón con la mudanza,
como cuando en peñascos tocar suele.
El presuroso viento aun no la alcanza,
bien que con alas alentadas vuele:
con tal velocidad la nao camina,
que apenas serlo el ojo determina.

Del senoso Tabasco a la corriente,
por donde el nombre pierde, en breve llegan,
y con gozo común el corvo diente,
las naos a la distante arena entregan.
Los españoles, con amor ferviente,
de tierra su agradable asiento aprueban:
salta Cortés con Aguilar en ella,
blandiendo de ancho hierro un asta bella.

Apenas en los hierros se fiaron
y en las amarras retorcidas, gruesas,
apenas el timón desampararon,
de las señales no curando aviesas,
cuando su oculta furia declararon
(montañas de agua levantando espesas)
los vientos, con rigor desenfrenado
juntando el bajo mar con lo estrellado.

Viendo el señor del húmedo tridente
que tierra el Español tomado había,
y que el alado joven refulgente
en todos sus peligros asistía

(a los altos preceptos obediente),
a su líquido alcázar se volvía,
desengañado ya, como testigo,
de cuánto le era en todo el Cielo amigo.

Quiere reconocer la tierra ignota
Cortés por su persona, y enterarse
si es cierta de su intento la derrota,
y de sus naturales informarse:
por poder, a la gente de su flota,
con verdadera relación tornarse,
y de sus compañeros belicosos,
asegurar los ánimos dudosos.

Al cual en medio de aquel llano umbroso,
dejando ya la flota asegurada,
el cortesano celestial lustroso,
visible se ofreció con faz rosada
en hábito de joven bullicioso,
tras la tímida caza levantada,
con fácil arco en la siniestra mano,
y prestas plantas demarcando el llano.

A quien dijo Cortés: «Joven, refrena
el presto curso de la tierna planta,
no la fatigues con la ardiente arena,
pues que a su cumbre el sol ves se levanta.»
¡Oh venturosa suerte, oh suerte buena,
llena de gozo y de esperanza tanta,
por cuyo medio relación se espera,
no menos que elegante, verdadera.

«Pero ¿quién pensaré, me di, que seas,
que tu forma parece más que humana,
y la muestra exterior de que te arreas,
más que no de esta tierra es soberana?
Ora seas deidad, ora hombre seas,
por esa bella juventud lozana
do el perfecto Hacedor tal bien encierra,
me informes, te suplico, de esta tierra.

«Pláceme, dijo el cortesano hermoso,
como quien de ella, amigos, nada ignora
y suspendiendo el paso presuroso,
con nuevos rayos los de Delio dora.
De su aspecto los dos, y hablar gracioso,

cada cual se suspende y enamora:
el cielo, el sol, el aire reserena
la voz divina, de consuelo llena.

«Aquesta es tierra firme y habitada
(Miguel les dice) de una fiera gente,
del valiente Tabasco gobernada,
a quien está sujeta y obediente;
de sus nobles pasados heredada,
por él guardada valerosamente,
no de las gentes convecinas solas,
pero aún de las remotas españolas.

«Mira, le dice, el potonchano estado,
y el bello pueblo do el cacique asiste,
de veinte mil vecinos habitado,
fuerte cuanto en su tanto jamás viste,
de distrito hermoso, dilatado,
que mil gruesos ejércitos resiste;
mira de troncos los fosados muros,
rendidos nunca a los asaltos duros.

«Aquí es adonde, en casa de madera,
tomó tierra una gente así barbuda,
de vuestra lengua, rostros y maneras
aunque arrogante, al parecer, y cruda.
Tomó del corvo río la ribera,
y tomar la ciudad pensó sin duda,
desposeyendo de su antiguo estado
al temido cacique ya nombrado.

«Fuéles el hado mísero, siniestro,
que en este sitio y dilatados llanos
al paso les salió el cacique diestro
con cantidad de jóvenes lozanos.
Hizo bien su deber el bando vuestro,
mas los altos decretos soberanos
(a cuyo disponer no hay fuerza humana)
ampararon la causa potanchana.

«Aquestos blancos y curados huesos,
que han las aves y el tiempo descarnado,
son las reliquias miserables de esos
testigos del suceso desastrado:
a quien los hados fueron tan aviesos
que pocos, y el caudillo destrozado,

de la mortal batalla se escaparon
y a sus inestables casas se tornaron.

«De esta rompida gente se decía
Córdoba el capitán, y no me engaño,
que no fue sólo aqueste el postrer día
que señaló la suerte a vuestro daño,
que de algunos deciros bien podría;
mas como es de mi vida trato extraño,
perdonad si enteraras más no puedo,
puesto que corto con vosotros quedo.

«Lo que os cumple saber es, se publica,
que una gente a vosotros semejante,
aquesta tierra ignota, fértil, rica,
sujetará con ánimo pujante.
Vosotros sois, si sois (Miguel replica)
los de valor y pecho tan constante,
vosotros sois sin duda, extraña gente,
quien pondrá duro yugo al Occidente.»

Dijo, y volviendo la cerviz rosada
manifestóles nueva luz visible,
con que la frágil vista fue ofuscada,
y se hizo su beldad casi invisible.
Derramó la madeja destrenzada
olor por todas partes apacible,
y al mortal discernir la forma niega,
seguido en vano de la vista ciega.

De esto y del resplandor los dos turbados,
un rato vacilaron con la mente,
sin moverse, mirándose atajados,
con mil mudos afectos igualmente:
Mas de la alteración ya asegurados,
hacen discurso en el favor presente,
y habiendo rastreado como humanos,
juzgaron ser avisos soberanos.

Las profundas palabras consideran,
llenas de fruto, y de consuelo llenas,
mas cuanto más las notan, las ponderan
con mil señales de esperanzas buenas.
Ya el diferirlas con fervor condenan,
a las regiones procurando amenas
millones de almas levantar, ya asidas

de los estigios monstruos, y oprimidas.

Tratando entre los dos más largo de esto,
a las vecinas naves allegaron,
donde del general el fin propuesto,
con voz conforme todos aprobaron.
Que por el río con secreto y presto,
nueve barcas se armasen ordenaron,
que descubriendo fuesen las riberas
de aquellas gentes belicosas, fieras.

El príncipe infernal, el poco efecto
visto, por mar, que conseguido había
en su cautela, y que en cualquier aprieto
el Angel al Iberio socorría
y que era al Cielo el general ace[p]to,
con nuevas trazas sus venganzas guía:
de otra suerte en su daño se previene,
como quien en sus tierras ya le tiene.

Dice entre sí con ánimo indignado:
«A mí sólo me adora aquesta tierra,
no conocen aquí al Crucificado,
ni a los misterios que su muerte encierra;
vio ha dado aquí a entender que fue encarnado
en Virgen madre, que mi ser atierra,
no saben que murió por darles vida
ni del Padre primero la caída.

«No saben que el antiguo Caos confuso,
dividió los mezclados elementos,
ni cómo en su discordia los compuso,
limitando sus términos y asientos:
ni que en el firmamento estrellas puso,
ni de la luna y sol los movimientos,
ni que crió las aves y animales,
ni el hombre, a quien dotó de bienes tales.

«Todo aquesto estos bárbaros ignoran,
y de todo la gloria me atribuyen;
mi habladora estatua sólo adoran,
y cosa sin mi acuerdo no concluyen;
mis simulacros por momentos doran,
en cuyo honor su sangre distribuyen:
de mil hombres, hay día, en ocasiones,
me ofrecen los latientes corazones.

«De este crédito quiere derribarme
un hombre, que sin fuerza y sin él viene;
con seis descalzos quiere contrastarme,
y con buena intención que dice tiene.
Quiero de mis astucias pertrecharme;
no se me escapará, que me conviene,
que pues al Nazareno le di tiento,
tendré para un mortal mayor aliento.»

Esto diciendo al aposento llega
donde el Cacique, con inquieto pecho,
no al reposo común el cuerpo entrega,
ni le provoca a tal el blando lecho.
Aunque ya la callada noche ciega,
llegaba al medio de su corto trecho,
revuelve en la perpleja fantasía,
cómo su nombre y tierra extendería.

Discurre por el ser de sus pasados,
cuyos méritos grandes considera,
de la Fortuna no tan amparados,
como el soberbio Antípoda quisiera.
Propone conquistar nuevos estados,
fíngese de gloriosa suerte entera:
ved la facilidad con que juzgamos,
pues al deseo las suertes igualamos.

Esto tiene a Tabasco sin reposo,
con esto el sueño ni un momento admite,
no le interrumpe amor libidinoso,
no quiere que el sosiego más le quite.
No piensa en Baco inmundo, perezoso,
que su antiguo valor desacredite,
ni en la glotona Ceres, sino en Marte,
del mundo prometiéndose gran parte.

Pero los miembros frágiles, sujetos
a la mortal miseria, se entorpecen;
del vacilar sintiendo los efectos,
ya del robusto brío desfallecen.
Poco a poco los ojos cierra quietos
y con sabrosa carga se oscurecen;
despide ronco aliento descansado,
ya en profundo reposo sepultado.

Mas el común sentido discurriendo
(que en la torpeza de los otros vela)
le va diversas formas ofreciendo
y, conforme al humor que cría, vuela.
Párecele le está su dios diciendo:
«¿Quién, Tabasco, en tu costa es centinela,
quién tu antiguo valor desacredita,
y, que cante de ti, a la Fama quita?»

«Deja para ocasión más oportuna
el blando lecho, rico y oloroso,
que no levanta a nadie la Fortuna
por camino tan torpe y perezoso.
Junta tu fuerte gente (si hay alguna
a quien se deba nombre tan dichoso),
tus instrumentos bélicos se toquen,
que a saña cruel los ánimos provoquen.

«Acude, acude presto a la marina,
verás tu suerte mísera, siniestra:
gente con nueva ley, nueva doctrina
(que quiere oscurecer la antigua muestra)
tomado ha tierra de la mar vecina,
amenazando con pujante diestra
a tus dioses, persona y a tu estado,
y de todo te juzga despojado.

«Estos son del Oriente los barbudos,
cuya sangre matiza aún hoy tu espada,
bien saben cómo corta en sus escudos,
y aun volverte la frente amedrentada.
Tus dioses temen mil presagios crudos,
guárdalos, y a tu tierra amenazada;
no admitas esta gente, que te importa,
antes (para su fin) la tuya exhorta.

Párecele al Cacique tras aquesto
que la adorada estatua conocida
(por la sala alargando el paso presto)
se va, con faz ceñuda y ofendida.
Despierta, alzando el pavoroso gesto,
y conoce la forma no fingida,
levántase diciendo: «¡Al arma, guerra
que entran los enemigos por la tierra!»

CANTO VI

Previénese el cacique Tabasco con su gente para defender la entrada a los españoles; en la ciudad de Potonchan [Champotón], la cual fortifica no poco ufano y alentado de un infernal y monstruoso prodigio. Traza Cortés de darle el asalto después de muchas demandas y respuestas con los naturales.

¡Cuán bien parece el príncipe ocupado
en defender sus súbditos cuidadoso!
Bien como por derecho está obligado
de todo riesgo y trance peligroso,
compliando con aquello que encargado
le está del Sumo Padre poderoso,
lo cual algunos príncipes ignoran,
con que su ser y crédito desdoran.

Piensan los tales que el tener vasallos,
sólo les fue del Cielo concedido
para con graves pechos molestallos,
camino do por muchos se han perdido.
Quiero de eite error desengañallos
(ya que en esta materia me he metido)
diciéndoles aquello que hacer deben,
aunque del sabio Rey la ley reprueben.

Deben amar su pueblo tiernamente,
conociendo y premiando los servicios,
y aplicarle el castigo conveniente
para sacarle de sus torpes vicios:
mas esto con un ánimo clemente,
que baste con la pena a dar indicios
de que, aunque como, rey al tal castiga,
su daño como a padre le fatiga.

Porque no es (si advertimos) otra cosa
un rey, que de estos miembros la cabeza,
obligado a sentir (cosa forzosa)
el dolor de cualquiera con ternaza.
¡Dichoso reino y era venturosa,
en la cual, hermanadas con firmeza,
la piedad y verdad juntas andaren,
y la paz y justicia se besaren!

Deben en tres maneras ser guardados
los vasallos del rey, y la primera,
de sí mismo ha de ser, sin ser vejados

con lo que de otros él no consintiera.
No han de ser en sus bienes molestados
sin bastante ocasión, notoria, entera,
y procediendo con tan justo intento,
rey, vasallos y hacienda irá en aumento.

La segunda manera de guardarlos,
ha de ser de los daños que ellos se hacen,
procurando igualmente el enmendarlos,
las causas atajando de a do nacen.
También de los mayores a ampararlos,
que en todo a los menores desaplacen
con fuerzas, robos, daños, desafueros,
leyes rompiendo y quebrantando fueros.

La tercera, ha de ser de los contrarios
que de fuera a sus súbditos fatigan,
inquiriendo los medios necesarios
para que las victorias se consigan:
no intentadas por modos temerarios,
que a perder las cantadas aún obligan.
Será con esto el príncipe querido,
y con Dios y su oficio habrá cumplido.

Dirán algunos que excusar pudiera
entrarme tan sin tiempo en el derecho,
y que el rigor de Marte prosiguiera,
camino, al parecer, menos estrecho:
y no dijeran mal si no tuviera
tan cerca la respuesta en mi provecho,
a que pido, señor, estéis atento,
que tiene (según pienso) fundamento.

Digo, pues, que el Cacique valeroso
que poseía el potonchano estado
era por todo extremo cuidadoso
en observar las cosas que he apuntado:
magnánimo, tratable, piadoso,
y a deshacer agravios inclinado,
defensor valeroso de su tierra,
querido y respetado en paz y guerra.

Pues si aquesto en un bárbaro hallamos,
falto de ley, y documentos falto,
¿qué mucho que sus partes advirtamos,
dignas de estilo más copioso y alto,

si lo que acá en los príncipes loamos,
constituidos en lugar tan alto,
con prolijos estudios alcanzado,
se halló en un natural no cultivado?

Este os será, Marqués, un vivo ejemplo,
para que, aunque en edad tierna, lozana,
con la instancia aspiréis que en vos contemplo,
do el príncipe tal gloria y nombre gana:
al cual hacían los antiguos templo,
y al que no, de metal estatua vana;
que (como dice el sabio) es provechoso
un hombre en la memoria virtuoso.

Mas como con tan sanas intenciones,
por escrito y palabra con vos ando
tan lejos de interés y adulaciones,
va lo que encierra el pecho en sí mostrando
mayores que otros que os están llamando:
cumplid con ellas; mas dejando aquesto,
pasaré a proseguir lo ya propuesto.

Tendía el sol sus rayos igualmente,
ya levantado en la mitad del cielo,
y con aliento fervoroso, ardiente,
los mieses tuesta y hiende el seco suelo,
cuando, exhortando a la española gente,
con diez barcas armadas, vuestro abuelo
(al furioso corriente contrapuesto)
sube con el pendón de Carlo enhiesto.

Mas el soberbio bárbaro arriscado,
al venidero daño prevenido,
el ancho del corriente había ocupado
con número de barcas recogido:
hallábase con él fortificado,
y por lados y espaldas socorrido;
mostrábase arrogante, orgulloso,
y de trabar contienda deseoso.

Era de esta naval escuadra bella
capitán, por Tabasco, Taxbayeto,
señalado en la frente de una estrella,
don natural de singular secreto;
salía resplandor lustroso de ella,
mostrándose en el día más perfeto:

joven, valiente, afable, desenvuelto,
de grandes fuerzas y de miembros suelto.

Cobijaba del bárbaro robusto
el bien formado cuerpo, un coselete
a cuatro lazos, aplicado, justo,
hecho de liso y retostado abete,
cubierto del metal que el Cielo justo
en las entrañas de la tierra mete,
mostrándonos que esconde un monstruo extraño
do nuestra perdición consiste y daño.

De suerte el sol en él reverberaba,
y en el bruñido casco reluciente,
que la vista más viva se ofuscaba,
como suele, al salir del rojo oriente.
Un fanfarrón plumaje le adornaba,
en vistosos colores diferente,
de azul, pajizo, blanco y encarnado,
de perlas, y esmeraldas argentado.

Ancho alfanje pendiente y, en la diestra,
flecha alada, de punta penetrante;
arco pintado, corvo, en la siniestra,
de extremos yertos y vigor pujante.
De esta suerte en la proa daba muestra,
el animoso joven arrogante,
de ser en la refriega el delantero,
cuyo rigor tal vez temió el Ibero.

Con veinticuatro barcas se le ofrece
al español el indio, en orden puesto,
do el juvenil furor y orgullo crece,
con bravear gallardo y descompuesto.
Que es la victoria suya le parece,
prométese dichosa suerte en esto,
diciendo: «bien deb[e]rían los barbudos
saber si cortan nuestros filos crudos.»

Ya la ronca señal de arremetida,
de un corvo caracol se despedía
que, de la turba idólatra entendida,
a embestir presurosa se movía,
cuando el pío Cortés, con voz subida,
con Aguilar les dijo que quería
hablar de paz con ellos, que bajasen

las armas y que atentos le escuchasen.

Refrenaron la furia acelerada
y, aunque de mala gana, al fin oyeron
a Aguilar, por quien fue manifestada
(con lengua a quien los indios entendieron)
la gran necesidad de aquella armada,
dando satisfacción que si surgieron
allí, arrojados de los vientos fieros,
fue a buscar de comer por sus dineros.

Que en un aprieto tal los socorriesen,
encarecidamente les pedían,
y que en la paga o precio no estuviesen,
porque de sed y hambre perecían:
que de su gran fatiga se doliesen,
puesto que a disgustaflos no venían,
y, advirtiesen ser cosa reprobada,
recibir al humilde con la espada.

Pudo con el caudillo tanto aquesto
que el furor aplacó del fuerte pecho;
su excusa admite con afable gesto,
ya condolido, de su punto estrecho:
tanto convence un término compuesto,
que aun es con el contrario de provecho.
«Vuestra demanda, dice, es justa, honesta,
de que tendréis en breve la respuesta.»

Parten, las corvas proas revolviendo,
y a la ciudad vecina caminaron,
donde algunas barquillas, proveyendo
de vianda al Ibero, se tornaron.
A su justa demanda respondiendo,
la intención de Tabasco declararon,
diciendo que a sus naves se tornasen
y que en su tierra y costas no saltasen.

Replicó el general que él no venía
a dar zozobra ni causar disgusto,
pero que la razón no permitía
tan inhumano proceder injusto:
que sólo de su tierra se quería
(por su dinero, por su mano y gusto)
fuése su rota armada proveída,
o en la ciudad su entrada permitida.

Era mandato de Tabasco expreso,
que la suerte por agua no tentase,
sino que las razones de más peso
y el pecho del contrario, escudriñase,
para poderse prevenir con esto
como mejor el tiempo lo ordenase;
mas su intento sabido, ya trabaja
en que sus costas pise por ventaja.

Para poder mejor fortalecerse,
un cauteloso término pidieron
a Cortés, señalado para verse
en ello, y a sus casas se volvieron.
Mas con resolución de defenderse,
a las usadas armas acudieron,
dando aviso a los pueblos más vecinos
por secretas veredas y caminos.

Recorren las murallas, fortifican
las puertas, barbacanas, torreones,
forman anchos bastiones, reedifican
cubos con gruesas vigas y troncones;
ahondan fosos, saeteras pican,
cubren los altos muros de lanzones,
de piedras, dardos, flechas, chuzos, varas,
de largas picas y veloces jaras.

No con tanto cuidado y diligencia,
fue el jotapato muro reparado
por la hebrea pujanza, la inclemencia
temiendo y el rigor de Nero airado,
y del gran Vespasiano la potencia
(por la ofendida Roma allí enviado),
como la gran ciudad, que por mil partes
bastiones brota y altos baluartes.

La juvenil pujanza belicosa
a una y otra parte discurría,
que con ira feroz, brava, fogosa,
por mostrarse al Ungido ya moría:
de la ciudad pretende fervorosa,
salir con mano armada y cruel porfía,
pensando de acabar aquella empresa
trayendo la pequeña escuadra presa.

Mas Tabasco, cacique valeroso,
antiguo sucesor de aquel estado,
por fuerte, diestro, bravo, belicoso,
de todas sus comarcas reputado:
en su diestra un bastón grueso, nudoso,
del lóbiza el extremo repuntado,
con aspecto feroz su gente ordena
y su bullicio juvenil refrena.

Tal se hubo el capitán con esta gente,
reprimiendo su furia acelerada,
cual cazador astuto, diligente,
en abstener de perros la manada:
cuando, con proceder inquieto, ardiente,
quiere seguir la caza levantada,
forcejeando en romper las ligaduras
de las traíllas ásperas y duras.

Cubría su cuerpo y pecho dilatado,
y la yerta cerviz nunca abatida,
una piel de lagarto variado,
con gruesas esmeraldas guarnecida,
(que, como arnés de punta reservado,
jamás de su rigor se vio ofendida)
sobre otra piel durísima asentada,
con mano sutilísima labrada.

Los largos, fuertes brazos le ceñía,
cabeza, rostro y hombros le ocultaba,
a los rollizos muslos descendía
y en las nudosas corvas se enlazaba
con ligazón vistosa, que la asía
y las plegadas bocas ajustaba:
doce preciosas piedras y lucidas,
por las anchas junturas esparcidas.

Del goloso metal, puro, acendrado,
que las venas le ofrecen de su tierra
(en cuyas gotas Jove transformado,
con Dánae la pasión de amor destierra)
grebas llevaba; de uno y de otro lado
entretallados términos de guerra,
los calcaños fornidos, alentados,
sobre dobladas pieles asentados.

Las manos de la fiera le servían

de manoplas al bárbaro arrogante,
do las agudas uñas parecían
(corvas, de golpe duro, penetrante)
que en espacioso trecho le salían
por los nervosos dedos adelante,
con que diversas veces peleaba
cuando la espada o maza le faltaba.

En la altiva cabeza, por celada,
traía la del monstruo, por los lados
a las cóncavas sienes enlazada,
con los agudos dientes aserrados,
por do la fiera vista limitada,
de los ojos feroces y rasgados
despide, amenazando las estrellas,
y con rigor fogoso mil centellas.

Seis piedras en un grifo por cimera
llevaba, de valor incomparable,
y un cortador alfanje de madera
y pedernal, de golpe irreparable:
una ancha piel, por vaina, de pantera
(de un rico tahalí bello, admirable,
pendiente) y una pluma colorada,
sobre la sien siniestra derribada.

En el pecho espacioso se mostraba,
sobre la varia escama, al diestro lado,
la batalla esculpida, atroz y brava,
en que el soberbio bárbaro arriscado
a Francisco Fernández retiraba
con valor de su tierra, y brazo airado,
de cuerpos las marinas ocupadas,
y de la ibera sangre rociadas.

En el simestro lado a Baltarino
(con quien tuvo sangrientas disensiones)
traía, un su contrario convecino,
con ejército grueso en escuadrones:
al cual en un reencuentro le convino
volver con presto curso los talones,
y en sanguinosa, infame retirada,
conocer la ventaja de su espada.

Por las anchas espaldas, mil historias
con perfectas colores estampadas;

sus prósperas fortunas y victorias
traía por trofeos derramadas:
sanguinosas contiendas, triunfos, glorias
por el famoso idólatra alcanzadas,
y sembrados por orla en toda parte,
mil despojos belígeros de Marte.

Fue la ciudad en breve proveída
de vituallas, munición y gente,
de gente bien armada y escogida,
que a su defensa vino diligente.
Esta, por sus estancias compartida,
al enemigo aguarda alegremente,
su tardanza culpando ya importuna,
y al duro proceder de su fortuna.

Viejos, mujeres, niños echan fuera,
y gente de labranza, no importante
al menester, bisoña, novelera,
en ejercicio, bélico ignorante,
y de la natural y forastera
nombró un pequeño número arrogante
de cuatrocientos jóvenes, que atiendan
a la muralla y la ciudad defiendan.

A quien, con grave voz presuntuosa
exhortando, el Cacique dice: «En tanto
que esta diestra rigiere la nudosa,
herrada maza, de rollizo canto,
gozaréis libertad dulce, sabrosa;
veréis si en conservarla me adelanto,
siendo en las ocasiones el primero,
y en dejar los peligros el postrero.

«Entre el copioso número que encierra
de fuertes hombres mi espacioso estado,
os elegí por muros de la tierra,
más que no en los presentes confiado,
que el fuerte muro que al contrario atierra
nave con el varón insigne, osado;
con esto está en los trances más seguro
que detrás del fosado y ancho muro.

«De nuestra parte la razón tenemos,
que es la mayor de conseguir victoria;
ley, libertad y hacienda defendemos,

ocasión de adquirir perpetua gloria;
cuánto puede el contrario conocemos,
quien nuestra pujanza es ya notoria:
nuestras puertas la victoria llama,
no neguemos los nombres a la Fama.

«Que no de padres los gloriosos hechos
pueden hacernos justamente ufanos,
que si tuvieron valerosos pechos,
no fue con el favor de nuestras manos.
Cuando hayamos (por trances tan estrechos)
sus pasos imitado soberanos,
el nombre nos aguarda concedido,
a los que muertos triunfan del olvido.

«¿Hay carga más pesada que la vida
con el odioso deshonor manchada?
¿Hay afrenta más dura y desabrida
que la sabrosa libertad quitada?
¿Hay prenda de quilates más subida,
con quien esté la honra más ligada?
Pues si aquesto es así, ¿qué bien nos queda
que tal sin libertad llamarse pueda?

«Prevenid, valerosos potonchanos,
a la venganza el ánimo ofendido,
paguen aquestos extranjeros vanos
su jactancioso término atrevido.
¿Tan sin vigor nos hallan, tan sin manos,
que el yugo nos presentan abatido,
que las cervices potonchanas yertas
de sí sacudirán después de muertas?

«Cesen entre vosotros los rencores,
y las antiguas competencias cesen,
que pues no os repartió cosas mayores
la suerte, así convino que estuviesen.
Bien sé que son terribles sinsabores,
aun cuando las mayores se adquiriesen,
mas jamás elección hizo ninguna,
por examen de méritos, Fortuna.

«Mercedores sois, yo os lo confieso,
claros varones, de real corona,
según de vuestros hechos el proceso,
con que eternos la Fama ya os pregona:

aunque indignos, cien mil gozaron de eso
contra el ser y valor de su persona,
por do veréis que es más el merecerlo
que indignamente, amigos, poseerlo.»

Calló el robusto capitán con esto
y un zurrido en su gente sordo escucha,
como cuando con soplo descompuesto,
con los huecos peñascos Bóreas lucha:
todos, con el siniestro brazo enhiesto,
manifestando confianza mucha,
dieron al aire las aladas flechas,
a la parte do nace el sol derechas.

A quien después de salva tan cumplida,
haciéndole en su estancia reverencia,
con alta voz, a un tiempo despedida,
piden para defensa tal licencia.
Axtli con faz marchita, envejecida,
sacerdote tenido en reverencia,
las frágiles rodillas en el suelo,
dice al ausente protector de Delo:

«Oh padre poderoso, refulgente,
cuya presencia la tiniebla espanta:
tú, cuya ciencia eterno, eternamente
en todo al tiempo incierto se adelanta,
muestra a tu pueblo con piedad la frente,
y el ánimo del tímido levanta,
para que de estas gentes extranjeras,
consigan fin glorioso tus banderas.

«Rociaremos tu faz bella, lustrosa
(si esta victoria nos concedes cara)
con sangre de esta gente perniciosa,
buscando la mejor, más pura y clara.
Ocho barbudos de apostura hermosa,
de recios miembros y agradable cara,
vendados a tus aras llevaremos,
y en tus templos sus pieles colgaremos.»

Tembló la tierra en torno reciamente,
abrióse un boquerón en ella horrible,
de llama vomitando, espesa, ardiente,
en humo envuelta, un empellón terrible.
Cubrióse el aire de un vapor caliente

y de azufrado olor, seco, insufrible;
óyese echado del fogoso seno,
un mal distinto y espantoso trueno.

Tras esto un prieto joven se les muestra,
alto, en la boca de la horrenda sima,
vibrando un arco, con pujante diestra,
que de una flecha el cuento al pecho arrima.
Entrega al aire la señal siniestra,
envuelta en fuego, con que al Indio anima;
ésta buscó las naves españolas,
hasta entrar rechinando por las olas.

Volvióse a resolver en llama pura
aquel tartáreo monstruo denegrido;
calóse al hondo de la boca oscura
con espantable y áspero bramido;
cerróse aquella cóncava abertura
ensordeciendo el aire con rüido:
júzgase el Potonchano bullicioso,
con favorable agüero, victorioso.

Alzó el Cacique con las juntas manos
la agua más clara que del río pudo;
obligóse a sus dioses, torpes, vanos,
con varios votos y con pecho crudo.
A los astros, con luz nocturna ufanos,
también se obliga, de piedad desnudo,
y a las penosas almas del olvido
con sanguinosa ofrenda quedó asido.

¡Oh cuán sin fruto, Antípoda, te afanas,
idólatra sin luz, crudo, sangriento,
en defender tu tierra y leyes vanas
contra el supremo inevitable intento!
¿Tú las estatuas de Luzbel profanas,
no ves del Alto usurpan el asiento?
Limpia los ojos de esa niebla ciega,
que a suerte muy mejor Cortés te entrega.

Tras esto, doce barcas reforzadas
el Cacique mandó que se aprestasen
con poca vitüalla y bien armadas,
y contra el pueblo ungido se tornasen
con respuesta y razones mal miradas:
que a sangrienta contienda le forzasen,

dándole poco y mal mantenimiento,
para venir del todo en rompimiento.

Del cristalino lago ya salía
(sus dorados cabellos esparciendo)
Delio, dando su luz al nuevo día,
las nocturnas tinieblas despidiendo.
Al espejado cielo se subía,
el alto olimpo por la altura hiriendo,
cuando la fiera gente potonchana
en escuadra naval se ofrece ufana.

Recibió el general lo que trajeron,
mas conoció las cautas intenciones,
que la áspera respuesta que le dieron
descubrió sus dañadas pretensiones.
Quísolos aplacar, pero volvieron
la oreja a sus pacíficas razones
diciéndole: «Consejo no queremos
de quien no nos entiende ni entendemos.

«Toma tú, amigo, el nuestro, y serte ha sano,
desocupa la tierra y costa ajena
antes que el valeroso Potonchano
te dé de tu locura justa pena.
El remediarte ahora está en tu mano,
y el huir la ocasión que te condena:
no te metas en parte que te pese,
y tu remedía con tu vida cese.»

Visto ser ya razones excusadas,
Cortés, las que al Antípoda decía,
le responde: «Serán por mí ocupadas,
antes que se nos muestre el nuevo día,
de la ciudad las casas más granadas,
abriendo en vuestras muros ancha vía.»
Nada los potonchanos respondieron,
y a su ciudad risueños se volvieron.

Citando con negras alas ocupaba
lo oscura noche el espacioso cielo,
y con velo espantoso cobijaba
la dilatada redondez del suelo,
trescientos españoles emboscaba
por tierra, con silencio, vuestro abuelo,
por Alvarado y Ávila regidos,

en números iguales compartidos.

Llevaban seña cierta y acordada
que (en oyendo jugar la artillería)
la gran ciudad, por tierra, descuidada,
asaltase la oculta compañía
rompiendo con la muralla franca entrada,
porque en naval conflicto les quería
dar, para entretenerlos, sobresalto
mientras daba por tierra el duro asalto.

Esto después de haber (como es mandado)
al idólatra pueblo requerido
con la serena paz, y haber guardado
de las conquistas el rigor pedido.
Y haber también con humildad rogado
no el paso le impidiesen defendido,
justa demanda que la ley concede
cuando por lo dispuesto se procede.

El general de Cristo con aquesto
(arbolado en su nombre el estandarte),
al del Ángel soberbio contrapuesto,
representa un cristiano, fiero Marte.
No hay peligro ni daño a que dispuesto
no esté, cual reforzado baluarte,
pues ya triunfado habiendo del mar fiero,
pelea con Satán y un mundo entero.

CANTO VII

Asalta Cortés por agua la ciudad de Potonchan [Champotón], donde halla animosa resistencia y se señala el valeroso Tlaxco. Sale el cacique Tabasco de ella a defender la entrada a los españoles por el muro rompido, del cual y de la ciudad son rebatidos por el Cacique algunos de ellos que la habían entrado, sobre que se traba una dudosa y sangrienta refriega.

Siempre la industria fue loable cosa
y (cual el valor) célebre, importante;
ésta sale mil veces victoriosa,
de lo que no la diestra más pujante:
no con trompa siniestra, sanguinosa,
es causa el vencedor sus triunfos cante,
que no es victoria la que sangre cuesta,
y si hay sin ella alguna, sólo en ésta.

Fue necesario se advirtiese de esto
bin que el Bárbaro incauto lo entendiese,
por que acudiendo al daño manifiesto
no en el de por venir se previniese
y el grueso muro, reforzado, enhiesto
(hasta allí no sujeto) se rindiese,
dando a la industria tan cumplida parte,
como al propicio, sanguinoso Marte.

Doscientos españoles que restaban,
con presteza mandó Cortés se armasen,
y que en los bergantines que quedaban,
para batir el muro se embarcasen:
de adonde ya los indios los flechaban
por que no a la muralla se acercasen
que baña por aquella banda el río,
fortificada en parte en un bajío.

Lucidos gallardetes y estandartes
de diversos colores se mostraban
(tejidos de algodón) por todas partes,
que en torno las murallas ocupaban:
pendientes de los altos baluartes,
aquí y allí los vientos los llevaban,
que de unas y otras partes discurrían
con soplo apacible los movían.

Ya Pírois, Eous y Etón constreñidos,
y Flegón, de la mano refulgente
y del bocado estrecho reprimidos,
en su veloz carrera y curso ardiente,
con las lucientes riendas recogidos,
de la mitad del cielo al Occidente
gimiendo bajan, cuando salta al río,
el agua al muslo, el Español con brío.

Sonaban de los muros bulliciosos,
caracoles, tambores y trompetas,
huesos de peces, corvos y nudosos,
formados a manera de cornetas,
que con varios acentos presurosos
y roncadas disonancias imperfectas,
el, las vecinas rocas retiñían
y por el aire claro discurrían.

Ya la trompeta, con pujanza herida
del Español, despide un son terrible,
robando la color más encendida
el fin incierto del asalto horrible,
que la incauta ciudad fortalecida
hace la entrada por allí imposible:
arremete Cortés con cien soldados,
de una industriosa manta cobijados.

Con éstos pica el muro por un lado,
y por otro, cien pasos de él distante,
de bárbaros gallardos coronado,
arremete con ímpetu Escalante.
Dio en un chico postigo y puente alzado
con valeroso proceder pujante;
tres escalas en breve al muro arrima,
puesto que en vano al Español anima.

Nubes de tiros con espesa carga
bajan de la muralla con rüido:
cuál del rigor antípoda se adarga,
cuál cae de piedra o dardo mal herido,
cuál el combate deja y de él se alarga,
cuál por la arena rueda sin sentido,
la cerviz del soldado más enhiesta
quedando rota, corva o descompuesta.

Como en el campo de árboles exento
suele el yerto granizo acelerado
tratar, envuelto en frío y recio viento,
el cabizbajo, tímido ganado,
derribando las reses ciento a ciento,
dejándolo contrecho, derregado,
así del olio santo los ungidos
caían, de los tiros compelidos.

Defiende su ciudad el Potonchano
y arroja de armas variedad de suertes,
bien como aquél que con sangrienta mano
mil veces defendió sus muros fuertes.
Lanza un peñasco Quitanyol lozano
(dura amenaza de infelices muertes)
con que la encubertada gente oprime,
y la máquina inútil rota gime.

Vomita por un lado armada gente,

todos tras el que paso abrió corriendo:
como cuando con brinco, diligente
(en estacado aprisco el paso abriendo),
a la res que saltó primeramente
van con balidos las demás siguiendo,
así la corva manta desamparan
y ya, sin cauto ardid, al muro encaran.

Fue forzoso a Escalante el retirarse
un tiro de arcabuz del fuerte muro
con las rotas escalas, y acercarse
donde estaba Cortés no bien seguro:
que ya alargaba el paso por juntarse
con él, viendo el estrago y caso duro,
temiendo (en ocasión tan importante)
algún daño del Bárbaro pujante.

Revuelven todos juntos, rociando
con fogosas pelotas la muralla,
la gruesa artillería procurando
con las humildes hondas igualalla.
Su tibieza el Crismado ya culpando,
vuelve al asalto y desigual batalla
ofendido, y de verse avergonzado
del muro tan en breve retirado.

Sesenta arcabuceros escogidos
Cortés dejó en un puesto diputados
que, con tiros continuos esparcidos,
apartaban del muro los soldados;
a los cuales mandó y dejó advertidos
que, aunque en la arremetida destrozados
viesen a los iberos, no aflojasen
los tiros m el lugar desamparasen.

Dio Cortés con el resto de la gente
en un lienzo, y poniendo dos escalas,
por la una con paso diligente
suben Ordás, León, Mercado y Salas;
por la otra, Limpias, Leyva, San Vicente,
Salceda, Martín López; mas sin alas,
de ellos volaron y en el agua dieron,
de los tiros forzados que ocurrieron.

Tapia y Olea por subir trabajan,
sin fruto del afán en que se ocupan,

que los espesos tiros se lo atajan,
cualquiera diligencia les trabucan:
en nada de los otros se aventajan,
que las altas escalas desocupan
cayendo, de vigor necesitados,
al agua sin acuerdo y atronados.

Estaba Tlaxco (joven animoso,
de escamas de oro cobijado el pecho)
con voladores dardos bullicioso,
raro en presteza y en tirar derecho,
el muro defendiendo fervoroso,
de sí más que debiera satisfecho,
que la corta experiencia aún no le había
mostrado cuánto yerra el que en sí fía.

Este, el nervoso brazo sacudiendo,
de entrar el muro la esperanza quita,
entre los prestos dardos despidiendo
copia de espesas piedras infinita:
con que, en aprieto al Español poniendo,
por puntos en valor más se acredita,
mas como el buen estado no es durable,
llegó el vaivén de la fortuna instable.

Fijan todos en él la vista odiosa
y ya pretenden con su muerte fama,
cada cual a la mira codiciosa
aplicando el cañón y ardiente llama.
Mas Tapia (a quien empresa tan honrosa
para principio de sus glorias llama)
al aire entrega una veloz pelota
que abrió del joven la escamosa cota.

Rompe del fuerte corazón la vía
y en él se engasta, en roja sangre envuelta;
cubre un sudor mortal su cara fría,
con visaje feísimo revuelta;
mas antes que su vista huyese al día
y alma indignada por los aires suelta,
dio de su gran valor la postrer muestra,
sintiendo inútil la pujante diestra.

Andaba sobre el muro agonizando,
en breve muerte y negra sangre envuelto,
mas como pudo, la cabeza alzando,

vio a Cabrera, brioso, desenvuelto,
subir (debajo de un pavés trepando)
por la escala con ánimo resuelto:
el bárbaro arrastrando se le opone
y a resistir su intento se dispone,

Diciéndole: «Español, aún Tlaxco vive
para impedir tu loco atrevimiento;
tu subida entre tanto se prohíbe.
Desiste, ciego, de dañoso intento
y a questo cuerpo sobre ti recibe,
de fuerzas falto y de vital aliento,
que con esto a su patria satisface,
con quien Tlaxco, aun muriendo, el deber hace.»

Sobre él, con esto, el bárbaro se arroja,
del español templando el verde brío,
que (sin sentido) de su intento afloja
dando de espaldas en el ancho río.
Tlaxco, rendido a la postrer congoja,
despide el alma con aliento frío:
recíbele en sus faldas la corriente,
con mansa, compasible y grata frente.

Alzase en esto con pujante aliento,
de entrambas partes un clamor terrible;
hieren las trompas con sonoro acento
a un céfiro templado y apacible;
arremeten con ánimo sangriento
los españoles, y furor horrible;
de cautelosos modos ya no curan,
que entrar sin ellos la ciudad procuran.

Socorren a Cabrera, León y Acedo,
y la falta de Tlaxco conociendo,
dan por aquella banda con denuedo,
el grueso muro con vigor batiendo.
Pasa de ardiente bala a Xaya, Oviedo,
que iba un medio peñasco revolviendo
(por encima del muro presuroso)
para echar sobre Zúñiga y Reinoso.

Un dorado cañón Cortés apaña,
a quien de regalado plomo aplica
una pelota de grandeza extraña,
y al ojo la acertada mira rica:

encara a Taibayeto, que con saña
el coraje en los suyos multiplica,
los ánimos briosos indignando
y con valor lo flaco reparando.

La diestra sobre el pecho dilatado,
el valeroso capitán tenía,
acaso puesta hacia el siniestro lado,
que el dorado bastón la sostenía.
Clávasela en el pecho el plomo helado,
abriendo del pulmón la hueca vía:
rueda del muro el bárbaro valiente,
lanzando el alma con suspiro ardiente.

Otra bala Cortés tras ésta tira
con que al gallardo Pandio rompe el pecho;
pone en Taguayo Nájara la mira,
sacando el alma de su nido estrecho;
el fuerte Martín López, lleno de ira,
de famoso adquiriendo va el derecho,
a cuyas balas muere Talbidano,
Fluxcaya, Tresso, Vulpido y Turano.

Iban por partes ya desamparando
sus estancias los indios malheridos;
muchos muertos del muro caen rodando,
del rigor de las balas impelidos
pero, con gran cuidado reparando
los vacíos lugares, proveídos
eran con gran presteza de otra gente,
no menos en guardarlos diligente.

Crece el tesón, coraje y la porfía,
la pertinacia de una y otra parte,
que en los fogosos pechos infundía
rigor, ira y venganza el fiero Marte.
Auméntase el furor, la vocería;
baten por bajo un fuerte baluarte
Solís y Ordás, con picos y azadones,
arrancando de un lado dos tablones.

Un pequeño portillo quedó abierto
por do cabía un hombre estrechamente;
entra por él Juan Yuste, bien cubierto
de una rodela, y síguele el valiente
Portocarrero de Écija, hombre experto

en militar estudio, y preeminente:
tras él entran Cermeño y Castañeda,
Tapia, Rodrigo, Gómez y Salceda.

Estos entraron antes que se viese
del alto muro el daño recibido,
ni que la turba idólatra ocurriese
al reparo, con súbito alarido.
Mas como por los indios se extendiese
la nueva voz del muro ya rotpido,
tantos a su defensa se opusieron
que al brioso Español de allí impelieron.

El soberbio Tabasco, en ira ardiendo,
con el herrado, grueso y basto leño,
al abierto portillo va corriendo
con rostro airado y arrogante ceño:
«¡Aguardad!», en su lengua va diciendo,
y al postrero en salir, que fue Cermeño,
hiere en un hombro con la dura maza,
rompiéndole el escudo y la coraza.

Fue al soslayo el efecto de la herida,
pero quedó del golpe atormentado,
con la mano derecha adormecida
y así soltar la espada fue forzado.
Salta al río con mísera caída,
ya desistiendo del lugar ganado;
el Cacique le sigue, y no se fuera,
si el angosto portillo mayor fuera.

36.

Prueba a salir tras él, pero no pudo,
que el estrecho postigo lo impedía;
alza el leño a dos manos, tan sañudo
que de un golpe en el muro abrió la vía:
del ímpetu furioso, horrendo y crudo,
la muralla tembló, y con vocería
abrazan las almenas los soldados,
del grave terremoto amedrentados.

Arrójase tras esto al ancho río,
al bautizado pueblo amenazando
con bizarro, gallardo y diestro brío,
el fresno a un cabo y otro blandeando,
a todos juntos grita: «¡Os desafío!».

Juan Núñez y Solís le van cercando,
pero de suerte el indio el leño juega,
que a ofenderle ninguno se le llega.

«Venga vuestro Cortés, el indio grita,
y esta contienda a solas acabemos,
que si él me vence y la opinión me quita,
la ciudad yo y mi gente dejaremos.
Y si aquésta a su diestra inhabilita,
que se vuelva a embarcar por bien tendremos:
esto, con que las flautas me dé luego
que escupen humo, hierro, trueno y fuego.

«Y si aceptar aquesto no quisiere
(no teniendo tan alta oferta en nada)
y con su poca gente me embistiere,
muerte conseguirá muy más honrada.
Así que, de la suerte que viniere,
le aguardará mi maza repuntada,
ora cautelas contra mí prevenga,
ora el resto de España con él venga.

«Ora pelee con el rayo ardiente,
con que al soberbio el padre Sol castiga
(de las humanas armas diferente),
con que mis gentes sin porqué fatiga,
sin duda hurtado por aquesta gente,
o concedido para suerte amiga
en contra mía; mas si aquesto fuera,
no un dios de humanos medios se valiera.

«Ninguna será parte de estas cosas
para impedir que mi valor no entienda,
m para que las muertes lastimosas
queden sin justa y sanguinosa enmienda.
¿Qué condiciones trato yo afrentosas?
Bueno es que de Tabasco tal se entienda,
que, habiéndole mortales ofendido,
haya, si no de muerte, algún partido,

«Hoy habéis de morir todos, os juro,
paga condigna a vuestro intento reo;
para aquesto dejé el fosado muro,
y para que entendáis cómo peleo
ya he elegido lugar menos seguro.»
«¿Qué es de ese Capitán, que no le veo?»,

a Cortés llama el indio y amenaza,
jugando diestro la rolliza maza.

Tras quien doscientos mozos escogidos
salen de la ciudad con paso presto,
de picas, flechas, dardos proveídos,
al Ibero tirando contrapuesto.
Con ánimos resueltos y ofendidos,
teniendo va el vencer por manifiesto,
se mezcla con la gente bautizada,
a las manos llegando y a la espada.

Divisan una nube polvorosa
que la hueca región del aire turba,
ven que sobre ellos viene presurosa
copiosa parte de la adversa turba.
La bárbara trompeta sonora
truenan, con que los ánimos perturba,
braman mil caracoles retorcidos,
de alientos varios con vigor heridos.

Estos eran dos bandas de flecheros
con ímpetus marciales, que encorvando
pintados arcos, y con pies ligeros,
de nuevo entran las aguas enturbiando.
Dan sobre los sesenta arcabuceros,
el pequeño escuadrón desbaratando,
con alta grita el aire ensordeciendo,
nubes de aladas flechas despidiendo.

Gente suelta, sin orden, desmandada,
que de las convecinas poblaciones
se juntó al menester sin ser llamada,
por su propio interés y pretensiones:
que, como les dijese que era entrada
la ciudad sus escuchas y espiones,
a socorrerla corren; nadie aguarda,
y el más suelto de pies, piensa que tarda.

Quedó de la furiosa arremetida
la ibera gente rota y trabajosa,
del tropel en cien partes dividida,
metida entre la turba belicosa.
Trábase una contienda cruel, reñida,
de entrambas partes dura y sanguinosa,
vuelve el rompido Iberio a reformarse

y, con dificultad, a concertarse.

Despiden recios truenos espantosos,
del regalado plomo acompañados,
entre rayos envuelto fulminosos,
de salitrada especie alimentados.
No por eso los bárbaros briosos
una mínima parte aflojan, que forzados
a la venganza de la muerta gente,
con ánimo pelean bravo, ardiente.

Con veloz murmurar, agudas flechas
el aire van rompiendo en banda espesa,
y con ira sangrienta van derechas
do el hesperio rigor les da más priesa.
Hácense al largo en mangas algo estrechas,
ya por último fin de aquella empresa,
mil y quinientos jóvenes flecheros
y, aparte, un escuadrón de mil piqueros.

Al cual Olid y Morla arremetiendo,
Hircio, Escobar, León, Nájara, Ayala,
Ojeda, Juan de Limpias y Liendo,
Juan Núñez de Mercado y Matamala
entran (lo más cerrado de él rompiendo)
haciendo sanguinosa riza y tala:
y a pesar de la turba no pararon
hasta que en medio de ella se lanzaron.

Cierra el Indio la vía aportillada
por los doce españoles esforzados,
y con la piquería ya calada
atiende a los demás por todos lados.
La escuadra esconde en sí fiera, arriscada,
y en sus pujantes diestras confiados,
los bárbaros sobre ella dan furiosos,
mas hallaron los fines peligrosos.

Los doce entre la espesa compañía
tales cosas hicieron con la espada
que, con humilde pluma (cual la mía),
no podrá ser su gloria celebrada.
Sólo diré, señor, que su porfía
fue tal, y tal la furia acelerada,
que el formado escuadrón desbarataron,
de que al Erebo mucha parte echaron.

¡Oh valerosos doce afortunados!,
si algo mis versos algún tiempo fueren,
estad sin duda alguna confiados
que os hallarán allí si se leyeren:
no seréis al olvido por mí dados
mientras mis flacas fuerzas discurrieren;
en mí tendréis un cierto pregonero,
aunque con rudo proceder grosero.

Cortés con la demás gente arremete
al piquero escuadrón desbaratado,
y con atroz estrago en él se mete
gritando: «¡Cierra, España!», bravo, airado.
Al infelice Taugo el coselete
(que era de fuerte líbano tostado)
pasa de una mortífera estocada,
privándole de vida regalada.

Era un cacique próspero, temido,
lugarteniente de Tabasco fiero,
por valiente en el cargo preferido
y en la milicia experto, gran flechero,
que a su ruego a ayudarle había venido
y a serle en aquel trance compañero:
éste la turba idólatra regía,
a quien como a Tabasco obedecía.

Topa con Ataybay más adelante,
en cantar a las bodas mozo diestro,
de brazo en el flechar presto, pujante,
en la maza alentado y gran maestro;
pásale de una punta penetrante
el hueco lado, mísero, siniestro,
y del segundo golpe a Batayda,
fuerte en la lucha, priva de la vida.

Hínchense las entrañas llenas de ira,
y de nuevo los fieros escuadrones;
cada cual al contrario apunta y tira,
puestas sólo en vencer sus pretensiones.
El ánimo más flaco a aquesto aspira,
cuando el arma le falte, a mojicones;
los bullicios marciales, el estruendo,
hacen un son confuso, fiero, horrendo.

Estaba el agua de astas ya cuajada
(que por ella sin dueños discurrían)
de picas, flechas, dardos ocupada,
que con las turbias olas se movían:
ofendiendo a la gente embarazada,
impelidas del agua, a mil herían,
dañando tanto aquellas que vagaban
cuanto las que con furia se tiraban.

Crece en número el Bárbaro pujante,
asoma Quaticón por la marina
con dos mil potonchanos, arrogante,
debajo de su amparo y disciplina.
Cortés, algo confuso, en el instante
manda a ochenta soldados y a Molina
que, por la espesa turba abriendo vía,
al escuadrón se opongan que venía.

Rompen la gruesa escuadra jactanciosa
a un tiempo, de tropel amontonados,
mas con dificultad la belicosa
cuadrilla abrió los pasos atajados.
Dudóse la salida peligrosa
porque los enemigos, animados
con los nuevos socorros que venían,
con más prisa y vigor los ofendían.

Trejo, Hermosilla, Santacruz, Morante,
Alonso Ortiz de Zúñiga, Ontiveros,
Juan Tirado, Garnica y Escalante
salieron del aprieto los primeros.
Molina, y de su gente la restante,
gran cantidad resisten de flecheros
que con alto alarido los seguían,
teniendo ya por cierto que huían.

Vomitan con más prisa seis cañones,
gruesas y ardientes balas rigurosas;
rompen el fuerte muro y torreones
despidiendo sus cargas espantosas.
En sus cuevas y cóncavos rincones
las fieras se recogen, temerosas
del nuevo trueno y dura batería,
que amenazar al cielo parecía.

CANTO VIII

Entran los españoles la ciudad de Potonchan [Champotón] con daño y muerte de muchos indios. Retírase con su gente el cacique Tabasco malherido, habiendo peleado con gran esfuerzo y coraje valerosamente.

Cuando el ánimo noble, valeroso,
en quien concurre fuerza y fortaleza
(fortaleza del alma, don precioso,
fuerza que al cuerpo da naturaleza),
acomete algún caso peligroso
con cuerdo osar, mostrando su nobleza,
el hecho más sangriento facilita
y al enemigo abate y necesita.

Por Cortés se verá y su compañía,
que el peso del combate sustentaba,
pues con doscientos hombres resistía
bien a seis mil de aquella turba brava,
y con sangrienta y áspera porfía
su extremado valor manifestaba,
que en el trance más grave y más dudoso,
se enciende más el pecho generoso.

Oyeron los trescientos emboscados
(que atrás dije) la pieza disparada
y, como leones fieros, desatados,
dejan el sitio oculto y enramada.
Los instrumentos bélicos callados
se mueven a la seña deseada,
en el asalto codicioso, fiero,
queriendo cada cual ser el primero.

Cual suelen los veloces corredores
salir en campo a joya prometida,
a quien la sed de verse vencedores
anima y apresura en su corrida,
codiciando del vulgo los favores
y la opinión, con premios adquirida,
así los españoles valerosos
parten a la ciudad con pies briosos.

Allanan sin contraste el ancho foso
y cólmanle en un punto de fajina,
do con haz mal compuesto, embarazoso,
con diligencia cada cual camina,

y el más valiente y más pundonoroso
al duro peso la cerviz inclina,
que la codicia por su parte obraba
y ya del pueblo el saco aseguraba.

Estaba el Potonchano, inadvertido,
por la banda del río peleando
en defensa del muro ya roto,
el entrar o no entrar averiguando:
respecto de lo cual había ocurrido
toda la gente allí, desamparando
por las partes de tierra el fuerte muro,
ignorantes del daño y mal futuro.

Do los fuertes iberos llegaron
gruesas cuerdas y, escalas arrimando,
sin resistencia alguna en él se entraron,
sus más fuertes lugares ocupando.
Alvarado y cien hombres se quedaron
en ellos, y a la gran ciudad bajando
los demás, por las calles alentados
discurren, de tropel amontonados.

Mas Ávila, como hombre que entendía
de guerra los ardidés cautelosos,
de los pasos estrechos se desvía,
buscando los más llanos y espaciosos:
de bárbara celada se temía,
que es el temer a tiempos de animosos;
por la ciudad se mete recatado,
con paso y escuadrón bien ordenado.

Allega en breve espacio a una ancha plaza,
de suntuosas casas adornada,
de círculo vistoso y sutil traza
y por diversas partes torreada.
Nadie el tendido paso le embaraza,
que toda estaba libre y despejada,
de adonde del combate bien se oía
el bélico rumor y vocería.

Sueltan la clara voz, hasta allí muda,
añafiles, trompetas y atambores
con sangrienta señal, horrenda y cruda,
amenazando al pueblo y moradores.
La descuidada gente, torpe y ruda,

con repentinas voces y clamores
va al reparo turbada, sin aliento,
sin orden, en confuso movimiento.

Doscientos indios a Ávila salieron,
gran cantidad de flechas despidiendo,
y a las espesas balas se opusieron,
mi importante paso defendiendo.
Mas los ungidos (que atajado vieron
el camino) con furia arremetiendo,
se mezclan con los bárbaros briosos,
de otro mayor peligro recelosos.

Sale adelante el fuerte Tugaíno
sembrando fanfarronas amenazas,
en el pecho un espejo cristalino,
con industria engastado en las corazas
(blanco de su cercano y cruel destino),
blandiendo un asta con ufanas trazas;
Ávila con la vista le rodea,
cuya faz juvenil con muerte afea.

Topa tras éste al infeliz Guacano,
que ya hizo a sus dioses mil canciones,
solemnizadas por su voz y mano
con varias suertes de agradables sonos,
amado del Cacique potonchano
por su loable trato y condiciones:
caliente en su pulmón la aguda punta,
sacando en ella sangre y alma junta.

Muere a manos Tlenón de Villandrando,
y a las de Magariño, Talbo acaba,
joven por cuyo rostro un vello blando,
a brotar sin concierto comenzaba:
alma y suspiro por la herida echando,
de la distante madre se acordaba,
que, aunque en vano, impedir quise en aquesto,
lo que tenía el hado ya dispuesto.

De suerte el Bautizado su ser muestra,
que al asaltado Idólatra retira,
y ya con grato Marte y suerte diestra,
tras solos treinta que escaparon tira,
la ocasión abrazando que se muestra,
antes que vuelva la crinada mira,

que si de ella, señor, así no se usa,
al que una vez la pierde, mil se excusa.

En tanto que este estrago sanguinoso
por la ciudad infausta se extendía,
con proceder sangriento, riguroso,
por el muro Alvarado discurría
de su escuadrón seguido, belicoso,
aunque pequeño lleno de osadía,
en bélicas porfías importante,
más que sin ella el escuadrón pujante.

Quiere impedirle Calpocaya el paso
y ábrele por su pecho a dura muerte;
pasa de aguda punta a Muyo y Tlasso,
y al joven Bauno, de infelice suerte.
Hierre a Talbida el animoso Lasso
y gana con su daño un paso fuerte;
tras él a Tisso y a Ceilón ofende,
tras quien por la muralla el paso tiende.

Pierres Gómez le sigue, y Villanueva,
Granado, Jaramillo y Alderete,
y de su gran valor haciendo prueba,
cada cual lo difícil acomete:
la espada en la enemiga sangre ceba,
rompiendo el más doblado coselete;
siembran de cuerpos el sangriento muro,
do no hay a su rigor lugar seguro.

Sale blandiendo una fornida lanza
el valiente Tuxcaya jactancioso,
cuyo bote en un hombro a Orduña alcanza,
dando principio a un flujo sanguinoso.
Luego tras Pantigosa se abalanza
con un salto alentado, fervoroso:
engástale en un muslo la ancha punta,
y a la otra parte rojeando apunta.

Hiere a Juan Bello, con alada flecha,
en el rostro Xitlí, y en Quintanilla
pone la mira Pulcayón derecha,
que entró desbaratando su cuadrilla.
No la menuda malla le aprovecha,
ni salió suficiente a resistilla,
que una jara le envía (en nada aviesa)

con que el siniestro brazo le atraviesa.

Habiendo larga pieza peleado
sin declararse la dudosa suerte,
entró con nuevas fuerzas Alvarado,
terror sembrando, confusión y muerte:
con que el número de indios arriscado,
en el de ochenta sólo se convierte,
que con rotos escudos, vergonzosos,
sus espaldas cubrieron pavorosos.

Estos, por todas partes apretados,
de valerse mil medios intentaron
y, de no se rendir determinados,
del alto muro al río se arrojaron,
do murieron los más despedazados
y en las amigas lanchas se estacaron,
que por honrosa muerte la eligieron
y otro ningún partido no admitieron.

Ya, de Carlo, Alvarado el pendón planta,
con la ave que de Tros el caro hijo
en vuelo velocísimo levanta,
causa a Jove de sumo regocijo.
Toda la turba idólatra se espanta,
viéndole en la más alta torre fijo
y sus caras banderas abatidas,
pisadas, y en mil partes divididas.

Muchos de los iberos maltratados
del animoso Antípoda quedaron,
que aunque de agudas flechas lastimados,
la sangrienta contienda no dejaron.
Los importantes pasos ya tomados,
Ávila y Alvarado se juntaron:
mandan que un tanto el saco se suspenda
por que al socorro de Cortés se atienda.

Ávila y ciento treinta compañeros
quedan en guarda del lugar ganado,
y con ciento y setenta arcabuceros,
a ayudar a Cortés salió Alvarado.
Haciendo fiero estrago en los piqueros,
que el paso le tenían ocupado,
corre viendo a Cortés, que le aguardaba
donde con más rigor se peleaba:

Que, aflicto y de favor menesteroso,
y admirado de ver que no venía,
con pecho fuerte y brazo riguroso,
el peso del combate sostenía,
lo que el hórrido Marte sanguinoso
pudiera hacer, haciendo en aquel día;
la fatigada diestra ejercitando,
y con sagaz industria administrando.

Y no fuera bastante todo aquesto,
ni resistir tal ímpetu pudiera,
si con ira sangrienta y paso presto
al socorro Alvarado no acudiera:
que el escuadrón crismado descompuesto,
roto, laso, afligido, sin bandera,
dividido en cien partes peleaba,
a quien fuerza, y no grado, ya obligaba.

Con presto paso Titán ya cayendo,
por verse con su Tetis iba ufano,
su extendida madeja recogiendo,
refrescando su ausencia el fértil llano,
cuando con voz conforme arremetiendo,
al bárbaro escuadrón el castellano,
de su puesto con tal furor le impele,
cual viento a secas hojas mover suele.

Con tal pujanza y brío al Indio asalta
Alvarado, y fue tal la arremetida,
que de sanguino humor el campo esmalta,
privando a muchos de la cara vida.
Ya al siervo de Luzbel el valor falta
y entregado al temor, puesto en huída,
por desusadas sendas caminaba,
ciego de aquel pavor que le forzaba.

Rojos arroyos en copiosa vena,
por mil distintas partes se deslizan,
bordan las ondas y la inculta arena,
y aquí y allí vistosos las matizan.
El marcio estruendo la campaña atruena,
huyen aquéllos, éstos se encarnizan,
reciben fieros golpes los infidos,
ya hechos sus jueces los ungidos.

Suena la dulce trompa de victoria,
por el ibero bando declarada.
Partícipes los vientos de tal gloria,
la voz extienden clara y entonada,
manifestando al mundo por notoria,
del Indio la dañosa retirada;
Neptuno, de su asiento cristalino,
sale a ver el conflicto atroz, sanguino.

Siguen los españoles el sangriento
alcance, y su destino venturoso;
hieren, tropellan, matan, con violento
furor tratando al Bárbaro medroso,
que con veloces pies, cual presto viento,
se mete por los montes presuroso:
mas quien su fin siniestro ver desea,
se aguarde, que Tabasco me vocea.

El cual con Núñez y Solís quedaba
en la trabada lid, junto al postigo,
do la rolliza maza meneaba
en daño del crismado bando amigo,
que ya en los prestos golpes aflojaba,
porque el ánimo y fuerza al enemigo,
con nueva saña y furia ya crecía
y con fuerza mayor los afligía.

Mas los valientes jóvenes, corridos
de ver que tanto un hombre les durase,
debajo sus rodela recogidos,
temerosos del leño no bajase:
en diferentes partes divididos,
por que su intento y fin obrase,
cada cual por la suya procuraba
acabar la contienda dura y brava.

Cuales prestos alanos al furioso
toro suelen buscar la oreja armada,
con diente blanco, agudo y espumoso,
el peligro temiendo de la entrada,
que con presteza y curso cauteloso
le rodean con fiera vista airada,
así los dos al indio solicitan,
mas de su fuerza y ser nada le quitan.

Ya le acometen de uno y de otro lado,

ya el airado Cacique los retira,
y con el grueso fresno levantado,
golpes furiosos y sin tiento tira.
Cierra con él Solís, el brazo alzado,
mas el fiero jayán, ardiendo en ira,
con el tercio de en medio del gran leño
le alcanza y pone en un pesado sueño.

Cae del golpe deshecha y quebrantada
la rodela, en cien partes dividida,
y a la cabeza, oculta y acerada,
baja el furor insano de la herida,
sobre el hombro siniestro reclinada,
del rigor de la maza compelida:
va el español al agua sin sentido,
do estuvo por un rato adormecido.

Núñez con gran presteza se abalanza,
viendo la maza baja y coyuntura:
de una punta en el pecho al indio alcanza,
tal ocasión teniendo a gran ventura.
Por dichoso se juzga en la venganza,
pero en la piel curtida, fuerte y dura,
hizo la aguda espada aquel efeto
que hiciera en un templado y fuerte peto.

Vuelve, revuelve el indio apresurando
el paso, en nueva cólera encendido,
satisfacción sangrienta procurando,
afrentado de verse así ofendido.
Al español gran trecho retirando,
ya le trae sin aliento y afligido,
y sin duda a sus manos pereciera,
si al instante socorro no viniera.

Llega Tapia sobre él, llega Murguía,
(que juntos el alcance van siguiendo),
mas Tapia adonde estaba Solís guía,
a la parte más flaca socorriendo.
Levántale del agua do yacía,
por narices y boca despidiendo
mezcla de sangre, arena y agua junto,
dando claras señales de difunto.

Sácale a tierra en hombros, y lanzando
lo que en el vientre hinchado le abundaba,

su acuerdo, ser y fuerzas recobrando,
en fuego de venganza se abrasaba,
y el presto paso al Indio enderezando,
vuelve a la brega sanguinosa y brava.
Tapia también le sigue, deseoso
de verse con el bárbaro animoso.

A quien los cuatro cercan, entendiendo
dar con su muerte fin a aquel debate;
mas el bastón Tabasco revolviendo,
hace que cada cual de él se recate:
con la facilidad le está esgrimiendo,
en la prisa mayor del cruel combate,
cual si fuera de pino frágil vara
a quien sin pesadumbre gobernara.

Cada cual al contrario busca entrada
con solícitos pies y pecho airado,
mas venla tan difícil y cerrada,
que la teme el más presto y esforzado.
Con ligereza el indio no pensada,
el cerco en daño suyo conjurado
ensancha, y a los cuatro de sí alarga
con los espesos golpes que descarga.

Como grueso peñasco que cayendo
(del encumbrado cerro desasido)
baja, los viejos robles abatiendo,
del turbulento Bóreas impelido,
y en estable laguna, con estruendo,
es de las quietas aguas recibido,
que a la orilla en redondo curso guían,
del fresno así los cuatro se desvían.

En aquesta sazón llega, rasgando
el aire, una pelota rigurosa,
y al indio el diestro muslo penetrando,
en él le abrió una fuente sanguinosa.
Despidió un ronco acento, acrecentando
la herida el brío y cólera rabiosa,
y fogoso procura la venganza,
redoblando a los golpes la pujanza.

Vido Solís que el bárbaro traía
un ramal de la piel desabrochado,
y que por las junturas descubría

parte del hombro izquierdo desarmado.
Él, que satisfacerse pretendía
(de la pasada injuria no olvidado),
la espada al hombro descubierto apunta,
sacando roja de él la aguda punta.

Nunca toro, de vara lastimado,
tales extremos hizo en ancho coso;
no jabalí, de perro maltratado,
procuró la venganza tan furioso;
no en inculto lugar préster airado
(dañosa especie de áspid ponzoñoso),
hollado de algún pie, tan fiero vuelve
a morder como el bárbaro revuelve.

Levanta el grueso leño, mas fue en vano,
que el español a tiempo se retira,
que no pudo ofenderle el inhumano
golpe que el fiero antípoda le tira.
Hurtóle el cuerpo a la siniestra mano,
que él mismo de presteza tal se admira;
baja la maza con furor horrendo,
haciendo al dar en la agua un sordo estruendo.

Mucha sangre al Cacique le faltaba,
que había por las heridas despedido,
a causa de lo cual el indio andaba
falto de aliento y de ánimo afligido;
en los pesados golpes aflojaba
y, viéndose apretado y perseguido,
a su siniestra suerte busca medio,
tomando el retirarse por remedio.

Y al enemigo siempre resistiendo,
con paso tardo, corto, perezoso,
vuelto el rostro indignado, retrayendo
se va al lugar del monte más fragoso.
Su mísero destino maldiciendo,
que a extremo le llevó tan vergonzoso,
riega con roja sangre el ancho prado,
ya de ella por mil partes esmaltado.

Cual el león de lisa crin caída,
de dilatado pecho y gran cabeza,
de indómita cerviz, altiva, erguida
(muestras que manifiestan su fiereza),

acosado en la caza más reñida,
dañando a todas partes su braveza,
suele de entre monteros escaparse
con un dudoso y cauto retirarse.

El cual, si ve que es visto en campo raso,
huir de quien le ofende regatea
y, con roncero y mal compuesto paso,
da nombre al retirarse de pelea,
haciendo de astas gruesas poco caso
por no dar muestras de flaqueza fea:
de aquesta suerte el indio el campo deja,
a quien ya el español menos aqueja.

En esto a recogerse toca España,
cesa el alcance duro, ejecutivo,
desamparan los indios la campaña,
de un temor apretados excesivo:
quien a mover los pies mejor se amaña,
sin esperanza aun va de quedar vivo,
que por torpe se tiene el más ligero,
y piensa que es de todos el postrero.

Gran cantidad de antípodas murieron,
sin muchos que quedaron mal heridos,
que aflojando en su curso no pudieron
pasar más adelante y, escondidos
entre matas espesas, perecieron
(sin ser en sus fatigas socorridos)
con mísero alarido desangrados,
de fieras sin piedad despedazados.

Entran la gran ciudad desamparada
con mano codiciosa saqueando;
ven rastro de la hacienda levantada,
que está a su pretensión desengañando.
No tienen por victoria la alcanzada,
los que estaban el saco deseando,
que el esperado premio hace las cosas
fáciles, aunque más dificultosas.

Muchos de los iberos se hallaron
haber quedado heridos malamente,
y a punto de morir de ellos llegaron,
con término en sus caras imprudente;
mas, aunque lastimados, escaparon

del peligroso trance y accidente,
guardándolos su suerte para cosas
(como adelante oiréis) más peligrosas.

CANTO IX

Salen seis españoles de la ciudad de Polonchan [Champotón], por orden de Cortés, a buscar mantenimientos la tierra adentro y, habiéndose dividido, se le ofrecen en un bosque a Clandina, Aguilar y Matienzo, a la cual libran de la fuerza de Hirtano. Cuéntales la india el molesto proceder del bárbaro, con el lastimoso fin de Tacaybí, su competidor.

Quien quisiere saber cuán vario temple
siente, en amando, un corazón sujeto,
y el cómo por momentos se destemple
en tus llamas, Amor, o hielo inquieto,
en sí lo pruebe y su rigor contemple,
y así dirá del Bóreas el efeto
ser menor, y el arder un gusto insano,
más que Vesubio, Estrómbole y Volcano.

Nuevo parecerá tratar de amores
en quien sólo rigor ha prometido,
mas hombres son también los escritores,
con quien amor su límite ha extendido,
no sujetos a menos sinsabores
que el que más por amar ha padecido:
¡qué triste el alma mísera que sabe
las partes conocer de un rostro grave!

No con tan flaco y destemplado aliento,
podría explicar las noches congojosas,
los días de asperísimo tormento
que pasé por mi Sol, y horas llorosas,
cuando bocas tuviese y lenguas ciento,
voz y pluma de hierro; que son cosas
que en largos años por demás sería,
cual la siento, decir la pena mía.

De mi discurso un bárbaro me saca
dándome voces su firmeza diga,
que ni su padecer el tiempo aplaca,
ni con querellas a su dama obliga,
y como no es la parte en mí más flaca,
esme forzoso sus intentos siga:

llámase Hirtano el desdeñado amante,
después de mí en el mundo el más constante.

Mostraba al suelo su rosado manto
la Aurora, y el nocturno ahuyentaba,
matiza el lirio y el vistoso acanto,
y el junquillo y violeta matizaba,
cuando Aguilar, Matienzo, Andrés del Canto,
Terrazas, Villalobos y Xarava,
en caballos revueltos y trabados
salen de la ciudad, a punto armados.

Por la tierra a buscar mantenimiento
(de que los españoles carecían)
y a conocer los pueblos y el asiento,
que de aquella ciudad en torno veían:
de Cortés con expreso mandamiento
que, si algunas viandas descubrían,
los cinco peleasen, dando vuelta
el uno a le avisar a rienda suelta

Pero a legua y no más que caminaron,
por diferentes sendas se esparcieron;
hacia Cintla los cuatro, enderezaron,
y Aguilar y Matienzo se metieron
por un camino estrecho que toparon,
y por él hasta el cabo prosiguieron
donde un espeso bosque se les muestra,
con un sitio agradable, a mano diestra.

De tiernas florecillas variado,
que apacibles al ojo se ofrecían,
a recrear un ánimo cansado
bastante la fragancia que esparcían;
cruzando el espacioso y verde prado,
por diversos lugares discurrían
mil cristalinos lazos, con rüido,
a la vista agradables y al oído.

Pues yendo contemplando la hermosura
los dos, de este lugar tan deleitoso,
oyeron un suspiro en la espesura,
envuelto en un gemido lastimoso.
Paran y ven que el grito se apresura,
y alentado alarido temeroso:
mirábanse los dos sin resolverse

ni saber en tal caso lo que hacerse.

Pero de verlo al fin determinados,
por el hojoso bosque a media rienda,
en sus prestos caballos confiados
se meten, al rumor abriendo senda,
al trance más sangriento aparejados,
y más dudosa y áspera contienda,
las lanzas a los puños apretadas,
y las anchas adargas abrazadas.

No lejos del camino, el verde suelo
hallan de cuerpos muertos ocupado.
No dejó de causar algún recelo
a los dos el lugar tan apretado,
mas roto del temor el torpe velo,
por el lado, más áspero y cerrado
del bosque el paso ignoto van rompiendo,
llegar do la voz oyen pretendiendo.

Al pie de un viejo roble un hombre vieron
al parecer forzando una doncella,
a quien a rienda suelta arremetieron,
con gana de acorrer la joven bella,
y a coyuntura tal los dos vinieron,
que le faltó lugar para ofendella:
sólo el tacto y la vista satisfizo,
y aquesto fue lo más que pudo y hizo.

Este, viendo a los dos, que fuesen piensa
de la región celeste descendidos
a castigar su yerro y torpe ofensa,
y no del bajo suelo producidos:
y con turbado paso y pena intensa,
por los más intratables y escondidos
lugares del gran bosque va huyendo,
de la amorosa empresa desistiendo.

Llegan a la doncella, que llorosa
del deshonesto intento se mostraba;
ven que con vista baja, vergonzosa,
con lágrimas la hierba aljofaraba;
de tierra el bello rostro alzar no osa,
antes con cruda mano, le agraviaba:
«Lleva (dice) pues fuiste tú el señuelo
de tanta desventura, el mayor duelo.»

Así la faz hermosa molestando,
con ambas manos sin piedad hería;
la encrespada madeja maltratando,
mil hebras de oro por el aire envía.
La nevada columna fatigando,
que la dorada cumbre sostenía,
maldice su ventura, culpa al Cielo,
que la mano cargó en su desconsuelo.

Pero los dos iberos, conmovidos
a compasión, de presto se apearon,
los brazos la tuvieron fuerte asidos,
y el duro tratamiento le estorbaron.
De tan rara belleza suspendidos,
con amorosa voz la saludaron.
Ella, en el nueve, trance, teme y calla,
y menos medio a sus intentos halla:

Que como nunca un mal sin otro viene,
y el nacer uno de otro es cosa cierta,
y el ser mayor aquel que sobreviene,
que el que primero al duelo abrió la puerta,
no es de admirar que tema, y tal la tiene
esto (y de buen suceso tan incierta)
a la llorosa joven, que entendía
que del socorro fuerza nacería.

Mas ellos viendo su temor honesto,
de que el virgíneo rostro muestras daba,
con halagüeña voz y alegre gesto,
cada cual su recelo aseguraba
diciendo: «No el lugar, aunque dispuesto,
no tu rara beldad, aunque incitaba,
serán partes, señora, a hacerte ofensa
en quien vino, cual ves, a tu defensa.

«Está de estas palabras enterada,
cese el confuso llanto y larga vena,
que con sana intención será mirada
la tuya, pues es tal, tan justa y buena.»
Ella, aunque no del todo asegurada
(un tanto mitigando el lloro y pena),
con voz confusa, humilde, re agradece
lo que con tantas veras se le ofrece.

Diciendo: «Bien entiendo que mi suerte
me fue en esto, señores, tan amiga,
cuanto en el ya pasado trance fuerte
(con ásperas señales) enemiga.
Si en mi temprana vida pedí muerte
hoy, fue para salir de tal fatiga;
mas, cual veis, otra cosa ordena el Cielo,
quizá para doblar mi desconsuelo.

«Y a tan notable y alto beneficio,
¿cómo satisfará mi desventura,
cómo dará de paga algún indicio,
mujer tan corta y falta de ventura?
Admitid mi deseo por servicio
de obra tan alta y voluntad tan pura,
que si esto con desdichas se pagara,
nada a deber, señores, os quedara.

«Pero ya que en lo más habéis mostrado
el valor de los pechos generoso,
no me desamparéis en tal estado
ni en lugar me dejéis tan peligroso:
que del glorioso hecho no acabado
no sale el que le intenta victorioso,
ni el nombre de esforzado le es debido,
el que fue en comenzar sólo atrevido.»

Aguilar, que la lengua bien entiende,
la responde: «Señora, nuestro intento
es de agradarte en todo, pues se entiende
a procurar tu bien, quietud, contento.
Guíe tu voluntad por do pretende,
vaya por el camino más sangriento,
que, abierto del rigor de nuestra espada,
do quisieres por él serás llevada.»

La joven dice: «Acepto tal promesa»,
y a una torcida senda enderezando
el paso, a caminar a toda priesa
comienza, de gran gozo muestras dando.
«Salgamos, dice, de la selva espesa,
y yo, señores, os iré guiando,
que aqueste de mi estado es el camino,
si no le tuerce mi áspero destino.

«Por el discurso de él mi desventura

os contaré, señores, porque os sea
la fatiga de andarle menos dura,
una traición oyendo torpe y fea.»
Los dos cabalgan presto, la aventura
deseando saber y lo que sea.
En ancas del caballo la pusieron
de Aguilar, y en camino se metieron.

«Clandina, dice, soy, hija heredera
de Calpuchi, cacique valeroso,
señor de aqueste término y ribera,
y del fuerte castillo Daybanoso:
pero pluguiera al Cielo que yo fuera
de padre bajo, vil, menesterozo,
y que nunca debiera a la Fortuna,
ni a su engañoso curso, cosa alguna.

«En Potonchan mi padre me tenía,
que madre no la tengo (¡oh suerte airada!),
do en calidad y estado prefería,
del pueblo a la mujer más reputada.
Sólo a mi voluntad se sometía
de la ciudad la gente más granada,
celebrando concordes mi hermosura,
de ella falta (cual veis) y de ventura.

«Vivía, aunque no libre de cuidado
de lo que en vano muchos pretendían:
era mi viejo padre molestado
do voluntades mil que me seguían,
y en dulce matrimonio deseado,
con notorias ventajas me pedían;
deseólo mi padre, mas mi suerte,
antes que mi remedio vio su muerte.

«Entre estos pretensores, un Hirtano
(que así el molesto joven se decía)
con tierno proceder e intento vano,
do le pudiese oír se puso un día
debajo de un balcón, que el fértil llano
con variedad de plantas descubría,
diputado lugar al ejercicio
de mi labor, doncellas y servicio.

«Sucedió que, después de haberme alzado
de la sutil labor a que asistía,

saliendo a aquel lugar acostumbrado
do recrear el ánimo solía,
le vi a sombra de un mirto recostado,
do mil veces mi nombre repetía.
Del repentino caso alborotada,
atrás volví, suspensa y admirada.

«Oí (sin que él me viese) que decía:
'Cansada, vida, vida miserable,
suerte infelice, adversa (en esto mía,
y ajena en el contento, variable),
¿dó escondes la ocasión de mi alegría,
dó la serenidad del rostro afable?
Muestra el oculto bien do está mi daño,
que dulce me es morir en tal engaño.

'Y si por ser alivio a mi cuidado,
ya como tal me fuere defendido,
no el duro disponer del Cielo airado
(en daño mío con el hado unido)
mi lamento a lo menos (de ti odiado)
podrá apartar de tu arrogante oído,
aunque sordo a mi queja miserable,
más que la furia de la mar instable.

'Por ti ya me agradó la ¿selva umbrosa,
por ti el callado bosque me fue grato,
por ti la soledad me fue sabrosa,
y sabroso de rústicos el trato;
por ti la dulce fuente, pedregosa,
porque en ella miraba tu retrato:
inquieta, variable, bullicioso,
mudo, perturbador de mi reposo.

'Acuérdome que un día (a Dios pluguiera
que en mi triste memoria nunca entrara),
yendo en alcance de una bestia fiera,
junto a una fuente cristalina clara
te vi, y dejando la veloz carrera,
volví a mi pecho la herbolada jara,
dejé de fiera el codicioso alcance,
y entré con fiera en sanguinoso trance.

'Allí (si bien te acuerdas) me dijiste:
'No desesperes, lisonjero Hirtano'.
A par del sol con esto me subiste,

no menos que él de su potencia ufano:
¿qué es de aquesta esperanza que me diste?
¿con término procedes tan insano?
¿así te burlas con un alma asida?
¿tan poco te enternece su herida?

¿Por qué contra un rendido cruel te ensañas?
¿por qué contra un humilde te armas de ira?
Ya vences sin ardidés ni marañas;
la suerte de triunfar que eliges mira.
Tiñe tus uñas, fiera, en mis entrañas,
despojo odioso a tu cansada mira,
si aquel que más te enoja a tus pies tienes,
¿por qué a satisfacerte cruel no vienes?

'Si me dejas la vida por venganza,
tomarla yo de mí será sin duda,
que a parte donde muere la esperanza,
justo es que con remedio tal se acuda.
Ya no te cansará mi confianza,
la nunca enjuta faz y lengua ruda;
quizá, Clandina, mi llorosa suerte
podrá, aunque tarde, en algo enternecerte.

'Verdad es que no puedo yo negarte
que mi caído nombre no subsiste,
pues en el fiel discurso del amarte,
un espíritu nuevo en mí infundiste;
nunca subiera a tan dichosa parte
mi fama inútil sí, con llanto triste,
tu nombre con el mío no entregara
a las cortezas de esta selva cara.

'Allí fijé mis quejas no escuchadas,
que por momentos con el tiempo crecen,
bien cual en mis entrañas fatigadas,
con quien tus sinrazones se embravecen:
juntas están aquí y allí estampadas
tu imagen con la mía, y bien parecen,
si tu distante voluntad quisiera
y con la grata estampa respondiera.

'No me quejo de Amor, antes le alabo,
que así tendió la mano en mi fortuna,
pues cual a otros pudo hacerme esclavo,
entre mujeres fáciles de alguna.

Y no sólo no quiso, pero al cabo
eligió entre millares sola una
de singular virtud, gracia, excelencia,
para toque fiel de mi paciencia.

'Si en calidad quilatas mi persona,
de Quipancol soy hijo verdadero,
sobrino de Tabasco, que me abona,
de Potonchan cacique, gran guerrero.
De Cintla soy señor, y Payagona,
y de diez mil vasallos heredero,
los cuales rico y abundante pecho,
de antigüedad me rinden por derecho.

'Si en cantidad reparas, mucha tierra
poseo afable, quieta, fértil, rica,
en cuyos senos cantidad se encierra
del luciente metal, que se me aplica:
tierra adquirida toda en buena guerra,
que el ser de mis pasados amplifica;
gran suma esconde en sí de claras venas,
de gruesas piezas de oro y plata llenas.

'Mas ¿de qué me aprovechan mis haberes
sin ti, muriendo en lágrimas deshecho?
¿Qué bien me será bien, si tú no quieres
que en mí lo sea, y en mi aflicto pecho?
¿O quién, si a remediarme te movieres,
del hado quedará tan satisfecho?
Mi estado, ser y antiguas posesiones
son, para te servir, pequeños dones.

'Esto estará debajo de tu mano
y de todo serás obedecida;
fiel esclavo tuyo será Hirtano,
pues de tu voluntad pende mi vida.
Tenga límite el término inhumano
con que me tratas, fiera embravecida,
dame ya de consorte prenda cara,
y séme en todo, sino en esto, avara.

'Deja de Tacaybí, joven grosero,
el amor que le muestras entrañable,
que servirte mejor que él me prefiero,
con término mejor y más loable,
y con amor más limpio y verdadero,

cual lo verás, Clandina, y más estable.
Mira que es Tacaybí pobre y liviano,
y en calidad menor que no tu Hirtano.

'Y si olvidar a aqueste no quisieres,
haciéndome capaz de lo que pido,
culpa a Amor y no a mí, si ya me vieres
su intento castigar por atrevido.
Vuelve y, libre de amor, mira quién eres,
y el error en que amándole has vivido,
verás cuánto más que él en todo valgo,
y que de la verdad en nada salgo.'

«Esto el traidor estaba refiriendo,
cuando de Tacaybí la suerte dura
(diré mejor la mía) discurriendo
le trajo hacia el balcón por la verdura,
donde le estaba mísera atendiendo,
ajena de esperar tal desventura,
no porque más favor de mí tuviese
de cuanto para hablar lugar le diese.

«Verdad es que con verle recibía
(que no puedo negarlo) algún contento,
y que él con limpio celo pretendía
casar conmigo, y éste fue su intento,
pero estorbólo el ver que lo quería
la triste de Clandina, y ser su aumento
que nunca quiso cosa un desdichado
que no le fuese adverso en ella el hado.

«Viendo venir al mozo el cauto Hirtano
al camino le sale diligente
diciendo: 'Tacaybí, seráte sano
el dejar esta empresa, y conveniente.
Otra vez te lo he dicho ya, villano
y con grosero término imprudente:
pretendes este bien (de que carezco)
sin mirar cuánto más que tú merezco'.

'¡Mientes en eso!, Tacaybí responde,
que si esto va por méritos, es mío.'
Hirtano dice: 'A ver si corresponde
el valor de tu pecho con el brío.'
Y un agudo puñal al triste esconde
dos veces por un lado, en lo vacío,

esto con tal presteza, que el cuitado
no pudo contrastar al duro hado.

«Con gemido mortal cayó en el suelo
la gloria de mi gloria, y alegría;
llamando (y con razón) injusto al cielo,
a compasión las plantas conmovía;
con bascoso lamento y desconsuelo,
al viento mil suspiros esparcía:
'Fortuna, dice, mísera, avarienta,
¿estarás en mi daño ya contenta?

'Si la envidia de verme entronizado
(por mi contraria suerte) en tanta alteza,
y haberme puesto Amor en tal estado
acerca de Clandina y su grandeza,
en mí causaron fin tan desastrado,
de bien tan alto indigna mi bajeza,
¿por qué de tanto bien capaz me hiciste,
si fin tan lastimoso previniste?

'Antes del bien, me fuera menos grave
que a vista de él aquesta acerba muerte;
pero, porque ninguno se te alabe
que bastó a resistir tu golpe fuerte,
ni que tu fin incierto alcanza o sabe
el que acerca de ti es mejor en suerte,
quisiste a tu alta cumbre levantarme,
para con duro golpe de ella echarme.

'Muero, y conmigo muere mi esperanza,
a cuya causa me es el morir duro.
No lloro de mi muerte la venganza,
Clandina, por el Sol inmenso juro:
lloro de mi miseria la pujanza,
y que bajo sin verte al reino oscuro,
do el espíritu ardiente, enamorado,
largo tiempo estará de ti apartado.'

«Diciendo aquesto, el último gemido
y postrimero acento lastimoso
hirió, señores, mi turbado oído
con un suspiro mísero lloroso.
Descoyuntado, el joven afligido
quedó, de un mortal frío congojoso;
huyó del cuerpo el ánima indignada,

del desangrado cuerpo desatada.

«Juzgad cuál esta triste quedaría,
señores, si algún tiempo habéis querido;
las lástimas y quejas que diría
viendo a su Tacaybí ante sí tendido.
Lo que tal espectáculo obraría
en un pecho de amor enternecido,
déjolo a vuestro claro entendimiento,
si ya de amor tuvisteis sentimiento.

«Huyó con prestos pies el homicida
sin ser sino de mí de alguno visto,
y como su traición no fue entendida,
quedóse, como de antes, quieto y quisto.
Yo, triste, miserable y afligida
(que del continuo llanto aún no desisto),
por no poner mi honor en detrimento,
callé el suceso mísero, sangriento.

«Con más fuerza el traidor, de allí adelante,
diligente a servirme se ofrecía,
poniéndome el tormento por delante
que el pérfido a mi causa padecía.
Mas yo, con riguroso y cruel semblante,
la oreja a sus querellas escondía,
pidiendo del traidor venganza al Cielo,
por alivio postrero de mi duelo.

«En esto de Tabasco las riberas,
las costas y marinas, ocupadas
fueron de ciertas gentes extranjeras,
en fuerte punto y hora allí llegadas.
Tomó esto Potonchan con tantas veras
que, acudiendo al rigor de las espadas,
su gente al reforzado muro atiende
y los pasos y entrada les defiende.

«Para lo cual un áspero decreto
el cacique mandó se publicase,
y fue que de mujeres (con efeto)
y niños la ciudad libre quedase.
No quiso dilatarlo el pueblo inquieto,
ni que a mayor ruína se aguardase,
que aquí y allí discurre bullicioso,
del venidero daño temeroso.

«Por orden de mi padre fui enviada
fuera de la ciudad (que no debiera)
a un su castillo fuerte, acompañada
de cien hombres de guarda que me diera,
sobre doradas andas levantada,
mas no cual otras veces placentera,
que cuando el mal suceso se avecina,
casi por las señales se adivina.

«Apenas la ciudad había dejado
y entrado en este bosque deleitoso,
cuando salió Hirtano, acompañado
de armada gente, por lo más fragoso
diciéndome: 'Clandina, ya es llegado
el deseado fin de mi reposo;
fuerza tu voluntad a bien quererme,
que hoy has por bien o mal a complacerme.'

«No pude responder (ni fue en mi mano)
a su plática triste, de turbada,
mas hízolo el valiente Gualdacano,
varón a quien venía encomendada,
diciendo: 'El responderte, loco Hirtano,
no le toca a Clandina, que a esta espada
se le acomete la áspera respuesta
de la libre razón por ti propuesta.'

«Parten a un tiempo entrambos a embestirse,
cada cual de su gente acompañado;
comienzan con rigor a combatirse,
muriendo muchos de uno y otro lado,
mas en espacio breve, a resumirse
vino mi gente (por mi adverso hado)
de cien hombres en doce, que volvieron
las espaldas y al monte se metieron.

«Quedé sola y sujeta al cruel Hirtano,
que soberbio mandó aguardar su gente,
metiéndome a lo espeso (por la mano)
del bosque, fervoroso y diligente:
y estando con razones el tirano,
procurando aplacarme tiernamente,
llegó con voz turbada, sin aliento,
contando un indio un caso atroz, sangriento.

«Dice que Potonchán era ya entrada
de aquella advenediza gente fiera,
muriendo la mejor y más granada
que dentro estaba, propia y forastera;
y que (con lamentable retirada)
la poca que quedó, saliendo fuera,
huyó. También me dijo que este día
mi padre en el asalto muerto había.

«Yo, que el eueso adverso y desastrado
oí, de nuevo llanto apercebida,
con sollozos culpaba el triste estado
a que por mis miserias fui venida.
Mas no por eso el falso fue apartado
de su fogosa furia desmedida:
antes al indio echó de allí impaciente,
llamándole de bárbaro imprudente.

«Comenzaba de nuevo la porfía
cuando turbada, de rodillas puesta,
le dije que bien claro conocía
ser su demanda lícita y honesta,
y que si algo mi amor con él valía
(pues estaba a agradarle ya dispuesta)
que hasta que el nuevo día se mostrase
su pertinaz intento dilatase.

«Porque al alma de un padre tan querido
hiciese algún acepto sacrificio
que fuese por los dioses admitido,
y ante su deidad grato y propicio.
Fue con dificultad de él concedido
(por entonces dejando el torpe vicio)
de acuerdo odioso que, venido el día,
por marido al traidor aceptaría.

«Todo, aquesto, señores, intentaba,
por ver si en este término tan breve
algún remedio el hado me enviaba,
puesto que a un desdichado no se mueve.
En esta confusión ya despuntaba
la presurosa luz, cuando remueve
a Hirtano el amoroso pensamiento,
tornándole de nuevo al bajo intento.

«Diciéndome: 'Mi gloria, no dilates

el efecto del bien que me es debido
ni de mí, prenda cara, te recates,
pues el término puesto es ya cumplido.
Tiempo es los lazobs del rigor desates,
hazme, del bien, condigno que te pido.'
Mas repliquéle prometido había
cosa que hasta cumplirla lo impedía.

«Que fuésemos los dos a Daybanoso,
en mi estado, castillo y villa fuerte,
donde, cumplido el voto, por mi esposo
sería recibido en dulce suerte.
Mas él, de estas palabras receloso,
dice con voz airada: 'Pues moverte
no han podido mis ruegos, determino
gozarte por ilícito camino.'

«Sobre mí los robustos brazos tiende
y, abatiéndome a tierra fervoroso,
en pretender forzarme sólo entiende,
cuando por el espeso bosque hojoso,
a mis gritos, los dos (según se entiende)
asomásteis en punto venturoso:
con tal vista, señores, evitando
un daño de que ahora estoy temblando.

«Aqueste es el discurso de mi vida,
y esta gran población do habéis llegado
es mía, do yo, mísera, afligida,
venía, como atrás os he contado;
de ella (por la merced hoy recibida)
señores, os servid, y de mi estado,
que aunque es para tal bien pequeña paga,
no alcanzo otro caudal que os satisfaga.»

Aguilar y Matienzo, cortésmente,
tal oferta agradecen, admirados
del proceder del bárbaro ferviente,
y del cuento algún tanto lastimados.
Apean a Clandina entre su gente,
de quien los dos estaban ya cercados,
que vistos por los indios los caballos,
salían espantados a mirallos.

«Queda (dicen los dos) en paz, Clandina,
pues ya estás en tu casa en salvo puesta.»

Ella dice: «Escuchadme, si soy digna,
señores, de tal bien y de respuesta:
¿Sois dioses, por ventura, a quien divina
adoración se debe manifiesta,
o sois hijos del Sol resplandeciente,
según el rostro y hábito luciente?»

«Si lo sois, con humilde reverencia
seréis de mí por tales adorados,
y, en memoria de aquesta gran clemencia
que hoy usásteis conmigo, celebrados:
y en suntuosos templos la excelencia
cantarán de vosotros mis estados,
llevándoos sangre humana en sacrificio,
agradable a los dioses tal servicio.

«Si hombres mortales sois, lo cual no creo,
no tengo más que os dar de lo ofrecido.»
Aguilar le responde: «Tu deseo
en esto y lo demás será cumplido,
que aunque el luciente traje y bello arreo
te haya de inmortales parecido,
sujetos a morir cual tú nacimos,
y de ninguno en esto diferimos.

«Somos de aquesta gente que hoy ha entrado
a Potonchán, ciudad insigne y fuerte,
que de un reino remoto y dilatado
venimos a buscar próspera suerte.»
«De saberlo, señores, he gustado
(Clandina dice) y plega el Cielo acierte
a seros la Fortuna tan amiga,
cuanto pide el deseo que me obliga.»

Con esto se despiden, y volviendo
al camino los dos por do vinieron,
del bosque espeso al llano iban saliendo,
cuando a los cuatro amigos descubrieron
que a media rienda se iban recogiendo
(a quien Matienzo y Aguilar siguieron),
que dos escuadras de indios los flecharon,
hasta que en la ciudad los encerraron.

Rehusa el Cacique la paz con los españoles, con ejemplar castigo de los que se la propusieron. Junta en Cintla nuevas gentes para proseguir la guerra. Salen tres compañías de la ciudad a reconocer la tierra y a buscar mantenimientos, a las cuales los indios pusieron en grande aprieto y, desbaratándolas con gran daño, las retiran y encierran en la ciudad.

Del hacer poco caso de las cosas,
viene el remedio a ser dudoso y grave,
las fáciles a ser dificultosas,
que más que aquesto en la arrogancia cabe.
Las trazas del contrario cautelosas
se teman, cuya suerte no se sabe,
y no por ser de fuerza limitada,
nadie desprecie la enemiga espada.

Tenemos mil ejeniplos en la mano
(que por ser tan notorios no refiero),
de muchos, cuyo intento salió vano,
por poca estima del contrario fiero:
no de su parecer se fíe insano
el que juzga le tiene más entero,
que aun libre y no mezclado con la saña,
vemos que de ordinario nos engaña.

Si al principio el Cacique de su diestra,
no tan gallarda confianza hiciera
(de despreciar al mundo dando muestra)
y con sagacidad se previniera,
no le fuera la suerte tan siniestra;
y si tal, no tan presto se perdiera,
que parte tal, con el esfuerzo unida,
dilata, si no impide, la caída.

Pues tornando a los presos y vencidos,
que en Potonchan quedaron maltratados,
digo que ante Cortés fueron traídos
y por él francamente libertados;
por Aguilar instructos y advertidos
que fuesen donde estaban retirados
Tabasco y los demás, a asegurarlos
y con la paz sabrosa a convidarlos.

Diciendo que del daño recibido
ellas fueron la cansa, como veían,
pero que del haberlos ofendido
perdón los españoles les pedían

y que, sin ser por ellos defendido,
a su ciudad y casas bien podían
volver, de su palabra asegurados
que de nadie serían disgustados.

Tabasco, del partido abominando,
a llamar comenzó de nuevo gente,
sus súbditos y amigos convocando
con proceder solícito, impaciente,
de que un copioso ejército formando,
se pretende vengar sangrientamente:
al uno y otro con valor exhorta,
cuánto el morir Cortés, diciendo, importa.

Mandó por los caminos se hincasen
de trecho a trecho flechas herboladas,
y que copia de perros se matasen
que ocupasen las vías más usadas,
para que a él los indios se llegasen
de todas las comarcas señaladas,
costumbre antigua que, en aquella tierra,
llama las gentes y declara guerra.

Supo en breve Cortés sus pretensiones
de seis indios, que Nájara y Caycedo,
Escobar, Jaramillo, Ordás, Briones,
Juan Núñez de Mercado, Trejo, Oviedo,
Pedro de Paz, Juan Pérez, y Quiñones,
Cristóbal de Mosquera, Olid, Salcedo,
en la campaña con valor prendieron
de una pequeña escuadra que embistieron.

A quien libres, sin daño, al campo envía,
habiendo cierta relación tomado.
«De mi parte a Tabasco (les decía)
diréis, y al vario pueblo congregado,
que mejor y más sano les sería,
atajando el intento comenzado,
a la ofrecida paz venir conmigo
que tenerme por áspero enemigo.»

Derechos al Cacique los seis fueron,
que estaba en Cintla a guerra prevenido,
y con triste semblante refirieron
lo que del general habían oído.
Tal muestra de temor los indios dieron

que, del fuerte Tabasco conocido,
mandó al cuchillo la cerviz bajasen,
porque a miedo los otros no incitasen.

Díceles: «Pusilánimes, villanos,
canalla torpe, mísera, abatida,
indigna de los nombres soberanos,
de que ha gozado vuestra inútil vida:
duro me es de creer que potonchanos
seáis, y que de gente tan florida,
tan arriscada, fuerte y valerosa,
naciese tan soez y baja cosa.»

Con esto la fatal y cruel sentencia
fue con rigor al punto ejecutada,
haciendo con efecto en su presencia
les fuese a aquellos seis la muerte dada,
porque de tal castigo y advertencia
quedase la otra gente amedrentada
y el seguirle ninguno rehusase,
ni el bajo y vil temor manifestase.

Hecho, por cierto, en bárbaro loable,
y digno, con razón, de ser tenido
en lo que pide un caso tan notable,
y de que no le oculte el torpe olvido.
Esto hecho, con rostro y voz afable,
en parte do pudiese ser oído,
Tabasco, de su ejército se puso,
y en breve lo siguiente les propuso:

«Vuestro valor en trances mil probado,
triumfante siempre con temida diestra,
hace que vaya, amigos, confiado
a abrazar la fortuna que hoy se muestra,
sin temer del contrario el brazo airado,
ni de incierta señal suerte siniestra,
que en confianza vuestra alce la mano
conque hoy mitigaré el vigor cristiano.

«Este es el día alegre, venturoso,
en que mujeres, hijos, posesiones
os restituye el hado victorioso
a pesar de dañadas intenciones.
Daréis a vuestra empresa un fin glorioso
cantando por las bélicas regiones,

el cual celebrará la Fama dina,
que a victoria tan alta os encamina.

«Esas armas que ocupan vuestras manos
harán justa o injusta aquesta guerra,
dirán si los contrarios son tiranos
o si poseen con razón la tierra;
y no hay de quien valernos, potonchanos,
si la barbuda gente nos destierra:
mirad que no hay disculpa en el caído,
que al fin es su juez quien le ha vencido.

«Y no deseo tanto la victoria
por volver a cobrar mi antiguo estado,
cuanto porque cantéis tan alta gloria,
triumfo por Moctezuma deseado,
en vuestra libertad cosa notoria;
que es, cual sabéis, el don más estimado,
pues no hay suerte peor que del contrario
aguardar el decreto temerario.

«Y la fuerte ciudad enajenada,
ni el veros por tal gente de ella echados,
ningún temor os cause, que cobrada
será por esos ánimos osados:
y en los que así la tienen usurpada
haréis duros castigos nunca usados,
que pues paz con perdón os han pedido,
temerosa ocasión los ha movido.

«Seguid la suerte que os está llamando,
que si ayer os fue adversa y enemiga,
hoy os está a victoria convidando
con faz benigna, afable, grata, amiga.
Si duda alguno en el seguir mi bando,
que se quede le advierto, y no me siga,
porque al que no lo hiciere desengaño
que, no haciendo el deber, hará en su daño.»

Todos, con voz conforme interrumpiendo
la plática, al Cacique respondieron
(del silencio los límites rompiendo
que para aquel efecto les pusieron)
que a su mandato estaban atendiendo,
para la ejecución del cual vinieron,
diciendo en altas voces: «¡Vamos luego,

pongamos cielo, tierra y mar a fuego!»

A la ciudad Tabasco luego envía
veinte expertos soldados, que mirasen
la fortaleza y pretensión que había,
para que por extenso le informasen,
fingiendo que la paz que les pedía
(como la gran ciudad no les quemasen)
deseaba, y que el pueblo proveído
sería, y de viandas bastecido.

Todo era trato doble y simulado,
que entretener el tiempo procuraba
el cauteloso antípoda indignado,
en tanto que la gente se juntaba.
El general de Cristo, ya enterado
de esta cautela, al Bárbaro enviaba
a sus casas, diciendo que otro día
por la tierra pacífico entraría.

Las vivas esperanzas victoriosas
con que el celeste joven fulminoso
facilitó en Cortés las arduas cosas
aseguraron su ánimo dudoso:
y así a las más sangrientas y monstruosas
ponía el hombro y pecho generoso,
alentándose al caso más pesado,
de la propicia suerte asegurado.

Ya la celosa Clicia el rostro ausente
del ofendido amante descubría,
y con húmeda faz vuelta al Oriente,
el doloroso llanto suspendía,
cuando manda Cortés que incontinente
salgan de la ciudad (que convenía)
tres escuadras de a ochenta numeradas,
de tres fuertes mancebos gobernadas.

Eran aquestos Ávila, Alvarado
y Sandoval, soldados valerosos,
a quien con justa causa había nombrado
(por expertos en trances peligrosos)
para que cada cual, acompañado
de estos ochenta jóvenes briosos,
buscasen que comer por los maizales,
entre los levantados naturales.

Por tres diversas sendas los envía,
con orden que por fuerza no tomasen
oro ni bastimentos (que cumplía)
sin que su justo precio les pagasen:
y que a más de dos leguas (les pedía)
de la entrada ciudad no se alargasen,
porque pudiesen ser de él socorridos,
viéndose de los indios oprimidos.

Con esto se partieron, y llegando
Alvarado a una aldea mal poblada,
no lejos de ella vio cómo guardando
estaba sus maizales gente armada:
a quien llegó de paz, por bien rogando,
por señas, que de aquella demasiada
comida que tenían le vendiesen,
que la paga sería cual pidiesen.

Respóndele con ira alborotados,
los matizados arcos requiriendo:
«Hoy seréis cual conviene alimentados»,
muchas flechas y dardos despidiendo.
Los ochenta españoles esforzados,
a los indios atienden, resistiendo
el ímpetu y furor desenfrenado
del vengativo Bárbaro indignado.

El pequeño escuadrón no fue rompido
de aquella rigurosa arremetida,
por estar en buen orden recogido
y ser la gente experta y escogida:
a quien el capitán había advertido
y mandado, so pena de la vida,
que en tanto que orden de él no se tuviese,
ninguno al enemigo arremetiese.

Púsose en un recuesto (do amparado
de un grueso paredón, no a poca suerte,
por las espaldas se halla) que quedado
por reliquias había de algún fuerte,
a propósito tal acomodado:
de a do manda a Escobar y a Villafuerte,
a Juan Tirado, Orduña y Escalante
sobresalgan al Bárbaro arrogante.

Tras éstos a Francisco Lasso envía,
a Pedro de Solís, Granado, Ojeda,
a Medina, Cifontes, Chabarría,
a Meneses, Quiñones, Castañeda,
a Olguín, Portocarrero y a Mejía,
Caravajal, Juan Pérez y Salceda,
para que al enemigo detuviesen
y el flechar tan de cerca le impidiesen.

Estos, al enemigo resistiendo,
algún tanto de tierra les ganaron,
y su fortuna próspera siguiendo,
gran trecho de Alvarado se apartaron;
las valerosas diestras revolviendo,
el ímpetu del indio refrenaron,
haciendo de españoles el oficio
que suelen en el bélico ejercicio.

Pero tal copia de indios sobrevino,
y con tanto furor los embistieron,
que en un pequeño espacio les convino
el orgullo templar con que partieron:
cuyo peligro viendo tan vecino,
Alvarado y los suyos acudieron
al socorro, con paso apresurado,
en escuadrón pequeño concertado.

El Ibero y Antípoda orgulloso,
si en número no igual, en esperanza,
se embisten, cual en mar tempestuoso
suelen hacer (turbada su bonanza)
el seco Euro, con ventar furioso,
y el frígido Fabonio, su pujanza
haciendo el uno al otro manifiesta
con turbulenta saña contrapuesta.

De esta suerte se mezclan, defendiendo
unos la libertad y patria amada,
otros la vida, que el peligro viendo
es nuevo filo a la más bota espada:
sólo un paso de tierra no perdiendo,
el idólatra y gente bautizada
más se estrechan y juntan fervorosos,
de obligar a la Fama deseosos.

Duró el tesón y pertinaz porfía

(sin declarar Fortuna la victoria),
hasta que con tropel y vocería
cantando asoma la futura gloria:
Gualcayacón, cacique a quien seguía
un escuadrón piquero, que notoria
hizo con su furima arremetida
la ventaja, hasta allí no conocida.

Un oculto temor no bien formado
(que entero en pecho noble no halla entrada),
discurrió por los huesos de Alvarado,
dejando al punto la incapaz morada.
El espacioso campo ve ocupado
de gente, en daño suyo congregada;
miraba a todas partes, por si a suerte
hallaba algún lugar do hacerse fuerte.

No lejos una casa de ancha puerta
vio en la campaña, de otras apartada,
de holgura, al parecer, franca y abierta,
y de dos altas torres adornada;
ocúpala, hallándola desierta
de gente, con su escuadra destrozada:
de lo más fuerte de ella se apodera,
dejando a los contrarios por defuera.

No de pardales importuna banda
así se arroja al grano deseado,
de cuya vigilancia se desmanda
el labrador incauto, descuidado
(que al campestre ejercicio acude y anda
en otros menesteres ocupado),
como a la casa el Bárbaro ofendido
corre con alto y súbito alarido.

Comienzan con rigor a combatirla
con discordes y varias opiniones:
unos quieren quemarla y destruirla,
mostrando sus sangrientas intenciones;
otros lo contradicen, y el subirla
facilitan y aprueban con razones,
por ser del gran Tabasco fabricada,
sólo para su holgura diputada.

Unos dicen: «Teniéndolos cercados
morirán, o a las manos los habremos,

que de comida están necesitados
y mal heridos muchos, como vemos.»
Otros gritan: «¡Quemémoslos!», airados,
«que el edificio y casa pagaremos.
No perdamos tan buena coyuntura,
que no hay siempre ocasión que se procura.»

En esto de Tabasco un indio llega,
del pabellón do estaba retirado,
y a Payaguax Cacique da y entrega
un rollizo bastón, corto y dorado,
diciendo: «El general, señor, te ruega
por esta seña que (cual buen soldado)
sin diferirlo más entregues luego
aquesta casa y gente al vivo fuego.»

Fue declarado el áspero decreto
por todo el indio campo alharaquiento,
y su fiera intención puesta en efeto
con mil alegres muestras de contento.
El cerco estrechan con mayor aprieto
hasta romper con picos el cimiento,
mas los de arriba dañan y retiran
con la violenta furia con que tiran.

Deshacen techos y altos torreones,
para defensa suya, los cercados;
gran cantidad arrojan de planchones,
de vigas trozos gruesos y dorados,
almenas, piedras, tejas, maderones
con sutil intención entretallados:
no se tiene respeto al edificio
hecho con tal cuidado y artificio.

Ponen fuego a la casa y baluartes
y, por más brevedad, echan arriba
breadas ollas, que por todas partes
siembran por los tejados llama viva:
mil invenciones buscan, modos, artes
(con voluntad dañada vengativa)
para que el fiero incendio los consuma
y en ceniza su furia se resuma.

No la troyana estancia descuidada
del engañado Príamo imprudente
(por la preñada máquina asaltada

con áspero rigor y fuego ardiente)
fue con tal brevedad desbaratada,
pensando resistir la griega gente,
como ésta fue, señor, en este día,
ni fue mayor la dura batería.

Y murieran sin duda si, al presente,
Ávila y Sandoval, con sus soldados,
no vinieran con paso diligente,
más por suerte y acaso que avisados;
que como por camino diferente,
de la ciudad salieron apartados,
no entendieron que allí correspondían
las dos distintas sendas que traían.

Mas cuando la española seña vieron
sobre las altas torres arbolada,
y la efigie de Cristo conocieron,
entre varias colores estampada,
con tal furia al contrario arremetieron,
haciendo tal estrago, que apartada
fue la idólatra turba de su intento,
el combate dejando atroz, sangriento.

Del cerco los retiran, y saliendo
de la casa Alvarado con su gente,
por las espesas astas discurriendo,
procediendo al romper sangrientamente,
con Ávila se junta (que atendiendo
le estaba) y Sandoval, con ira ardiente
al contrario afligiendo y fatigando,
hiriendo a todas partes y dañando.

Llega en esto Caybai, cacique fiero,
por orden de Tabasco allí enviado,
con un grueso escuadrón suyo flechero
que en aquel menester había juntado.
Quiso en el embestir ser el primero,
a quien sale Cabrera, reparado
de una fuerte rodela, y en un punto
le priva de gobierno y vida junto.

No el sangriento espectáculo fue parte,
del muerto capitán, a que dejasen
el áspero rigor del fiero Marte,
ni a los arcos las cuerdas aflojasen,

que cada cual pretende por su parte,
los recientes estragos se vengasen:
y así con tal furor arremetieron,
que al Ungido gran trecho retrajeron.

Bien como cuando de avenida insana
es, y raudal del agua, arrebatada
alguna presa (por la industria humana,
para enfrenar su furia fabricada),
que rompiendo sus límites ufana
la arroja en varias partes quebrantada,
así de aquesta turba la corriente,
de su sitio arrancó [a] la hesperia gente.

Cortés de un indio amigo había sabido
el estado del trance peligroso,
y ya de la ciudad había salido
al socorro, con paso presuroso.
No anduvo milla entero, cuando vido
al Ibero sangriento y polvoroso,
que del combate y áspera porfía,
retirando hacia el pueblo se venía.

Mandó la artillería disparase
para apartar la turba embravecida,
y que al pueblo su gente caminase,
por estar mucha de ella mal herida,
diciendo que a su cargo se quedase
vengar la injuria entonces recibida:
esto porque Alvarado, a Cortés viendo,
iba sobre el contrario revolviendo.

Dan vuelta a la ciudad (de a do salieron)
flechados de los indios orgullosos,
que con espesas cargas los siguieron,
de la victoria próspera gozosos:
hasta que las murallas impidieron,
y la profundidad de antiguos fosos,
el paso y furia insana al enemigo,
del español amparo y grato abrigo.

Los bárbaros con esto se tornaron
alegres para Cintla, braveando,
y a su señor el caso relataron,
soberbias amenazas derramando.
El próspero suceso celebraron,

el aire alharaquientos asordando:
gocen del prestado bien, en tanto
que en su daño otra vez la voz levanto.

CANTO XI

Estando Cortés cuidadoso por la comenzada conquista, se rinde al sueño, en el cual se le ofrece el río Tabasco y, aliviándole los cuidados, le instruye en lo que debe hacer para su conservación y prósperos sucesos. Sale de la ciudad con ánimo de dar la batalla al Cacique, el cual se le ofrece en el camino, donde se traba una profiada y sangrienta batalla que puso a los españoles en grande aprieto.

¿Quién hay que ponga al tiempo inestimable
precio ninguno, por ninguna vía?
¿Quién que restaure el daño irreparable
que se le sigue, de perder un día?
Digno de vituperio abominable
es el que sigue tan errada vía,
que el despreciar el tiempo es una culpa
(según el sabio) donde no hay disculpa.

¿Con qué los celebrados escritores
a la inmortalidad se dedicaron?
¿Con qué los claros héroes vencedores
sus nombres de la muerte libertaron?
¿Con qué los estudiosos oradores
honrosos privilegios alcanzaron,
si no con entender que era la cosa,
el tiempo de la vida más preciosa?

Deste usaba Cortés como quien v[e]ía
por cuántas causas estimarse debe,
y como sus efectos conocía
(su carrera temiendo y curso leve),
aún del común reposo se abstenía:
que lo forzoso excusa que le lleve,
no haciendo, como muchos, menosprecio
de lo que no se compra con gran precio.

Luego que de Tabasco las banderas,
en las torres de Cintla se arbolaron,
y las trompetas, con señales fieras,
a juntar nuevas gentes comenzaron,
a las sangrientas guerras venideras
los ánimos briosos se aprestaron;

turbó el bélico estruendo de repente
la parte principal del Occidente.

Vuestro abuelo, señor, que el fin de agosto,
como caudillo con razón temía,
en un mar de congojas y ansias puesto,
fatiga la ligera fantasía:
ya traza, ya tantea aquello y esto,
y ya de lo que elige se desvía;
veloz el bien y el mal a un tiempo advierte,
y el pensamiento aquí y allí divierte.

Cual en el claro espejo meneado
suele el rayo del sol, reverberante,
volar a toda parte apresurado
con proceder inquieto rutilante:
tal vez hiriendo el techo levantado,
tal el lugar oscuro, aunque distante,
con vario y presuroso movimiento,
así en Cortés discurre el pensamiento.

Andaba por la huerta deleitosa
de Tabasco, que cerca el roto muro
(por donde la corriente impetuosa
del río hacía el pueblo mal seguro),
haciendo centinela cuidadosa
cubierto del nocturno manto oscuro:
ya duerme de su gente la más parte,
y él vela en el fervor del fiero Marte.

A la sazón que ya la noche fría
al medio de su curso se acercaba,
y del trabajo del pasado día,
hombres, aves y fieras relevaba,
cuidoso por las guerras que atendía,
Cortés los lasos miembros recostaba
(convencidos de un sueño perezoso)
a la orilla del río tortüoso.

No bien los ojos al reposo entrega,
cuando la sesga imagen le aparece
del mismo río, y a Cortés se allega,
que entre álamos alzado se le ofrece:
ya la corriente que los campos riega,
que está en el aire enhiesta le parece,
y que con urna transparente baña,

por desusadas partes la campaña.

De hojosas, tiernas cañas coronado,
y de un lino sutil, verde vestido,
sobre el rostro el cabello remojado,
y dilatados hombros esparcido,
aliviar de Cortés quiere el cuidado
en que por la conquista está metido.
Mil rosas por venir decirle quiere
y así con blanda voz su oreja hierre:

«¡Oh tú, varón insigne y eminente,
que del valor ibérico seguido
turbaste la quietud de mi corriente,
jamás de proa humana dividido!:
hoy eternizas la española gente
con altos triunfos de lo no sabido,
a quien ha largos tiempos que atendemos,
los que en lo porvenir algo sabemos.

«No te espanten las duras amenazas
del belicoso Marte, mas prosigue
en tus loables, singulares trazas,
que la fortuna próspera te sigue:
y la justa intención con que te abrazas
hace que el cielo a te amparar se obligue;
de la intentada empresa no desistas,
que no hay trabajos ya a quien no resistas.

«Y pues que ya con diestra sanguinosa
has victorioso mi ciudad entrado,
y de esta gente a la cerviz briosa,
ya casi el yugo ron valor echado,
arando el mar con proa presurosa,
buscarás un peñol (por él bañado)
siguiendo la senosa costa, adonde
sus rayos el dorado Delio esconde.

«Poco distante del peñasco yerto
echa el arado, que es do el hado asigna,
para fundar la Veracruz y el puerto,
que el hado así tus cosas encamina.
Este será paraje grato y cierto
de la flota de Iberia, de él condigna,
y en tus necesidades fiel abrigo,
mas sigue esta instrucción, está conmigo.

«Los fuertes y arriscados potonchanos,
totonagues y pueblos de la sierra,
pánucos, chichimecas, cempoallanos
y tlaxcaltecas, belicosa tierra,
guaxacos, antepecos, mechoacanos,
tienen con Moctezuma eterna guerra,
tipancincos, cholollos, chiauiztlanes.
Oye cómo saldrás de mil afanes:

«Estos reciben de él mil vejaciones,
mil tiránicas fuerzas, desafueros,
por momentos formando imposiciones,
los nobles declarando por pecheros;
tienen con él algunos disensiones,
de los más poderosos y guerreros,
así que libertad pretenden todos,
vanamente intentada por mil modos.

«Con éstos trata provechosa liga,
juntarán a la tuya sus banderas,
que como de ella número te siga,
sucederán las cosas como esperas:
y aunque el rey Moctezuma contradiga
(como lo intentará por mil maneras)
en su ciudad tu entrada, no te espante,
que el verle es de tu intento lo importante.

«Sigue, sigue tu próspero destino,
que tal bien para ti guardaba el cielo,
y fuera de tu César, otro digno
de gloria tal no tiene el bajo suelo:
no la escabrosidad de este camino
baste para atajar tu justo celo,
bien que esté la infernal turba dañada
para su impedimento conjurada.

«Pasa con tus proezas adelante,
y con tus justas y altas pretensiones;
no la necesidad, varón, te espante,
los dudosos reencuentros y ocasiones,
que con diestra invictísima, pujante
sujetarás las bárbaras regiones,
y al fin conseguirás, varón, tu intento,
de la ibérica gente prez y aumento.

«Esto, sin duda, te será premiado
por el augusto Carlos belicoso,
de quien condignamente eres soldado,
más que el César primero valeroso:
serás Marqués del Valle intitulado,
estado fértil, rico y abundoso;
daráte mucha parte de esta tierra,
adquirida por ti en sangrienta guerra.

«Casarás con la bella doña Juana
de Zúñiga, doncella virtuosa,
discreta, afable, joven y lozana,
grave, dispuesta y por extremo hermosa;
del Conde de Aguilar hija y de hermana
del de Béjar, estirpe generosa.
A ésta concede el hado que sea madre
de hermosos hijos de tan alto padre.

«La cual producirá un pimpollo tierno
(primogénito tuyo deseado)
de gran pecho, valor, ser y gobierno,
que don Martín Cortés será llamado:
tus hechos amará con celo interno
y vendrá a sucederte en el estado;
tendrás también tres hijas tan hermosas
que excederán en todo a las tres diosas.

«A doña Juana, de éstas la más bella,
señala bien la suerte venidera,
y no menos le da su grata estrella
que al de Alcalá, apellido de Ribera.
Doña María (advierde) será aquélla
a quien ya cuidadoso el Conde espera
allá en tu España, Pimentel llamado,
para señora de su antiguo estado.

«Con doña Catalina no permite
(por cosas que dispone el justo cielo),
que el alegre himeneo se acredite,
mas que virgen levante el blando vuelo,
bien que un tanto a sentir te necesite
por serte entre ellas la de más consuelo,
que la caduca diosa no lastima
sino en las prendas de mayor estima.

«Del invicto Felipe (rey potente,

a quien promete el cielo las Españas),
amparado será con grata frente
don Martín, estimando tus hazañas:
será sagaz, discreto extremadamente,
y alcanzará a saber cosas extrañas,
será por tal de todos celebrado,
por valeroso y quisto reputado.

«Casará con doña Ana de Arellano,
hija de aquel señor de los Cameros
que alcanza con tu César tanta mano,
único entre sus fieles consejeros:
hombre industrial, afable, gran cristiano,
de sanos pareceres verdaderos;
será, aunque su mujer, su prima hermana,
dispuesto por la mano soberana.

«Aquesta rama, ya en tu planta enhiesta,
promete otra tan bella al bajo suelo
que, en lo sublime de tu tronco puesta,
querrá seguir tu preeminente vuelo:
de adonde un bello joven manifiesta
ser digno nieto de tan alto abuelo;
este se llamará, cual tú, Fernando,
de tu apellido la cabeza y bando.

«Será, aunque en tierna edad, maduro en seso,
de gran sagacidad, ser y cordura,
de claro entendimiento y mucho peso,
dotado de mil dones de natura,
y aunque extremado en todos, no por eso
los usará sin tiempo y coyuntura:
será aborrecible todo vicio,
y la virtud dulcísimo ejercicio.

«Tendrás a don Jerónimo, otro nieto,
de Fernando segundo hermano caro,
desde su verde edad hábil, discreto,
de levantado ingenio, sutil, claro:
poeta celeberrimo, perfeto,
en conocer la esfera y astros raro,
a quien promete no pequeña parte
de su sangriento estudio el fiero Marte.

«Don Pedro, de tus nietos el tercero,
también será en las ciencias eminente.

De doña Juana y Angela no quiero
decir más de que el alto Omnipotente
(como cuidadoso padre verdadero)
estado a sus personas conveniente
les dará, por su mano soberana,
en floreciente edad, tierna, lozana.

«Esto después que ya Atropos furiosa,
en medio de su curso más florido,
haya con mano airada, rigurosa,
de su madre la verde flor cogido,
sin razón arrancando aquella rosa
del dulce, tierno tronco tan querido,
dejando a don Martín en duro llanto,
justa ocasión de mísero quebranto.

«¡Oh codiciosa Parca acelerada!
templaras el rigor de tu costumbre
hasta que ya del todo cobijada
estuviera de nieve la alta cumbre:
no con la crespada hebra hermozeada,
con el lustroso efecto de su lumbre,
da su florida edad la destroncaras,
ni del caro consorte la apartaras.

«Mas para mitigar el llanto y pena
de que causa será tan triste ausencia,
el hado (que su bien y aumento ordena,
guiado por la Suma Providencia)
de Guzmán a la bella Magdalena,
segunda vez le da, cuya prudencia,
virtud, con discreción, gracia, cordura,
excederá a los dones de natura.

«No tengas, oh varón, alguna duda
de cuanto aquí mi lengua ha pronunciado,
ni hayas recelo que la suerte acuda
contra lo por el cielo destinado:
y aunque se muestre en parte adversa y cruda
y, al parecer, contrario y duro el hado,
síguele con audacia y pecho fuerte,
que allí te está guardada dulce suerte.»

Mil cosas más le dijo en voz süave,
que de Proteo supo, dios marino,
bien informado, con estilo grave,

en su líquido albergue cristalino:
de cuanto por venir de Cortés sabe,
de su valor y hado peregrino,
y cómo el nuevo mundo no sabido,
estaba a su fortuna cometido.

El cual decía: «A ti, espacioso mundo,
a ti (decía) vendrá, sin duda alguna,
un ibero varón, que el rito inmundo
de ti echará, y tu ley torpe, importuna,
la ambición desterrando del profundo
con valerosa diestra su fortuna,
reduciéndote al número acertado
del Nazareno, en el Jordán lavado.

«Yo soy el río Tabasco caudaloso,
que estos fértiles campos alimento,
y el que al Océano, padre poderoso,
rinda tributo de mayor aumento.»
Dijo, y de su corriente al centro hondoso
calar se deja, y cristalino asiento.
Huye la noche, y de Cortés el sueño,
y del alegre rostro el blando ceño.

Mil gracias rinde el general al cielo,
del cual aunque conoce los favores,
no le causan soberbia, mas consuelo,
humilde dando a su hacedor loores;
ya las vanas estatuas por el suelo,
de los estigios monstruos habladores,
le parece que ha puesto victorioso,
y en su lugar el culto misterioso.

Puestas ambas rodillas en el suelo
y las cóncavas palmas juntas y altas,
fijos los ojos en el alto cielo,
considerando maravillas altas,
dice: «Si a la limpieza de mi celo
no oscurecieran mis notables faltas,
digno por cierto en parte me juzgara
de esta revelación tan alta y rara,

«Bien que por medio extraordinario y nuevo.
Mas, ¿quién penetrará vuestros secretos?
Creer que es vuestro aqueste aviso debo,
según la gravedad de sus concetos.

Vuestra es la causa y pretensión que llevo:
amparadla, mi Dios, en sus efectos,
por que esta gente (que quien sois ignora)
conozca cuánto en suerte se mejora.

«Bien sabéis vos, Señor (como quien sabe
lo más secreto del humano pecho),
el sano intento que en el mío cabe
y si le mueve aqueste o mi provecho.
Permitid la idolatría torpe y grave
tenga ya fin y cautiverio estrecho;
romped los infernales estatutos,
copiosas de tiránicos tributos.»

Dijo, y, con increíble diligencia
la ciudad portilla, fortifica,
para hacer a Tabasco resistencia
por si viene sobre ella cual publica.
Mas del Bárbaro viendo la potencia
y cuánto más y más se multiplica,
acuerdo nuevo toma en un instante,
al parecer de todos importante.

Cuando el tritón Elice vuelto había
(su timón inconstante gobernando),
y con circular curso parecía
irse al constante Ártico inclinando,
y de Licurgo y Naxos se escondía
su hija Asterop[e], las demás guiando,
de la ciudad Cortés había salido
y a batalla su gente prevenido.

A Cintla deseoso caminaba
de volver con el Bárbaro a las manos,
donde supo Tabasco en campo estaba
juntando copia de indios comarcanos.
Dar sobre él de repente procuraba,
antes que fuesen más los potonchanos;
arbola presuroso sus pendones
y exhorta a sus pequeños escuadrones.

Ya del Indio el ejército se había
al son de un ronco cuerno levantado,
y en gran silencio a la ciudad venía,
de cercarla, señor, determinado:
el orden que Tabasco en él traía,

habiendo ya sus haces concertado,
eran cinco escuadrones belicosos
de a ocho mil (cada cual) mozos briosos.

Nombró el caudillo astuto potonchano
cuatro caciques diestros, arriscados
para que por su ardid, industria y mano
fuesen, cual otras veces, gobernados.
Tomando el más vistoso y más lozano,
él (como general), de los nombrados,
último en el partir, con paso tardo
sigue el curso feroz, grave, gallardo.

Vuelven los corredores que adelante
Cortés a descubrir había enviado,
diciéndole: «Señor, será importante
acuerdo nuevo en caso tan pesado:
sobre ti viene el Bárbaro pujante,
de cinco selvas de astas rodeado;
parece que hombres brota la campaña,
según la cantidad que le acompaña.»

Cortés, la alteración disimulando
que había con esta nueva recibido,
por su campo discurre, concertando
su gente, cuidadoso de lo oído.
A su pequeño ejército animando,
dice: «Vuestro deseo es ya cumplido,
ya la dulce ocasión llama a victoria
que hoy dará a nuestra España eterna gloria.»

En esto del contrario las banderas
asoman, en los aires levantadas;
toman el llano, dejan las laderas,
comenzando a ofender con sus pisadas
las hierbas olorosas, placenteras,
que estaban por los prados derramadas,
y al son de trompas, flautas, atambores,
gritan: «¡Hoy moriréis, engañadores!»

No Lucio, con la vista repentina
de Asdrúbal infelice, holgó tanto
(codiciando la pérdida y ruina
que a Cartago dejó en sangriento llanto)
como el Indio, de ver que se avecina
el último reencuentro, en que iba tanto:

da del contento muestras en que se halla,
en venir con Cortés a la batalla.

Topáronse entre acequias y pantanos,
donde el Indio de industria se detuvo
para coger entre ellas los cristianos,
loable ardid que sobre todos tuvo:
comiéndanse a extender los más cercanos,
y tan experto y advertido anduvo
que (los enjutos pasos ocupando)
se fue de lo mejor apoderando.

El general de Cristo, cuidadoso,
mandó a los de a caballo le siguiesen,
y del atolladero peligroso
salió, sin que los indios lo impidiesen.
A Alvarado dejando, y a Reinoso,
para que la demás gente rigiesen,
sobre el siniestro lado, a media rienda,
sale a buscar cuidadoso enjuta senda.

Iban con él Godoy, Morla, Caycedo,
en sus jinetes; Tapia y Escalante,
Fonseca, Marmolejo y Acevedo,
Mosquera, Hermosilla, Olid, Morante:
de los cuales diré (sin ningún miedo
de que en nada mi Musa se adelante)
en mi corto discurso algunas cosas
particulares, graves, valerosas.

Pues como vio el cacique el grande aprieto
que amenazaba a la española gente,
y oportuno lugar para el efeto,
donde tomar venganza conveniente:
teniendo de Toyol mejor conceto
(por ser hombre feroz, cuerdo, valiente)
que de los otros, manda se adelante
y a negocio dé fin, tan importante.

Este con ronca voz sale llamando,
brioso, al español a la batalla,
que iba por los pantanos atollando,
buscando sitio enjuto para dalla:
y el húmedo lugar atravesando,
con grande riesgo de la vida, se halla
en un prado, espacioso, verde, llano,

donde aguarda al pujante Potonchano.

Viendo el puesto Alvarado, y que venía
el contrario sobre él con alarido,
en orden al encuentro le salía,
habiendo ya su gente prevenido:
furioso el uno al otro se embestía
con ánimo dañado y ofendido;
cierran los desiguales escuadrones
a la postrer señal de varios sonos.

Cuál cae de ardiente bala atravesado,
a cuál flecha veloz traspasa el pecho,
cuál rueda por el campo desangrado,
dejando el brazo adverso satisfecho,
cuál, de rolliza maza derrengado,
el campo ocupa mísero, contrecho:
vuela la vocería a toda parte,
y el bélico rumor del fiero Marte.

Como la tempestad furiosa, airada,
en las cavernas cóncavas resuena,
del Encelado en Etna acompañada,
del bramido que el monte y mar atruena,
al consorte de Venus consagrada
la ardiente cumbre de centellas llena:
tal era de las armas el rüido,
el estruendo y batir embravecido.

Mas en espacio breve, conocida
fue por la iberia gente la ventaja:
priva Cifontes a Toyol de vida
y al reino oscuro el alma triste baja.
Vista por el Cacique su caída
y cuánto el hado en le ofender trabaja,
sin capitán la gente destrozada,
sale de su escuadrón con voz airada,

Diciendo: «¡Vil canalla, soez, grosera,
sin ser, y de valor necesitada,
prodigio de mi afrenta y delantera
de mi suerte infeliz, por tal notada!
¡Por el luciente Sol, si no estuviera
tan cerca el enemigo, que esta espada
o bastón revolviera en vuestro daño,
haciendo un ejemplar castigo extraño!»

Con esto el fiero bárbaro arremete
solo, la maza en alto levantando,
al brioso español, y entre él se mete,
el fresno a todas partes rodeando.
Aquí hiera, derrenga, allí acomete,
peligrosas empresas intentando,
con tal velocidad y gallardía
que un alentado pardo parecía.

Ofrécese al indio Juan Tirado,
que fue en acometer de los primeros,
y, del golpe del leño reservado,
al bárbaro embistió con pies ligeros.
Tocóle de una punta el diestro lado,
mas no fueron de efecto sus aceros:
por la batalla pasan adelante
con diestro Marte y ánimo constante.

«¿Qué es de vuestro caudillo, gente loca?
(el indio grita), ¿qué razón le excusa
de andar en la batalla cual le toca?
¿Así (las armas defendiendo) os usa?
¿Así al contrario aguarda el que provoca?
¿Por qué mi vista, me decid, rehúsa?
¿Tanto teme el probar de un retirado
a lo que llega el ánimo indignado?»

Tras esto los copiosos escuadrones
embisten con estruendo y vocería:
gimió la tierra y cóncavos rincones
con el peso y rumor que la oprimía;
dejaron a Neptuno los tritones
y en sus cuevas se esconden a porfía;
las arenosas costas y marinas
temblaron, y las aguas convecinas.

Trábase una batalla peligrosa,
vuelan nubes de flechas por el viento,
suena la artillería presurosa,
con cuya furia tiembla el fijo asiento:
la cólera, furor, ira rabiosa
del uno y otro bando va en aumento;
el vocear confuso rompe el cielo,
las aves abatiendo de su vuelo.

Topó Portocarrero con Maguano
(que iba por la batalla discurriendo)
a quien enderezó la espada y mano,
herirle de una punta pretendiendo.
Guardóse del efecto el potonchano
y, una rolliza maza revolviendo,
otro [¿golpe?] tira al contrario, con tal vuelo
que, errándole, Maguano vino al suelo.

Sobrevino al instante Cayabida,
Mayón, Papaya, Otoy, que detuvieron
el brazo al español, con que la herida
que a Maguano tiraba resistieron:
de este golpe quedó el Otoy sin vida,
que no tan a su salvo socorrieron
al caído Cacique que, primero,
no matase a los dos Portocarrero.

Pasa adelante el español airado,
hiriendo rompe por la turba espesa,
donde vio en lo más áspero a Alvarado,
a Molina, Alderete y a Nicuesa,
que el suelo en torno tienen ocupado,
de muertos, peleando con gran priesa:
no resiste a sus golpes armadura,
ni cosa donde alcanzan hay segura.

Vio a Meneses el fuerte Tabayeto,
que con Hirtano estaba peleando,
a quien arremetió por el aprieto,
mas topó en el camino a Villandrando,
cuya espada en el indio haciendo efeto,
le tiende por el campo basqueando:
sale en espacio breve por la herida,
dejando el cuerpo, el alma entristecida.

Martín López aquí y allí hiriendo,
de vida regalada a Toxgo priva,
y al joven Oxtilón, que discurriendo
por la batalla entró con frente altiva:
cuyos ojos Lucina, a un tiempo abriendo
mostró a los dos de Febo la luz viva,
a costa de la madre desdichada,
de otro parto por muerte reservada.

Hace sangrienta riza Villafuerte,

y pone en sueño eterno a Puxca y Xago;
mucha sangre enemiga Orduña vierte,
a cuyos pies se muestra un rojo lago.
A un cabo y otro, con propicia suerte,
hace Terrazas sanguinoso estrago,
mas con industria el bárbaro advertido,
fue previniendo el sitio conocido.

Apenas de él se vido apoderado
cuando (un alto alarido despidiendo)
el malicioso cerco dilatado
se fue por todas partes recogiendo:
con ímpetu y furor desenfrenado
fue en el pantano al Español metiendo,
con tal presteza y con valor tamaño,
que fue sin fruto el prevenir tal daño.

Hallóse de esto el Español corrido
y sojuzgado del contrario fiero,
que más y más se muestra embravecido,
y en el herir más áspero y ligero.
Ya el Ibero ruidoso y afligido
ocupa el aguazado atolladero
donde metido el Bárbaro le había
y con mortales golpes le oprimía.

Vióse tan apretado que quisiera
hallar para escaparse algún camino,
.si el engañoso sitio lugar diera
y para salir de él tuviera tino.
Y si a vista de todos no ocurriera,
no terrestre socorro, mas divino,
con la vida cristiano no quedara
que el lastimoso caso denunciara.

¡Oh Ibero valeroso, cuán de veras
al Sumo Dios los ojos revolviste,
y con ocultas ansias lastimeras,
socorro en tal aprieto le pediste!:
pues teniéndolas ya por las postreras,
con lamento interior, acerbo y triste,
a tu humilde pedir bajó del cielo
socorro en tan notorio desconsuelo.

Mostró su bella faz el Sol turbada,
con otra nueva luz que le excedía,

de cuyo resplandor quedó admirada
la gente que a los dos campos seguía.
Afloja el Indio la sangrienta espada
con que a los españoles afligía,
y tendiendo la vista por el prado,
ven venir a caballo un hombre armado.

CANTO XII

La sangrienta batalla de Cintla, con el milagroso socorro que los españoles en ella tuvieron y última retirada de los indios. Las paces y venida del cacique Tabasco a la ciudad, donde da la obediencia a Cortés por la majestad del emperador Carlos Quinto.

Las cosas por los hombres intentadas,
cuyo principio y fin a Dios se envía,
yendo a tan cierto blanco enderezadas,
el mismo Dios las traza, ordena y guía.
Si al humano entender con intrincadas,
Él abre la intratable y ciega vía:
su voluntad midiendo a nuestro intento,
nos hace, para obrarlas, su instrumento.

Por camino ordinario muchas de ellas
y algunas donde falta industria humana
(el medio natural para entendellas,
a nuestro parecer pretensión vana):
éstas a conseguirlas y tenellas
venimos por la mano soberana,
que lo que más, señor, dificultamos,
yendo con tal intento lo alcanzamos.

Quien al Ibero ve tan apretado
en el atolladero pantanoso,
y aunque con justo intento reparado,
de la visible muerte receloso,
le verá en breve espacio restaurado
y con pujante diestra victorioso,
que el caballero armado ya infundía,
con su vista, en los indios cobardía.

El cual vierte diciendo: «¡España, España,
triumfa del enemigo ya rendido!»,
y arremetiendo con pujanza extraña
al idólatra pueblo embravecido,
gran parte le ganó de la campaña

que había de los fieles adquirido.
De su daño adivino, congojoso
se halla el Indio en el trance prodigioso.

De la muerte el temor, que apoderado
en los aflictos pechos se encerraba
del cercado Español, y el frío helado
que sus medrosos huesos ocupaba,
al Indio se pasó y, amedrentado,
el ganado lugar desamparaba:
sin orden ni concierto se retira,
que el rigor de aquel hombre los admira.

Revuelve el Español con nuevo aliento,
haciendo duro estrago en el contrario;
recobra el sitio enjuto y llano asiento,
a despecho y pesar de su adversario.
Crece el atroz y fiero atrevimiento,
en sus tímidos pechos necesario:
hiere, destroza, mala el fuerte Hispano,
poniendo en gran aprieto al Potonchano.

Desapareció con esto el caballero,
dejando al pueblo ungido en tal estado,
mas sintiendo su ausencia el indio fiero
vuelve, de haber huído avergonzado,
con ímpetu más recio que el primero,
diciendo: -«Ya el luciente os ha dejado.
Menead sin favor esas espadas,
que presto estarán de él necesitadas.»

Con tal furia embistieron, que tornaron
a los pantanos la española gente,
do con nuevo alarido la cercaron
y con flechar continuo y diligente.
Tanto y con tal rigor los apretaron,
olue el temor de la muerte ya presente
ánimo les causó para vengarla,
visto ser imposible el rehusarla.

Estando, pues, aflictos de esta suerte,
vieron el caballero y luz primera
que entraba en la batalla dando muerte
a gran parte de aquella turba fiera:
no hay quien se muestre en aguardarle fuerte,
que de su brazo tal el furor era,

que por afortunado se juzgaba
el que distante su rigor notaba.

Sólo el audaz Tabasco fiero atiende
en la rasa campaña al de a caballo,
mas en espacio breve el indio entiende
ser gran temeridad el intentallo;
y así el confuso paso alarga y tiende
por el campo, resuelto a no aguardallo:
cáusale su valor horror y espanto,
y el ver que un hombre solo pueda tanto.

«Dios inmortal sin duda, dice, es éste,
de la casa del Sol acá enviado,
que esta figura y hábito es celeste
y tal hombre la tierra no ha criado.
Bien es que contra mí se manifieste
el áspero rigor del cielo airado
y me muevan ya guerra no mortales,
mas los inmensos dioses inmortales.»

A retirarse vuelve el potonchano
con gran pérdida y daño de su gente;
salen los españoles del pantano,
el favor conociendo y bien presente.
Gana segunda vez el puesto y llano,
con valor peleando diestramente:
en esto el de a caballo desaparece,
con cuya falta el campo se oscurece.

Revuelve el fiero Bárbaro indignado
sobre el que la victoria ya cantaba,
viendo ausente el caballo y hombre armado
que con violencia tal los apretaba.
Con tal furia pelea, que tornado
fue el Español al sitio donde estaba,
do puesto en los umbrales, de la muerte,
su fin lloroso aguarda, y dura suerte.

Mas en tan grande aprieto, socorrido
fue por tercera vez del caballero,
que (en el contrario hiriendo embravecido)
apareció en el falso atolladero.
Deja el Bárbaro el campo, compelido
por el sangriento brazo carnicero
del hombre de a caballo, que sembrando

iba el campo de muertos, y ocupando.

Despareció, y Cortés en esto asoma,
con los trece caballos fatigados,
por una enjuta falda de una loma
do estaban seis mil indios diputados
para guardar el sitio; pero toma
a los dos escuadrones descuidados,
y por do no pensaron los asalta
con rigor asperísimo y voz alta.

Al siervo de Luzbel los trece embisten,
las contrapuestas lanzas requiriendo:
no las volantes flechas los resisten,
que están los corvos arcos despidiendo,
ni mazas, hachas, dardos les desisten
de la intentada empresa, que rompiendo
se meten por la turba belicosa,
haciendo fiera riza sanguinosa.

Encuentra vuestro abuelo a Talbatano,
valeroso cacique, diestro y fuerte,
un arriscado bárbaro lozano,
venturoso en amores y de suerte:
a quien penetra el pecho, y hasta el llano
baja rodando, envuelto en triste muerte;
pone en eterno sueño a Gaybayno,
de Tabasco carísimo sobrino.

Quiso vengar Quilón (que no debiera)
la muerte de los dos, pero tocando
al indignado pecho la asta fiera,
le sale a las espaldas rojeando:
rueda, cual los demás, por la ladera
con Atropos funesta peleando;
pasa Cortés hiriendo a toda parte,
representando un nuevo y fiero Marte.

Siguen el curso atroz, crüel, sangriento,
que llevaba Cortés, los doce amigos,
con fiero proceder, duro, violento,
gran cantidad matando de enemigos.
Tiende Olid a Balbano y a Tayento,
y Morla a Taudallén y a Caybanigos,
muere Pinoya a manos de Escalante,
y Serpón en la lanza de Morante.

Marmolejo a Cintlí barrena el pecho,
Hermosilla a Quinayo y a Batleno;
Mosquera de Gualgano satisfecho
queda, y Tapia del fuerte Tabayeno.
No perdió contra Ataya su derecho
el valiente Caycedo, ni Gaygueno
de la furia de Olid pudo escaparse,
ni Acay de la de Tapia repararse.

Godoy a Crebo y Panxa atravesados
deja de dura punta, con gemido
en la espumosa sangre revolcados
que habían con flujo ardiente despedido:
de tal furia los indios admirados,
con voz discordes y súbito alarido,
cercan por todas partes los caballos
y de nuevo comienzan a flechallos.

Mas Cortés, a la parte revolviendo
de Alvarado y su gente peleaba,
las piernas pone por la turba, abriendo
con rigor el camino que bastaba;
los doce a su caudillo van siguiendo,
que a muchos de la vida despojaba,
y todos de tropel rompen la vía
que tira adonde está la infantería.

Estaban los de a pie necesitados,
entre arroyos y acequias peleando,
que los briosos bárbaros airados
los iban animosos apretando
y al engañoso sitio, maltratados,
donde estaban los vuelven retirando;
mas visto por Cortés, la cuesta deja
y el revuelto andaluz aprisa aqueja.

Con ligereza tal al fértil llano
súbito se arrojó, que parecía
peñasco, echado con violenta mano,
que del yerto Apenino descendía.
Síguenle los demás, y al Potonchano
(por donde más cerrado combatía)
embisten todos tropellando, hiriendo,
ancho camino por la turba abriendo.

Era el bello escuadrón grueso, copioso,
el del fuerte Tabasco, al que embistieron;
el cual viendo a Tlanác, Payán, Glayoso,
que la vida a Cortés los tres rindieron,
levanta el fresno inculto, nunca ocioso,
que tantos por su daño conocieron,
y con furioso y presto movimiento,
muestra contra Cortés rigor sangriento.

Diciendo: «No me es paga suficiente
tu corta vida de tan grave daño,
mas pagaréislo tú y tu loca gente,
a quien será el castigo desengaño.
¿Cómo que en mi escuadrón, y yo presente,
tengas atrevimiento tan extraño,
que oses entrar matando gente mía,
guiado por tu loca fantasía?

«¿No eres tú aquel Cortés que tantas veces
ha rehusado el verse en mi presencia?
¿Tanto aquesta ocasión, me di, aborreces,
tanto temes de un hombre la potencia?
Tiempo es que a defenderte de él empieces,
y a conocer, altivo, la insolencia
con que has mi tierra y gente molestado,
y de falsos mis dioses imputado.»

«¡Bárbaro fanfarrón! (Cortés replica),
jamás pudo el temor tanto conmigo
que lo que tu soberbia lengua explica
puedas hacer verdad; y mientes, digo:
nunca excusé tu vista (cual publica
tu reto), de que el Cielo me es testigo,
que si hiere tu maza repuntada,
filos tiene también mi aguda espada.»

Tras esto el indio, el leño blandiendo,
al camino le sale en ira ardiendo.
Cortés, la roja punta enderezando
al bárbaro, sobre él va revolviendo:
al trabado andaluz espoleando,
rompe por lo difícil, pretendiendo
llegar adonde estaba el arrogante,
que era no mucho trecho de él distante.

Encuéntrale en el pecho, mas tan fuerte

halla el escudo y piel dura, escamosa,
con tal temple labrada, y de tal suerte,
que resistió a la punta rigurosa.
Rompe Cortés la lanza, pero advierte
que es el todo acabar tan ardua cosa
y con la espada en alto al indio atiende,
que en contra suya el presto paso tiende.

Salta el fuerte Cacique fervoroso
con la nudosa maza levantada,
y a Cortés tira un golpe riguroso,
con que fuera la brega rematada
si el revuelto caballo, presuroso,
no se guardara de la furia airada,
que de la presta mano gobernado,
del fresno se apartó al siniestro lado.

Con tal furor la maza al suelo vino,
del corpulento joven compelida,
que abriendo bastantísimo camino,
más de una vara en tierra fue sumida,
de suerte que al sacarla le convino
mostrar la fuerza con que fue impelida.
Entre tanto Cortés, con gran presteza,
en vano le golpea la cabeza.

El indio, que tan cerca de sí vido
al valiente español que así le aqueja,
abraza del caballo embravecido
el pescuezo, y la maza en tierra deja.
El revuelto andaluz, viéndose asido,
jadea y con el bárbaro forceja,
mas de modo ninguno echarle puede,
que en fuerzas (cuando fueran más) le excede.

De herirle mil maneras Cortés tienta,
mas en la piel la punta no halla entrada;
dar en tierra con él el indio intenta
con excesiva fuerza acelerada:
echa la basta mano, atroz, sangrienta,
sobre el arzón, por cosa ya acabada.
de suerte que el caballo descompuso
y en el pescuezo silla y hombre puso.

Cortés, que el peligroso aprieto vido,
deja la silla y en el prado salta;

haciendo con las armas gran ruido,
por una y otra parte al indio asalta.
Ya el bárbaro del suelo había cogido
la gruesa maza y, en los aires alta,
al español solícito atendía,
de quien no mucho caso el indio hacía.

Cual bravo jahalí, fiero, cerdoso,
si es de un solo lebrel acometido,
suele esperar con diente espumajoso,
como no sienta de otros el ladrido:
que aguarda (de que llegue deseoso)
si algún agravio de él ha recibido,
así el gallardo bárbaro procede
y aún no muestra a Cortés lo que es y puede.

Pero de nueva cólera llevados
y coraje ardentísimo, a juntarse
vienen, cual bravos toros indignados
en celosa ocasión suelen mostrarse:
que el suelo baten con los pies airados,
y con las diestras puntas a buscarse
van las partes más flacas, donde se halla
el venturoso fin de su batalla.

Así los dos diestrísimos guerreros
por varias partes su fortuna tientan
con voluntad dispuesta y pies ligeros.
Llegar do acaben su contienda intentan;
ambos a un tiempo se acometen fieros,
los rigurosos golpes se acrecientan:
cada cual con propicio y diestro Marte,
muestra raro valor, industria y arte.

En esto Hermostilla sobrevino
y al bárbaro encontró el siniestro lado,
mas en menudas piezas la asta vino,
de los aires bajando, al ancho prado.
No por eso perdió el Cacique el tino,
ni un solo pie movió, de que admirado
el español quedó, y le parecía
que roto el asta en un peñasco había.

Vuelve sobre él, la espada levantada,
cuando una espesa banda de flecheros
viene en montón confuso, desmandada,

con otra gruesa escuadra de piqueros,
a definir la brega comenzada:
a quien con treinta y seis arcabuceros
sigue, con la demás gente, Salceda,
envueltos en nublosa polvareda.

Llegan sobre los dos, que todavía
estaban su contienda averiguando;
despártelos la turba y su porfía,
nubes de flechas a Cortés tirando.
Marmolejo al socorro ya venía,
y Tapia, Olid, Fonseca, alanceando
los que la vía abrirles estorbaron,
hasta que a su caudillo a pie toparon:

Cuyo caballo Ayala había cogido
y, de algún mal suceso temeroso,
busca a Cortés cuidadoso y afligido,
de Hojeda acompañado y de Moscoso.
Mas cuando entre la turba a pie le vido,
haciendo fiero estrago sanguinoso,
corre a Cortés, llamándole en voz alta,
y alegre del caballo en tierra salta.

Salta en él vuestro abuelo, y discurriendo
entra por los copiosos escuadrones,
a una y otra parte revolviendo
con diestra fuerte y ágiles talones:
a todas partes con rigor hiriendo,
tropella los caídos, que a montones
por el campo espacioso están tendidos,
las estrellas hiriendo con gemidos.

Crece con nueva furia y hervor fiero
en las entrañas el coraje, y crece
el odio, y ya en su cumbre se halla entero
y cada cual al hado el pecho ofrece:
el más torpe en las armas es ligero,
y diestro a su contrario le parece;
asorda cielo y aire el gran rüido
del proceder de Marte embravecido.

Duró una larga pieza esta porfía,
mas tan bien los caballos anduvieron
que pudieron sacar la infantería
del lugar do los indios la metieron

y ya por la campaña se extendía,
de que mucho los bárbaros temieron:
pierden con el lugar la confianza
en que estribaba toda su esperanza.

Gran pieza había que Alvarado estaba
una dura contienda averiguando,
que un joven corpulento le aquejaba,
una fornida maza meneando:
Zempolla el indio diestro se llamaba,
que con presteza aquí y allí saltando,
sus valerosas partes manifiesta,
y con rigor al español molesta.

Llega Cortés en esta coyuntura
(que por las gruesas haces discurría)
y, dando fin a la áspera aventura,
de una punta en el pecho al indio hería.
Los turbios ojos una noche oscura
le cierra, y por el rostro se extendía
una pálida niebla, mortal, triste,
que de cárdeno velo el cuerpo viste.

Mata Alvarado a Faunto, y también mata
a Lígula, y a Ocón hiere Reynoso;
Tayno de Martín López se recata,
mas a sus manos mueren él y Atoso.
Ávila el grueso campo desbarata,
matando muchos bárbaros brioso,
y Juan Tirado por la turba hiende,
que a quien más se resiste, más ofende.

Salís, Cifontes, Limpias, Marmolejo,
Ordás, Salceda, Olea, Matamala,
Jaramillo, Quijada, Olguín, Montejo
van haciendo en montón sangrienta tala:
cuyos heroicos hechos aquí dejo,
con los de Lasso, Valenzuela, Ayala,
en el punto que veis, pues adelante
habrá sujeto largo y abundante.

Los demás españoles, por la espada,
digo que su valor tanto mostraron,
que a la bárbara turba amedrentada
del ancho campo con rigor echaron.
Retirase confusa, desmandada,

y con tanto coraje la apretaron,
que en breve espacio la campaña deja,
y, del Iberio con fervor se aleja.

El duro alcance siguen alentados,
y habiéndose hecho estrago sanguinoso,
a la ciudad se vuelven maltratados,
resuelto por acuerdo provechoso:
dan los aflictos miembros fatigados
al fresco y dulcísimo reposo;
curan de los heridos con cuidado,
cuyo daño fue en breve restaurado.

Quién fuese el de a caballo se ignoraba,
que al aflicto Español había acorrido
cuando en el pantanoso sitio estaba
por el pujante Bárbaro oprimido:
el uno y otro campo contestaba
en que del aire claro había caído
el glorioso patrón de nuestra España,
a quien se le atribuye tal hazaña.

No por incierta relación me sigo,
ni es ornato fingido, fabuloso,
ni sólo el campo iberio fue testigo
del raro y alto caso milagroso:
que el destrozado idólatra enemigo
lo fue también, que, huyendo temeroso
de su áspero rigor, manifestaba
esto y con altas voces confirmaba.

Y así quedó por todos definido
ser el Apóstol santo, que en ayuda
del opreso Crismado había venido,
sin tener de esto nadie alguna duda;
fue de muchos su dicho recibido
y, de artificio la verdad desnuda,
se puso por escrito autorizada,
cuya fiesta es hoy día celebrada.

El vencido Tabasco, ardiendo en ira,
llega a Cintla, del Cielo blasfemando,
y al pabellón furioso se retira,
su miserable suerte lamentando:
de nadie se visita, a nadie mira,
antes el fresno inculco en tierra echando,

la piel preciosa por el suelo arroja
y de toda defensa se despoja.

Bien cual vencido toro, cuando echado
es del hato por otro más furioso,
que en las frondosas selvas emboscado
busca la soledad bravo, celoso,
y en el tronco del árbol más trabado
aguza el bolo cuerno temeroso,
la cerviz no domada sacudiendo,
venganza de su afrenta pretendiendo:

«¡Armas (dice) tan fuertes en dañarme
cuanto el hado preciso ordena y quiere!
¿De qué efecto pensáis que fue el librarme
del cruel contrario, que mi muerte inquiere,
para en vida afrentosa sustentarme,
que éste es el bien mayor que aquí se adquiere?
Al Sol pluguiera que la suerte avara
en armas temple tal nunca inventara,

«Que más dulce me fuera y más loable
morir a manos del contrario airado,
que no con retirada miserable
venir a tan soez y bajo estado,
do la adversa fortuna, varia, inestable,
me ha puesto, y el rigor del Cielo airado
por el cual cuantas veces puedo juro,
que aún no ha de estar Cortés en él seguro.

«Sangre supo sacar aquesta diestra
un tiempo de las venas de esta gente,
entonces dieron de temerme muestra,
mas no el próspero estado es permanente:
con su sangre regué la costa nuestra,
volviendo el rostro a mi indignada frente,
y en sus carnes también cortó mi espada,
ya en los siniestros hados embotada.»

En esto Cipayán, cacique anciano,
hombre de gran consejo y experiencia,
vino, con faz marchita y pelo cano.
Tenido de Tabasco en reverencia
por ser su tío, de su padre hermano,
(en cuya entrada no hubo resistencia),
éste, después de haberle saludado,

le dice con semblante sosegado:

«Admiración me causa que en un pecho
donde tanto valor y ser se encierra,
de tan altas victorias satisfecho,
de quien siempre tembló en torno la tierra,
reciba con tal término y despecho
los adversos contrastes de la guerra:
pues muestras al vencer frente serena,
no te dé el ser vencido tanta pena.

«Que donde la nobleza más se muestra,
y el ánimo de pecho valeroso,
es en el recibir a la siniestra
fortuna como al hado venturoso.
Y no sólo en tu maza y fuerte diestra
está de esta victoria el fin dichoso,
que a los inmensos dioses les es dado
tener, pues es su aumento, tal cuidado.

«Mas si por lo que siento has de seguirte,
da la mano sin armas a esta gente.
Fuera de esto no tengo qué decirte,
y éste es mi parecer resueltamente.
Bien sabes no pretendo desabrirte,
sino que en paz tu estado más se aumente;
siempre por hijo caro te he tenido,
y tú has con este amor correspondido.

«No menos que con gente peleamos
de los inmensos dioses celestiales,
a quien con flacas fuerzas intentamos
constrastar, y medios desiguales.
No temerariamente nos perdamos,
pues de ello hemos hoy visto mil señales,
ni se tenga el vivir por importuno,
pues no hay dichoso hasta la fin ninguno.»

Tabasco estuvo un tanto pensativo,
la dudosa respuesta dilatando,
y al cabo de él, con un suspiro vivo,
la airada vista al viejo levantando,
le dice: «Tío, pues el hado esquivo
cual ves se va en mi daño declarando,
quiero tomar tu sano y buen consejo,
pues siempre me sirvió de claro espejo.»

Estando en esto, los cautivos llegan
que a la ciudad Cortés había llevado,
de cuya parte al indio, señor, ruegan,
desista del intento comenzado:
que pues los suyos a la paz se allegan,
y él lo tiene con ellos ya acabado,
a su libre ciudad luego se venga
para que su amistad efecto tenga.

Manda el Cacique al punto se eche un bando
por el campo rompido y temeroso,
con trompas y atambores, declarando
ser para efecto a todos provechoso.
Pide que en el lugar que está mostrando
su estandarte vencido, polvoroso,
so pena de la vida, que a escuchalle
toda su gente sin excusa se halle.

A la cual junta dice: «Conocido
tendréis el gran valor de aquesta gente,
a quien hemos mil veces pretendido
echar de nuestras casas justamente.
Mi gran poder en esto se ha extendido
con campo bien del suyo diferente,
pues de cuarenta mil hombres que fuimos,
de quinientos no más, cual veis, huimos.

«Bien veis el duro golpe riguroso
que a mi potencia el justo Cielo ha dado.
No culpo vuestro esfuerzo y ser brioso
(que en ocasiones mil le habéis mostrado),
ni culpo de mi estado belicoso
no haber de su poder en esto usado,
mas culpo mi precisa desventura
que así en nuestra caída se apresura.

«En mil duros reencuentros peligrosos,
diversas veces os habéis hallado
con ellos; donde nunca victoriosos
os permitió saliédeses el hado.
Los dioses, con socorros milagrosos,
hoy de nuestro rigor los han librado,
mostrándonos el cielo abiertamente
ser de su alta región aquesta gente.

«Por lo cual conveniente me parece
que, pues así los hados lo han querido
y la paz el contrario nos ofrece,
por ahora admitamos tal partido:
y no la dura guerra aquí fenece,
que nuestro primer ser restituído
será, con muerte de esta loca gente,
la paz comunicando cautamente.

«Que no es la industria, no, menos loable
que el esfuerzo, ni menos importante,
y aunque nos es la suerte incontrastable
contra el valor del Español pujante,
será posible sernos favorable
por aqueste camino, y que adelante
quedemos del contrario victoriosos,
y eternos nuestros hechos valerosos.»

A todos satisfizo lo propuesto
y a su buen parecer se remitieron;
corriendo alegres del Cacique al puesto,
de morir do él muriese prometieron.
Recíbelos con manso y grato gesto
y ante él la paz concordes admitieron,
que fue de entrambas partes consentida,
y con solemne juramento asida.

Pártese a la ciudad Tabasco, dando
la obediencia hasta allí a ninguno dada,
a quien Cortés recibe, asegurando
con caricia y oferta dilatada.
Vínole media legua acompañando
a pie, hasta ponerle en su posada:
quisiera decir más en este canto,
mas ya sin descansar no puedo tanto.

CANTO XIII

Levanta Cortés, con admirable industria, los caciques y señores opresos de Moctezuma en contra suya; prométele la liga cien mil hombres de guerra para salir de la tiranía en que estaban. Tienen entre Moctezuma y él diferencia sobre el dejarle ir a Méjico. Funda el puerto de San Juan de Ulúa y Villa Rica de la Veracruz, donde se le amotinan algunos españoles, a los cuales ejemplar y rigurosamente castiga.

Mucho debe a su estrella el diligente,

a grandes cosas le sacó dispuesto,
si le dotó de traza mayormente,
en suma obligación le tienen puesto:
es de los otros hombres diferente,
por ventura no dignos, señor, de esto,
que no a todos el Cielo hizo iguales,
aun en las proporciones corporales.

Unos nacieron para ser mandados,
otros para mandar y ser temidos,
para llevar en hombros los cuidados
de los de dones tales excluídos:
éstos, para ganar reinos y estados,
y nombres justamente merecidos;
aquéllos, para serles obedientes
y recibir sus leyes convenientes.

Algunos ignorantes reprobaron
el proceder de vuestro abuelo astuto,
y fue porque las causas no alcanzaron
ni de sus trazas el loable fruto:
en el valor y ciencia se cifraron,
término con prudencia resoluta.
De Laertes al hijo en nombre exceda,
que el príncipe troyano sin él queda.

Dolo bueno se llama, no engañoso,
justa maquinación no reprobada,
la estratagema en trato belicoso,
por el más valeroso más usada;
llámase ardid y medio artificioso,
do la mayor astucia es más loada,
que cuando es el contrario incontrastable,
no sólo es permitida, mas loable.

Usó Cortés de tan astuta maña
con esta gente indómita, guerrera,
para que hubiese efecto su maraña,
sin la cual conservarse no pudiera.
Turba el imperio con industria extraña,
y si medio tan útil no eligiera
su libertad el Indio aún hoy gozara,
y de Cortés la fama no cantara.

Partió de Potonchan ufano, habiendo
la alborotada tierra sosegado,

y confianza del Cacique haciendo,
por Carlos Quinto le volvió su estado:
y al río de Alvarado revolviendo,
en demanda del puerto señalado,
por el raudo Tabasco a mucha costa
iba, siguiendo la senosa costa.

Llega a Ulúa la flota victoriosa,
de quien nuevas la tierra ya tenía,
cuya gente (aunque armada) temerosa
por el campo espaciosa se extendía.
De llegar hacia el agua recelosa,
por partes diferentes discurría;
dos barquillas en esto parecieron,
que a la nao de Cortés derechas fueron.

Llenas de aquella gente alborotada,
que fue del general bien recibida,
subida a su navío y regalada,
a quien dio gran contento su venida.
Propuso un indio de ellos su embajada,
que con dificultad le fue entendida
por ser la lengua en mucho diferente
y no tener faraute conveniente.

Era de Moctezuma aquel distrito,
y por él Teudillí le gobernaba,
y con perpetuo y áspero conflicto
los cercanos caciques molestaba:
varón experto, diestro, fuerte, invicto,
a quien la mar y tierra respetaba,
puesto en aquel lugar por valeroso,
duro de sustentar y peligroso.

De cuya parte al capitán pidieron
les dijese en sus costas qué quería,
porque tan gruesa armada nunca vieron,
ni en sus puertos jamás entrado había.
Con alegre respuesta se volvieron
el señor, que en Cotosta residía,
lugar inexpugnable en la frontera,
que de aquella tenencia el mejor era.

Diciendo: «El general de aquea flota
te ruego no te altere su venida,
que la inconstancia de la mar ignota

(de los ásperas vientos removida)
torció de sus intentos la derrota
y, del duro infortunio compelida,
su armada entró en tu puerto maltratada,
de reparo y favor necesitada.

«Y que saltar en tierra le es forzoso
si no te da con ello pesadumbre,
por serle necesario algún reposo,
cual es de mareados la costumbre:
y que viene de verte deseoso
porque de tu valor ya tiene lumbre,
lo cual hará mañana, si te place,
y su sana amistad te satisface.»

«¿Quién es aquesta gente (le pregunta
Teudillí), de qué término y manera
numerada, qué tanta será junta?»
«No hay relación, responden, verdadera,
que como compartida está y disyunta
en once fuertes casas de madera,
las máquinas preñadas no consienten
que los que están, señor, dentro se cuenten.

«La que pudimos ver parece afable,
quista, noble, apacible, comedida,
de razonable término, tratable,
feroz en guerra, experta y entendida.
La armadura parece incontrastable,
de que toda, señor, viene vestida:
con planchas de metal resplandeciente,
cobijan pecho, espalda, brazos, frente.»

De oírlo Teudillí quedó admirado,
sin saber a Cortés qué responderse,
vacilando, confuso y atajado.
Un día estuvo así sin resolverse
mas, visto que Tabasco ya había dado
(sin poder de su fuerza defenderse)
la obediencia a Cortés, tomó por sano
no recibirle con armada mano.

Manda que al Español ninguno ofenda
(con bando general), que es conveniente,
y que sana amistad de ella se entienda
sin proceder por modo diferente:

que cosa de comer nadie les venda,
mas se les dé sin paga, francamente;
y así con muchos indios determina
ir a ver a Cortés a la marina.

Adonde estaba ya fortalecido
y, de todos los pueblos comarcanos,
de abundantes viandas proveído.
De los sujetos (digo) a mejicanos
fue el Virrey con aplauso recibido,
y cariciosos términos humanos:
admiróse de ver la nueva gente,
tenida en opinión de tan valiente.

Los capitanes dos se retiraron
con Aguilar (faraute ya nombrado)
al pabellón, y largo platicaron
sin entenderse bien, que era excusado.
Mas en tal confusión al fin hallaron
que había el Cacique potonchano dado
una bella cautiva, que explicaba
lo que en su oscura lengua el indio hablaba.

Era doncella apuesta, grave, hermosa,
nació en Biluta, de Jalisco aldea,
y en una alteración escandalosa
fue hurtada de cierta gente rea.
Era de sangre clara, generosa,
dada a Cortés por alta y gran presea,
la cual (del agua santa ya lavada)
Marina de Biluta fue llamada.

Comieron, y después, de las noblezas
de sus reyes los dos largo trataron.
Cuenta Cortés de Carlos las proezas,
que tanto estado y nombre levantaron.
De Moctezuma el indio las grandezas,
de que los españoles se admiraron,
y cuanto más y más lo encarecía,
tanto más por le ver Cortés moría.

Dícele: «De mi rey traigo embajada,
Teudillino, a tu príncipe excelente,
cuya preclara fama está sembrada
por el mundo espacioso, dignamente.
Da el orden para serle denunciada,

que vengo sólo a aquesto del Oriente.
Negocio, cual verás, es importante,
para que más su nombre se levante.»

Luego a Méjico envió Teudillino
las nuevas, que en un día se supieron,
y aunque hay siete jornadas de camino,
en este tiempo a Moctezuma fueron.
Con esto Teudillí a Cotosta vino
y los indios que trajo le siguieron,
dejando quien al campo abasteciese
sin género ninguno de interese.

El indio capitán, con mucha gente
y respuesta, volvió al nombrado día
con seis indios cargados de un presente,
de algodón, oro, plata y pedrería.
Recibiólo Cortes alegremente
y la respuesta oyó, que contenía
(del grave y poderoso Moctezuma)
lo que oiréis, reducida a breve suma:

«Que fuese el general muy bien venido,
que en sus costas y tierras descansase,
que admiración le fue el haber sabido
que a él hombre en el mundo se igualase,
y que a mucha ventura había tenido
que su rey embajada le enviase
de reino tan remoto, y que admitía
la apacible amistad que le ofrecía.

«Mas que el poderle ver era imposible
por ser largo el camino y trabajoso,
áspero de pasar, agro, terrible,
lleno de fieras, yermo y montuoso;
con otro inconveniente más horrible,
más justo de temer y peligroso,
que era la enemistad de tlaxcallanos,
cholollos, tipancincos, cempoallanos.

«Provincias a su imperio no obedientes
(antes en daño suyo conjuradas),
pobladas de guerreras, bravas gentes,
bárbaras, inhumanas y arriscadas:
cuyas gruesas escuadras diferentes
ocupan los caminos emboscadas,

por donde aun en el aire claro y puro
no de sus flechas pasaría seguro.»

Estas dificultades le ponía
por que Cortés a Méjico no fuese;
mas él le respondió que no podía
(aunque daño mayor se le siguiese)
del orden exceder que ya traía,
porque su Emperador de él no entendiese
que bastaba a volverse sin respuesta
temor, ni la ocasión por él propuesta.

Acerca de lo cual muchas razones
entre el bárbaro rey y Cortés hubo:
demandas y respuestas y aun pasiones,
que cada cual por sus intentos tuvo,
y, entre los españoles, disensiones.
Mas resuelto Cortés tan bien anduvo,
que a ver a Moctezuma se dispuso,
del cual se parte Teudillí confuso.

Y así dos bergantines luego envía
con cincuenta españoles, que siguieron
(buscando el puerto) la salada vía,
y hasta Pánuco costa a costa fueron:
vuelven con relación que no le había
y que sólo un abrigo descubrieron
de un peñol, que en el agua se miraba
y con estancia quieta convidaba.

Con esta relación, y haber dejado
Teudillí de le dar mantenimientos,
al punto levantó el campo, indignado,
combatido de varios pensamientos.
Estuvo de ir sobre él determinado
y batir de Cotosta los cimientos,
pero templó el furor porque entendía
que mucho a Moctezuma indignaría.

Pidió tras esto el nombre que esperaba,
y así los españoles le eligieron
por general (que mucho deseaba)
y el de justicia superior le dieron:
que como ya el poblar se practicaba,
oficios de cabildo repartieron,
por la cesárea majestad eletos,

hasta ver de otra cosa sus decretos.

Con fresco temporal las naos envía,
y huecas velas, al peñol nombrado,
porque la tierra conocer quería;
al sitio caminando deseado
con la gente y caballos (con que había
mucho de Moctezuma ya pisado),
con diligencia el general camina
y a Cempoallán en breve se avecina.

Donde fue del Cacique recibido
y supo las antiguas disensiones
que entre él y Moctezuma habían tenido,
la tiránica fuerza y opresiones
con que a tal sujeción le había traído,
las molestas y duras sinrazones:
porque toda la tierra le temblaba
y nadie en su defensa espada alzaba.

No le causó a Cortés poco contento
ver que émulo el rey tales tuviese,
cosa a su pretensión de gran momento
porque alguno, entre tantos, le siguiese.
Hízole un grande y largo ofrecimiento,
alentando al Cacique no acudiese
a Moctezuma ya con el tributo,
que él rompería el áspero estatuto.

El bárbaro, gozoso, le agradece
lo que con tal fervor le prometía,
y a los opresos levantar se ofrece,
del duro yugo y grave tiranía.
Que goza libertad ya le parece;
las nuevas a un cacique y otro envía,
y la parlera fama por la tierra
siembra el furor discordes de la guerra.

Parte en busca del puerto deseado,
del proceder del bárbaro contento,
como le fue del río denunciado
con profética lengua y vivo aliento:
llega al hueco peñol, yerto, encumbrado,
echa el arado al dilatado asiento,
a la falda del cual se fortifica
trazando la importante Villa Rica.

Extiéndese la nueva por la tierra,
convoca a los caciques comarcanos,
pregónase en voz alta abierta guerra
contra el rey Moctezuma y mejicanos:
levántanse los pueblos de la sierra,
totonagues, cempollas, potonchanos,
tecoantepec, pánuocos, mechuanos,
tipancincos, cholollos, chiauiztlanos.

Ofrécele cien mil y más soldados
en campaña a Cortés la nueva Liga,
con armas, mantenidos y pagados,
contra el potente rey que los fatiga.
De tamemes fornidos y alentados,
a darle doce mil también se obliga,
probados en la carga trabajosa
y en allanar la sierra más fragosa.

Salen cien capitanes escogidos
al son de roncás trompas y atambores,
los campos despoblando y los ejidos
de fuertes y robustos labradores.
Bien como opresos todos, y ofendidos,
dejan el interés de sus labores,
el día celebrando venturoso
que el yugo les levanta vergonzoso.

Al belicoso trato ya olvidado
vuelve toda la gente, ejercitando
las armas cada cual en que fue usado,
sabrosa libertad apellidando.
El juvenil furor, que había dejado
el hábito de Marte, va tornando
con fervoroso brío al ejercicio
que otro tiempo le fije sabroso oficio.

Cuál la vagante cuerda al arco aprieta,
cuál con hacha tajante el aire hiere,
cuál la rolliza maza en él sujeta,
cuál da filo a la espada y la requiere,
cuál la vibrante pica más perfeta
y más ligero dardo busca, inquiere,
polvorosos arneses aprestando,
rodelas, cascos, golas alimpiando.

Muchos recaudadores ahorcaron
en esta alteración los conjurados,
y a Moctezuma algunos enviaron
(para más indignarle) maltratados:
entre los cuales dos ante él llegaron
de los que en Cempoallán aprisionados
el Cacique indignado detenía,
que soltado Cortés de industria había.

Porque de él Moctezuma no entendiase
que a los confederados ayudaba,
sino que le era amigo, y conociese
que en aplacar la tierra trabajaba:
traza de importantísimo interés
para el intento que Cortés llevaba,
que los prudentes medios escogidos,
se sacan de lugares escondidos.

Dejó toda la tierra alborotada
y al Indio de favor necesitado
(para ser de la Liga declarada
con nuevos ruegos y fervor llamado)
y al peñol se tornó, do ya la armada
había con viento próspero llegado,
que ya será de Iberia puerto grato,
paraje de sus flotas y contrato.

Del mejicano rey, embajadores
en esta coyuntura al real llegaron,
que de las nuevas trazas y labores
(por ellos nunca vistas) se admiraron:
y el sitio (antes majada de pastores)
gran pieza suspendidos contemplaron,
de varios materiales ocupado,
y fornidos pilares señalado.

Admíranse de ver las altas puertas
con acerados nudos aferradas,
las hondas zanjás, con industria abiertas,
de cal y gruesas piedras entrañadas,
de obreros el estruendo, las reyertas,
las prolongadas calles y calzadas;
admíranse de ver dos torres bellas
que se van levantando a las estrellas.

Miran los indios con bullicio hirviente

cómo a los españoles ayudaban,
y con paso tendido y diligente
por varias partes en montón cruzaban:
de ellos, a manos, con aliento ardiente,
gruesas, rollizas piedras rodeaban;
de ellos a recias gúmenas atadas,
levantan vigas fuertes y pesadas.

Unos la inculca piedra van labrando,
para los anchos muros diputada;
otros altas columnas tanteando,
de la más conveniente y prolongada;
otros hondos cimientos van sacando,
otros baten la cal confeccionada,
otros trazan la plaza y aduanas,
cárcel, cabildo, audiencias, tarazanas.

Todos con prisa hirviente embravecidos,
en el fuerte edificio se ocupaban,
y espaciosos solares, extendidos,
para propias moradas señalaban.
Elígense dos sitios escogidos
donde dos bellos templos levantaban;
hacen muelle y sobre él, pegado al puerto
(para guardarle), un fuerte descubierto.

Dieron los mejicanos su embajada
a Cortés, el cuidado agradeciendo
del ir aquella tierra alborotada
con tanta diligencia componiendo.
Cortés, con su prudencia acostumbrada,
los regala y despacha, respondiendo
que, cual sus cosas, trataría en suma
las del alto y temido Moctezuma.

A Méjico contentos se volvieron,
donde copia de bárbaros llevaron
de los recaudadores, que prendieron
los opresos caciques que se alzaron:
que como ya a Cortés la mano dieron,
en todo por su industria se guiaron,
con que ya Moctezuma satisfecho
quedó, ignorando el cauteloso lecho.

Tomó a Cicapancinca, lugar fuerte,
porque de Cempoallán se le quejaban

que a mucha gente suya daban muerte,
y los pueblos vecinos les quemaban.
Tuvo el Cacique entrarla a mucha suerte,
que gentes de Culhúa la guardaban,
y con violenta diestra incontrastable
defendían la fuerza inexpugnable.

Era del gran señor, donde ordinario
seis mil hombres tenía y más de guerra,
con su caudillo Axayca (un gran corsario,
que sólo era su fin robar la tierra),
a quien todos tenían por contrario,
Cempoallán, totonaques y la sierra,
en cuyo daño todos se juntaron
y en contra suya un campo levantaron:

Bien de quince mil indios, cuya guía
fue Cortés, con doscientos españoles
diez caballos y alguna artillería,
para batir el pueblo y los peñoles.
La gente de Culhúa ya salía,
al son de retorcidos caracoles,
para venir con ellos a las manos,
pensando que eran sólo comarcanos.

Mas cuando los caballos venir vieron
y la española gente tan temida,
los pies con presto curso revolvieron
al fuerte pueblo, con veloz corrida.
A pie Cortés y Ojeda los siguieron,
Ordás, Lasso, Mercado y Fuensalida,
los cuales su valor tanto mostraron
que entre ellos en la villa y fuerte entraron.

Llegaron los demás que los seguían,
donde entran sin ninguna resistencia,
y a los de Cempoallán, que allí venían,
entrega el pueblo y la tenencia:
a quien pidió que pues sin daño habían
conseguido su fin, que de clemencia
usasen con la gente ya vencida,
dándoles sin bandera la salida.

De adonde habían cien jóvenes salido,
en el marcial discurso ejercitados,
y parte de la tierra habían corrido

robando algunos pueblos levantados:
que a la sangrienta brega habían venido,
dando en treinta españoles rezagados,
a quien hicieron rostro peleando,
hasta que los volvieron retirando.

Murieron veinte antípodas, que huyendo
los demás por los montes se metían,
a quien los españoles persiguiendo,
con mortales heridas ofendían:
mas un gallardo joven, revolviendo
sobre dos que ligeros le afligían,
al uno arroja un asta larga y gruesa,
y un muslo a la otra parte le atraviesa.

Cayó en el suelo luego malherido
Luzón (que así el soldado se llamaba),
mas luego de Aguilar fue socorrido
y el asta penetrante le sacaba;
la cual, aunque la carne había rompido,
cual se temió, en el hueso no tocaba:
mostraba ser la herida peligrosa,
pero no fue mortal, aunque dañosa.

Aguilar tras el bárbaro corría,
satisfacción sangrienta procurando;
por un monte en su alcance se metía,
cuando se iba la sombra dilatando.
Pensó que el bando amigo le seguía,
en su curso veloz continuando,
el cual cesando en él, adonde estaba,
Cortés (con Aguilar menos) tornaba.

A Villa Rica vuestro abuelo parte,
do halló una nave que arribado había
de las islas amigas, que fue parte
en él de grande alivio y alegría.
Trae setenta españoles, en el arte
bélico expertos, y también traía
nueve caballos recios, alentados,
revueltos, de buen hierro señalados.

Parecióle a Cortés que ya sería
razón que a Carlos Quinto se le diese,
de los nuevos vasallos que tenía,
cuenta, y que sus servicios entendiese.

Para lo cual a Iberia luego envía,
quien mejor a entender aquesto diese:
Portocarrero con Montejo parte,
a dar al César de las guerras parte.

Con cartas y un presente (por su quinto)
de oro, esmeraldas, plata, perlas, pluma,
y en un gran caracol un laberinto
extraordinario y de riqueza suma;
un chico cocodrilo, en sangre tinto,
de las venas del alto Moctezuma,
por víctima a sus dioses y servicio,
ofrecido en acepto sacrificio.

Hubo en la Veracruz quien murmurase
(que así la villa rica se llamaba)
de diligencia tal, y a quien pesase
(porque a Diego Velázquez deslustraba,
gobernador de Cuba) se intentase
cosa tan grave, y que tan mal le estaba:
declararon los ánimos dañados,
algunos en la causa apasionados.

Creció la desvergüenza en tanto grado
que muchos sin temor se amotinaron
y con un bergantín se habían alzado,
en que ir a Cuba de ellos intentaron,
a decir a Velázquez lo tratado:
que en poder avisarle no dudaron,
por que el navío y quinto detuviese
y el César de Cortés jamás supiese.

Ninguno la ira ya disimulaba
y la murmuración andaba suelta,
entre los que la causa mancillaba[n],
de la conjuración clara y resuelta.
Un soldado a Cortés buscando andaba
(en rabia su traición odiosa envuelta)
con aspecto feroz y airada diestra,
a quien Cortés sereno se le muestra.

En medio de la plaza y de su gente,
con rostro grave, manso, sosegado,
se subió en un pilar (que para un puente
de un barrancoso arroyo habían labrado),
lugar para ser visto conveniente,

donde dice en voz alta: «Ven, soldado,
que con rostro indignado me buscabas,
si tanto mi presencia deseabas.

«No con templado y fuerte coselete,
el pecho que te ofende está cubierto:
sin defensa ninguna está; acomete,
que en él tu airado golpe tienes cierto;
ni, cual ves, mi cabeza cubre almete.
Patente está mi cuerpo y descubierto:
en el lugar que de él te pareciere
llega y a tu placer, cobarde, hieres.

«Si cortar de la guerra el hilo quieres,
no de tantas victorias satisfecho,
huye, mas no podrás cuando quisieres
(aunque otras muchas veces lo hayas hecho),
que cuando para aquesto el pie movieres
te tendrá tu delito a tu despecho;
no te tendrá Cortés, sino la pena
que a ti y a los culpados os condena.

«Por tanto, la desleal y vil cabeza
tiende al rigor del lazo estrecho y duro,
que mi próspera suerte no tropieza
en el villano peciño mal seguro,
ni me puede ofender lo que es nobleza,
que ésta sólo en mi ejército procuro:
sólo diez nobles en mi ayuda quiero,
y no de vil canalla un campo entero.

«Mas los pocos que de esto causa han sido
y fueron de alterarlos inventores,
no ofenderán del noble ya el oído,
quedando los leales sin traidores.
Hoy se verá el motín de qué ha servido,
y el lazo hará callar los habladores,
la garganta apretando que sembraba
peste en mi campo tan dañosa y brava.»

Tembló de esta amenaza aquella gente
y no hubo quien respuesta le tornase,
ni que viendo razón tan concluyente,
su dañada intención ejecutase:
como si no pudieran libremente
espada alzar, sin que él se lo mandase,

así la poca gente amotinada
quedó entre los demás amedrentada.

Descubrieron los mal seguros pechos
su cautela, con rostros encendidos,
más temerosos ya que satisfechos
de ver sus graves yerros remitidos;
de lo intentado forman mil despechos,
con mil mudos afectos ofendidos,
tanto que, si probar no se pudiera,
su maldad en sus frentes se leyera.

No fue la voz de Julio tan temida,
en los fértiles campos italianos,
por la copiosa turba embravecida
que en contra suya alzó en motín las manos;
ni con mayor audacia fue pugnida
(a vista de los muros placenzanos)
la gente que inventó el motín violento,
ni se le dio castigo más sangriento.

Prendió con diligencia a los culpados,
y los que más lo estaban a otro día
(hecho el proceso) fueron ahorcados
(según su gran delito lo pedía)
y otros, no tan convictos, azotados,
con que cesó el motín y la osadía.
Temblaban a Cortés de allí adelante:
mirad cuánto la traza es importante.

CANTO XIV

Yendo Aguilar en seguimiento de un indio, le coge la noche en un espeso monte, por el cual discurriendo entra en una cueva de unos salteadores donde, con mucho riesgo de su vida, libra por la espada a Clandina de sus manos, a la cual tenían para sacrificar, habiendo valerosamente peleado y muerto muchos de ellos.

¿Qué cosa al hombre le es más agradable,
que el ya probado amigo verdadero,
con el toque de estado miserable,
adonde se aquilata por entero?
No es amistad aquella no durable,
de quien mucha experiencia no hay primero,
ni se le debe a aquél hombre de amigo,
que sólo en nuestros gustos es testigo.

Considerar debemos grandemente,
primero, una elección tan importante,
pero hecha una vez es conveniente
(sin ponernos cosa por delante)
fiarnos de él, con término prudente,
cual de nosotros mismos, y adelante
conservar bien tan alto, y no perderle,
mas con las mismas obras responderle.

No hagamos como algunos, que en la plaza
eligen los amigos o en las calles,
de buen lenguaje al parecer y traza,
que no se escogen bien por traza y talles.
Quien de aquestos se fía, el aire abraza,
y cual grano en el mar produce el dalles:
llámanse amigos temporales éstos,
que a sólo su provecho están dispuestos.

No Aguilar y Luzón de aquesta suerte
en su amistad estrecha procedían,
pues en el buen suceso o caso fuerte,
del uno el bien o el mal los dos sentían.
Si el uno se ofrecía a dura muerte,
a recibirla entrambos se ofrecían:
era la voluntad de entrambos una,
sin discordar en nada vez ninguna.

Viendo Aguilar herido al caro amigo,
al alentado bárbaro seguía
que, como de su daño fue testigo,
en fuego de venganza se encendía.
Escóndele su suerte a su enemigo
y en vano a un cabo y otro discurría:
cada mata que topa le parece,
ciego de ira, que el Indio se le ofrece.

Que las propias injurias recibidas,
no suelen ser con más furor vengadas
que las del fiel amigo, ni reñidas
con obras y palabras más pesadas:
ocasión de perderse muchas vidas
y de quedar las honras maculadas,
cual podrán deponer cien mil testigos,
que han puesto vida y honra por amigos.

Componía la noche los cuidados
de los mortales cuerpos afligidos;
los osos y leones retirados
estaban, y las aves ya en sus nidos;
cubrió ciega tiniebla los collados
y espantoso silencio los ejidos;
tendióse un tenebroso y negro velo,
que con curso veloz ocupó el cielo,

Cuando Aguilar se halló entre peñascales
y en una cerradísima espesura
(copiosa de importunos matorrales)
por do el paso sin orden apresura,
mas harto de romper por los jarales,
en una levantada peña dura,
como pudo subió, donde entregado
fue al sueño el laso cuerpo fatigado.

Parécele que, en él se le ofrecía
un arduo caso grave, peligroso:
y era que un fiero león le acometía
con bramido espantable, temeroso.
Sudando despertó con agonía,
turbado, sin aliento, pavoroso:
apercibido al trance y duro asalto
en pie se puso, dando un presto salto.

Discurrió con la vista alborotada
por una y otra parte, mas no viendo
la bestia brava, indómita y airada,
que el temor le iba en sueños ofreciendo,
vuelve a la vaina la desnuda espada
y a su lugar se torna do, advirtiendo,
una pequeña luz no lejos vido
en un peñasco cóncavo y hundido.

Para donde, con paso recatado,
el valiente Aguilar luego camina,
y, por curso escabroso, nunca usado,
a ella en breve espacio se avecina.
Vio un seno cavernoso, prolongado,
que su cóncava entrada al austro inclina,
donde vio doce mozos desarmados,
en poner unas mesas ocupados,

De pesadas cadenas oprimidos,

que con dificultad se meneaban.
Vio dentro grandes fuegos encendidos,
de cantidad de carne humana asaban;
ocho hombres (a contienda apercebidos)
vio, que con gran soberbia los mandaban:
estando así, Aguilar oyó un rüido
que sonaba por do él había venido.

De un peñasco un pedazo se mostraba,
al entrar de la cueva al diestro lado,
con que la estrecha puerta se cerraba,
con rollizas palancas rodeado.
Sin ser visto, Aguilar tras de él se entraba,
y apenas el peñasco le ha ocultado,
cuando vio por la cueva entrar, furiosos,
doce arriscados mozos orgullosos.

De agudas flechas y arcos encorvados
venían, y de espadas, proveídos,
de preseas los brazos ocupados,
con tres jóvenes tristes, afligidos,
que traían llorosos, maniatados,
dando sollozos y ásperos gemidos:
a quien soltando el peso desataron
y las tiernas cabezas arrancaron,

Sin ser de ningún fruto los clamores
de aquella edad briosa, floreciente,
y pónenlas al fuego en asadores,
con los deshechos cuerpos juntamente,
y la espumosa sangre en mil labores
extienden por los arcos, aún caliente.
Tras éstos, otros treinta por la cueva
entran, con nuevo orgullo y presa nueva.

Traen un robusto bárbaro animoso
(de quien habían gran daño recibido)
que al pasar un arroyo pedregoso
(de su gente apartado) habían prendido.
Este fue, con decreto riguroso,
acogotado al punto, y ofrecido
al vano dios de hurtos que adoraban
y gran gente a su honor sacrificaban.

Llegan tras éstos treinta incontinente
con un apuesto mozo aprisionado,

y una graciosa bárbara otros veinte,
con joyas de valor que habían robado.
Hacen de todo muestra, do igualmente
entre ellos repartieron lo hurtado,
concordes en que fuese la doncella
ofrecida a su dios, por ser tan bella.

A las mesas tras esto se asentaron,
que estaban puestas largo rato había,
do refacción espléndida tomaron,
servidos de la opresa compañía.
Dos horas a placer borrachearon,
los saltos refiriendo de aquel día:
quédanse sobremesa desarmados,
en vino y carne humana sepultados.

Unos sobre las diestras se reclinan,
del cansancio y del vino compelidos,
otros las sienes cálidas inclinan
do alcanzan, sin acuerdo, adormecidos.
Otros gritan, anuncian y adivinan,
y del pesado sueño convencidos,
en tierra boca abajo se arrojaban,
donde la carne y vino destilaban.

Mas un dispuesto bárbaro inhumano,
gran adivino entre ellos y agorero
(según le celebraba el pueblo vano),
estimado por único estrellero,
que se llamaba el sabio Millolano,
en juventud certísimo flechero,
hábil en el usado sacrificio,
el cual de sacerdote hacía el oficio,

Con larga toga de algodón ceñida,
pide por la tristísima doncella
que, sollozando, al punto fue traída
con lamentable y trágica querella.
Fue luego de tres bárbaros asida,
que, de la vestidura rica y bella,
el pecho con rigor la despojaron,
y los ojos y manos la vendaron.

De pedernal sacó un cuchillo agudo
el arrugado bárbaro sangriento,
asiendo en la siniestra cuanto pudo

revolver del cabello, suelto al viento,
de que formó un dorado y fuerte nudo,
y de la víctima hace ofrecimiento
a una imagen de oro, simulada,
que había en la cueva, en sangre rociada.

A la cual dice: «Seate propicio
el humilde ofrecer de aquesta gente,
por el alto favor y beneficio
que recibe de ti continuamente;
admite este pequeño sacrificio,
por tu deidad inmensa, omnipotente;
depáranos sin riesgo ricas presas,
pues sangre humana en ellas interesas.»

La bárbara, que vio ya se acercaba
de su mísera vida el fin postrero,
ante el indio llorosa se postraba
con lamentable ruego lastimero:
a quien con manos altas suplicaba
que el apartado mozo prisionero
que con ella los veinte habían cogido
fuese, antes de su muerte, allí traído.

Enternecido el bárbaro algún tanto,
mandó traerle luego a su presencia,
do el mozo comenzó un profundo llanto,
vista la rigurosa y cruel sentencia.
«¡Oh santo cielo, dice, oh cielo santo,
diré mejor injusto y sin clemencia...!»
No pudo más hablar y, maniatado,
rayó a los pies del indio desmayado.

Causa de que la joven afligida
de la visible muerte se olvidase,
y de que ansia tan cruel y desmedida,
su corazón de nuevo lastimase:
la cual, de amor perfecto convencida,
sin que ficción ninguna en él reinase,
sobre el caído mozo se arrojaba,
y un mísero lamento comenzaba.

«Cautiva, dice, triste, desdichada,
del hado perseguida aun en la muerte,
cuya sobrada vida dilatada
ha sido para ver dolor tan fuerte:

en el mísero fin de mi jornada
tuviera por alivio, Hipandro, el verte,
de suerte que en mi acerba despedida,
fuera mi voz llorosa de ti oída.

«Mas pues el hado adverso no consiente
que alcance (aunque el postrero) un bien tamaño,
y ya con fiera, vengativa frente
hoy sus fuerzas se extremen en mi daño,
no tú también te muestres inclemente,
no el rostro escondas, y a mi vista extraño,
abre esos gratos ojos, do algún día
por más larga juzgué la gloria mía.

«¿Qué es de la trabazón del lazo estrecho
con que ligar amor dos almas pudo?
¿Cual humo al recio viento se han deshecho
mis esperanzas, con su fuerte nudo?
¿Es el tálamo aqueste, aqueste el lecho,
que nos guardaba el cielo avaro y crudo?
¿Es ésta la palabra y fe jurada,
tan presto por los hados anulada?»

Con las ligadas manos revolvía,
del caro esposo el rostro maltratado,
que el peñascoso suelo en parte había,
con la dura caída, deslustrado:
sobre quien muchas lágrimas vertía,
en vano repitiendo el nombre amado;
con afligido, ronco y tierno acento
el cielo hiere, sordo a su lamento.

«Recuerda, dice, ya del sueño esquivo,
(si es que gozas en él vital aliento
para ser de esta gente cruel cautivo)
no sé si pido bien o si mal siento:
mas el cielo, en mi daño ejecutivo,
torcerá los caminos de mi intento,
y aquello te dará que no le pida:
muerte si es dura, y si enojosa, vida.

«Júrote por la fe que eternamente
con la alma te entregué, también eterna,
que no el dejar el cuerpo tanto siente
(aunque de sus principios la gobierna)
como el dejarte aquí y entre esta gente,

en las injurias de esta vil caverna,
do nos guardaba el cielo vengativo,
el quedar yo sin vida y tú cautivo.»

Esto decía, con los labios bellos
en los del joven, cárdenos y helados,
haciendo extremos tales que, de vellos,
fueron los circunstantes admirados.
Mas por algunos bárbaros de aquellos,
forajidos, crüeles, desgarrados,
fue del indio la joven desasida
y a las aras por víctima traída.

Sobre un tajón rollizo, mal formado,
de antiguo roble, al punto la pusieron
(lugar a sacrificios diputado)
y el rostro con un paño la cubrieron.
Estaba el sacerdote ya aprestado,
cuando un rüido y voz extraña oyeron
que por la boca de la cueva entraba
y a todos su rigor amenazaba.

Era el fuerte Aguilar, que condolido
de la joven a muerte condenada,
de detrás del peñasco había salido
con una ancha rodela y corta espada:
que el lloroso lamento habiendo oído,
y la tierna pasión enamorada,
quiso en un riesgo tal poner la vida
por que fuese la dama socorrida.

Llega a do estaba el bárbaro sangriento
con el desnudo brazo levantado,
que ya bajaba con rigor violento,
del agudo cuchillo acompañado.
Dale Aguilar un golpe, y por el viento
vuela el puño, al astil aún aferrado,
ya de su antiguo tronco dividido,
dando el bárbaro un grito dolorido.

El lugar desampara Millalano,
sólo dónde esconderse va buscando;
queda en el suelo la derecha mano,
mil saltos a una parte y otra dando.
El valiente español, diestro, lozano,
aquí y allí brioso va saltando,

a unos hiere, aflige, a otros mata,
y con pesados golpes los maltrata.

La mísera canalla descuidada,
que repleta por tierra está durmiendo,
salta fuera de sí desacordada,
a las ausentes armas acudiendo.
Quién va buscando piedra, quién espada,
sin orden por la cueva discurriendo
en confuso tropel, sin ningún tiento,
turbados, dando voces sin aliento.

Quién aferra el bastón grueso, nudoso,
quién de la ajena espada se aprovecha
quién de tizón rollizo más humoso,
quién del arco pintado y larga flecha,
quién a las mesas corre y fervoroso
la mano a las colmadas copas echa,
poniendo en la arma cada cual la diestra,
que la ira repentina allí le muestra.

Así que, el torpe sueño sacudiendo,
los bárbaros su furia recobraron,
y gran suma de tiros despidiendo
contra Aguilar, en torno le cercaron:
a quien en punto estrecho iban poniendo,
que un rato grandemente le apretaron,
cuando al gallardo Hipandro vio a su lado,
que del desmayo en sí ya había tornado:

Sin ligazón las manos, y ocupadas
de una fornida jabalina aguda,
con que entra por las bárbaras espadas
haciendo riza sanguinosa y cruda.
Fuéronle por la duna desatadas,
que con instancia grande pide acuda
a socorrer a aquél por quien tenían
la vida, a quien los indios afligían.

Con los menudos dientes delicados
tanto por desligar al joven hizo,
que los lazos más ciegos y apretados,
en un pequeño término deshizo.
No al deshacer le fueron tan pesados,
que a su entrañable amor no satisfizo:
tanto puede cuando es puro y sincero,

que le es lo grave fácil y hacedero.

Los doce opresos mozos le siguieron
(que un rato la contienda habían mirado)
y a una parte neutrales se estuvieron,
sin acudir al uno ni otro lado.
Mas cuando tantos indios muertos vieron,
y al español de Hipandro acompañado,
por el círculo bárbaro rompiendo
entran, sangriento estrago en él haciendo.

Gritando: «¡Ya llegó el dichoso día
que nos concede libertad sabrosa!
¡Ya la dura opresión y tiranía
se acaba, y servidumbre ignominiosa!
¡Muera aquesta inhumana compañía!
¡En ocasión tan próspera y dichosa,
señale cada cual su diestra fuerte
y vengue, si muriere, bien su muerte!»

Eran tamemes éstos, que prendido
habían los salteadores insolentes
y entre muchos por recios escogido,
de lenguas y lugares diferentes,
que cautivos del Indio foragido,
a su mandato estaban obedientes,
de aquella vil canalla bulliciosa
castigados con mano rigurosa.

Aquestos las cadenas roto habían
con que andaban continuo aprisionados,
y en la trabada brega se metían
con furioso tropel amontonados.
Donde estaba Aguilar derechos guían,
en daño de sus dueños conjurados,
mil peligrosos tiros despidiendo,
a todas partes con rigor hiriendo.

Duró una larga pieza esta porfía,
áspera de ambas partes y reñida,
mas viendo un bravo bárbaro que había
ya de su gente mucha mal herida,
de la sangrienta brega se salía
y a una bella joven afligida
(que desde lejos el lidiar miraba),
con indignado rostro se acercaba.

A quien arrebató impaciente, airado,
llevándola con paso presuroso,
a un cóncavo peñasco socavado,
apartado del trance peligroso,
do la metió, y un canto mal formado
arrimó al hondo seno cavemoso,
de suerte que cerró la estrecha entrada,
dejando en él la bárbara ocultada.

Diciéndola: «Mi bien, por más segura
he aquesta parte cómoda elegido
en tanto que el sangriento trance dura,
adonde mi tesoro esté escondido.
Ni te aflija ni espante el ser oscura,
que presto será el pleito definido
y te vendré a ofrecer, aunque es pobreza,
de aquel hombre atrevido la cabeza.»

Con esto a la batalla se volvía
furioso, una ancha espada meneando,
cuando uno de los doce despedía
(con fuerza el arco el bárbaro encorvando)
una flecha veloz, que le rompía
el pecho, y por el suelo basqueando
rueda el gallardo mozo enamorado,
de la enemiga punta atravesado.

Mas súbito de tierra se levanta
sintiéndose de muerte mal herido,
y pérdida de sangre parte tanta,
que la más le quitó de su sentido:
con ansia el paso mísero adelanta
por la cueva, con áspero alarido,
y al cóncavo lugar derecho guía,
do la escondida joven le atendía.

La piedra levantó difícilmente
con que la estrecha boca se cerraba,
y con furia rabiosa y basca ardiente,
por su nombre a la bárbara llamaba:
vino a la voz amiga diligente,
que salir de aquel hoyo deseaba,
a la cual fue del bárbaro la espada,
dos veces por el pecho atravesada.

Diciendo: «Ya que el hado miserable
ejecutivamente me persiga,
y la envidiosa muerte inexorable,
con rigor asperísimo me siga,
a nadie le será tan favorable
la suerte, ni fortuna tan amiga,
que goce de este bien que me ha quitado,
con que muero algún tanto consolado.

«Mas ¡ay!, mísero, cruel, fiero, homicida,
desleal, sin amor y de fe falto,
¿cómo con diestra airada, embravecida,
quitaste al suelo un bien tan raro y alto?
Ya pluguiera a los dioses que la vida
del todo antes dejara en el asalto
que a tu presencia Tádara tornara,
ni que tus verdes años acertara.

«¡Oh irreparable daño! quién pudiera,
con esta corta vida y flaco aliento,
recuperar la tuya, aunque me fuera
partir sin ti de gran desabrimiento:
pero todo, mi bien, lo pospusiera
por tu salud, y el grave sentimiento
que el dejarte aquí sola me causara,
con mi temprana muerte se acabara.»

Estas y otras mil ansias refería
el lastimado bárbaro afligido,
cuando, de sangre falto, se tendía
en tierra, con el último gemido.
La bárbara su suerte maldecía,
que a estado y parte tal la había traído
con denegrado flujo sanguinoso
regando el hondo seno cavernoso.

Los acosados indios, conociendo
la ventaja y su daño juntamente,
el lugar desamparan y, corriendo
por la cueva con paso diligente,
van en ciego tropel de ella saliendo
(elegido por medio conveniente)
al campo, donde algunos aún pensaban,
que del fuerte Aguilar libres no estaban.

Murieron treinta y los demás, heridos,

con alentado paso se escaparon,
que los doce mancebos atrevidos
con ímpetu furioso los flecharon:
de éstos murieron tres que, inadvertidos,
en el tropel confuso se arrojaron.
Hipandro, atravesado el diestro brazo
quedó también, de un áspero flechazo.

De Aguilar la rodela parecía,
según quedó de flechas ocupada,
que de pungente espín la faz tenía,
con el cuero intratable cobijada.
Llamó a la vencedora compañía
que aún seguía a la gente amedrentada,
la cual obedeció su mandamiento,
haciendo humilde y largo acatamiento.

Fueron do había la bárbara quedado,
que el sacrificio mísero aguardaba,
que ya con paso corto, apresurado,
por llegar a Aguilar se fatigaba:
y puesta ante él, con rostro sosegado,
le dice: «A una merced que así obligaba,
¿con qué satisfarán estos cautivos,
que por vuestro valor hoy quedan vivos,

«Si no con serlo vuestros? Y es locura
pensar que aquesta es paga suficiente.»
Admiróse Aguilar con tal figura,
y algo confuso de la oír se siente.
Dícele: «De otro trance y desventura,
si la vista y oído no me miente,
me parece, señora, os he librado,
no menos grave que éste ni pesado.»

«Verdad decís por cierto, que obligada
os está por mil partes mi pobreza
(responde), mas por mí remunerada
es imposible ser vuestra grandeza.
Clandina soy, señor, la desdichada
a quien vuestro valor y fortaleza
libró, en el monte espeso cavernoso,
del insolente Hirtano cauteloso.

«Después que fui a mi casa conducida
por vos, do un tiempo reposé contenta,

fui con instancia por mujer pedida
de Hipandro, mancebo de gran cuenta.
Yo, viendo la ventaja conocida,
y el ser que su persona representa
(que es el que aquí, señor, tenéis delante),
un negocio escuché tan importante.

«Tratóse nuestro alegre casamiento,
(mas como tras un bien un mal se aguarda,
y un mal sucede a un buen acaecimiento,
y es evidencia el ver cuán poco tarda),
para que con mayor fiesta y contento
pudiese celebrarse, alguna guarda
de mis diestros vasallos escogimos
y a un lugar de Hipandro nos partimos.

«Para el cual por un monte caminando,
de diez hombres no más acompañados,
sin más de otros ochenta que cazando
iban, por varias partes derramados,
al pie de un verde mirto descansando
estábamos, del caso descuidados,
cuando veinte de aquellos salteadores
nos asestaron largos pasadores.

«Y asaltándonos súbito furiosos,
queriendo Hipandro de ellos defenderse,
los seis con prestos golpes rigurosos
le sujetaron, sin poder valerse.
Los diez nuestros huyeron temerosos:
con fin sólo guiado a guarecerse:
en fin con gran rigor fuimos atados
y a acelerado paso fatigados.

«A aquesta oscura cueva nos trajeron
y ricas piezas de oro nos quitaron
que alegres entre todos repartieron,
sobre que largo espacio vocearon.
En que muriese yo todos vinieron,
y la cruel sentencia pronunciaron;
al sacrificio estaba ya aprestada,
cuando el favor llegó de vuestra espada.»

Aguilar a los indios preguntaba
dónde escondía el bárbaro el tesoro:
«Allí, señor, el uno señalaba,

tiene gran cantidad de plata y oro,
que entre estos peñascales ocultaba,
cuyas hondas cavernas yo no ignoro,
sin otros muchos hoyos, do enterrados
hay cantidad de tejos acendrados.»

A éste mandó Aguilar se adelantase,
con esta relación, por cierta guía,
y que a do estaba el oro le llevase,
que del aviso paga le ofrecía.
Hízolo el indio así, mas como entrase
delante de Aguilar, que le seguía
de todos los demás acompañado,
detuvo el paso el bárbaro turbado:

Oyendo una voz débil, lastimosa,
que flaca y tiernamente se quejaba,
cuya querella y ansia dolorosa
más unas veces que otras se esforzaba.
No se aclaraba bien la voz llorosa,
que al parecer aliento le faltaba,
la cual tan poco y mal se percibía,
que cosa soterrada parecía.

Con gran silencio y paso recatado
a la voz lastimosa se acercaron.
Decía: «¡Oh caso duro, desastrado,
sentencia que los dioses pronunciaron!
¡Oh bárbaro sin fe, desatinado,
a quien mis hados míseros forzaron,
y la fortuna avara, cruel, siniestra,
a mover contra mí tu airada diestra!

«Mas Tádara, si el daño conocieras
que de vivir así se te seguía,
de este mismo remedio te valieras,
que ahora sin pedirle el cielo envía.
Pero cuando por sano le eligieras,
huyera como tal de ti este día,
y si esta triste muerte procuraras,
de vida felicísima gozaras.

«Muero (aunque de esta suerte) consolada
con ver que, aunque cautiva y perseguida,
ha sido mi limpieza conservada
y siempre por los dioses defendida:

a cuya gloria y honra dedicada
con libre voluntad fue, y ofrecida,
a quien pido...» Con esto más no oyeron
el lamento indeciso, aunque atendieron.

Mas el origen de la voz buscando,
a una y otra parte discurrían,
y con el hondo seno en fin topando,
donde por ocho gradas descendían,
Aguilar y otros dos en él entrando
(que más por ser angosto no cabían)
la bárbara toparon desdichada,
en su espumosa sangre revolcada.

Recién muerta de dos frescas heridas
que del pecho a la espalda le pasaban,
cuyas marchitas manos encogidas
de la sangrienta tierra se ocupaban,
que con las bascas graves, doloridas,
de su asiento las piedras arrancaban,
cosa de que Aguilar enternecido
quedó, con justa causa, y condolido.

Con mucha brevedad hizo se abriese
(según el tiempo y parte lo pedía)
un conveniente hoyo, en que metiese
aquel cuerpo la amiga compañía,
donde fue sepultado, y porque hubiese
(antes que se mostrase el claro día)
lugar para salir de allí, abreviaron,
y en busca del tesoro caminaron.

Este por ellos fue desenterrado
y a Clandina sus joyas entregadas,
y de esto lo restante al Indio dado,
donde piezas se hallaron extremadas.
Sólo un alfanje de oro, bien formado,
tomó, y dos esmeraldas, no labradas,
Aguilar; lo demás mandó partiesen
y que a sus casas ricos se volviesen.

Con esto de la cueva se salieron
Aguilar y el mancebo con su esposa,
a quien los nueve bárbaros siguieron,
mostrándoles la vía pedregosa.
Pero no a mucho trecho que anduvieron,

cubiertos de la noche tenebrosa,
de caballo un relincho le parece
a Aguilar que al oído se le ofrece.

Salían con cervices levantadas,
el espacioso océano dejando,
y las yertas montañas encumbradas
iban por sus alturas ya rayando,
los caballos del sol, luces doradas
por las altas narices arrojando,
cuando Aguilar descubre diez soldados
que andaban en su busca fatigados.

Gran contento con esto recibieron,
a quien con paso largo enderezaron,
y algunos indios que en su ayuda fueron,
a una seña con ellos se juntaron:
a los nueve tamemes despidieron
y a Villa Rica todos caminaron,
teniendo vuestro abuelo a gran ventura,
pérdida restaurar tan grave y dura.

Fue por Cortés Hipandro, con su esposa,
a un lugar de los suyos enviado
con una escuadra amiga belicosa,
por quien le fue el camino asegurado.
De la rara aventura peligrosa
de que escapó Aguilar, quedó admirado,
y en la más importante traza dando,
fue su partida a algunos declarando.

Y era que el ir a Méjico propuso,
aunque sintió en algunos gran flaqueza,
que miedo Teudillí les causó y puso,
del gran señor contando la fiereza.
Mas sin embargo de esto se dispuso
a ver su gran poder y su grandeza,
para lo cual forjó en su pensamiento
un hecho que requiere nuevo aliento.

CANTO XV

Hace barrenar y echar a fondo Cortés los navíos en que había pasado a la Nueva España, conocida la remisión de algunos españoles en proseguir la conquista, porque no se le volviesen a España sin acabarla. Envía Plutón a Megea al campo español, la cual

*levanta los ánimos de muchos soldados contra Cortés por medio del insolente Celidón.
Apacígualos el capitán con riguroso castigo de su cauteloso inventor.*

En los duros peligros y ocasiones
donde se esconde el deseado medio,
y en los más arduos casos y aflicciones
do se juzga el caído sin remedio,
y en las necesidades y opresiones,
suele ser no esperarle sano medio
y, no pequeña, más cumplida parte,
para tener propio al fiero Marte.

Que si el aprieto es tal que sólo tiene
por el rigor del hierro la salida,
y al más necesitado le conviene
la salud restaurar que está perdida,
el ánimo dispone y le previene,
y a la dificultad más conocida
y peligroso trance más se esfuerza,
de la necesidad sacando fuerza.

Como se ha visto ya por experiencia
que, en hechos graves, la cantada gloria
ha tenido pujante resistencia,
de quien era la pérdida notoria
sacando de las manos, con violencia,
de su contrario la feliz victoria,
que el ánimo acosado (es cosa cierta)
hace mil veces la victoria incierta.

Bien como el oso en el pinar cerrado,
de importunos lebreles perseguido,
P quien el cauto cazador cercado
tiene, y con fuertes redes oprimido,
que de remedio ya desconfiado
vuelve furioso con feroz bramido,
con nuevo acuerdo, traza y fuerza nueva,
el tenor sacudiendo que le lleva.

Ya al fatigado perro más cercano
entre los bastos brazos despedaza,
y el cazador, de la victoria ufano,
le concede al volver bastante plaza:
y del incauto joven, que liviano
se mostró en aguardarle, ya se abraza,
dándole de su loco atrevimiento

dura satisfacción, con fin sangriento.

Aquí vuelve furioso, allí acomete,
todo lo descompone y desbarata,
do es mayor el peligro allí se mete,
trunca, atormenta, aflige, hiera y mata.
No hay venablo que baste: do arremete
todo lo rompe, y sólo busca y trata
cómo dañar, quedando (con la gloria)
por suyo el campo y la feliz victoria.

Pues Cortés, estas cosas no ignorando,
como varón prudente y animoso,
quiere que, de salud desconfiando,
la consiga su campo temeroso,
principio al hecho más loable dando,
más alto, más difícil y dudoso
que celebra la Fama por historia,
digno de asiento en inmortal memoria.

Habiendo en largo vacilar resuelto
lo que de caso tal resultaría,
su campo considera ya revuelto
si el intento declara que tenía:
mas por todo pasó y quedó resuelto
en barrenar las naves que tenía,
porque ninguno a España vuelta diese
hasta que a la conquista fin pusiese.

No el valeroso Julio a la pasada
del rojo Rubicón tan atajado
(con la espantosa imagen remesada,
que le detuvo el paso al agua echado,
prodigio y amenaza desastrada,
al caso por el César intentado)
estuvo, cual Cortés en este trance,
ni echó con mayor pecho al hado el lance.

Trató con Alaminos y Escalante
(cursados marineros) le dijese
en presencia de todos que adelante
era imposible que las naves fuesen,
ni el estar sobre el agua, y que importante
(antes que a fondo sin remedio fuesen)
era el reparo, por estar bromadas
del prolijo discurso y destrozadas.

Ya los dos marineros habían dado
a las cinco barreno con secreto
(las mejores de todas), do había entrado
tanta agua que les puso en grande aprieto.
Fuelas a ver Cortés, acompañado
de muchos españoles, y en efeto
mandó la artillería se sacase
de ellas y a Villa Rica se llevase.

Dando muestras de grande sentimiento,
dice que se reparen si es posible.
«Es pensar atajarlo vano intento,
(le responde Alaminos) ya imposible,
que de este mar incógnito el violento
furo odioso, presto, corruptible,
daña la tablazón con fuerza tanta
que cómo hay nave en pie, señor, me espanta.

«El remedio es que siento conveniente,
que jarcias, anclas, gúmenas y velas
se saquen de estos cascos brevemente
para las otras naos y carabelas.»
Mandólo así Cortés incontinente,
poniendo en que tuviese efecto espuelas:
y así las cinco naos al través dieron,
pérdida que en el alma la sintieron.

Hizo de las demás que le quedaron
(dentro de pocos días) otro tanto,
menos una, aunque algunos le rogaron
(sabedores de caso en que iba tanto)
que lo mirase bien, y aun procuraron
evitarlo, por ser de mucho espanto
ver a España los pasos atajados
y de volverla a ver desconfiados.

Callen con este hecho los famosos
de Alejandro, Pompeyo, Julio, y calle
aquél de los helvecios belicosos
(aunque pueden de grande el nombre dalle),
cuando al francés pasando orgullosos,
para con más coraje conquistalle
y quitar de su patria obligaciones,
quemaron sus antiguas posesiones.

Ninguno comparar con éste puedo,
por ser el que al mayor el nombre quita,
y bien puedo afirmar sin ningún miedo
que es éste el que a Cortés más acredita:
que puede señalarse con el dedo
el que a naturaleza inhabilita,
pues con aqueste hecho nunca oído,
mudó lo en ya costumbre convertido:

Que hacer de temerosos, esforzados,
los ánimos caídos levantando,
convertir los medrosos en osados,
con la naturaleza peleando,
es de hombres propiamente comparados
a los fieros gigantes que, intentando
la difícil subida al alto cielo,
conquistarle quisieron desde el suelo.

No sosegaba el príncipe indignado
del Tartáreo profundo, tenebroso,
viendo al fuerte Cortés acreditado,
sobre las nubes ya volar famoso:
en su tierra admitido y respetado
(que tanto tiempo poseyó gozoso)
y que el negro barquero forma queja,
de que el tributo antiguo el paso deja.

Llama furioso a la crüel Megera
y con horrible voz le dice: «Amiga,
el golpe mira que mi reino espera
(la inevitable y áspera fatiga
con que la dura suerte venidera
nuestro poder limita y nos hostiga)
de ese fiel. Ministra en esto un medio
que sirva, como tuyo, de remedio.

«Bien sabes cuánto el impedir importa
de este español la presunción altiva,
y cómo con instancia al Indio exhorta
a que sus leyes ásperas reciba.
Parte, y con presto vuelo al aire corta
y entre sus gentes tu furor aviva:
perturba el campo con motín y engaño,
infundiendo en los pechos rabia y daño.

«El premio de esta empresa te aseguro

que a ti entre todos mis secuaces llama.»
Así le dice, y en el aire puro
la Furia se levanta envuelta en llama.
Lanzando venenoso aliento oscuro
el vuelo aviva y por venganza brama;
impedir de Cortés la traza intenta
y una, entre muchas, por dañosa tienta.

Crecía ya la noche, cobijando
con negras alas el lustroso cielo,
en regalado sueño sepultando
todas las cosas que alimenta el suelo:
tú solo, Celidón, estás velando
con pecho inquieto y lleno de recelo,
tú sólo de cautelas te pertrechas
y la quietud dulcísima desechas.

Éste a toda maldad salió dispuesto:
incitador de escándalos, motines,
de trato doble, bajo, descompuesto,
entremetido y de dañados fines;
de mil partes echado por molesto,
por sus odiosos términos rüines,
hasta que a Cuba desterrado vino,
de a do salir huyendo le convino.

Siguió del pío Cortés el estandarte,
en un puesto por él no merecido,
que como de oro y plata mucha parte
había con trato ilícito adquirido,
tuvo negociación, y de tal arte,
que hasta que fue su trato conocido
con él los casos graves consultaban
y a las juntas de guerra le llamaban.

Al apuntar la luz los ojos cierra
éste, pero dormido no reposa,
que en inquieto terror su pecho encierra,
de Megera infundido ponzoñosa:
el ánimo le turba y de él destierra
el dulce sueño y la quietud sabrosa,
con fiera vista su temor aumenta
y con sangrientas formas le atormenta.

Una ciudad le ofrece inexpugnable,
de un espacioso lago rodeada,

de belicosa gente innumerable
por todas partes con valor guardada,
y una rota sangrienta, lamentable,
en la española gente ejecutada;
el sacrificio horrendo, de hombres vivos,
de los llorosos míseros cautivos.

Cuyos cuerpos en piezas le presenta
en disforme espectáculo sangriento:
pechos abiertos, de a do el Indio intenta
sacar los corazones de su asiento;
brazos y piernas en montón sin cuenta,
vista agradable al Bárbaro sediento,
con infernal furor de sangre humana
que su ley autoriza y secta vana.

Preséntale mil fuegos abundosos,
a quien los sueltos miembros entregados,
eran en vasos de metal lustrosos
y gruesos asadores prolongados.
Mil banquetes espléndidos, gozosos,
le muestra, de estos tristes sustentados:
«huye (la furia a Celidón le dice)
si no te es grato un fin tan infelice;

«Mas pues autoridad en todo tienes,
a tus amigos de esto desengaña.
¿Por qué en mover la diestra te detienes
contra el cauto caudillo que te engaña?
¿De esta arte a tus amigos ley mantienes?
¿Así miras la causa que les daña?
¿Así por tu salud, cuitado, miras
y de visible muerte te retiras?

«No aguardes al través dé con la nave
como con las demás el cauto ha hecho,
que no hay sin ella medio, ni se sabe,
que te pueda sacar de tal estrecho,
a tu patria dulcísima, süave,
cerrado el no sabido y largo trecho.»
Así le dice, y de mortal veneno,
con un soplo al partir le deja lleno.

El sueño huye y Celidón, furioso,
por mil partes discurre con la vista.
Atónito, turbado, pavoroso

del lecho salta, su miseria vista,
y con desasosiego ponzoñoso
sus más parciales fervoroso alista,
a quien en breve junta en la marina
y con palabras tales los indina:

«¿Es posible, varones escogidos,
que así se premien vuestros hechos raros?
¿Así son de Cortés agradecidos
que quiere al hierro del contrario daros?
¿Con qué razón os tiene así oprimidos,
con cuál el duro freno pudo echaros?
¿Es éste vuestro César por ventura,
que así de obedecerle se procura?

«¿No es éste, cual vosotros, un soldado,
ayer del más humilde compañero,
por voluntad de algunos levantado
y por el hado incierto y lisonjero?
¿Cómo sin vuestro acuerdo os ha cerrado
el dulce paso, con intento fiero,
a vuestras patrias caras, regaladas,
con las amigas naves barrenadas?

«Debe tener en poco nuestras vidas,
pues en aprieto tal quiere meternos;
o que nos son (entiende) desabridas
según el trance en que procura vernos.
Si con muertes ajenas, con heridas
quiere al mundo dejar triunfos eternos,
tiene los hados con su diestra fuerte
y adquiéralos, si puede, de esta suerte.

«Con esperanzas cautas nos detiene,
con que pretende en Méjico encerrarnos,
que sólo le parece que conviene
ir con el fiero Bárbaro a encontrarnos.
A él no le está mal, que bien le viene:
vamos tras lo imposible a despeñarnos
pues, cuando mal a todos nos suceda,
con nave y oro y sin nosotros queda.

«Si a Julio César imitar entiende,
diferente el tiempo y coyuntura,
que su valor a tanto no se extiende
si no es que le levante su locura.

Si a sus fortunas prósperas atiende,
no hay doquiera del César la ventura.
No sé qué me colija de su intento,
que le tengo por hombre fraudulento.

«Sólo un navío deja, y yo sospecho
que esto tenga misterio y que hay maraña,
y que este con dañado y cauto pecho
se quiere ir solo con el oro a España
dejándonos (cual véis) en tal estrecho,
entre esta gente sin piedad, extraña,
que entre sus crudos y sangrientos dientes
deshagan nuestros miembros inocentes.

«Él ve que conseguir es cosa dura
la difícil conquista comenzada,
y ha escogido esta vía por segura
porque nadie le impida su jornada,
y el provecho y la gloria por ventura
llevarse, que adquirió con nuestra espada.
No consintamos, no, tan grande ofensa
que en vez nos da Cortés de recompensa.

«Y por la luz que nos alumbra juro
que, por diversas cosas discurriendo,
cuando hoy dejó la Tierra el velo oscuro,
sus tenebrosas alas recogiendo,
vi nuestro fin sangriento, acerbo y duro,
que al Sol estaba el Bárbaro ofreciendo,
(¡oh espectáculo horrendo!, ¡oh fin lloroso!)
de cuya vista aun tiemblo congojoso.

«Bien como os veo, a las sangrientas aras
os vi llevar, amigos, maniatados,
llenas de muerte las marchitas caras,
y oprobio, de los bárbaros tratados:
y no fue sueño, no, que vi a las claras
nuestros cuerpos en piezas apartados
en la fuerte ciudad, donde éste entiende
que su fortuna próspera le atiende.

«¿Será bien, si os parece, que aguardemos
un fin tan miserable y lastimoso,
y que de la cerviz nuestra no echemos
el yugo, de él llevar ignominioso?
¿Es bien que entre estos brutos nos quedemos

y que éste parta alegre y victorioso?
No lo permita el cielo, amigos, muera
el que con nuestro daño aumento espera.

«Esta diestra será la que primero
el fin abatirá de su esperanza,
y si amparáis mi intento, como espero,
servirále de poco su pujanza.»
De esta manera, desdeñoso, fiero,
los ánimos provoca a la venganza:
«La vida, dice, y nave le quitemos
que ricos a España nos tornemos.»

Todos se indignan, lo propuesto oyendo,
en quien Megera, ponzoñosa o brava,
las tímidas entrañas encendiendo,
la armada diestra con rigor vibraba:
vase el veneno entre ellos extendiendo,
que dispuestos los ánimos hallaba,
y de un corrillo en otro la ira salta,
declarada con voz conforme y alta.

Cual dura peste fiera, contagiosa,
por los míseros cuerpos se derrama,
y con ansia mortal, crüel, rabiosa,
al uno hiera, mata, al otro inflama,
tal esta Furia ardiente, venenosa
a implacable discordia el campo llama:
odios, rabias, rencores esparcía,
y más por puntos su furor crecía.

Corren gritando: «¡Al arma!, ¡muera, muera!,»
en confuso tropel amontonados;
trueno discorde la trompeta fiera
y roncós atambores, destemplados.
Bien lo sabe Cortés, mas no se altera,
antes con ojos tiernos, levantados,
dice, y con pecho aflicto fervoroso,
del popular tumulto cuidadoso:

«Oh tú, Señor, pues mis intentos sabes
que sólo a tu servicio van dispuestos,
la ira aplaca y pretensiones graves,
de éstos ánimos ciegos, descompuestos:
haz que le scan (como a mí) süaves
de esta empresa los trances más molestos

para que así, siguiendo tu bandera,
el fin consiga que por ti se espera.»

Calló, y un nuevo ardor al punto siente
que de vigor le llena y de esperanza
y, con serena faz y mansa frente,
sale al encuentro a la feroz pujanza
con su bastón y espada solamente,
con que piensa aplacar tan gran mudanza;
el cual sobre unas piedras los pies puso
y a todos lo siguiente les propuso:

«Carísimos amigos, por quien puedo
llamar feliz y próspera mi suerte;
valor que al nuevo mundo pone miedo,
do no hay a vuestras diestras cosa fuerte
cuya ferocidad y cruel denuedo
teme el contrario con visible muerte,
y duro yugo el fiero mejicano,
que espera su cerviz por vuestra mano:

«¿Qué alteración es ésta, que rüido?
¿Quién el villano pecho así ha mostrado,
tan indigno de ser enriquecido
con el nombre indebido de soldado?
¿Quién ha a vuestra nobleza acometido,
y vuestro gran valor aniquilado,
procurando cerraros el camino
que os abre vuestro próspero destino?

«¿Algún ánimo vil, acobardado
que suele en los motines señalarse,
a adquirir opinión no acostumbrado,
antes en el huir a adelantarse:
a cuya persuasión el pecho osado
debe por todas vías excusarse
y tapar el oído, cual serpiente,
cuando del canto la violencia siente?

«¿Do pensáis adquirir mayores glorias?;
si pretendéis riqueza, ¿dónde hay tanta?;
si eterno nombre, triunfos y victorias,
cuya gloria la Fama el mundo canta,
¿dónde iréis a buscar las más notorias
o a dónde el brío el ánimo os levanta?,
y si habéis profesado la milicia,

¿cómo de conseguirla no hay codicia?

«Si queréis conquistar otras naciones
o en la África remota bravas gentes,
no son más importantes ocasiones,
que cual véis son de aquestas diferentes:
la paga no es mejor, ni pretensiones,
ni hay ventajas allá más preeminentes,
y si el flechar del Indio os es tan duro,
no es aguardar balazos más seguro.

«Si os llaman las delicias y ternezas
del engañoso amor, torpe, liviano,
y de gallardas damas las bellezas,
el grato aspecto, rostro y blanca mano:
no se adquieren así, no, las noblezas,
ni el alto nombre eterno, soberano,
que si entre estos regalos se adquiriera,
¿quién hay que claro nombre no tuviera?

«Por mil dificultades se camina
a la alta cumbre del vivir honroso:
por la necesidad, afán, mohina,
camino duro, estrecho y escabroso,
y quien a aquesto su ánimo le inclina
puede llamar el hado venturoso,
y de éstos están llenas las historias
que materia nos dan de tantas glorias.

«Váyase luego, váyase el cobarde
y el que seguir quisiere sus pisadas;
no inficione mis hados más, ni aguarde,
deje acabar las guerras comenzadas,
que para ver su patria no es aún tarde:
goce de ella con manos desarmadas,
que no hace guerra el escuadrón copioso
sino el ánimo audaz y valeroso.

«No le será impedido su viaje,
que el navío que solo está en el puerto
con provisión y buen matalotaje,
al que partir quisiere será cierto:
mas ha de ir desarmado, y no es ultraje
ni de agraviarle en nada algún concierto,
por que los que a la guerra se quedaren
tengan armas si acaso les faltaren.

«Mas sólo Celidón, que así alteraros
pudo siendo inventor de tal bajeza,
queriendo con cautelas mancillaros,
pretendiendo decir que os fue cabeza,
lave con su vil sangre el no acataros,
el general defecto y su torpeza,
que de esta culpa a todos os absuelvo,
y en que él pague por todos me resuelvo.»

Diciendo aquesto, por los ojos lanza,
al parecer, mil llamas encendidas,
y del sereno rostro la mudanza
dio muestra, con señales ofendidas.
Faltóle a Celidón aquí esperanza
de ver sus graves culpas remitidas:
a quien las manos con rigor ligaron
y la mortal sentencia ejecutaron.

Y aquéllos que las armas levantando,
contra su general osados fueron,
con su vista el orgullo desterrando,
en tierra (con los ojos) las pusieron:
el ser y pecho de Cortés loando,
de morir do muriese propusieron,
y en altas voces dicen: «¡Cortés viva,
en quien nuestra esperanza y ser estriba!»

«No hay español aquí que no te siga,
ni hombre que do murieres tú, no muera,
ni es bien que de nosotros tal se diga,»
responden Alvarado y Aguilera,
Ávila, Ordás, Terrazas y Pantiga,
Lasso, Juan Bello, Sámano y Cabrera,
Leyva, Tirado, Morla y Escalante,
Villalobos, Cifontes y Morante.

Salceda, Olid, León, Durán y Trejo,
Villandrando, Escobar, Limpías, Cayzedo,
Martín López, Romero, Marmolejo,
Santacruz, Hermosilla, Bravo, Olmedo,
Salas, Mosquera, Nájera, Cornejo,
Ledesma, Jaramillo, Hojeda, Azedo:
tras los cales el campo vino todo,
que a Cortés se ofreció del propio modo.

Muchos el haber visto confirmaron,
junto a Cortés, un joven refulgente,
con alas (de que mucho se admiraron),
que amenazaba al pueblo inobediente:
una espada en la diestra le notaron
de fuego, que arrojaba llama ardiente.
Cesó el tumulto popular violento
y prosigue Cortés su justo intento.

El navío que solo había dejado
para tentar los flacos corazones,
hizo que luego fuese a fondo echado
por no dejar lugar a más pasiones:
y así todo español desconfiado
quedó de sus pasadas pretensiones,
haciendo tales cosas, que bastaron
a conseguir aquéllas que intentaron.

CANTO XVI

Prosigue Cortés su camino para Méjico, y la Furia infernal en sus trazas para impedirle el efecto de él; la cual, en forma de indio, en sangriento espectáculo se ofrece al general de los tlaxcallanos, cuyos ánimos indigna contra los españoles: de adonde resulta el primer reencuentro que Cortés tuvo con ellos, y el loable y valeroso proceder de los quince mancebos tlaxcaltecas y primera retirada de los indios, con la venida de Maxixca en busca de Cortés a darle la batalla.

Bien como al corazón tímido y bajo
perturba, en las honrosas ocasiones,
cualquier dificultad, cualquier trabajo,
de sus ya comenzadas pretensiones,
y para las dejar busca el atajo
más fácil y de menos aflicciones,
sólo atendiendo a conservar la vida
(la prenda de este tal en más tenida).

Así al alto, magnánimo y honroso
alienta (en los peligros más sangrientos)
el arduo inconveniente trabajoso,
crisol que purifica sus intentos,
y para conseguir su fin glorioso
(lleno de levantados pensamientos)
rompe por todo sin temer la suerte,
buscando eterna vida en justa muerte.

De esta suerte en los trances y ocasiones
vuestro invencible abuelo procedía,
cuyo glorioso intento y pretensiones
el príncipe dañado perseguía
con mil inconvenientes y aflicciones,
pensando de cerrarle aquella vía
que el cielo le tenía descubierta,
a humana espada hasta allí vio abierta.

Pues viendo (aunque del todo no acabada)
la insigne Villa Rica, de españoles
dejándola y de amigos bien guardada,
con armas, munición, centli y frijoles,
de levantados muros amparada,
de un fuerte defendida y dos peñoles,
con tierra amiga en torno a toda parte,
cuidoso para Méjico se parte.

Tomó trescientos indios para guerra
llegado a Cempoallán (mozos briosos),
con tres señores, que la alzada tierra
en rehenes le dio los más famosos;
mil tamemes tomó, que por la sierra
allanasen los pasos más fragosos,
para servicio y carga diputados,
fuertes, en ella y en la flecha usados.

El crespo y rubio hijo de Latona
de los árticos signos se apartaba,
y al Antártico austral por la alta zona,
por Virgo, presuroso caminaba,
cuando (animado de la cruel Belona)
Cortés su quieto campo concertaba:
parte de Cempoallán por el camino
más cierto para Méjico, y vecino.

Viendo el monstruo infernal el poco efeto
de sus nocivas trazas ponzoñosas,
por los aires levanta el vuelo inquieto,
aumentando las sombras tenebrosas:
digo aquél que en Cortés puso defeto,
sembrando de él mil quejas perniciosas;
veloz las alas con bramido tiende
y así a la oscura noche reprehende:

«Alada madre, que con negro velo

cubres el mundo y mis rabiosas quejas,
¿por qué (en tan miserable desconsuelo)
de mí el remedio, si hay remedio, alejas?
Tú, que oscureces el sereno cielo
y tanto al caos que te parió semejas,
¿cómo tanto mi fuerza limitaste?,
¿es bien que toda a un hombre no contraste?

«Tú, que el engaño y el horror pariste,
la queja, envidia, muerte y el mal hado,
la discordia, y a cada cual le diste
poder, no cual el mío limitado.
Tú, que en Orestes potestad me diste,
¿cómo de ella tan presto me has privado?,
¿gustas de que Plutón, madre, me ofenda,
y tu antigua potencia reprehenda?»

Oyéronse al instante mil aullidos
de monstruos, que duraron pieza larga,
y de nocturnas aves mil graznidos,
respondiendo a la amiga queja amarga:
viéronse espesos montes denegridos
de pez, con que la Noche el aire carga,
y de un confuso, extraordinario velo
se cubre el inundo y se oscurece el cielo.

La Furia, de estas muestras alentada,
vuela do el Tlaxcalteca belicoso
tenía alguna gente convocada:
el Tlaxcalteca fuerte, valeroso,
que con cerviz altiva, no domada,
resistía al tirano poderoso,
de quien nunca admitió ningún concierto
que con armas no fuese, en campo abierto.

Este posee una ciudad exenta,
sin señor que la oprima señalado,
cuyo gobierno se concede y cuenta
a un número de nobles limitado:
es fuerte, insigne, rica y opulenta,
y de fértil distrito dilatado;
en cuatro barrios se divide toda,
que treinta mil vecinos acomoda.

La gente que la habita es impaciente,
brava, indómita, fiera, guerreadora,

feroz, airada, súbita, impaciente
y en trabajosos trances sufridora:
es en la guerra cruda, es inclemente,
carnicera, orgullosa, voceadora,
de cuerpos bien formados, desenvueltos,
diestra en las armas y de miembros sueltos.

Hay cuatro capitanes señalados,
y en cada barrio el uno siempre asiste
(con cada cinco mil y más soldados)
do el conservar su libertad consiste:
en aquel menester siempre ocupados,
con que de sus contrarios se resiste,
recibiendo en continuos sobresaltos,
de varios enemigos mil asaltos.

A la orilla de un río está asentada,
que la fértil provincia caudal riega
y en Atlancatepec de vena airada
nace, y al sur su curso entrega;
es por Zacatullán su rauda entrada,
dejando el campo ufano, soto y vega
por do va tortüosas vueltas dando,
diversas plantas siempre alimentando.

Hay una áspera sierra montüosa,
de la ciudad dos leguas apartada,
difícil de subir, agria, fragosa,
de mil suertes de fieras habitada:
de aquella juvenil turba briososa
con cuidado continuo frecuentada,
para que tras las fieras se alentase
y en las armas así se habilitase.

Tienen un general continuamente,
sólo por su valor y esfuerzo eieto,
no en calidad ni estados preeminente,
sino del que se tiene más conceto:
que aquél que da señal de más valiente
y en las armas se muestra más perfeto,
en hechos que les consten, elegido
es por tal general y obedecido.

Estaba a la sazón por tal nombrado
Xicoténcatl, mancebo valeroso,
prudente, experto, grave, reportado,

y aunque de verde edad, de gran reposo;
de noble y clara estirpe derivado,
apacible, tratable, generoso,
amigo de consejo y de pedirle,
y en el mejor, resuelto de seguirle.

Decía que sin él era imposible
poder hombre ninguno conservarse,
y que era confusión grave y terrible
querer por sólo el suyo gobernarse:
así que el parecer le era apacible
y nunca osó sin él determinarse;
tenía de ordinario seis varones
con quien comunicar sus intenciones.

Era Maxixcacín (joven valiente,
por segunda persona obedecido)
a quien el General por su teniente
había nombrado, y todos admitido;
en toda suerte de arma, preeminente,
en mil sangrientos trances conocido,
y era tal su valor que, si no hubiera
entonces general, éste lo fuera.

Mostraba ya su cara plateada
la fresca Aurora, el campo aljofarando,
cuando, dejando la ciudad velada,
sale (la ancha campaña visitando)
el General, la insignia respetada
por el ferrado regatón vibrando:
síguenle ochenta jóvenes briosos,
con plumajes diversos y vistosos.

Aquí abatió la Furia el vuelo y toma
la forma de indio y traje de soldado,
y de un cerrillo por la altura asoma,
milla del General aun no apartado:
«¿Quién es aquél que pisa aquella loma
(Xicoténcatl pregunta con cuidado)
fuera de la ordinaria y común vía?
¿Si es por ventura cautelosa espía?»

Creció con esto en todos el deseo
de saber quién aquel soldado fuese,
y así parten seis indios con Ixtleo
para que de esto la razón trajese:

mas el monstruo infernal, de aspecto feo,
bien que con tardo paso se moviese,
en breve ante el caudillo se presenta
con disforme y horrible faz sangrienta.

Trae la cabeza abierta hasta la frente
y la siniestra oreja derribada,
y de un sangriento nervio trae pendiente
la diestra, de su asiento destroncada.
Atravesado el pecho crudamente
de un asta, a las espadas asomada,
sangre por varias partes destilando,
dice lloroso, con la voz temblando:

«Si así tratados somos de extranjeros
los mal afortunados naturales,
¿con qué nos obligáis a obedeceros,
con tal descuido en ocasiones tales?
Baste mi sangre, baste a conmoveros,
y ya que no, las ásperas señales
con que vuestra caída el hado traza,
pues con el yugo infame os amenaza.

«¡Oh General, de todos respetado,
a quien de esta provincia y bravas gentes
dieron los altos dioses el cuidado
por causas a su aumento convenientes,
escucha a un miserable tu soldado,
ya en suertes de ésta triste diferentes,
no para que a mis llagas des remedio,
que a lo que el Cielo impide es vano el medio.

«Mas para que adelante te prevengas
contra el crüel barbudo, tu contrario,
y su tirano proceder detengas,
a quien hoy favorece el hado vario:
es bien de su intención noticia tengas
y aun para resistirle necesario;
él es quien me trató de aquesta suerte,
y el que procura tu rüina y muerte.

«Supe de Cempoallán partió dispuesto
a entrar, talando, su temida tierra
y (con deseo de enterarme de esto)
el fuerte dejo que tu gente encierra
para te hacer, cual debo, manifiesto

el contrario designio de la guerra;
de la callada noche al fin me valgo
y por su confusión cuidadoso salgo.

«Mas quiso el Cielo que a pequeño trecho
diese en las españolas centinelas,
y habiendo mi deber con ellas hecho,
en el punto que estoy desamparélas:
a tu insigne ciudad viene derecho,
pertrechado el barbudo de cautelas;
no le dejes entrar, que es mal vecino,
antes con muerte impide su camino.»

Así le dijo, y su rabioso aliento
en el dispuesto pecho el monstruo imprime,
bate las alas y álzase en el viento,
con cuyo movimiento el suelo gime:
«¡Oh tú, que vas del sol al digno asiento
(le dice el Capitán), quién eres dime!
dichoso cuerpo que acompañas tu alma
para gozar de tan debida palma:

«Seas ora deidad, ora criatura,
prométote de hacer que de allá veas
blanda con sangre aquesta tierra dura,
los fines consiguiendo que desees.»
El paso a la ciudad luego apresura:
«Ya voy (diciendo) do servido seas;
haré los cuerpos españoles piezas
y serán las mayores las cabezas.»

Ya el corvo caracol el aire turba
herido con aliento presuroso;
junta en un punto la arrogante turba,
resuelto por acuerdo provechoso:
no el son horrible al Bárbaro perturba,
antes se muestra de embestir ganoso,
y habiéndole alentado con razones,
concierta sus copiosos escuadrones.

Cortés en su camino comenzado
prosigue, y con acuerdo nuevo envía
cuatro cempoallaneses al estado,
haciéndoles saber cómo venía
de paz, y por su amigo declarado:
que encarecidamente les pedía

en su fuerte ciudad le recibiesen
y su oferta concordes admitiesen.

No sólo no escucharon sus razones,
mas luego el General mandó ponerlos
en una oscura torre con prisiones
para a sus vanos dioses ofrecerlos,
que no eran de admitir sus intenciones,
su amistad, sino en campo responderlos;
pero viendo Cortés que se dilata,
camina y del contrario se recata.

El fuerte Pillarol parte el primero,
mientras que la otra gente se previene
a resistir al enemigo fiero
que pisando sus términos ya viene;
lleva cinco mil indios el guerrero,
de los mejores que Tlaxcallán tiene,
entre los cuales quince escoge fuertes,
acreditados ya en sangrientas suertes.

Que éstos tomen -mandó- la delantera
y, descubierto el campo del contrario,
traigan aviso con veloz carrera
para ordenar mejor lo necesario,
y en tanto, viendo conveniente le era,
su gente refrescó con lo ordinario:
parten los quince jóvenes gallardos,
de apuestos cuerpos y de pies no tardos.

De ellos el arco apremian con pujanza,
juntando las distantes empalgueras;
de ellos vibran el dardo y gruesa lanza
hinchiendo el aire de amenazas fieras;
de ellos a sus espadas la venganza
cometen, cortadoras, carniceras,
y a su esfuerzo atribuyen la victoria,
sin que otros participen de tal gloria.

¡Oh gallardos mancebos valerosos!
quién pudiera impedir vuestro viaje,
y ya que no, poneros do famosos
nunca os hiciera el mundo olvido, ultraje:
vais a probaros, jóvenes briosos,
con la fiera nación de más coraje:
rehusad vuestra suerte cruel, siniestra,

que os amenaza de Cortés la diestra.

Juan Xuárez, Terrazas y Romero,
los revueltos jinetes fatigando,
con ojo alerta y proceder ligero
reconociendo el campo, y de él ganando,
el pequeño escuadrón descubren fiero,
al cercano español la señal dando:
también la suya por el aire envía
Tlayón, de un cuerno que con fuerza hería.

Repararon los quince y suspendieron,
con varios votos, el llevar la nueva,
que visto al Español señales dieron
de serles grata la sangrienta prueba:
mas que el orden se guarde resolvieron,
cual principal designio que los lleva,
y así se parten, aunque en voto acordes,
con los sangrientos ánimos discordes.

Vuelven los rostros con carrera lenta,
nadie la delantera procurando,
que les parece irreparable afrenta
irse de lo buscado retirando:
con cuya huída el Español se alienta,
bastante rienda a los caballos dando;
pero los quince, que venir los vieron,
del vergonzoso intento desistieron.

A la señal del Español se habían
Cortés adelantado, Olid, Cermeño,
que aprisa los errados pies batían,
de Zúñiga seguidos, y Burgueño;
ya Romero y Terrazas se ofrecían
al Bárbaro, con término halagüeño:
paz les ofrecen y las lanzas bajan,
mas en vano pidiéndola trabajan.

Que los briosos jóvenes ufanos,
flechas, lanzas y dardos despidiendo,
la respuesta cometen a las manos,
con alarido el aire ensordeciendo:
no fueron cuatro de sus tiros vanos,
que a los caballos y hombres ofendiendo,
hicieron de su sangre roja muestra,
del Bárbaro tenida a suerte diestra.

Viéndose el Español del Indio herido,
y que de nueva carga se previene,
habiendo paz con humildad pedido,
gruesas astas blandiendo, sobre él viene:
mas el gallardo Bárbaro atrevido,
que al no visto Español en poco tiene,
no de su furia con temor se alarga,
antes le ofrece la segunda carga.

Puso la vista en Qualtábac Romero,
mas hizo el golpe en vano, y revolviendo
de pedernal la espada el indio fiero,
del caballo el pescuezo el golpe asiendo,
cercén se le cortó, y del débil cuero
se v[e]ía la cabeza estar pendiendo
(del enfrenado tronco dividida),
rindiendo al golpe el animal la vida.

Dio un salto el español presto, alentado,
y alta la espada, al indio enderezando,
viene sobre él con ánimo indignado,
que le estaba a batalla provocando:
pero llegó Terrazas por un lado,
presuroso el caballo espoleando,
y en la parte del cuerpo más briosa
le sepultó la punta rigurosa.

Sácala al punto y tras ella saca
la alma indígena de su estrecho asiento,
y con la misma punta al fuerte Ixtlaca
priva animoso de vital aliento.
Xuárez la furia de Tlayón aplaca
(que a su lanza se opuso alharaquiento),
blandiendo con audacia un liso dardo
de efecto avieso, en despedirle tardo.

Con los cuatro Cortés en esto llega
(de ver muerto el caballo bien pesante),
intentando aplacar la dura brega,
señas haciendo al bárbaro arrogante
de paz; el cual mejor las armas juega
(que en no querer rendirse está constante),
a quien responde, fiero y orgulloso,
con uno y otro tiro peligroso.

Visto Cortés cuán poco aprovechaba,
tiende al fuerte Ixtlapán cabe sí muerto,
tras el cual a Otuxllán también dejaba,
con la asta sanguinosa, el pecho abierto.
Tras éste a Ixtlex la punta enderezaba,
y encarnando en el pecho el golpe cierto,
a la espalda salió más de una braza,
sin serle de momento la coraza.

Mas el herido bárbaro animoso
con ambas manos de la lanza afierra
y, la espada en los dientes, corajoso,
ganan los pechos asta y los pies tierra:
y, por ella metiéndose furioso,
con el caballo en breve espacio cierra,
aplica el freno a la siniestra mano
y a la diestra la espada, bravo, insano.

Pero Cortés, la suya levantando,
la aferrada siniestra le cercena,
y el escondido corazón buscando,
con penetrante punta le barrena:
iba el valiente joven derribando,
su golpe envuelto ya en ansiosa pena,
mas el mucho esforzarse más le ofende
y en tierra sin ningún vigor se tiende.

Olid, a Catuxllén herir queriendo,
topa a la diestra al fuerte Tlaxbalano
que (la ancha espada al puño requiriendo)
le acomete con ánimo lozano:
lanza y riendas le corta y, resurtiendo
el golpe del gallardo tlaxcallano
al fornido pescuezo del caballo,
bastó hasta el gznate a cercenallo.

Zúñiga a Tluxpayón corre furioso
y de una punta un hombro le atraviesa:
mas el herido bárbaro animoso,
la espada revolviendo con gran priesa,
aunque al soslayo, un golpe peligroso
le alcanza que el arzón y malla espesa
le deshizo y, al muro descendiendo,
lo que tocó la punta fue rompiendo.

Hiere Otoxbli a Burgueño malamente

en un brazo, y a Xuárez también hiere,
y a Romero Tlaxllán hiere en la frente,
mas a sus manos al instante muere.
Llegan en esto Ayala y San Vicente,
Trejo, Lasso, León, a quien prefiere
(no en lo peor) Fortuna de tal hecho,
que estaba el Español en punto estrecho.

Llega Oviendo tras ellos, y Cabrera,
y hiere Talbo de una flecha a Oviedo,
que a toda rienda, con veloz carrera,
al Bárbaro embistieron con denuedo:
mas, no por eso la arrogancia fiera
perdió el coraje ni mostró algún miedo,
que aunque dos de los quince en pie quedaron,
hasta morir las armas no soltaron.

Pillarol al socorro ya llegaba
pero, viendo a los quince alanceados,
con doscientos soldados se arrojaba
furioso a los caballos fatigados,
a quien coger sin sangre bien pensaba:
mas ellos, de tropel y concertados,
por los sobresalientes van rompiendo,
bastante y sanguinosa senda abriendo.

Cortés con Millarán topó el primero,
que así lo quiso su contraria suerte,
y de tostado palo y seco cuero
le pasa un peto duro, grueso y fuerte;
sólo tuvo lugar de decir: «Muero,
y no es posible ya volver a verte.»
Era un joven gallardo y animoso,
más en amor que en armas venturoso.

Entra, por toda parte discurriendo,
con proceder furioso y alentado:
golpe de mar las peñas deshaciendo,
del erizado norte levantado,
ni raudal fijas presas impeliendo,
de los húmedos euros esforzado,
a su furioso ímpetu no alcanza[n],
cuando más vehemente[s] se abalanzan.

No tira golpe que mortal no sea
el indignado capitán valiente,

y con disforme herida a Mixtlo afea,
el joven más hermoso de occidente.
Pasa, rompiendo en desigual pelea,
del grueso campo la primera gente,
fijo en la silia bien cual roble fuerte,
sin que tiros le espanten ni la muerte.

Síguenle los demás, alanceando
con valeroso esfuerzo a toda parte,
cada cual por su diestra muestras dando
cual las diera de sí el sangriento Marte:
mas Olid y Romero peleando
alcanzan de heridas buena parte
que, como de caballos carecían,
conservarse entre tantos no podían.

Con polvorosa nube se avecina,
del Español el campo presuroso,
cuyos briosos ánimos indina
el son postrero de embestir fogoso;
retumba el aire con la voz continua
del bárbaro instrumento tortüoso,
y con los atambores mal templados,
de presurosas manos golpeados.

Llegaba el campo amigo a toda priesa
a embestir al contrario, en orden puesto,
cuando soltó un clamor la turba espesa,
perdiendo mucha parte de su puesto;
desiste con lamento de la empresa,
y voz confusa, haciendo manifiesto
su mísero destino y corta suerte,
el fin temiendo de su golpe fuerte.

Era el áspero y duro sentimiento
porque el valiente Trejo muerto había
a Pillarol, lloroso acaecimiento
que desastrado fin les prometía,
prodigio recibido por sangriento,
que por tierra el pendón rodar se v[e]ía
y, muerto el capitán, cabe él se muestra,
que es entre ellos la suerte más siniestra.

Medroso el Tlaxcallano se retira,
dejando el campo a la española gente.
Cortés con los caballos tras él tira,

muchos alanceando crudamente:
de tal rigor el Bárbaro se admira
y, con larga carrera vehemente,
toma de Tlaxcallán la senda usada,
de hirviente y roja sangre rociada.

Ya el bárbaro teniente se movía
con un copioso ejército formado,
que detenido hasta allí se había
por conveniente acuerdo y fin tomado:
que embestir al contrario no quería
hasta verle en la tierra dentro entrado,
porque no a la marina se tornase,
si alguno de sus manos se escapase.

No quiere que el alcance más se siga
Cortés, ni le parece conveniente,
pues ya la turba bárbara enemiga
le deja todo el campo libremente.
Lo que de nuevo inquiere con fatiga
es dónde recoger su poca gente:
y así su campo asienta en un recuesto,
para sus fines conveniente puesto.

El espacio postrero ya del cielo,
con sus fogosos pies habían tocado
los febeos caballos, y del suelo
su ardiente luz del todo retirado,
cuando roto, afligido y sin consuelo
el bárbaro escuadrón desbaratado
ante Maxixca llega polvoroso,
que en breve supo el trance sanguinoso.

«¡Yo juro por los dioses inmortales
(dice el caudillo) de hacer de suerte...!
Mas sosegad, amigos especiales,
y hágase el campo en este sitio fuerte,
mientras la muda noche en los mortales
dulce y Pesado sueño esparce y vierte
y venga nueva luz.» Mas entre tanto,
cese el acento ronco de mi canto.

CANTO XVII

Ponen Maxixca y Taxguaya a los españoles en grande aprieto, del cual, habiéndose ofrecido el Ángel a Cortés en hábito de indio amigo, los saca victoriosos, con lamentable y sangrienta retirada de los tlaxcallanos. Sale Xicoténcatl, su general, de la ciudad con ciento y cincuenta mil indios y, habiendo exhortado [a] su gente, presenta la desigual batalla a Cortés.

El rudo proceder del vulgo vano,
o la mísera envidia carcomida
del bajo pecho tímido, villano,
émulo cierto de la honrosa vida,
de Cortés viendo el nombre soberano
y gloria con sus hechos adquirida,
quieren oscurecer lo que la Fama
por todo el mundo en su favor derrama.

Diciendo: «Sujetó gente grosera,
bárbara y en las armas no cursada,
inhábil, sin destreza ni manera
para tomar en su defensa espada.»
Mas para que entendáis la gente que era,
cuán belicosa, fiera y arriscada,
atended al discurso de mi canto,
que en él la pluma acorto y no adelanto.

En los collados de Ida se levanta,
trayendo nueva luz a los mortales,
el vecino lucero, y toda planta
de su alegre venida da señales.
La hija de Pandión llorosa canta
el discurso infelice de sus males,
ya de Titón la esposa se mostraba
y el sosegado mar coloreaba.

Cuando Maxixca, por inculta vía,
con mil soldados diestros, escogidos,
a la crismada gente se ofrecía,
dejando en emboscada recogidos
los gruesos escuadrones que traía,
en dos hondas quebradas compartidos,
adonde a sus contrarios atendiesen
cuando de industria allí se los trajesen.

Vuelven gritando «¡Al arma!» dos jinetes,
«¡al arma, al arma, que el contrario asoma!».
Requieren los templados coseletes
y aprisa cada cual sus armas toma:

enlazan presurosos los almetes,
y el cañón, que al más fuerte pecho doma,
de plomo y salitrada especie entrañan,
y la encendida cuerda aprisa apañan.

Tocan diversas suertes de instrumentos
los fuertes tlaxcaltecas orgullosos;
con alarido y fieros movimientos
aquí y allí discurren jactanciosos:
el hondo valle, al caos de sus acentos,
responde, con los montes pedregosos,
de bárbaros denuestos ocupados,
contra el ungido pueblo al aire dados.

No quiso el siervo, no, del Ángel vano
un punto diferir la prueba fiera,
que una nube lanzó, con presta mano,
de aladas flechas, con pujanza entera:
parte gallardo, alharaquiento, ufano,
gritando: «¡cierra, cierra, muera, muera!»;
paz el Ibero ofrece, mas no presta,
y así las armas en su daño apresta.

Eran los de a caballo, los que el día antes
su gran valor habían mostrado
y aquella bulliciosa compañía
con sangriento furor del campo echado:
los cuales, con tropel y vocería,
al escuadrón embisten denodado,
sacando cada cual el hierro rojo,
con nuevo esmalte, por feliz despojo.

Alvarado tras éstos acomete,
a quien la infantería va siguiendo;
cuatrocientos Maxixca en orden mete,
que gruesas astas de haya van blandiendo:
con que el gallardo Bárbaro arremete
y se va al Español contraponiendo,
con tal valor y esfuerzo, cual si fuera
un Aquiles que a Grecia defendiera.

Mézclanse con un ímpetu sangriento,
trábase una reñida y cruel contienda,
crece el dañoso y fiero atrevimiento
do se procura de la ofensa enmienda.
Siembran confusas voces por el viento,

causa de que la saña más se extienda:
el estruendo marcial al cielo llega
y el polvo en nube espesa el aire ciega.

Con sus seiscientos jóvenes valientes,
tras Maxixca embistió Taxguaya bella,
milagro de Natura entre las gentes,
cuya potencia se esmeró en hacella:
era de verdes años florecientes,
resplandecía la pureza en ella,
y aunque este don de virgen conservaba,
en nada el brío y ser la afeminaba.

Aquesta de Chololla había venido,
de ver los españoles deseosa,
y a probar, de su brazo conocido,
con ellos la pujanza vigorosa:
cuyo tiro de dardo era temido
en toda la provincia belicosa
por dar tan cierta y tan profunda herida
que derramaba a un tiempo sangre y vida.

Era su oficio perseguir las fieras
(con más velocidad que el presto viento)
en tanto que las cajas y banderas
no provocaban a rigor sangriento:
ésta acudió a su patria tan de veras,
que fue gran parte de notable aumento;
ésta los enemigos espantaba
y las cosas difíciles trazaba.

De dos tigres las pieles variadas
los bellos miembros de la virgen cubren,
de penetrante punta reservadas,
que en parte su beldad rara descubren.
El liso pie, y de Paro [s] las nevadas
columnas, dos coturnos de oro encubren,
y un capacete de metal luciente
ciñe la crespá hebra y blanca frente.

Lleva ocupadas las robustas manos
(no en el uso de Aracne ejercitadas,
mas de Marte en reencuentros inhumanos)
con diez dardos de puntas afiladas.
Míranla los valientes tlaxcallanos
y sus gracias ponderan celebradas,

su gallardo atavío y compostura,
y de los bellos miembros la soltura.

Cubre un velo sutil su hermosa cara,
dejando libre la agradable vista
(vista a muchos tan dulce cuanto cara),
en quien muestra de amor jamás fue vista:
mas ¡guarte, virgen! que el Amor ya encara
contra tu libertad su flecha lista,
quizá ofendido de que no le estimas
y de que a tantos sin piedad lastimas.

Tú, con diestra viril, un liso dardo
pasaste por el pecho de Apuxclano,
y con otro heriste al fuerte Axtardo
(caudillo del socorro cempoallano),
bella Taxguaya: y con vigor gallardo
fue la primera tu certera mano
que con sangre española el campo riega,
un muslo atravesando al bravo Ortega.

Tú al fuerte Baxbaniga jactancioso,
la escamosa coraza penetraste,
cuyo oculto pulmón, con hierro odioso,
de un presuroso dardo escudriñaste;
tú el jacerino jaco de Reinoso
con otra aguda punta salteaste,
abriéndole una fuente sanguinosa
en un hombro, al curar dificultosa.

Concedióte la suerte gloria tanta
que de otro suelto dardo a Leyva ofendes
y pasas a Axtamixtlo la garganta,
diestro cacique, cuya nuca hiendes:
ya tu diestra femínea el campo espanta,
y más cuando herido a Solís tiendes;
todos ponen ya en ti la airada mira
y cada cual a te ofender aspira.

Pero, viendo el estrago sanguinoso,
Sandoval a evitarle solo parte
con pecho airado y paso presuroso:
mas presto alcanzará del daño parte,
que, rechinando, un dardo bullicioso
recibe al que imitando viene a Marte.
Tocóle, aunque al soslayo, el hombro diestro

sacando, sangre el tiro no siniestro.

Con ella el español furioso cierra
(que por guerrero le juzgó arrogante)
y de un golpe entendió acabar la guerra,
pasando con sus fines adelante:
mas la fuerte Taxguaya, en quien se encierra
ánimo varonil y ser pujante,
no del nuevo espectáculo se espanta,
que antes de nuevo el ánimo levanta.

Como el nuevo león (cuando del nido
sale la primer vez a la montaña)
a quien se ofrece un oso embravecido,
cuya forma le admira en cuanto extraña,
mas (del furor nativo prevenido)
tiende las garras y a su adverso daña,
así la joven bárbara animosa
mira y aguarda al español briososa.

Sólo un dardo a Taxguaya había quedado,
el cual en contra de su adverso impele,
más que todos avieso o desgraciado
pues el golpe erró, que jamás suele:
por entre el brazo y el siniestro lado
pasa, de que la bárbara se duele,
mas del cuello derriba el fuerte escudo,
alzando de la espada el filo agudo.

Dos saltos en el aire dio monstruosos
y con su filo el del contrario tienta;
conócense los pulsos vigorosos,
con que el cuidado en cada cual se aumenta;
danse golpes pesados, rigurosos,
que el uno y otro a su poder se alienta:
no tiran golpe que les salga vano,
con firmes pies en el herboso llano.

Allí hace su oficio la esperanza,
victorioso suceso prometiéndolo;
allí el empacho incita a la venganza,
en ira las entrañas encendiéndolo;
allí siente vigor la confianza,
a los dos igualmente socorriéndolo:
tras cada golpe novedad aguardan
y así el rigor sangriento fieros guardan.

Dos veces el varón, con lazo estrecho,
de la virgen ciñó los miembros bellos
no cual amante, mas con fiero pecho,
procurando indignado deshacellos;
mas ella, con vigor, a su despecho
se desanuda corajosa de ellos:
ya con sonante anhélito fogoso
desea cada cual algún reposo.

Esta y aquél a un tiempo se retiran
y los cuerpos arriman fatigados
a las espadas, y de allí se miran
con ojos codiciosos, indignados:
los fatigados pechos ya respiran,
de un apacible céfiro alentados,
y cada cual, con nuevo aliento, juzga
que está sin él el otro y le sojuzga.

Levantán los pesados morriones,
y las frentes se limpian con las diestras.
Al español admiran las facciones
del que de fuerte joven daba muestras;
ya templa sus sangrientas intenciones,
ya en el vencer las juzga por siniestras:
«gallardo mozo, dice, bello, apuesto,
de ánimo grande y perfección de gesto,

«¿posible es que produce aquesta tierra
entre esta baza gente tal blancura,
cabello de oro que el del sol atierra,
sin cuidadoso adorno y compostura?
Mas si que mucha gente blanca encierra
su grandeza acabada en hermosura
(de que alguna experiencia ya tenemos
en lo que de ella hasta aquí sabemos),

«¿qué Adonis, Ganimedes, qué Narciso,
qué dormido pastor por quien Dictina
dejar el cielo fervorosa quiso
fue igual a esta belleza peregrina?»
Mas mientras el varón está diviso
en esto, de la dura disciplina
la bárbara el furor sangriento templa
y una, ciento, y mil veces le contempla.

Por su valor discurre y fortaleza,
por su rostro agradable, aunque indignado,
por su gallardo aspecto y gentileza,
que en su mente le ha Amor perfeccionado:
¡oh poderoso tú, que en su fiereza
domar puedes de Marte el brío airado!
dos voluntades unes tan distantes,
ya enemigos fierísimos, ya amantes.

No quita la doncella de él la mira,
y extraña novedad con esto siente:
ya del rostro el color se le retira,
ya brotan sus mejillas brasa ardiente,
ya con recato gime, ya suspira,
ya se abrasa y se hiela juntamente,
ya se ceba la llama entre las venas,
más de ternezas que de sangre llenas.

Ya pesa de aquel hombre más la vista
que el útil de en vida y patria cara,
no hay parte en ella donde amor no asista,
que en el pecho le tiene impreso, y cara:
«¿Quién hay que de este trance se resista,
a quién tal vista como a mí fue cara?»,
dice, y con la turbada fantasía
lucha y de su remedio desconfía.

En esto ocurren Zúñiga y Sedeño,
Juan Yuste, Morla, Ordás, Gaytán, Olea,
Tapia, Leyva, Quiñones y Cermeño,
por allí refrescando la pelea:
que por aquella parte el bravo Axtleño
con su escuadrón se arroja, porque vea
la hermosa Taxguaya (por quien muere)
que a todo el socorrerla se prefiere.

Un confuso tropel llegó tras esto
de alentados flecheros, despidiendo
con alarido vivo, descompuesto,
nubes de astas, el sol oscureciendo:
Sandoval y Taxguaya acuden presto,
por diferentes partes discurriendo,
a resistir del enemigo fiero
el ímpetu, más fuerte que el primero.

Divídense los dos de aquesta suerte

y mézclanse furiosos los soldados;
ninguno tira a menos que a dar muerte,
los unos con los otros ya trabados:
éste de aquel la roja sangre vierte
y con la de éste aquél riega los prados,
suenan en varias partes mil gemidos,
de los tristes que mueren despedidos.

Duró más de tres horas la porfía
sin que en nadie ventaja se entendiese,
que la ayuda que el Bárbaro traía
quiso que (aunque era poca) buena fuese.
Ésta con tal esfuerzo y osadía
hizo su gran valor se conociese,
que presto vio Cortés era la gente
cual se la habían pintado, y más valiente.

Muchos el orgulloso brío templaron
con que habían al Indio acometido,
de quien, cuando a su costa se enteraron,
habían notable daño recibido:
mas no en los duros golpes aflojaron,
que de insufrible cólera movido,
el uno con el otro más se estrecha
y de las fuertes diestras se aprovecha.

Ya (de malicia) el Bárbaro aflojaba
y con orden gallardo recogido
a la celada al Español llevaba,
no habiendo de los suyos diez perdido:
no porque fuerza y brío le faltaba,
sino para coger más sin rüido,
y con menos peligro, a los cristianos,
y haberlos todos vivos a las manos.

Acércanse al lugar donde parada
tenía, en la quebrada barrancosa,
el astuto Maxixca su celada,
traza para en un bárbaro ingeniosa;
de a do en tropel confuso, desmandada,
salió la fiera turba belicosa,
flechas, dardos y piedras arrojando,
cielo y aire con voces asordando.

Del espeso montón tantos salían,
la luz con nubes de astas impidiendo,

que turbulentas olas parecían,
a quien el fiero Noto va impeliendo:
en confuso tropel arremetían,
confusos alaridos despidiendo,
que con los mal acordes instrumentos,
hinchén el aire de ásperos acentos.

Cortés a un cabo y a otro discurría,
pero viendo el aprieto que se ofrece
y que de gente el campo se cubría
(donde por puntos su pujanza crece),
a la suya exhortando, por la vía
que más dificultosa le parece,
vibrando el asta gruesa a toda parte,
entra rompiendo con propicio Marte.

Siguen los de a caballo la vereda
que el valor de Cortés les va mostrando:
uno queda tendido y otro queda
por su mano en el campo basqueando.
No hay quien su gran pujanza sufrir pueda,
que de cuerpos el campo va sembrando,
y los doce tras él la vía ensanchan
y de antípoda sangre el campo manchan.

Venía el joven Mixtlo jactancioso,
un dardo en contra de Cortés blandiendo,
con alentado grito presuroso,
y denuesto, indignarle pretendiendo.
Cércale con la vista corajoso
y (a un tiempo el pie y la diestra atrás volviendo)
furioso el dardo rechinando impele,
cual jinete español la caña suele.

Pero tuvo lugar de prevenirse,
doblando el cuerpo sobre el pie siniestro,
el sin par capitán, y de cubrirse
de la ancha adarga con recato diestro.
Mas viendo el joven por los aires irse
el vano tiro, por su mal siniestro,
la mano pone en la tajante espada,
a dar golpe mortal acostumbrada.

Mas Cortés, su intención ejecutando,
sobre las corvas piernas se levanta
y, la asta gruesa con vigor vibrando,

pasa al bárbaro joven la garganta:
por do la mal distinta voz echando,
no las quejas de amor cual antes canta,
que la alma envuelta en la arrogante injuria,
sale por do la lanza entró con furia.

Parte Alvarado con la infantería,
negras y ardientes balas esparciendo,
y con la presurosa artillería
caminó, por la turba espesa abriendo:
busca cómo pasar la ciega vía
por pantanos y acequias, inquirendo
conveniente lugar para batalla,
que le era allí imposible el poder dalla.

Había un pasillo estrecho y prolongado,
vereda enjuta del lugar lodoso,
bien dos brazas en alto levantado
del corvo arroyo y sitio pantanoso:
antiguo pontecillo fabricado
para paso en el tiempo más lluvioso,
de siete pies por alto de angostura,
obra más de prestado que de dura.

Donde los indios, con valor, impiden
al Español el paso peleando:
unos en varias partes se dividen,
otros la angosta senda van cerrando,
cuerpo a cuerpo las picas ya se miden,
y tal soberbia muestran que, arrojando
la espada de la mano, se abrazaban
del Ibero y la suya le quitaban.

Maxixca en este paso estrecho estaba
con ochenta valientes tlaxcallanos,
que lo que del contrario procuraba
era hacerle pasar por los pantanos,
adonde con ventaja se mostraba
y con mayor presteza en pies y manos:
caballo al Español, ni artillería,
ya de ninguna cosa le servía.

Aquí se vio Cortés en grande aprieto,
pero el alado joven (que allí asiste
por inviolable, celestial decreto)
el ímpetu del hado cruel resiste,

que al alto Omnipotente está sujeto,
en cuya voluntad sólo consiste
el siniestro suceso o la ventura
de la desconocida criatura.

La forma toma, y voz, de un mensajero
(de aquellos cuatro que enviado había
de Cempoallán Cortés al Indio fiero)
con la oferta de paz que no admitía;
con voz briosa y rostro placentero
al español el ángel se ofrecía:
«Sígueme, dice, capitán famoso,
que voy donde te llama un triunfo honroso.

Hizo armonía en el atento oído
del capitán el soberano acento,
ya le parece al Indio haber vencido
y le queda para más aliento:
«Seráte (dice), amigo, agradecido
por mí el celo amoroso y sano intento;
tú serás de mi bien o mal testigo,
de hoy más cual verdadero y grato amigo.»

Deja tras esto la campaña herbosa
y en breve el falso atolladero deja:
pisando una ancha vía pedregosa
del ya triunfante Antípoda se aleja
por la parte do el sol, con faz lustrosa,
tiende tras las tinieblas su madeja.
Sigue Cortés el paso y voz amiga,
su campo haciendo que también le siga.

Pero el gallardo Bárbaro animoso,
la favorable suerte conociendo,
al Español impide fervoroso
el paso, a un cabo y otro en él hiriendo.
Viendo Miguel el trance peligroso,
y de los indios el esfuerzo viendo,
procura del Crismado la defensa
para impedir la pertinaz ofensa.

Cúbrele de una niebla espesa y ciega
que la hueca región del aire turba,
en cuya confusión las armas juega
(sin saber contra quién) la espesa turba.
En tanto con Cortés el ángel llega

al puente estrecho, que el pasar perturba,
donde invisible en aire se resuelve
y el claro día como de antes vuelve.

Tiende Cortés la codiciosa mira
inquiriendo la amiga forma en vano,
y con admiración al cielo mira,
alzando en alto la derecha mano:
en su oreja aún la grata voz respira
que dice: «Pasa el puente y toma el llano,
donde un suceso próspero se encierra,
dispuesto por Aquél que en nada yerra.»

El pío Cortés la voz ha conocido
(con el süave aliento) ser aquélla
que ya en Tabasco se le había ofrecido,
cual joven cazador, en forma bella:
«Celeste amparo, dice enternecido,
de mis intentos y felice estrella,
ya voy donde me mandas, ya te sigo,
protector de mis triunfos y testigo.»

No del cañón fogoso bala ardiente
con tal presteza por los aires parte
como el pronto caballo, cuando siente
la espuela y grito del cristiano Marte:
bate el suelo con brío vehemente,
de llegar codicioso a aquella parte
donde la fácil rienda le endereza,
y de la presta mano la destreza.

Era de raza noble, bien formado,
de fuerte trabazón y compostura,
revuelto, hollador, presto, alentado
y, aunque mediano, de estremada hechura;
rucia la piel y de color rodado,
al bocado obediente y su estrechura,
en la riberas béticas nacido,
del viento y ágil madre producido.

En breve el capitán al puente llega
gritando: «¡Santiago! ¡Cierra, España!»,
dando a la desigual y dura brega
duro principio, con fiereza extraña.
Viendo el audaz Maxixca cómo entrega
su gente al sueño eterno, ardiendo en saña

el preferido puesto y bastón deja
y al deseado trance se apareja.

Traía el fiero bárbaro arrogante
de palo un coselete retostado,
con planchas de oro puro rutilante
con admirable industria cobijado:
un casco de lo mismo, y lo restante
del cuerpo de algodón ojeteado,
un arma corva, aguda, retorcida,
blandiendo airoso, por el cuento asida.

Sobre el cerebro, en el metal precioso
tres gruesas esmeraldas se mostraban
que en recogido encaje artificioso,
de un enhiesto plumaje se abrazaban
y al corpulento joven valeroso
de colores diversos matizaban:
gallardo cuanto fuerte parecía,
que en uno y otro extremo florecía.

En contra de Cortés el indio sale,
la asta temida en alto levantando;
de nadie quiere ayuda ni se vale,
antes: «¡Dejadme solo!» (está gritando)
«veréis lo que mi diestra puede y vale
contra este advenedizo y flaco bando,
dándoos con sólo un golpe clara muestra
de cuánto os es con él la suerte diestra.»

No acabó de decirlo, cuando había
tocado la asta dura al peto fuerte,
mas de él la aguda punta resurtía
por ser grueso y obrado de tal suerte.
Abre Cortés la estrecha y ciega vía
dando a un bárbaro y otro cruda muerte;
hizo Maxixca el duro golpe en vano
con que entendió quedar gozoso, ufano.

Procura el indio de la ofensa enmienda,
y con paso alentado le siguiera
si tras Cortés, a toda y suelta rienda,
no vinieran Quiñones y Cabrera,
por quien la dura y áspera contienda
casi de todo punto fin hubiera,
que como de tropel los dos llegaron,

del puente abajo al bárbaro arrojaron.

Dio el indio sobre el agua y, ofendido,
en pie se pone y cierra con Caycedo,
a quien tiende en el lodo sin sentido
de un golpe, y de otro tiende al fuerte Oviedo.
Mas fueron uno y otro socorridos
porque el gallardo joven, con denuedo,
del agua al pontecillo dio un gran salto
que le bastó a poner en lo más alto.

Cual ave de rapifía que, del suelo
do se abatió hambrienta, se levanta
(con ágil movimiento y veloz vuelo)
sobre la cima de la enhiesta planta
tras el tímido pájaro, que al cielo
se queja en vano de fatiga tanta:
así el valiente bárbaro animoso
subió en el puente y paso peligroso.

Ya los pocos caballos rato había
que habían pasado el pontecillo estrecho
con parte de la amiga infantería,
habiendo mucho por las armas hecho;
pero Maxixca, que en furor ardía,
no del pasado agravio satisfecho,
levanta el hacha con entrambas manos,
abominando de sus dioses vanos.

Estaba de españoles ya ocupado
el lugar do a parar el indio vino,
mas por ellos el bárbaro esforzado
con áspero rigor abre camino.
No a largo trecho se ofreció Alvarado,
que estaba peleando con Maxflino,
a quien de un golpe en sueño eterno pone
y al ímpetu del bárbaro se opone.

Ya la arma, en contra suya levantada,
bajaba por los aires rechinando
cuando, volviendo atrás brazo y espada,
con la rodela el golpe reparando,
le tira con presteza una estocada;
mas antes del efecto, derribando
la arma temida, el fuerte tlaxcallano
alcanza al español, aunque de llano.

Cual si fuera de vidrio, la rodela
asi menudas piezas se deshizo,
y en varias partes por el aire vuela,
bajando al suelo cual veloz granizo.
Llega siguiendo a Apuxcla Valenzuela,
mas de él no cual pensó se satisfizo,
que del temido capitán se ampara,
al indio vista cuál la vida es cara.

Quedó del golpe atónito Alvarado,
con la siniestra mano maltratada,
y un rato vaciló desacordado,
mas no aflojó la diestra de la espada:
antes en sí volviendo, bravo, airado,
con furia y ligereza no pensada,
al arrogante bárbaro arremete
pensando atravesarle el coselete.

Tocóle de una punta, mas fue en vano,
que el rico peto le impidió la entrada.
En esto un escuadrón grueso, lozano,
despartió la contienda comenzada,
que sobre Magariño y Bejarano,
Amezqueta, Meneses y Quijada
viene (millares de astas arrojando),
el lugar ya perdido recobrando.

Mas Cristóbal Fernández de Mosquera
al ímpetu del Bárbaro se opone;
haciendo riza sanguinosa y fiera,
el escuadrón copioso descompone:
de quien cuando, señor, largo escribiera,
según la obligación en que me pone
su loable valor, corto quedara,
por mucho que la pluma adelgazara.

Pero puede al presente perdonarme
(con todos los demás conquistadores),
que no será posible el dilatarme
dando a sus hechos los debidos loores:
mas prometo adelante de ocuparme
en ello, en ocasiones no menores;
fáltame el tiempo, que quién son no ignoro,
que su nombre y hechos sé de coro.

El joven Martín López valeroso,
gloria del rico asiento sevillano
(con cuyo nombre el Betis caudaloso
al mar vecino da el tributo ufano),
con proceder sangriento, riguroso,
de muertos cubre el dilatado llano,
cuyos hechos, condignos de memoria,
con causas piden singular historia.

En tanto que esto en el pontón pasaba,
Cortés, la fuerte diestra ejercitando,
su gran valor al Bárbaro mostraba,
muchos con gran rigor alanceando:
el más grueso escuadrón se le apartaba
y las plantas le muestra, de él temblando,
témese su aspereza en toda parte
cual si suelto anduviera el fiero Marte.

Como el padre de Ceto llevar suele
la oscura nube y negra pesadumbre
cuando con soplo airado la compele,
y deja el cielo con su antigua lumbre,
así Cortés los bárbaros impele
y ahuyenta a la sierra, monte y cumbre:
cuál por reparo elige los pantanos,
cuál por guardarse de él se va a sus manos.

Gana del todo el Español el paso
y, aunque con riesgo alguno, pasa el puente.
Hállase en un gran campo llano y raso
(para sus pretensiones conveniente),
do no le fue a Cortés el hado escaso
y mostró su valor extremadamente,
con esfuerzo no visto peleando,
orden en todo con industria dando.

Sufrir tal prisa el Indio no pudiendo,
con diligente paso el campo deja.
El valiente Español, en él hiriendo,
sigue el alcance y con rigor le aqueja;
fuele más de dos millas persiguiendo
y, visto cuánto con temor se aleja,
el alcance mandó Cortés cesase
y que de recoger señal sonase.

Bien es que se le aplique al Indio amigo

la merecida parte de esta gloria,
de cuyo gran valor fue buen testigo
Cortés, al conseguir tan gran victoria,
pues puso en punto estrecho al enemigo
con hechos dignos de inmortal memoria.
El campo en Teocacincó se hizo fuerte,
sitio alcanzado a no pequeña suerte.

Subía ya en su rueda plateada
a la alta cumbre del luciente cielo,
aun del pastor dormido no olvidada,
la que por él penando bajó al suelo,
por sus nevados bueyes levantada,
la muda noche hinchendo de consuelo,
cuando el bárbaro campo destrozado,
ante el gran general fue presentado.

Sólo queda Maxixca en la campaña,
su fortuna culpando corajoso;
un escuadrón pequeño le acompaña,
a ello compelido, temeroso,
que con miseria tal y tan extraña,
ante el claro senado belicoso,
y sumo general, el ir rehusa
vivo, por no le dar del caso excusa.

Laméntase diciendo: «¡Ah desdichado,
de siniestra fortuna perseguido,
por cuya flaca diestra hoy se ha manchado
valor en tantos años adquirido!
¡Oh cuán mal, patria cara, te he pagado
el haberme en tal cargo preferido!
¡Pluguiera al Sol, al Sol (dice) pluguiera,
que nunca tal mi suerte mereciera!

«¿Qué disculpa daré que no sea culpa?
¿Qué culpa mereció tan grave pena?
¿Qué pena bastará para disculpa?
¿Qué disculpa podrá excusar la pena?
¿Qué pena no es menor que mi gran culpa?
¿Qué culpa más condigna hay hoy de pena?
¿Qué pena que a tal culpa satisfaga
y que afrenta tan áspera deshaga?»

Estando en aflicción tan sin medida
un fatigado bárbaro llegaba,

y una rica esmeralda guarnecida,
con la rodilla en tierra le entregaba
(del general insignia conocida),
por cuya seña al bárbaro mandaba
que, vista, a se juntar con él viniese,
sin que excusa ninguna lo impidiese.

Maxixca a Tlaxcallán luego camina,
adonde estaba ya copia de gente,
que de toda la tierra convecina
se escogió la mejor y más valiente.
Cortés, viendo la aurora ya vecina,
señal cierta de sol resplandeciente,
envía a la ciudad los prisioneros
(por más ciertos y breves mensajeros).

Requiriendo con paz, paso pidiendo
para seguir de Méjico la vía.
El general y junta, en ira ardiendo,
la respuesta de industria detenían:
mas Cortés, la malicia conociendo,
sale a correr la tierra; en que aquel día
seis aldeas quemó, no bien pobladas,
de la ciudad insigne desviadas.

Con que volvió al real, aunque seguido
de una gran copia de indios desmandados,
que como (aunque algo tarde) fue sentido
gran rato le flecharon alentados.
Halló que la respuesta había venido
del senado y caciques indignados,
la cual fue que aguardasen, que a otro día
en el campo el General se la daría.

Parecióle a Cortés determinada
y aún le dio que pensar por larga pieza,
por ser mucha la gente congregada,
brava, indómita y grande su fiereza:
mas aquél que temor jamás en nada
mostró, ni pudo entrar en él flaqueza,
el real fortifica en un instante,
do aguardar quiere al Bárbaro pujante.

Los febeos caballos ya gozaban
sin frenos la dulcísima ambrosía,
las cabañas y granjas humeaban

y de los corvos montes ya caía
la denegrada sombra, y descansaban
los humanos del duro afán del día,
cuando el gran general la ciudad deja
y tres millas no más de ella se aleja.

Un grosísimo ejército llevaba
para dar en Cortés, gente animosa,
y en un campo espacioso se alojaba,
do la callada noche tenebrosa
en varios pareceres se pasaba,
con recato, aguardando la sabrosa
y deseada luz; mas mientras viene,
Xicoténcatl su gente así previene:

-«Bien conocido tengo, oh tlaxcallanos,
el esfuerzo y valor incontrastable
de aquesas diestras y ánimos lozanos,
con que opinión gozáis alta y loable,
temidos de los fieros mejicanos:
que el abatido yugo, miserable,
de sujección, echaros procuraron,
con que a discordia eterna os obligaron.

«Mas con todo, en el trance que hoy se ofrece.
armaos de ánimo pronto y esforzado,
y cuando la sangrienta lid se empieza,
y en el mayor peligro hayáis entrado,
acordaos de quien sois, que aunque parece
en número el contrario moderado,
de menos importancia es no vencerle
que sin orden, venciendo, acometerle.

«En sólo un buen suceso está esta gloria,
el cual nunca Tabasco tuvo de ellos:
con ser su fuerza tanta y tan notoria,
no pudo matar uno ni ofendellos.
Adquirid hoy la próspera victoria,
que no será difícil el vencellos,
y si hoy de ellos triunfáis, oh tlaxcallanos,
presto sujetaréis los mejicanos.

«Mirad que peleáis por la sabrosa
libertad, por la dulce patria amada,
y que si los vencemos, cualquier cosa
se nos hará segura y regalada,

mas si el miedo nos vence, ignominiosa,
áspera de llevar, dura y pesada:
y nadie cubrirá lo que no pudo
nuestra fuerte armadura y patrio escudo.»

Dijo, y a los caciques elegidos
para aquel menester por el senado,
cuatro escuadrones dio gruesos, lucidos,
tomando él de éstos uno, el más granado,
por números iguales compartidos,
sin agraviar a alguno en un soldado:
dando al bravo Maxixca, su teniente,
el lugar después de él más preeminente.

Levanta el campo, marcha sin rüido
con el silencio de la noche oscura,
por no ser descubierto ni sentido,
que tomar sitio cómodo procura:
apenas de las aves se había oído
(tocadas del rocío) la dulzura,
cuando junto al Ibero el Indio asienta
su campo, y la batalla le presenta.

CANTO XVIII

Prosigue la bella Taxguaya en sus amorosos intentos con Sandoval. Trábase la sangrienta y porfiada batalla entre los españoles y los tlaxcaltecas, en la cual la valerosa doncella, habiendo hecho duro estrago, muere a manos de Alvarado, después de haber por la de Sandoval recibido agua de bautismo.

Injusto Amor, que a tus injustas leyes
las más fundadas en razón ajustas,
y de igualar los siervos y los reyes
bien cual la Muerte rigurosa gustas:
¿por qué al que aflige de los tardos bueyes
por los campos las fuerzas tan robustas,
haces sentir la flecha de tu mano
como al sutil y astuto cortesano?

Tú de la viuda las honestas tocas,
sin más considerar, desacreditas;
tú el empacho virgíneo, donde tocas
(don que no se restaura), al punto quitas;
tú el corvo viejo a liviandad provocas
y sus muertas potencias resucitas;

tú das bastardo nombre a la clausura,
por ti (a los que la guardan) grave y dura;

Tú del loable matrimonio santo
perturbas las conformes voluntades,
y con la fuerza de tu ciego encanto
siembras adulterinas novedades.
Tanta es tu fuerza, tu poder es tanto,
que no le han confundido mil edades:
tan gran jurisdicción se te concede,
que puedes lo que Apolo allá no puede.

Pero dígalo él, pues veces tantas
dejó impaciente su lustroso asiento,
midiendo el suelo con veloces plantas,
de cien formas usando veces ciento;
diga el rey del olvido veces cuántas
le sujetó tu insano sentimiento;
digan los hombres, fieras, peces y aves
si hay quien se exente de tus leyes graves.

Si todo, crudo Amor, lo tiranizas,
¿qué mucho que una bella joven tierna,
en quien tu fuego sin piedad atizas,
centellas brote de tu llama interna?
No menos que con otras te autorizas,
pues por ti cual las otras se gobierna
y lo que no eres tú todo la ofende,
que contigo, aunque bárbara, se entiende.

Cuando en silencio general envuelto
tenía el suelo la tiniebla oscura,
y la ausencia del sol había revuelto
del turquesado cielo la faz pura,
Taxguaya, aunque con pecho no resuelto
(a la herida mortal buscando cura)
habla de esta arte con Amixtla bella,
secretaria fiel de su querella:

«Duermes, Amixtla, duerme descuidada,
que a mí me toca hacer la centinela:
dichosa tú, y de suerte afortunada,
pues el dolor que a mí no te desvela.
De mil varios temores rodeada,
mi fatigada mente siempre vela,
no admite el sueño, nada la asegura,

que todo falta donde no hay ventura.»

Dio un grito tras aquesto, envuelto en llanto,
bastante a despertar la cara amiga:

«¿Quién te causa (le dice), amiga, espanto?,
¿qué pena a sentimiento tal te obliga?

¿Un fugitivo sueño puede tanto
que te basta a poner en tal fatiga?»

Taxguaya le responde: «Al Sol pluguiera
que el dolor que me aflige sueño fuera.

«Mas queda, amiga, fijo en la memoria,
tras un cierto imposible el desengaño.

Mira si es cierta mi llorosa historia
y ciertos los efectos de mi daño:
vea al lado del sol mi dulce gloria,
desde un profundo de tormento extraño,
su importuna distancia considero
y a la vista del bien, Amixtla, muero.

«Fueme tal vez aquesto medicina
(bien que con desvarío): mi simpleza,
del codiciado bien me hiciese dina
o, por mejor decir, mi gran firmeza;
mas ya que veo mi humildad indina
de bien tan alto, culpo mi bajeza,
mi suspirar ardiente reprehendo
y más se esfuerza cuanto más le ofendo.

«¿Qué hombre, dime, es éste, amiga cara,
que así mi libre voluntad aprieta?

¿Quién puede aqueste ser, qué talle y cara?

¿Qué persona, qué gracia tan perfeta?

Bien manifiesta ser de sangre clara,
al torpe y vil temor jamás sujeta:

Hijo del Sol sin duda, amiga, es éste,
y no de casa humana, mas celeste.

«Si prometido de vivir no hubiera,
eternamente de querer exenta,
si con solemne voto no tuviera
la fe obligada, que el amor violenta,
aquesta sola causa me rindiera
que mis rabiosas ansias acrecienta.
Mas ¡ay!, que ya vacila el casto intento
y una fuerza amorosa, dulce, siento.

«Mas no permita el Cielo, no permita
que yo haga a mi limpieza tal ultraje,
ni que traspase, deidad bendita,
tu respetada ley y mi homenaje.»
Pero Amor, que a la joven solicita
en estas dudas con mayor coraje,
al recatado honor furioso embiste
y ambos combaten en el pecho triste.

Dice el Honor: «Oh virgen floreciente,
que por tu gusto eliges suerte esquiva,
¿por qué desprecias don tan excelente
como la libertad, por ser cautiva?,
¿por qué la puridad, que aun en la mente
guardaste siempre (do tu gloria estriba),
te arrojas a entregar a un hombre extraño
por falsa persuasión de un torpe engaño?

«¿Por qué quieres manchar la sangre clara
que tus floridos años hermosea?,
¿por qué a la fama de tu estirpe rara
quíes mancillar con pretensión tan fea?,
¿por qué de joya tan preciosa y cara
como la castidad (que el alma arrea)
quieres, señora, desistir furiosa,
rogando a quien quizá será enojosa?»

Suspensa un tanto aquesto la detiene,
pero el opuesto Amor, por otra parte,
de su dulce veneno se previene
y en el pecho de Amixtla infunde parte:
«Hermosa virgen, dice, ya conviene
en el juego amoroso ejercitarte,
donde Natura su deleite encierra,
que no eres roble de la inculta sierra.

«¿Qué desvarío el ánimo te oprime
y finge esquivo al español gallardo?
¿Piensas, Taxguaya, que por mí no gime
o que en corresponderte será tardo?
Tu gracia y discreción harán te estime,
a que verle sujeto en breve aguardo.
Ya os juzgo a entrambos en el dulce lecho,
con un abrazo y otro más estrecho.»

Tras él la causa Amixtla toma luego
(Amixtla, compañera suya grata),
y ayudando al amor perjuro, ciego,
dar tan grave mal remedio trata:
«Taxguaya cara, escúchame, te ruego
(le dice), y no a tu suerte seas ingrata.
Mira que allí consiste la ventura,
do no dejan pasar la coyuntura.

«¿Por qué de ser mujer te inhabilitas,
por qué quieres sin fruto sepultarte
debiendo al Cielo gracias infinitas,
que de tanta beldad quiso dotarte?
¿Los gustos del amor por qué te quitas,
pudiendo en tan florida edad gozarte?
Aprende ya a querer, no estés dudosa,
que amar y ser amada es dulce cosa.

«¿Del poderoso Amor librate piensas
con frágil fuerza de promesas vanas?
Quebrantará su furia tus defensas,
que tiene, amiga, fuerzas sobrehumanas.
Pide, si temes tanto las ofensas
de las altas potencias soberanas,
que en aquesto dispense su clemencia,
que a muchas se concede tal licencia.

«Baste que en las pasadas persuasiones
has tapado al amor el libre oído,
causando en varios pechos mil pasiones
con término arrogante y desabrido:
diferentes son ya las ocasiones
y ninguna cual ésta, amiga, ha sido,
y quien dice que amar tu ser afea,
sin duda el fin de tu vivir desea.»

Quedó con esto el encendido pecho
de la joven perpleja más fogoso,
saliendo poco a poco del estrecho
límite del empacho vergonzoso:
ya no mira por más que su provecho
y de su pretensión el fin gustoso,
ya ni cura de voto ni promesa,
que con la ley de amor ya todo cesa.

Resuélvese en buscar en la batalla

a su enemigo (más que el vivir grato),
que el señalado término de dalla
era aquel día, con resuelto trato.
No para falsear la fuerte malla
se cubre el inocente pecho ingrato,
que antes para rendirse se previene,
llevando el cuerpo a quien el alma tiene.

Una hueca barranca prolongada
del Español al Indio dividía,
del general de Cristo señalada
para impedir del bárbaro la vía:
mas viendo la campaña dilatada,
que de enemiga gente se cubría,
a la española exhorta con razones,
para más levantar los corazones:

«Bien conocido tengo, oh mis soldados,
dice, que las palabras no acrecientan
virtud a los que de ella están privados,
ni al perezoso diligencia aumentan;
no hacen de temerosos esforzados,
ni el miedo a los cobardes ahuyentan,
lo que, por el contrario, a los valientes
provoca a lid sus ánimos ardientes.

«Cuanta audacia, virtud, fuerza, osadía
de ánimo, por costumbre o por nobleza,
en un pecho magnánimo se cría,
tanta muestra en la guerra y su aspereza;
mas en quien de su diestra desconfía
(que a más no le levanta su bajeza)
y en la gloria o peligros no despierta,
será la exhortación perdida y muerta.

«Bien sé que es en vosotros excusada,
y no tengo sobre esto qué deciros
más de que está la tierra y mar tomada:
y esto no es exhortar, sino advertiros,
para que el gran valor de vuestra espada
os dé lugar en que podáis guariros,
con hierro abriendo la vereda estrecha,
que no es sano otro medio ni aprovecha.

«Mas si a vuestra virtud envidia hubiere
la inestable, adversa y mísera Fortuna,

y el opuesto contrario nos venciere,
mirad que no hay salida ya ninguna
para nos retirar, que el que muriere,
sea su muerte al Bárbaro importuna:
quédele la victoria sanguinosa
y cantada con trompa lastimosa.»

Apenas acabó el razonamiento
cuando, la gran barranca atravesando,
con astas perturbando luz y viento,
pasaron dos mil indios voceando,
por orden del granado ayuntamiento,
a quien mandaron que al real llegando
de los iberos, vivos los trajesen,
y si hubiese defensa, que muriesen.

Sobre el Crismado dan osadamente,
que eran jóvenes diestros y esforzados,
a quien corta experiencia y sangre hirviente
governaba los pechos arriscados;
los cuales fueron de la hesperia gente
heridos, rotos, muertos, destrozados:
sólo cuarenta vivos escaparon,
que los pasos estrechos acertaron.

Muévese el campo idólatra copioso
al son de un caracol, señal postrera
de arremeter, llevado del furioso
ímpetu, cual jinete en la carrera:
con ánimo ofendido y fervoroso
la barranca pasó con rabia fiera,
mil instrumentos bélicos tocando,
lucidos estandartes tremolando.

Pluvias de hierros vuelan por el viento,
espesas nubes de veloces flechas,
ligeros dardos con rigor violento,
gruesas picas agudas y derechas:
trábase un cruel tesón fiero, sangriento,
contiendas duras, ásperas y estrechas,
polvorosas neblinas se revuelven
y en sus mismos autores se resuelven.

No pudo el Español al Indio fiero
de su ímpetu enfrenar la furia airada,
que con diestra pujante y pecho entero

la barranca rompió fortificada,
que de gruesos tirantes de madero
estaba por mil partes reparada:
abre camino, pasa peleando,
hasta entrar en las tiendas no parando.

Unos por defender sus posesiones,
otros por conservar las ya ganadas,
muestran sus obstinadas intenciones
afilando en sus casas las espadas.
Por tierra van de mil las pretensiones,
con mil vanos discursos sustentadas;
nadie tiene por cierto el desengaño
hasta tocarle con su muerte o daño.

Cada cual le parece que a su diestra
está aquella victoria cometida,
y juzga su fortuna por siniestra,
por tarda, perezosa y diferida:
si de su esfuerzo el Español da muestra,
la bárbara pujanza embravecida
hace de su valor tan alta prueba
que en su opinión antigua se renueva.

Suenan aquí y allí cien mil gemidos
y confusos suspiros lastimosos
con que hieren el cielo los caídos,
de varios pies hollados presurosos,
en espantables formas convertidos
los rostros más apuestos y graciosos:
unos con mil visajes afeados,
otros rotos, deshechos, magullados.

Taxguaya, que buscaba a aquél (furiosa)
por quien la corta vida le era grata,
no con ociosa diestra, mas dañosa,
en lo más peligroso, a mil maltrata:
aquí y allí discurre corajosa
y de ofender como ofendida trata,
que sólo de su amante la presencia
podrá templar del brazo la violencia.

Cómo será sin fruto, oh virgen bella,
la vista que procuras agradable,
que no permite tu contraria estrella,
ni la vecina suerte inevitable,

que goces, hermosísima doncella,
del bien por ti en el mundo inestimable:
dispónete a levantar el blando vuelo,
que no es de tu belleza digno el suelo.

Estaba de enemigos rodeada
la bárbara doncella, en ira envuelta,
de palo y pedernal una ancha espada
jugando a toda parte, desenvuelta,
hiriendo aquí y allí desalentada,
cual suelto pardo diligente y suelta,
que ya los dardos despedido había
con sanguinoso efecto y lozanía.

Quiso Orduña con ella señalarse,
pero vino a sus pies desacordado,
y, a no ser diligente en repararse
la deuda natural habría pagado.
Pretendió Castañeda adelantarse,
de vergonzosa cólera llevado,
pero la joven bárbara gallarda
menos en verle que en herirle tarda.

La cortadora espada le arrebató
de un golpe y al través se la cercenó,
y de otro a Juan de Limpias desbarató,
arrodillar haciéndole en la arena:
y si de Santacruz no se recata
(que al otro lado con las armas suena),
con tal rigor sobre los dos venía
que imposible escaparse parecía.

Mas no le satisface aquello todo,
que no aspira a vencer, sino a entregarse:
«Triunfa, dice, crüel de cualquier modo
de esta rendida, cuya gloria es darse.
Mira si en dar a alguno me acomodo
que de mí triunfador pueda llamarse,
y mira si ha podido tanta gente
hacer con su valor lo que un ausente.»

Fervorosa con esto el paso alarga,
por las espesas armas discurriendo,
que el cuidado amoroso aprisa carga,
los demás de la mente sacudiendo.
Búscales aquí y allí con queja amarga,

del honor adquirido desistiendo:
rompe, atropella, aflige, hiere, mata,
pisa, corta, magulla y desbarata.

En aquesta sazón había Alvarado
a las confusas voces acudido
y, viendo a Juan de Limpias maltratado,
el paso tras la virgen ha tendido.
Por guerrero le juzga reputado,
según las muestras de su mano vido:
cuidoso aquí y allí a la joven sigue
y ella en buscar a Sandoval prosigue.

La furia del combate desampara
y a tiro de ballesta se detiene,
donde la espada, escudo y piel prepara
según el tiempo y el lugar que tiene.
Oye de armas rumor, vuelve la cara,
y viendo a aquél que en sus alcances viene:
«¿Qué quieres?», le pregunta con voz alta,
«¿quién te mate en la lid por dicha falta?»

«Tu muerte está a mi diestra cometida,
¿qué vienes a buscarme tan cuidadoso?
¿Tanto te cansa la sobrada vida
y el proceder del hado riguroso?»
«Mi pretensión será por ti sabida,
bárbaro descortés, presuntuoso»,
Alvarado responde, y con presteza,
alta la espada, a provocarle empieza.

A sus iras entrambos obedientes,
se embisten con furioso movimiento;
suenan las armas y el crujir de dientes,
a cada cual su injuria dando aliento;
aquí y allí se buscan impacientes,
su fin enderezando al más sangriento:
despiden las espadas mil centellas,
heridas con pujanza y muestras bellas.

Si valiente es aquél, valiente es ésta;
si esforzado el varón, la dama es fuerte;
si él alentado, la doncella es presta;
si él mostrado a matar, ella a dar muerte:
prueba digna de verse fuera aquésta
por ser tal alta, y de tan alta suerte,

y no de que en un yermo despoblado
quedase fin tan alto sepultado.

Crecen los golpes y el coraje crece,
y un pie de tierra cual la vida es caro:
si aquél le estima, ésta le encarece,
poniendo el cuerpo entrambos a su amparo.
En ninguno el propósito enflaquece,
que el pertinaz tesón lo muestra claro:
ambos con roja sangre el campo riegan,
mas no al torpe temor su causa entregan.

Era la hora y término llegado
en que la bella bárbara animosa
había de morir, ya destinado
por el perfecto Autor de toda cosa:
cierra el varón (el brazo levantado)
con ella, con presteza monstruosa,
y con punta mortal y cruel porfía,
por el pecho a la espalda abrió la vía.

Su sangre el bello arreo va tiñendo
que los virgíneos miembros adornaba,
y (tenerse en los pies ya no pudiendo)
sobre el humor sanguino se arrojaba:
«Vencísteme, español, está diciendo
con débil voz que mal se declaraba,
yo te perdono a ti, tú me perdona,
que de esto me asegura tu persona.»

Entonces Alvarado, enternecido,
del rostro bello la cubierta quita
para mirar a quien había vencido,
con que más sus hazañas acredita:
las prolongadas hebras de oro vido
y faz hermosa, que a piedad le incita;
mas cuanto más la mira se enternece
y el remedio la aplica cual se ofrece.

Quítala con presteza la armadura
y, la mortal herida escudriñando,
en vano el flujo restañar procura,
lienzo, banda y mil hierbas aplicando.
A esta sazón, por caso de ventura,
por allí Sandoval, apresurando
el paso, tras un indio discurría

que herido en la diestra mal le había.

Y de su daño propio ya olvidado,
deja la empresa y al ajeno atiende,
del sangriento espectáculo admirado,
que su pecho en piedad fogosa enciende.
Procura mil remedios con cuidado
y en ayudar al homicida entiende:
limpia a Taxguaya el rostro, el cual cubría
aljofarado humor de la agonía.

Abre los ojos, y delante viendo
la causa principal de su fatiga,
su diestra mano con la suya asiendo,
más a llegarse a Sandoval obliga.
Alivio con su vista recibiendo,
algo la ansia mortal se le mitiga:
en las mayores bascas más se esfuerza,
que la sobra de amor lo flaco esfuerza.

Una y cien veces con fervor le mira,
con un suspiro y otro más fogoso,
y alentada de verle ya respira
el fatigado pecho sanguinoso:
un punto de él los ojos no retira
ni él los aparta de su rostro hermoso,
de afectos compasibles ocupado,
de su temprana muerte lastimado.

«Al fin parto, español, de tu presencia
(dice Taxguaya) sin remedio alguno.
Hoy ha mostrado el Cielo su inclemencia
y cuánto mi pedir le fue importuno;
hoy pronunció en mi daño la sentencia
más áspera y crüel que dio a ninguno,
pues aun para rendirme, desdichada,
me fue una breve pieza denegada.

«No temo, no, la muerte ni me espanta,
que mucha gente vil la ha despreciado,
pues mi ser y valor la Fama canta
a pesar del olvido, y Cielo airado:
mas lloro el ver que mi desdicha es tanta
que quiere que te diga mi cuidado
cuando ni tú remedio puedes darme
ni yo tenga lugar para quejarme.

«Mujer soy por mi suerte miserable,
no de mendiga ni de baja suerte;
ámote con amor puro, entrañable,
que a aquesto me inclinó mi estrella fuerte;
conservé la limpieza inestimable
can pecho libre, hasta que pude verte,
que entonces el forzado pensamiento
vino sólo contigo en rompimiento.

«Tú sólo eres deudor de tal flaqueza,
sólo es contigo el pensamiento reo.
Desenvoltura grande y gran torpeza
es aclararme tanto, bien lo veo,
pero del duro punto la estrechez
(que para te perder tan cerca veo)
hace que diga mucho, en breve suma,
antes que su presteza me consuma.

«Una merced te pido, humildemente,
por el Dios a quien debes reverencia
y por el firme amor, puro, hirviente
con que puse mi alma en tu obediencia:
que ya que el hado mísero, inclemente,
me arrebató, cual ves, de tu presencia,
que acompañe Taxguaya tu memoria,
que, a do fuere, con esto tendré gloria.»

Ya a su belleza Sandoval rendido
le responde: «Mi fe y palabra empeño
de serte, virgen bella, agradecido
y no tomar, si vives, otro dueño:
pero si el hado avaro, embravecido,
ha dispuesto entregarte a eterno sueño,
prometo de llorar tu triste muerte
y de notar por áspera mi suerte.

«Y porque entiendas, virgen, si te quiero,
y que mi amor al tuyo corresponde,
quiero, que a un Dios conozcas verdadero,
cuya grandeza tu ignorancia esconde:
por que si de este bien percedero
no pudieras gozar, vayas adonde
en breve tiempo juntos nos veamos,
sin temor de perder lo que alcanzamos.»

La bárbara, que oyó la alegre nueva,
no poco alivio toma en su fatiga
viendo la noble y amorosa prueba
con que su tierno amante se le obliga:
ya en otra suerte se transforma nueva,
que a olvidar su errada ley la instiga;
siente que un nuevo ardor la inflama
que a eterna gloria la provoca y llama.

Que la muestre, responde, aquel camino
que a tal Dios y a aguardarle va derecho,
antes que pierda con la sangre el tino,
cuya falta la pone en punto estrecho.
Él, con la diligencia que convino,
con pío intento y compasible pecho
y ferviente oración, por ella ruega
y a un vecino arroyuelo en breve llega.

La celada hinchó de su corriente
volviendo a su presencia y (ya instruída
en lo que es a tal acto conveniente)
fue de ella el agua santa recibida,
que sus culpas lavó generalmente
en fe, esperanza y caridad encendida.
El Cielo le parece que ve abierto,
que dice: «Ven, segura, al dulce puerto.»

Quisiera despedirse, mas no pudo,
que le faltó el aliento fatigado
y, ya disuelto aquel estrecho nudo,
fue su espíritu al Cielo trasladado.
El bello rostro, de color desnudo,
quedó en violeta y lirio transformado:
llora el triste suceso el tierno amante,
ya en su nuevo propósito constante.

Ambos las vestiduras le componen
para enterrar el bello cuerpo frío,
el cual sobre hojosos troncos ponen,
queriendo ejecutar el caso pío.
Pero su justo intento descomponen
dos bandas de enemigos, que con brío
vinieron, y a los dos ahuyentaron,
y el conocido cuerpo sepultaron.

CANTO XIX

El fin que la sangrienta batalla con los tlaxcaltecas tuvo y el requerimiento que los españoles hicieron a Cortés para que dejase tan áspera guerra. La última retirada de los indios y el efecto de las paces, por Cortés con instancia procuradas, juntamente con la venida de Xicoténcatl, en capitán general, al real de los españoles.

Entre la espiga y mano codiciosa
que el sazonado fruto coger piensa,
suele haber una sierra montüosa,
de mil inconvenientes, por defensa:
allí la que parece fácil cosa
se dificulta, con fatiga inmensa,
de adonde, si se advierte, sacaremos
lo poco, aun en lo poco, que podemos.

Deje su hinchazón el ambicioso
y conozca de sí lo que es y puede
su caudal quebradizo, vidrioso,
a quien cualquier vaivén del hado excede:
no se prometa estado venturoso,
que esto no a su miseria se concede,
ni cante el triunfo en la visible gloria
hasta haber alcanzado la victoria.

Ufano aguarda el Bárbaro arriscado
el fin de la contienda sanguinosa,
más en su gran pujanza confiado
que asegurado de la instable diosa;
más presto quedará desengañado,
su caída llorando vergonzosa,
que en contra suya la sentencia sueña
que al duro yugo su cerviz condena.

Rota, si bien me acuerdo, la albarrada
del Español dejé en el otro canto,
de espesas selvas de astas ocupada,
llena de sangre, confusión y espanto;
y del Indio la parte mejorada,
que Cortés resistir no pudo a tanto:
donde el furor de la batalla ardía,
si en número no igual, en osadía.

Auméntase el coraje, el daño crece,
falta en los pechos el continuo aliento,
el sol con nubes de armas se oscurece,

tiembla del suelo en torno el fijo asiento:
a un fin honroso cada cual se ofrece
en el dudoso trance más sangriento,
retiñen los arneses acerados
y cóncavos escudos golpeados.

Esfuerza el combatir la vocería
que asorda el aire y la campaña atruena,
y en su cumbre se muestra la osadía,
que a breve muerte con rigor condena.
Ya la cosa que en menos se tenía
era la vida dulce en paz serena,
y aquél se juzga de contraria suerte
que a costa de su vida no da muerte.

Al fin fue tal del Indio la pujanza,
el desigual poder, el tesón tanto,
que al Crismado del fuerte y tiendas lanza,
do casi estuvo de perderse a canto;
mas vibrando una lisa y gruesa lanza
(no al Bárbaro causando poco espanto),
al confuso tropel Cortés atiende
y así a sus compañeros reprehende:

«¿Qué duda es ésta en que os halláis, amigos?
¿Qué vil temor pretende así entregaros?
¿Dónde aguardar queréis los enemigos
si pensáis de esta suerte desviaros?
¿Qué ciudades, socorros o qué abrigos
dejáis atrás, en que poder fiaros?
Volvedle a recobrar, que aquí consiste
el bien de todos o el suceso triste.

«No por mí perderéis vuestro derecho,
que alguna parte cobrará mi diestra;
poned a la Fortuna el hombro y pecho,
que hoy favorable (si advertís) se os muestra:
mirad cómo yo solo en punto estrecho
pongo del Indio la soberbia muestra,
y si mi esfuerzo ayuda mereciere,
démela el fuerte, si el cobarde huyere.»

Tanta virtud tuvieron sus razones
que los perplejos pechos se inflamaron
y los tibios, caídos corazones
su antiguo esfuerzo y su calor cobraron,

y con nuevo coraje y pretensiones
nueva vergüenza del honor sacaron,
volviendo sobre el Bárbaro animoso
que iba siguiendo el hado victorioso.

Rompe Cortés el pecho de Axtanaro
y a los pies del caballo a Xantlo tiende
(al viejo padre, cual la vida, caro)
y en ira envuelto por la turba hiende:
quiebra la gruesa lanza en Apuxclaro
y a Luxtoy atropella, que le atiende,
y con la espada a diestro, y a siniestro
hiere y mata, siguiendo el hado diestro.

Vuelven unos con otros a mezclarse,
con áspero rigor, en lid fogosa,
y con vivos gemidos a estrecharse,
ardiendo en nueva saña fervorosa.
Allí se ven los míseros volcarse
en una balsa y otra sanguinosa:
óyense lastimosos alaridos
de los que mueren de los pies batidos.

¿Quién las disformes y ásperas heridas
aquí podrá decir que allí se dieron,
las cabezas por medio divididas,
los sesos que en los aires se esparcieron,
las manos de sus troncos desasidas
y los muchos sin brazos que se vieron,
de mazas los contrechos derrengados,
la multitud de pechos barrenados?

Martín López, Rieros, Vejarano,
Limpias, Granado, Xuárez, León, Cornejo,
Pedro de Paz, Meneses, Anguiano,
Santacruz, Magariño, Solís, Trejo,
Jaramillo, Juan Yuste, Orduña, Cano,
Garnira, Quintanilla, Marmolejo,
Lasso, Ledesma, Zúñiga, Reinoso,
se arrojan a lo más dificultoso.

Aquí hieren, destrozan, allí matan,
el ímpetu del Indio refrenando,
magullan, descomponen, desbaratan,
parte de lo perdido recobrando.
Leyva, Ojeda y Olea a mil maltratan;

por otra parte, Ayala y Villandrando,
Nájera, Castañeda, Ordás, Mercado,
Villafuerte, Aguilar y Juan Tirado.

Al valeroso Ríos (a quien dieron
por sobrenombre «Mata» sus hazañas,
serle debido título entendieron,
con dañosa experiencia en mil extrañas)
espacioso lugar le concedieron
viendo abrirse su punta en sus entrañas.
Con él están Ortiz, Salceda, Lago,
haciendo riza y sanguinoso estrago.

Mosquera le acompaña y Alderete,
Marín, Cifontes, Pierres Gómez, Prada,
Villanueva, Escalante, Navarrete,
Juan Pérez, Villalobos, Moya, Estrada,
Juan Bello, Quintanilla, Ayllón, Negrete,
Valdivia, Delgadillo, Holguín, Quijada,
Quiñones, Alanís, Godoy, Cabrera,
Medina, Pantigosa, Ordás, Ribera.

Los demás (cuyos hechos merecieron
a la inmortalidad ser consagrados)
no menos daño en el contrario hicieron
que los que van aquí por mí expresados:
a quien pido perdón si no salieron
sus altos nombres a la estampa dados,
que hacerlo fácilmente bien pudiera
si cansar los lectores no temiera.

Dos veces el Ungido al Indio alarga
del combatido fuerte con gran daño,
mas otras tantas con espesa carga
le cobra, aunque con otro no tamaño:
pero por no cansar con pluma larga,
aunque sé que con corta a muchos daño,
habré de reducir a breve suma
lo que en mucho papel no es bien resuma.

Oyese de refresco un gran rüido
y era que Xicotécatl, corajoso,
el bastón arrojando preferido,
al combate bajaba sanguinoso:
el crestellado morrión lucido,
de un penacho adornado, vario, hermoso,

de planchas de oro puro y acendrado,
por toda parte el cuerpo cobijado.

De un pequeño recuesto se derriba
a buen correr, gallardo, confiado,
requiriendo en la diestra con voz viva
un fornido venablo tachonado:
orgullosa, feroz, con frente altiva,
cual el suelto caballo que hacia el prado
do están las yeguas, la cadena rota,
tema con crin instable la derrota,

Tal va el valiente bárbaro animoso,
el cual de la batalla a poco trecho,
despidiendo el venablo fervoroso,
al potonchano Ixtoya rompe el pecho;
cierra, la espada en alto, con Moscoso,
a quien pone de un golpe en punto estrecho,
bien que en un hombro le alcanzó al soslayo,
tras quien en tierra pone al fuerte Aguayo.

Aquí y allí furioso el indio salta,
a las dificultades acudiendo,
y con sangre española el prado esmalta,
su adquirida opinión engrandeciendo.
Maxixca a su deber en nada falta,
prueba loable de su esfuerzo haciendo,
mas no pueden del hado inevitable
el golpe resistir irreparable.

Que de Miguel la vista fulminosa
nuevo esfuerzo sembró en los corazones
del Español, en saña vergonzosa
sus pechos encendiendo de leones,
y una infame huida ignominiosa,
al contrario, en los indios escuadrones:
vuelven el rostro al ya ganado fuerte
y abren camino a su caída y muerte.

El general, que vio el suceso triste
con que el hado siniestro le castiga,
a estorbar la huida fiero asiste,
pero salió sin fruto su fatiga,
que a su ímpetu con golpe no resiste
ni con blandas palabras los obliga,
que adonde el torpe miedo se apodera,

no tiene la razón su fuerza entera.

Pero, de nueva cólera encendido,
del ciego enojo y del honor forzado,
sólo sustenta el desigual partido,
el fuerte y la opinión que habían ganado:
mas del contrario viéndose oprimido
y de su gente así desamparado,
su esfuerzo atribuyendo ya a locura,
del aprieto mortal salir procura,

Diciendo: «Mi triunfar ahora sea
las espaldas volver a mi contrario,
que otra vez podrá ser las tuyas vea
pues, cual yo, está sujeto al hado vario.»
Desampara con esto la pelea,
mas con su esfuerzo y término ordinario,
con valor su persona defendiendo
de los que el duro alcance van siguiendo.

Do gran copia de antípodas murieron,
mas por la brevedad ya prometida,
dejaré mil reencuentros, donde fueron
otras veces sus cosas de caída.
Mas tan altas victorias no pudieron,
ni la amiga fortuna conocida,
los ánimos alzar amedrentados,
de algunos españoles declarados.

Piden que a Villa Rica se tornase
Cortés, por cosa sana y conveniente,
y que sus cosas desde allí tratase
con aquella arriscada y fiera gente,
y (a entrar la tierra adentro) se enterase
que todos morirían brevemente, por estar
muchos de ellos mal heridos
y ser los indios muchos y atrevidos.

Mas él, que en lo difícil más mostraba
el gran valor del pecho generoso,
visto lo que en el campo se trataba,
el fin considerando peligroso,
de su elocuente plática se armaba,
que acero no era allí tan fructuoso:
junta, halagüeño, su discorde gente,
a quien propone en breve lo siguiente:

«Siempre, amigos, nos han significado
los peligrosos trances ser mayores
en los principios, que nos han mostrado
ser en su fin dudoso los temores:
con que vuestro valor facilitado
ha los casos más arduos, y a menores
los más dificultosos reducido,
con que habéis tantas glorias adquirido.

«Contrastasteis del mar la cruel violencia,
triumfasteis de Tabasco y su fiereza
y en Cintla, derribando su inclemencia,
sujetasteis la tierra y su grandeza.
Témeos de Moctezuma la potencia,
rehusando de ver vuestra braveza;
el fiero tlaxcalteca ya no aguarda,
que sólo vuestra sombra le acobarda.

«Ahora es tiempo, amigos, de mostraros
y de mostrar también gran confianza,
y no de desabriros y alteraros,
atajando tan próspera bonanza:
bastante es la ocasión a eternizaros,
que no en principio de la mala andanza
y trabajos os deja la Fortuna,
sino en guerra acabada, aunque importuna.

«No dejéis vuestra suerte destroncada,
seguid, seguid el hado venturoso,
ni quede la conquista comenzada
sin que le deis un fin alto y glorioso.
No al torpe labrador (que, cultivada
la tierra, a la cosecha es perezoso)
imitéis, olvidando tanta gloria
para que canten otros la victoria.

«Que si el Magno Alejandro no siguiera
en el dorado Hidaspes su fortuna,
y en el Tigris y Eufrates no atendiera
la próspera ocasión, dulce, oportuna,
¿qué nombre o qué victorias adquiriera?,
¿por dicha hubiera de él memoria alguna?
Y si Julio sus guerras no acabara,
¿por ventura la Fama de él cantara?

«No aquesta turba bárbara os espante,
soberbia, alharaquenta, brava, airada,
que no es, aunque copiosa, tan bastante,
que pueda resistir a vuestra espada,
ni el valor español fiero, pujante,
debe temerla ni tenerla en nada:
mirad que el bien perdido nunca vuelve,
antes en triste llanto se resuelve.

«Así que con instancia os ruego y pido,
como leal amigo y compañero
(no como general), que conocido
tengáis de mí, señores, cuánto os quiero,
y que por vuestro aumento fui venido
a aqueste nuevo mundo, donde espero,
con vuestra audacia y hechos valerosos,
igualar con los héroes más famosos.»

No se halló en el ejército soldado
que a lo propuesto responder quisiese,
ni que, viendo a Cortés determinado
en proseguir la guerra, no temiese.
Mas uno a quien el cargo le fue dado
para que por algunos respondiese
(del cual es justo que su nombre calle,
que por ser español no es bien nombralle),

Soltó la voz, diciendo que a servirle
en todo estaba el Español dispuesto,
y, en lo adverso y lo próspero a seguirle,
donde jamás faltarle había propuesto,
mas que le suplicaba que el oírle
(pues era su pedir justo y honesto),
en ninguna manera rehusase,
porque mayores daños evitase.

«Mira, dice, los rostros afligidos,
pálidos, sin color, desfigurados,
de aquestos españoles perseguidos,
con hambre, sed, trabajos afeados,
del hado avaro, mísero, abatidos,
ya los cuerpos sin miembros, destrozados,
de cicatrices llenos y heridas,
de esta inhumana gente recibidas,

«A quien sólo los nombres de guerreros

(perdidas ya las fuerzas) han quedado,
y sus costumbres y hábitos primeros
han con el fiero bárbaro trocado,
las fieras despojando de sus cueros
(para ornato a sus cuerpos regalado),
las carnes de las armas maltratadas
por mil partes mordidas y trizadas.

«No permitas lo poco que les queda
de la mísera vida aquí se acabe,
sino que a sepultarse volver pueda
cada cual a su patria dulce y suave;
no cargues la Fortuna más que rueda,
ni la fatigues con el peso grave
de mayores victorias que has habido,
que te será contraria en lo adquirido.»

Oyese en este punto un gran estruendo;
de la señal del arma, una trompeta;
cada cual a sus puestos acudiendo,
el arma que le toca al puño aprieta;
a las partes más flacas van corriendo,
cuando una verde y blanca bandereta
entre una escuadra de indios ven, pequeña,
que a ellos viene, de paz haciendo señas.

Extienden más la vista y, tras aquélla,
otra escuadra descubren más copiosa,
y al sumo general al cabo de ella,
sin compañero al lado, en muestra hermosa:
varia cubierta de algodón trae bella,
roja, argentada, pluma artificiosa,
fijo el bastón en la pujante diestra,
y en el pendiente alfanje la siniestra.

Dos extendidas bandas de flecheros
por uno y otro lado le ceñían,
y cuatrocientos jóvenes piqueros
arrastrando las astas le seguían.
Con festivos adornos placenteros,
mil diversos plumajes esparcían:
hinchén el aire de concordes sonos,
de pacíficas salvas y razones.

Vuelan las voces de la guarda ibera:
«¡Aparta, aparta! ¡Afuera, plaza, plaza!»

Cortés, con faz gozosa, placentera,
a pie sale del fuerte a la ancha plaza.
Por una y otra banda, en larga hilera,
su gente al general de Cristo abraza:
camina el uno y otro en paso tardo,
no menos que éste aquél grave y gallardo.

Dos nubes de astas dio con franca mano
al vago viento el tlaxcalteca fuerte,
y otras dos el ungido pueblo, ufano,
de ardientes balas con propicia suerte.
El idólatra pueblo y el cristiano,
el odio interno en amistad convierte:
ya se saludan, mezclan, ya se abrazan,
y varias suertes de solaces trazan.

El general de Cristo humildemente
al del ángel soberbio se avecina,
el sombrero en la mano diligente,
a quien el indio la cabeza inclina:
júntanse con abrazo vehemente
y larga oferta, de notarse dina;
dan la vuelta con esto al real cristiano
entrambos generales, mano a mano.

Que el valor español, confederado
con las grandes provincias belicosas,
contra el rey Moctezuma ya ligado,
pudo facilitar tan graves cosas.
Y habiéndose advertido en el senado,
las paces aceptó por provechosas,
pensando enflaquecer, con mayor mano,
el pujante poder del Mejicano.

Juntamente con tantas persuaciones,
con ofertas tan grandes y partidos
como Cortés les hizo, con razones
dejando a los más de ellos convencidos:
mas, ¿qué hay que ponderar declaraciones
de discursos humanos tan sabidos,
donde el celeste santo cortesano
obraba con gloriosa, oculta mano?

Fue la serena paz capitulada,
y salió tan perfecta y tan durable,
con tal fuerza de amor continuada,

que nunca paz se vio menos mudable:
llave de la conquista comenzada,
siempre cierta a Cortés, presta y afable,
y en las necesidades fiel amiga,
cual a su tiempo es justo que se diga.

A la insigne ciudad todos partieron,
donde un solemne y gran recibimiento
los tlaxcaltecas al Ibero hicieron
con mil alegres muestras de contento.
Con amor en sus casas los metieron,
ya olvidado el rencor, desabrimiento
pasado, do algún tiempo reposaron
y en mil solemnes fiestas le pasaron.

Visto Megera el curso infructuoso
que en contra de Cortés iba siguiendo,
y que ya el tlaxcallano belicoso
le está en serena paz fiestas haciendo,
de allí levanta el vuelo impetuoso,
el mal gastado tiempo conociendo:
las prestas alas en Chololla abate,
con Moctezuma haciendo amistad trate.

Veloz tras esto en Méjico se pone
y a Moctezuma fervorosa indina;
delante el español valor le pone
y la resolución con que camina:
ya el ánimo dudoso se dispone
(de aquel monstruo inflamado) y determina
que el paso se le impida a vuestro abuelo
tiñendo con la ibera sangre el suelo.

Suenan mil cajas de una y otra parte,
mil rontos caracoles tortuosos;
alzan de Moctezuma el estandarte,
acudiendo a las armas fervorosos,
vibra su lanza el iracundo Marte,
los pechos inflamando belicosos:
sangre, fuego, rigor, ira pregonan,
y al cielo braveando aún no perdonan.

Junta en dos horas treinta mil soldados,
no bisoña canalla embarazosa,
sino entre gruesa copia señalados
como para intentar tan ardua cosa,

en peligrosos trances ya probados
con una y otra muestra valerosa,
los cuales de la gran ciudad salieron:
sabréis más adelante adonde fueron.

CANTO XX

Previniese el rey Moctezuma y los de Chololla [Cholula], para impedir el camino a Cortés con su muerte. Sábese la traición por industria de Gualca, dama del capitán Alvarado. Pone fuego y saquea Cortés la ciudad con muerte de seis mil indios. Parte para Méjico, donde es recibido con grande aplauso del rey Moctezuma y de su corte.

Con gran dificultad el cauto intento
pueden, y la traición, disimularse,
del ánimo dañado y fraudulento,
que al fin con quien se trata ha de mostrarse:
el cual en un afecto o movimiento
viene, o en un concepto, a declararse
aprobado, vulgar, que lo que toca
y siente el corazón, echa la boca.

Esto la gente de Chololla muestra,
que en su tierra al ibero regalaba,
a quien con intención cauta, siniestra,
detenía y su muerte procuraba,
cuya saña y furor y airada diestra
el bravo Moctezuma gobernaba,
haciendo gran instancia en que no fuese
a Méjico Cortés, y en que muriese.

El cual de Tlaxcallán ya había partido
(la gran ciudad dejando querellosa
por lo poco que en ella había asistido,
cumplida oferta haciéndole amorosa)
y a la falsa Chololla había venido,
ciudad fuerte, agradable, populosa,
ya del rey Moctezuma fiel amiga
y de los tlaxcallanos enemiga.

Do se halla el crismado sospechoso
del trato del Cholollo mal trabado,
viéndole en prevenciones cuidadoso
y (en las más de sus cosas) recatado,
y en un corrillo y otro bullicioso
tentar el corvo arco y lanza osado,

ajeno indicio de la paz serena
que su sangrienta presunción condena.

Es Chololla república ilustrada,
la cual de un capitán es solamente
(por todos elegido) gobernada,
entre ellos señalado por valiente.
De veinte mil vecinos habitada
es de su muro adentro, que otros veinte
ocupan sus copiosos arrabales,
sin otros muchos pueblos principales.

Cuatrocientas y más torres vistosas
en la ciudad insigne se mostraban,
de la mejor hechura y más hermosas
que en todo el nuevo mundo se hallaban:
las gentes que la habitan son briosas,
a quien por guerreadores respetaban;
tienen enemistad con cempoallanos
y guerra con Tlaxcalla y mejicanos.

Fue en la ciudad Cortés bien hospedado,
mas con falsa intención, cauta y dañada,
que ya el estigio monstruo había trazado
cómo impedir tan alta y gran jornada;
mas el perfecto Autor de lo criado,
por quien es toda cosa gobernada,
esta causa amparaba y defendía
como aquél que sus fines disponía.

Era del Ángel vano el vano intento
que vuestro abuelo en Méjico no entrase,
procurando ponerle impedimiento,
porque no su intención ejecutase.
Juzga por temerario atrevimiento
que un hombre tan sin fuerzas porfiase
en querer de su antiguo asiento echarle,
y así intentaba en todo contrastarle.

De Chololla dos leguas alojados
hizo estuviesen (para aqueste efeto)
los treinta mil guerreros emboscados
que atrás dije, señor, con gran secreto:
mejicanos valientes, arriscados,
de quien se tuvo allá mejor conceto,
los cuales el camino real cegaron

de Méjico, y un nuevo fabricaron.

De suyo empantanado, cenagoso,
movedizo y de tierra enaguazada,
para caballos falso y peligroso,
a quien una barranca prolongada
atravesaba cual profundo foso
(sólo a pájaros fácil su pasada),
de nueve o diez estados de hondura
y de cincuenta pies y más de anchura;

Del curso de las aguas carcomido
y recias avenidas socavado,
por cuyo hondo centro, con rüido,
pasaba un grueso arroyo apresurado.
Este barranco fue de ellos medido
y el agua en hondas balsas represado:
formando un paredón de trecho a trecho,
quedaba un hondo estanque y otro hecho.

Los suelos de los cuales, estacados
de espesas y altas puntas penetrantes
estaban, de maderos atusados,
unos de otros aun no tres pies distantes;
y lo alto del barranco, con labrados
maderones, grosísimos, tirantes,
con engañosa industria cobijado,
yendo con el camino continuado.

Así un pontón monstruoso fabricaron
con que el hondo barranco no se v[e]ía,
cuyos gruesos maderos aserraron
hasta el punto que al caso convenía,
por encima del cual arena echaron,
de suerte que camino parecía,
y tal el falso andamio se mostraba,
que a sus propios autores engañaba.

Tras esto en amplia redondez hicieron
de esta suerte mil hoyos por los prados
y de flores y hierbas los cubrieron,
de altura cada cual de seis estados,
y el ancho del camino redujeron
a treinta pies de anchura limitados,
aun no a cuarto de legua, para entrada
de la española gente descuidada.

A manera quedaba de ancho coso,
por los lados de hoyos rodeado,
a cuya entrada el Bárbaro animoso
estaba en tres barrancas emboscado,
do al Español aguarda orgulloso
para (en habiendo el firme paso entrado)
cerrar su estrecha vía y apretarle
hasta en los falsos hoyos estacarle.

Previniéronse así los mejicanos
por si el cauto Cholollo no pudiese
dar cabo en su ciudad de los cristianos
la esperada ocasión no se perdiese;
mas presto, ¡oh vengativos inhumanos!,
hará la suerte que del trato os pese:
ya os amenaza con horrendo estrago,
¿no veis de hirviente sangre un rojo lago?

En tanto los cholollos atajaron
las calles con tapiados paredones,
y las torres y casas pertrecharon
hinchéndolas de piedras y lanzones.
Sólo cuatro salidas les dejaron
(do estaban cuatro gruesos escuadrones)
para dar en Cortés y sus soldados,
de una cierta señal siendo avisados.

Damas, si con descuido he procedido,
y en mi corto discurso trabajoso
no habéis ningún servicio recibido
(siendo de os complacer el más ganoso),
entended que la causa en parte ha sido
verme siempre entre Marte sanguinoso,
que no el horrible son de la trompeta
es bien perturbe vuestra oreja quieta.

Quisiera yo, con dulce y blanda lira,
hacer tratable mi escabroso canto,
y en aqueste discurso lleno de ira
a vuestros loores acudir un tanto:
aunque os debo tan poco, si se mira,
que (dicho) a la más cruda pondrá espanto,
como ya lo han mostrado mis escritos,
do están frescas injurias dando gritos.

Bien que en algunas partes me es forzoso
meteros en sucesos memorables,
producidos de un celo piadoso
(en vuestro natural partes loables),
de amor acompañado fervoroso,
donde, en algunas pruebas admirables,
habéis nombres perpetuos adquirido,
a quien dañar no puede el torpe olvido.

Gualca, de quien amado tiernamente,
con admirables muestras, fue Alvarado,
hija de Gualco, capitán valiente,
y hermana de Gualgano el esforzado,
con pecho lleno de un amor ferviente,
habiendo apenas visto el rostro amado,
del dolor dando muestras que encubría,
llorando a su Alvarado así decía:

«Ya el vario proceder del hado duro,
y de mis glorias envidioso el Cielo,
mi dudoso temer hacen seguro
y a toda prisa incierto mi consuelo;
ya el áspero rigor del mal futuro
mis huesos baña de un medroso hielo,
que en el dichoso estado, es argumento,
se esconde el desastrado acaecimiento.

«Hoy tengo, cara prenda, de perderte,
hoy con temprano golpe nos divide
el proceder avaro de mi suerte,
y su prestado bien Fortuna pide;
hoy tiene fin mi vida, y no el quererte,
que éste por ningún término se mide,
que al fin es poco amor, vario, mudable,
el que la muerte acaba, y no durable.»

Respóndele Alvarado: «Gualca mía,
¿qué te mueve a hacer tales extremos?
¿qué sierra, mar o monte nos desvía
para que en nuestro amor no nos gocemos?
Si es rehusar de Méjico la vía,
para donde mañana partiremos,
y quieres, Gualca, ya de mí apartarte,
sin fingido llorar podrás quedarte.»

La bárbara, con la faz triste, llorosa,

el cuello le anudó con lazo estrecho,
y con voz de sollozos abundosa,
de arroyos de cristal bañado el pecho,
replica: «¿Tan mudable y engañosa,
Alvarado, me veis, que satisfecho
no estáis del entrañable amor sincero
con que más que a mí propia os amo y quiero?

«A los inmensos dioses ya pluguiera
que del golpe que espero riguroso
el efecto crüel mayor no fuera,
ni su fin más sangriento y lastimoso:
¿Duda ponéis, señor, en si os siguiera
quien todo sino vos le es enojoso?
En vida, muerte, pena o buen suceso
ha de ir tras vos de Gualca el grave peso.

«Y para que entendáis si esto es fingido,
y que más que a mi padre y patria os quiero,
sabed que un grande engaño os tiene urdido
el falso Moctezuma carnicero:
al cual está el Cholollo prevenido
por él para este día venidero,
y camino de Méjico hay soldados
para os meter en hoyos estacados.

«Ved si con justa causa me lamento
aunque, para libraros, tengo dada
(sin poneros, mi bien, en detrimento),
una traza mañosa y extremada:
y es que, al anochecer, para este intento
saldré de la ciudad acompañada
de vos y de cincuenta o más criados,
que están para servirme diputados.

«Iréis en traje de indio disfrazado,
sin ser de los contrarios descubierto,
y con la oscura noche cobijado,
nuestro engañoso trato saldrá cierto;
y un pequeño lugar no bien poblado,
mío propio, os será seguro puerto,
adonde sin temor podré gozaros,
y vos de una ciudad señor llamaros.»

Abrázala Alvarado estrechamente,
teniendo en mucho de su amor la prueba,

y ante Cortés, con paso diligente,
con secreto y recato, a Gualca lleva.
Súpose la traición incontinente
y del engañoso paso tuvo nueva
(do aguardaba de Méjico emboscada)
y vio la gran ciudad algo alterada.

Manda a los españoles, con secreto,
y a los cempoallaneses, tlaxcallanos,
que de apercibo estén para el aprieto,
y oyendo un arcabuz muevan las manos.
Siembra del saco entre ellos el decreto,
hinche de ira los ánimos lozanos,
suena el fogoso trueno señalado,
ya en breve espacio tardo y deseado.

Levántase confusa vocería
y en cerrado escuadrón la gente parte,
van a la plaza y templo (do asistía
de la del cauto trato la más parte)
no con la prevención que convenía,
por más asegurar con quieto Marte
al cercado Español, mientras llegaba
la hora que en su daño se aguardaba.

El cauteloso Bárbaro, espantado
del repentino y duro sobresalto,
corre en tropel confuso, desmandado,
falto de industria y de consejo falto.
Tocan al arma en son desacordado,
previéndose al sangriento y recio asalto,
acudiendo a las armas aprestadas
antes de tiempo, y sin sazón tomadas.

Cuál por ir a su estancia señalada
se va a la ajena, o a cercana torre;
cuál por el corvo arco y flecha alada,
sin tiento a su distante casa corre;
cuál con necesidad de ajena espada,
de lanza, dardo o maza se recoge;
cuál con solas dos piedras en la mano
sale a la brega, con su suerte ufano.

Muévense los copiosos escuadrones
(que en cuatro partes, como dije, estaban)
a la antigua señal de varios sonos,

y a un tiempo en la ancha plaza se arrojaban
con fatigados y ágiles talones,
donde los españoles peleaban
de seis mil y más indios ayudados,
amigos, en la flecha ejercitados.

Ocupan ciegas nieblas polvorosas
la cóncava región del aire claro,
vuelan nubes de humo impetuosas
de mortíferos tiros sin reparo,
que en el viento esparcidas y anchurosas
formas ofrecen de artificio avaro:
mal distintas figuras de dragones,
cerrados montes, yertos serrajones.

Entre el humo rutila y centellea
fogosa luz de especie salitrada,
brama el trueno en los aires y vocea
el eco en la caverna más rasgada:
todo el bajo edificio ya se arrea
de la confusa grito mal formada,
y en el distante monte se está oyendo,
del indignado Marte el duro estruendo.

Ya el corazón más fuerte y lleno de ira
se rinde al brazo adverso victorioso,
donde la punta de la ardiente vira
se engasta con esmalte sanguinoso;
ya con la negra bala se retira
de la faz el color más fervoroso;
ya por el campo rueda sin sentido,
quien antes del contrario fue temido.

El valiente Pulchica, tlaxcallano,
al cholollo Megaya rompe el pecho:
cae el gallardo bárbaro lozano,
volando el alma de su nido estrecho.
Cortés, con rigurosa y presta mano,
castiga el intentar del cauto hecho:
el feroz Español y el Indio amigo,
ponen en punto estrecho al enemigo.

Sudan calles y plazas sangre hirviente,
de que arroyos se ven por toda parte;
el alarido de la herida gente
asorda el aire, y el rigor de Marte;

el corvo anciano llora tiernamente,
a quien del daño alcanza tanta parte;
el grito de las míseras doncellas,
envuelto en llanto, hiere las estrellas.

Cesó el estrago cruel cuando no había
quien la ciudad infausta defendiese,
que ya el Indio a las torres se subía,
fundando en el salvarse su interese.
En furioso empellón ya discurría,
eligiendo lugar que fuerte fuese,
mas no el miedo le quita el grueso muro,
que no hay, donde hay temor, lugar seguro.

Murieron seis mil indios en dos horas;
quemó de la ciudad Cortés gran parte.
Las hesperias banderas vencedoras
ocupan el más fuerte baluarte:
siembran aquí y allí trompas sonoras
dulce victoria, con propicio Marte,
y con hachas y manos codiciosas
quebrantan puertas gruesas y vistosas.

Ya la casa más fuerte y respetada
se rinde al duro saco impetuoso
sin ser de nadie en nada reservada;
el oculto metal buscan goloso,
la ciudad fue en cinco horas saqueada
y a su hado entregada riguroso:
hecho en tal coyuntura conveniente
y de mi varón, en fin, tan excelente.

Tras esto a Moctezuma al punto envía
con un resuelto y áspero mensaje,
diciendo que, pues darle no quería
licencia para verle, y el pasaje
(pretendiendo su muerte) le impedía,
que con armada mano haría el viaje
y que lo que antes fue comedimiento
volvería en rigor atroz, sangriento.

Fue al bárbaro potente la embajada,
el cual le envió respuesta brevemente
con bastante disculpa, y, aun jurada,
y en señal de amistad un buen presente,
diciendo prosiguiese su jornada

y a Méjico partiese incontinente,
donde conocería serle amigo,
de que Tezcatlipura era testigo.

Nueva para Cortés de gran contento,
con que tomó de Méjico la vía,
no enterado de aquel ofrecimiento
que el sospechoso rey hecho le había:
el cual había mudado ya de intento,
la gente derramando que tenía
en la barranca con designio fiero,
el camino tornando al ser primero.

Seis mil indios amigos le seguían,
diestros cempoallaneses, tlaxcallanos,
donde juntado un grueso campo habían
contra los belicosos mejicanos:
que a morir en el cerco se ofrecían
si impidiese la entrada a los cristianos,
con tanta voluntad cuanto algún día
con razón cantará la musa mía.

Y si a mi torpe estilo, rudo, bajo,
cumplir lo prometido se le veda,
o fuere boto de mi pluma el tajo,
prosiga quien quisiere (pues le queda
un sujeto tan alto) y mi trabajo
no detraiga, le pido, a quien no pueda
sacar el suyo a luz, donde se vea
cuánto su claro verso al mío afea.

Ya a la insigne ciudad Cortés llegaba
cuando el invicto y alto Moctezuma
su alcázar suntuosísimo dejaba,
a quien seguía de gente increíble suma,
que con grande humildad le acompañaba,
cuya persona un palio de oro y pluma
cobijaba riquísimo, vistoso,
sembrado de esmeraldas y costoso.

Cuatro grandes caciques valerosos
el palio en la cabeza sostenían,
y dos antiguos reyes poderosos,
de las manos al bárbaro traían:
Cuetlabac y Cacama, generosos
mozos que de su sangre procedían,

de Tlacopan el uno rey temido,
y de Tezcucó el otro obedecido.

Con grande majestad y paso tardo,
de doscientos caciques rodeado,
iba el temido rey, grave, gallardo,
curiosa y, ricamente ataviado,
vestido de algodón pajizo y pardo
y de esmeraldas ricas variado,
zapatos de oro puro reluciente,
con fina pedrería refulgente.

Iban tres mil señores cortesanos
descalzos, sin sombreros, adelante,
sin grande multitud de ciudadanos,
gente granada, próspera, pujante.
Los tres mil de su guarda van lozanos
en escuadrón gallardo y arrogante:
las diestras, de arcos, picas, ocupadas,
de pedernal sargentas enhastadas.

No quiso en andas de oro ser llevado,
sino salir a pie al recibimiento
diciendo: «A capitán tan esforzado
se debe un tal favor y cumplimiento»,
que, como de sus hechos ya informado
estaba, usó de aquel comedimiento:
que fue salir, cual digo, hasta el un puente
un rey a recibirle tan potente.

A quien viendo Cortés, dejó el caballo,
y con humilde y baja reverencia,
el sombrero en la mano, fue a abrazallo,
mas hubo en su llegada resistencia,
que los reyes salieron a estorballo
diciendo: «A nadie es dada tal licencia
ni el tocar al señor es permitido,
por ser grave pecado y atrevido.»

Cortés, de margaritas y diamantes,
a Moctezuma echó un collar hermoso
al cuello, y de otras piedras rutilantes,
de que obligado se mostró y gozoso,
y con admiración los circunstantes;
mas el gran Moctezuma poderoso
mandó a Cacamacín que acompañase

a Cortés y del brazo le llevase.

Estaban las ventanas ocupadas,
calles, plazas, solanas y tejados,
de damas ricamente ataviadas,
con los arreos entre ellas más usados;
paredes y ventanas entoldadas,
de que iban los iberos admirados
viendo la gran ciudad y su riqueza,
su inexpugnable asiento y fortaleza.

De esta suerte a unas casas allegaron
de Moctezuma, fuertes, suntuosas,
donde a los españoles alojaron
en piezas agradables y espaciosas,
a quien con gran cuidado regalaron
con viandas espléndidas, curiosas:
dejó a Cortés el rey en su posada,
grandeza que por todos fue notada.

Donde estando, señor, un indio llega
sudando, fatigado y polvoroso,
y una carta a Cortés de Hircio entrega,
con aspecto afligido y congojoso,
que una mísera, adversa y triste nueva
denunciaba, y suceso lastimoso,
con que Cortés perdió el color del gesto,
haciendo el caso en breve manifiesto.

Era que Qualpopoca muerto había
(señor de Nahutlán) nueve soldados
españoles en una cruel porfía,
de los más valerosos y esforzados;
a quien el fuerte Hircio perseguía
(después que de sus pueblos saqueados
había con rigor sangriento echado),
de los de Cempoallán acompañado.

Este daba disculpas, aunque ausente,
diciendo que sus muertes no inquiriera
si del rey Moctezuma expresamente
mandato, traza y orden no tuviera.
En extremo Cortés a questo siente,
y el ver cuán vario Moctezuma era:
dióle bien que pensar el caso extraño
y que temer del pueblo algún engaño.

Por el cual supo cierto se decía
(en voz conforme) que, cansado de ellos,
los fuertes puentes quebrantar quería
y en víctima a sus dioses ofrecellos,
con que su furia y saña aplacaría,
y que a placer después podría comellos,
quitando de su tierra aquella gente,
mandona al parecer, brava, impaciente.

Cosas de que Cortés quedó atajado
y anduvo algunos días cuidadoso,
aunque con rostro alegre, sosegado,
apaciguando el campo temeroso,
que alguna parte de él se había alterado
oyendo aquel decreto sanguinoso:
pídenle que de Méjico saliese
antes que algún desastre sucediese.

CANTO XXI

Pone en prisión Cortés al rey Moctezuma; derriba los ídolos del templo, arbolando en su lugar la Cruz y efigie de Nuestra Señora. Hace Plutón y sus infernales ministros un concilio en el volcán de Chololla [Cholula]. Parte el ídolo Tezcatlipuca a la casa de la Envidia, la cual va a la isla de Cuba y, habiendo hecho su ponzoñoso efecto, envía Diego Velázquez, con armada contra Cortés, a Pánfilo de Narváez. Quema Cortés al cacique Qualpopoca en México. Mándale Moctezuma salir de la ciudad, persuadido de la infernal Megera.

Llegada es la sazón, ¡oh musa pía!,
en que, siendo de ti favorecido,
he de dar cuenta del dichoso día,
por el hado al Ibero concedido.
Aquí he de resumir su valentía:
informa a tu devoto enflaquecido
para que diga tanto, ¡oh Virgen santa!,
que a nuevas glorias nueva voz levanta.

También del ángel malo, inobediente,
cantaré las estatuas abatidas,
y las del alto, inmenso omnipotente,
en sus asientos por Cortés subidas;
la alteración también del occidente
diré, y las duras armas prevenidas
contra el fuerte Español (grave proceso)

y de los liados el caduco peso.

Y tú, que el sol y luna estás pisando
(de tu sumo valor premio debido),
nuestras miserias desde allá notando,
ya a puerto de descanso conducido,
atiende a que el vigor me va faltando
y a que mi débil voz se ha enronquecido:
pide, pues allá estás do puedes tanto,
nuevo aliento, Cortés, para mi canto.

Si hasta aquí con atento y grato oído
habéis, marqués, mis versos escuchado
y a mi voz ronca y débil atendido,
oyendo mi cantar desentonado,
nueva atención, señor, ahora os pido,
aunque ya con aliento fatigado
saque de mi flaqueza fuerza nueva
y, con dificultad, la pluma nueva.

No menos pide que favor divino
el hecho (cual le tuvo en el obrarse),
de sí mil, el más alto en todo indino,
pues ninguno con él puede igualarse,
bastante a darle el nombre que convino
para del torpe olvido libertarse:
advertirle, señor, como merece,
que éste más que otro alguno os engrandece.

Era el tiempo en que el Bárbaro pujante
(del tartáreo ministro provocado)
se prevenía con ánimo arrogante,
del yugo ignominioso amenazado,
cuando de Cristo el general constante,
de alguna de su gente acompañado,
al indiano monarca se avecina,
a quien humilde la cabeza inclina.

Dícele: «Gran señor, con razón puedo
de tu amistad y fe bien recelarme;
que me has hecho merced, yo lo concedo,
causa para poder mejor quejarme:
y aunque en obligación alguna quedo,
no tanta que no pueda ya agraviarme
del cauto proceder de un rey tan alto,
a quien parece mal de fe ser falto.

«¿Qué cosa hay en el mundo tan preciada,
mayormente en los príncipes y reyes,
que su firme palabra una vez dada,
bastante a introducir o quitar leyes?
Si ésta dada por ti no me es guardada,
mal me defenderán tu pueblo y greyes:
nunca de tu grandeza tal pensara,
ni que en tiempo ninguno me faltara.

«Escucha aquesta carta, si ver quieres
lo que ha hecho un traidor por tu mandado
a quien si en breve tiempo no me dieres,
serás (aunque en tu tierra) molestado:
y si satisfacerme no quisieres
de lo que Qualpopoca te ha imputado,
yo tomaré del caso justa enmienda
y haré que tal traición el mundo entienda.»

Sabiendo Moctezuma extensamente
todo lo que la carta contenía,
responde en ira ardiendo: «El perro miente,
si dice que orden tal de mí tenía.
Venga el traidor aquí, falso, insolente,
sabrás si la culpa es suya o mía.»
Para lo cual su sello le enviaba,
haciéndole saber que le aguardaba.

Cortés, con pecho fuerte, valeroso,
le dice: «Gran señor, vente conmigo
a mi posada y no te sea enojoso,
pues te soy servidor y fiel amigo,
porque llevarte preso me es forzoso.
Y no entiendas, señor, uso contigo,
en proceder así, de algún engaño,
que esto es para evitar un grave daño.»

Responde Moctezuma con voz grave:
«No es persona la mía que ha de ir presa,
ni habrá, mientras yo viva, quien se alabe
que pudo conseguir tan alta empresa.
Mi poder y valor el mundo sabe,
buena razón, Cortés, por cierto es ésta,
que intente un flaco huésped desarmado
hacer cosa a que el mundo no ha bastado.

«¿Yo no soy quien domó tantas naciones,
y el que quince batallas ha vencido,
y el que de un mar al otro sus mojones
con rigor asperísimo ha extendido;
temido, de estas bélicas regiones,
de todas por monarca obedecido,
y el que (si el hondo mar no lo impidiera)
de todo el universo señor fuera?

«¿Yo en estacado campo, en desafío
no vencí seis caciques valerosos
cuerpo a cuerpo, y a questo brazo mío
no venció cuatro reyes poderosos,
también en estacada, con su brío,
poniéndolos en yugos vergonzosos,
no con suerte o favor de gruesa armada,
sino con esta diestra no domada?

«Todo aquesto de efecto grande fuera
si la yerta cerviz a un hombre loco,
copioso de razones, sometiera;
sirviéranme mis triunfos de bien poco.
No procedas, Cortés, de esa manera
ni a Moctezuma tengas en tan poco,
a quien bien puedes dar muerte alevosa,
pero no decir de él tan baja cosa.

«Y no porque amorosa y francamente
en mi fuerte ciudad te haya hospedado
(contra el designio de mi fiera gente,
bien en contra del tuyo declarado)
tienes, con loco término imprudente,
de perderme el respeto que guardado
me ha sido hasta aquí de todo el mundo:
pregúntalo a mi diestra, en quien me fundo.

«¡Vive el luciente Sol, a quien adoro,
que si tanto, Cortés, no te quisiera,
que hoy con tu poca gente en muerte y lloro
tus temerarios fines convirtiera!
¿Guárdase así a los reyes el decoro?
¿Tratáis al vuestro allá de esa manera?
Agradece, Cortés, que a tu locura
no satisfago con venganza dura.»

Cortés que no se altere le replica,

pidiéndole que el pueblo no levante,
y mientras la traición se verifica
(por ser de sus intentos lo importante)
que a su casa se vaya le suplica,
poniéndole la muerte por delante
si el ir con él callando rehusaba
o en su defensa la ciudad se armaba.

Hallóse de esto el bárbaro turbado,
sin saber a Cortés qué responderse;
sin consejo, corrido y atado
bien cuatro horas dudó en el resolverse,
de varios pensamientos rodeado,
mas visto ser dañoso el defenderse:
-«¡Oh triste estado, dice, oh airado cielo!»,
despidiendo un suspiro sin consuelo:

«¡Oh español esforzado y valeroso
(un tanto del coraje enternecido
le dice), el más felice y venturoso
que cuántos ha tu patria producido!:
pues con hecho tan arduo y peligroso
que salgas hoy el cielo ha permitido,
mira que el gran poder del Mejicano,
llevas y va debajo de tu mano.»

Cortés, haciendo humilde acatamiento,
le responde: «Señor, será tu Alteza
tratado con aquel comedimiento
que se debe y es justo a tal grandeza,
y no es ésta prisión, mas cumplimiento,
porque de esta mi gente es la braveza
de suerte que si así no procediera,
a sus manos sin duda feneciera,

«Diciendo no haber hecho diligencia
en el vengar sus muertos compañeros
y que, por mi descuido y negligencia,
dejaba, o por sobornos, de ofenderos:
mas venga Qualpopoca a mi presencia,
que esto será bastante a defenderos,
y poniendo en prisiones al culpado
seréis luego, señor, de ella sacado.»

«Vamos, dice, español, donde quisieres,
que la alta empresa que has acometido

da bien claro a entender lo mucho que eres,
pues que tu esfuerzo a tanto se ha extendido:
del Cielo baja al fin lo que hicieres
y así en todo serás obedecido,
que rehusar su suerte no conviene
al que ofendido como yo le tiene.»

El rostro y ojos inclinó con esto
y en unas andas de oro le llevaron
en casa de Cortés, donde fue puesto
en lugar que por suerte señalaron:
mas en tropel confuso, descompuesto,
a la casa los indios se arrojaron
a librar a su rey, el cual les manda
suspendan por entonces tal demanda,

Diciendo su prisión ser conveniente
para cosa que a todos importaba.
Quietóse con aquesto el pueblo y gente,
que en arma y levantado todo estaba.
¿Quién hazaña leyó tan excelente
ni empresa tan difícil, ardua y brava,
ni cuándo capitán griego o romano
hecho emprendió tan alto y soberano?

Salía Moctezuma, acompañado
de españoles, al templo y sacrificio,
que esto de vuestro abuelo había alcanzado,
a quien su humilde ruego fue propicio.
Habíale con instancia suplicado
que el inhumano, cruel y torpe vicio
de inmolar sangre humana se dejase
y que de todo punto lo evitase.

Mas visto el pueblo errado no cesaba
en su sangrienta y vana idolatría,
la ciega ley que el Bárbaro observaba
y la ofensa que a Cristo se seguía,
mil difíciles medios intentaba
y al fin quedó resuelto en uno un día,
donde mostró su ser y audacia suma
más que en prender al alto Moctezuma.

Fue, pues, que con violenta mano armada
(estando Moctezuma con la gente
de su corte mejor y más granada

en el templo mayor) osadamente
por él con grande esfuerzo derribada
la simulada estatua incontinente
fue, de Tezcatlipuca y dioses vanos,
que adoraban los torpes mejicanos.

Diciendo: «Adverso cruel del ser humano,
ángel altivo, de soberbia lleno,
hoy el Cielo permite que esta mano
la adoración te quite que condeno!
Segunda vez salió tu intento vano,
baja, maldito, a tu profundo seno,
entre el espanto y el crujir de dientes,
que éstos te son lugares convenientes.

«Deja la adoración precisa y santa
para el perfecto Autor de toda cosa,
y para esta insigne y útil planta
en que vertió su sangre fructüosa.»
Con esto el árbol santo en alto planta
con intención y diestra fervorosa,
y con las manos juntas levantadas
dice, postrado en las sangrientas gradas:

-«Aqueste es el lugar a ti debido,
árbol cuyas raíces penetraron
hasta el oscuro reino del olvido,
do las suspensas almas desataron:
y a ese enhiesto pimpollo florecido,
que las venas de Cristo alimentaron,
el cual sobre el Olimpo alzando el vuelo,
abrió el cerrado paso para el Cielo:

«Y a esos abiertos brazos que nos muestras
(de ese tronco feliz ramos tan buenos)
con que abrazaste las miserias nuestras,
haciéndonos de eterna muerte ajenos;
y a ti, ¡oh Señora!, que a su pie te muestras
con los virgíneos ojos de agua llenos,
la adoración se debe que procura
quitaros la infernal y vil criatura.

«Pero mientras mi diestra recibiere
vigor del inflamado pecho ardiente,
y mientras vivo sustentar pudiere
el puesto en que os plantó mi celo hirviente,

no le habéis de perder, y si ocurriere
el infernal poder y el de esta gente,
filos siento en mi espíritu y espada
para vuestra defensa, ¡oh Cruz sagrada!»

«Mas ya son menester, que el furor siento
de la idólatra gente removida,
la cual parte a impedir mi justo intento:
¡Vuestra causa amparad, árbol de vida!»
Calló con esto, y al rigor sangriento
se opone de la turba embravecida
que, al son de caracoles tortuosos,
venía al embestir con pies furiosos.

Pero al altar los ojos levantando,
adonde por cien gradas se subía,
fueron el paso y furia mitigando,
sintiendo sin vigor la sangre fría:
fuese un hielo en sus venas regalando,
infundiendo en sus pechos cobardía,
que en torno de la Cruz una luz vieron
con que del todo el ánimo perdieron.

Mostróse a Moctezuma más patente,
el cual dijo haber visto, en fuego envuelta,
una no conocida, alada gente,
con varias armas, diligente, suelta,
que a la Virgen guardaba y Cruz luciente
de aquella turba bárbara resuelta,
y que en el aire un joven se mostraba
que al idólatra pueblo amenazaba.

Lo cual viendo, alterado, temeroso,
hizo con general y presto bando
que el pueblo amedrentado, receloso
las armas fuese y pretensión dejando:
a quien Cortés, con celo fervoroso,
fue gloriosos misterios declarando,
con que los sacrificios se evitaron
y en agua santa muchos se lavaron.

Viendo Plutón el daño tan notable
que por medio de aquesto le venía,
áspero de llevar, irreparable,
la muchedumbre de almas que perdía,
y que a muchos la ley era agradable

y lo que por momentos se extendía,
con eficacia inquiere y solicita
cómo recuperar su ley maldita.

Para lo cual sus súbditos convoca
y todos, su mandato obedeciendo,
vinieron a juntarse a una alta roca
que está continuas llamas despidiendo
(de su oscura morada ardiente boca),
cuyo ruido el aire ensordeciendo
causa al suelo terror, y sus centellas
se van contraponiendo a las estrellas.

Es aqueste un volcán (Sierra, llamado,
del Humo por el Indio antiguamente)
de Chololla ocho leguas apartado,
que quince leguas en contrario, y veinte,
la tierra habían sus llamas abrasado
con gran rüina y pérdida de gente,
de plantas, mieses, cazas y ganados,
quemando vegas, valles, sotos, prados.

Allí más que otras veces el rüido
en las cóncavas rocas resonaba,
las voces, el estruendo y el aullido
los comarcanos pueblos espantaba,
que como entonces nunca se había oído
ni visto tempestad tan dura y brava:
las flamíferas ascuas que bajaban,
poblados y desiertos abrasaban.

Un gran incendio, al suelo amenazando,
de un turbio y negro velo le vestía,
el estruendo y terror fiero aumentando
tanto que el gran Vulcano parecía
(con su cíclope turba martillando)
que sus yunques durísimos hería:
suben al alto alcázar encendidas
ascuas, de un fiero viento compelidas.

Aquí el bravo, infernal ayuntamiento
estuvo un día y noche voceando
sobre el poner con tiempo impedimento
a la ley que Cortés iba sembrando:
donde se resolvió, para este intento,
fuese Tezcatlipuca (rutilando

con la rica y luciente vestidura
que en Méjico tenía y la figura),

A las casas oscuras, espantosas,
de la mísera Envidia, brevemente,
a pedir que con trazas cautelosas
la rüina atajase y mal presente.
Y con varias industrias ponzoñosas,
(cosa a sus pretensiones conveniente
visto su intento, por ninguna vía,
cuán poco efecto en tierra y mar hacía.

Tezcatlipuca del volcán desciende
envuelto en ciego y negro torbellino.
Por la nublosa vía el aire hiende,
hinchendo de tinieblas el camino:
árbol, planta ni flor no se defiende
de su anhélito ardiente, repentino,
que todo lo que alcanza por do pasa,
arrüina, marchita, seca, abrasa.

Llegando sobre un valle seco, oscuro,
donde jamás el sol entrado había,
sin árbol ni vereda, vido un muro
que un carcomido andamio sostenía,
a quien con proceder continuo y duro
el Aquilón nevoso combatía,
lleno de oscura y negra pesadumbre,
de ponzoñosa y sucia podredumbre.

Aquí detuvo el alto y veloz vuelo
y, al edificio el ídolo bajando,
el aire deja y pisa el seco suelo,
a la lóbrega puerta enderezando:
do a Ajax Telamón vio sin consuelo,
que las armas de Aquiles codiciando,
su miserable suerte lamentaba
porque el prudente Ulises las llevaba.

Mostrábase allí Dédalo envidioso,
dando a Talos la muerte por su mano,
aquél su gran discípulo ingenioso;
y, con dañado intento, vio a Adriano,
de su fortuna mísera quejoso
por las prosperidades de Trajano,
causa de que los partos entregasen

su tierra y el gran puente derribasen.

Vio a Zoilo, que estaba maltratando
a Homero con palabras injuriosas;
vio a Dídimos seis libros hojeando,
copiosos de razones afrentosas,
con que al gran Cicerón iba culpando,
sus obras detrayendo tan famosas;
Salustio y Cicerón vio competían
y que epístolas feas se escribían.

A Calígula vio; cómo al precioso
collar se codiciaba de Torcuato;
que a Esio degollasen por hermoso,
de Envidia pronunciaba el cruel mandato,
y de Pompeyo el tronco generoso
envidiaba, y la crin de Cincinato;
contra Abel a Caín v[e]ía indignado,
por ser más rico que él, y afortunado.

Vio al temeroso Herodes, rey cruento,
que el reino de Mesías envidiando,
iba con proceder bravo, sangriento,
los tiernos inocentes degollando;
de José los hermanos vio y asiento,
y cómo de venderle están tratando;
vio a Mucio, que envidioso enflaquecía
con el aumento y bien que en otros v[e]ía.

Estaban estos bultos mal apuestos,
en frío y duro bronce entretallados,
sin orden en la puerta y zaguán puestos,
con grosera inventiva fabricados:
aquí y allí tendidos, descompuestos,
de orín y herrumbre fea cobijados,
sin otros muchos que decir pudiera
si cansaros, Fernando, no temiera.

Tezcatlipuca entró do se alojaba
la miserable Envidia carcomida,
que en un rincón oscuro se mostraba
en la tierra tristísima tendida:
vio que el vientre insaciable alimentaba
(que aquesta es de ordinario su comida)
de lagartos, culebras y serpientes,
con quebrada color y agudos dientes.

Perezosa de tierra se levanta,
viendo ante sí aquel ídolo dorado,
el cual del espectáculo se espanta tan fiero,
y de facción tan mal formado.
Ella se aflige en ver riqueza tanta,
y se entristece en verle cobijado
con planchas de oro puro reluciente
y ocho esmeraldas gruesas en la frente:

A quien mira con faz ceñuda, airada,
mil profundos suspiros despidiendo.
Tanto era aquella bestia emponzoñada
que él también suspiró, su rostro viendo,
que aunque de la infernal región dañada
vino (el mandato de Plutón cumpliendo),
nunca monstruo tan fiero visto había
ni entendió que la tierra le tenía.

Cuyo cuerpo miraba, mancillado,
flaco y con mal compuesta vestidura,
largo el rostro, amarillo y ocupado
de una sombra mortal, triste y oscura,
con semblante asperísimo, indignado
y cautelosa vista mal segura:
mira los pies descalzos, descarnados,
de espeso y negro vello cobijados.

Nunca duerme, mas siempre está velando,
este animal nocivo, ponzoñoso,
mil suertes de dañar imaginando,
con que priva a los hombres de reposo,
injustamente a muchos derribando
de sus puestos con término afrentoso:
nunca ríe ni en él entró contento
sino con el siniestro acaecimiento.

A éste dice el ídolo: «Ve luego,
de nuestro rey cumpliendo el mandamiento,
sembrando ponzoñoso y vivo fuego,
de tu poder usando, atroz, violento,
de Cuba a la isla fértil, do te ruego
(si es mi ruego también de algún momento)
que en la española gente que la habita
infundas el rencor que te acredita.

«Para que esto detenga el brazo airado,
de un joven español, fuerte, animoso,
cuyo valor (de muchos envidiado)
no pueda conseguir su fin glorioso:
que al rico y nuevo mundo yugo ha echado,
donde, del Nazareno fervoroso,
los ocultos misterios ha esparcido,
con que pierde el Infierno lo adquirido.»

Desparecióse el ídolo con esto
y ella, su estancia lóbrega dejando,
con indignado rostro y vuelo presto,
mar, montes y poblado atravesando,
dejando inficionado y descompuesto
cuanto su fiera vista va tocando,
llega a la fértil Cuba, do en la gente
su semilla esparció, dañosa, ardiente.

Unos hermanos de otros se quejaban
y con palabras y obras se ofendían;
lo que amistad estrecha profesaban,
con el bien del amigo enflaquecían;
de ofenderse mil medios intentaban,
fraudes, insultos, robos cometían,
cada cual su bien sólo pretendiendo
y por dañar al prójimo muriendo.

Con espantosas alas ocupaba
la nocturna tiniebla el bajo suelo;
Dictina en la mitad del cielo estaba,
cubierta de un nubloso y triste velo;
la cuerda en los mortales aflojaba
a la necesidad, trabajo y duelo,
un sueño general, dulce, sabroso,
en silencio gozando de reposo,

Cuando la Envidia andaba visitando
los que el Gobernador más conversaba.
Iba sus más amigos frecuentando
y con su aliento y mano les tocaba:
fueles con su ponzoña inficionando,
y por pechos y entrañas les sembraba
gran cantidad de espinas escabrosas
y nuevas pretensiones envidiosas.

Póneles por delante las proezas

que en la conquista vuestro abuelo hacía,
el oro, plata, piedras y riquezas
que el bárbaro monarca le ofrecía,
su noble proceder y sus grandezas
y cuánto el nuevo mundo le temía:
despiertan sin sosiego suspirando,
mil vueltas a una parte y otra dando.

Aun apenas la estrella radiosa
había muestras de luz al suelo dado,
y de Titón la bella, clara esposa
del mundo el dulce sueño ahuyentado,
cuando la cama, al pretensor odiosa,
cada cual deja, de este mal tocado:
vanse al Gobernador, que gruesa armada
mandó fuese de naves aprestadas,

Para que luego a Méjico partiese
y a vuestro abuelo de él con fuerza echase,
de cuya gente y naves quiso fuese
Pánfilo de Narváez quien se encargase
y que de capitán nombre tuviese,
al cual mandó que al punto se embarcase:
parte de Cuba la pujante flota,
de Yucatán tomando la derrota.

Volviendo a Qualpopoca (a quien llamado
por su descargo Moctezuma había),
digo que a la ciudad había llegado,
a quien puesto en prisión Cortés tenía.
Halló que en la traición era el culpado,
con un hijo y quince hombres que traía,
los cuales todos juntos fueron luego
dados en la ancha plaza al vivo fuego.

Y mientras la sentencia ejecutaba,
agravó a Moctezuma las prisiones,
a quien con grillos de oro aherrojaba
por si aspirase a nuevas pretensiones:
mas hecha la justicia, le quitaba
las estrechas y duras ligazones,
y libertad sabrosa le ofrecía,
la cual vino a decir ya no quería.

Tras esto Moctezuma la obediencia
por Carlos dio a Cortés, con fe jurada,

prometiendo aplacar con diligencia
la gente más remota y arriscada;
mas Luzbel, que en su causa hacía asistencia,
viendo su falsa ley vituperada,
pensando su deseo consiguiera,
trata que el Español dañoso muera.

Estando solo Moctezuma un día,
cuidoso a un aposento retirado,
todo el suelo sintió se estremecía,
de que se halló confuso y atajado:
vio una fogosa boca en él se abría,
y por ella salir un hombre armado,
de aspecto fiero, bravo, en vista horrible,
que con voz le amenaza cruel, terrible.

De fea amarillez cubierto el gesto
y de mortal tiniebla, triste, oscura,
con visaje espantable, descompuesto,
descarnado y de fiera catadura.
Causóle a Moctezuma terror esto
y más cuando una llama viva, pura,
vido que por los ojos le salía
y el turbio y negro aliento que esparcía.

Erízasele al rey, turbado, el pelo
y el fatigado aliento le faltaba;
un entrañable miedo y frío hielo
los miserables huesos le ocupaba.
Tiembra, puestos los ojos en el suelo,
que la fiera visión mirar no osaba,
la cual le dice: «Tímido, abatido,
indigno del imperio que has tenido.

«Yo, soy Acamapich, que la corona
tuve gran tiempo de este triste estado,
que ahora el Español falso pregona
haber con fuerte diestra sujetado:
éste reedificó mi real persona
para que tú, imprudente, acobardado,
vinieses a perder con flaca mano,
y su temido nombre el Mejicano.

«¿Quién sino tú en su reino, entre su gente,
a un extranjero triste se rindiera
y a la dura prisión, infamemente,

la cerviz libre, yerta sometiera?
¿O quién a Qualpopoca, un tal pariente,
quemar en su presencia consintiera?
¿O quién su antigua ley no sustentara,
antes muriendo que otra se plantara?

«Del reino oscuro y cárcel tenebrosa
a que me condenó mi adverso hado
vengo sólo a avisarte de una cosa,
de tu contraria suerte lastimado:
y es que esta gente brava, cauta, odiosa
des a la muerte o echas de tu estado
si no quieres perderle, con la vida,
en afrentosa y mísera caída.»

Despareció Megera con aquesto,
que había en forma de aquél aparecido.
Llama a consejo el rey, donde propuesto
fue el arduo caso en breve, y definido,
de do salió que, con secreto y presto,
un ejército grueso y escogido
de la práctica gente se juntase,
y en la ciudad y fuerzas se alojase.

Cien mil hombres y más juntó en un día
sin que de ello Cortés nada supiese,
a quien luego a llamar furioso envía,
mandándole de Méjico se fuese.
Humilde respondió que le placía,
que un conveniente término le diese
para que algunas naves fabricase
en que a su dulce patria se tornase.

De industria tal respuesta Cortés daba,
que no porque dejar quería la tierra
ni tal por pensamiento le pasaba,
sino acabar del todo aquella guerra:
y así veinte españoles enviaba
para que en los pinares y alta sierra,
con muchos indios, árboles cortasen,
y a labrarlos despacio comenzasen.

En esta coyuntura un indio llega
con nueva a Moctezuma de una armada
que en la costa quedaba, a quien entrega
de algodón una tela delicada

que luego en su presencia se despliega,
donde al vivo la flota figurada
con tanta sutileza se mostraba
que sólo el movimiento le faltaba.

Manda a gran prisa el bárbaro alterado
le llamen a Cortés pero, sabido
por él, se halló confuso y atajado,
suspense, receloso y afligido,
que siempre algún furor del pueblo airado
y voluntad del rey había temido,
por ser gente sin ley, feroz, airada,
brava, inhumana, fiera y arriscada.

Los demás españoles, que entendieron
el peligroso trance que aguardaban,
algún triste y sangriento fin temieron
y con rostros aflictos lo mostraban,
y así al presente mal se previnieron,
que por muerte cualquier sombra juzgaban:
mas quien de esto el suceso ver desea,
el venidero canto atento lea.

CANTO XXII

Surge la armada de Pánfilo de Narváez junto a la Veracruz. Sale Cortés de Méjico en su busca y, asaltándole en un lugar fuerte, le prende y, dejándole en la Veracruz, da la vuelta a Méjico. Cuéntanse también las siniestras señales de la perdición del nuevo mundo, los sacrificios de hombres y derramamiento de sangre humana que los indios hicieron para aplacar sus ídolos, de donde salió el rebelión de la gran ciudad y prevenciones de él, instigados de nuestro antiguo adversario.

A lo que ya dispuesto el Cielo tiene,
poco perturba estigia diligencia,
que el bien o el mal que cada cual contiene
no huye con tan vana resistencia:
aquello nos reparte que conviene
la suma, inevitable Providencia
y a ninguno impedir es concedido
lo que del Cielo está constituido.

Quién ve el soberbio ángel cuidadoso,
quién al gobernador con gruesa armada,
procurando impedir el milagroso
efecto de tan alta y gran jornada:

¿piensas, dañado príncipe ambicioso,
que la infernal potencia conjurada,
con proceder fogoso detestable,
podrá mudar el hado inevitable?

¿No sabes tú, ángel vano, que postrados
a los pies del Autor de toda cosa
están Naturaleza, suerte y hados
allá en su excelsa estancia luminosa,
por quien son los designios gobernados,
el cielo, tierra, infierno y mar ondosa,
las aves y compuestos elementos?
¿Por qué en vano fatigas tus intento?

Junto a la Veracruz surgió la armada
de Pánfilo, detrás de unos peñoles,
de dieciocho bajeles numerada
y en ellos novecientos españoles
con ochenta caballos de extremada
señal; a quien centlí, pavos, frisoles,
los pueblos de la costa presentaron,
que ser navíos de Cortés pensaron.

Pánfilo con su gente salta en tierra
y a Cempoallán se fue, determinado
de mover a Cortés sangrienta guerra
o hacerle desistir de lo ganado;
comienza a levantar la costa y sierra
con término imprudente, apasionado,
a los indios diciendo le siguiesen
si algunas quejas de Cortés tuviesen.

Sabido por Cortés lo que pasaba,
escribe y pide a Pánfilo se vean,
y que las provisiones que llevaba
de Carlos Quinto en público se lean:
por que (visto por él lo que mandaba)
obedecidas, cual conviene, sean
y no altere los pueblos entre tanto,
cosa que a Dios y al Rey ofende tanto.

Pánfilo, sin ningún comedimiento,
responde que la tierra luego deje
y que salga de Méjico al momento
y, no lo haciendo así, de él no se queje,
de que le hizo hacer requerimiento;

mas viendo el ciego lazo que se teje
en daño suyo, al hado el pecho puso
y a fiarlo a su diestra se dispuso.

Después de haber el caso con su gente
en confuso votar comunicado
y, con lengua apacible y elocuente,
a su pequeño ejército exhortado,
fuese al gran Moctezuma incontinente
(de quien era aquel día convidado),
a quien, después de haber los dos comido,
suplica le conceda grato oído.

Dírele: «Como siempre en mí el serviros
ha sido el blanco donde va mi intento,
y de aquello que pueda desabrirros
declarado enemigo, atroz, sangriento,
quiero satisfaceros con deciros
cuánto procuro vuestro real aumento,
pues ya estáis de mis obras satisfecho,
do algunas experiencias habéis hecho.

«Yo os allané la tierra y los señores
antes que en vuestra gran ciudad entrase;
vuestro reino amparé y gobernadores,
para que en dulce paz se conservase;
yo os envié los presos cogedores,
cuya muerte impedí se ejecutase
por los bravos caciques indignados,
contra vuestra corona conjurados.

«Y no tengáis por menos importante
el servicio, señor, de haberos preso,
pues con él evité fuese adelante
la sangrienta intención de un mal suceso:
cosa que fue a impedir, señor, bastante,
de vuestra muerte y mía el hado avieso,
que la española gente procuraba
porque los nueve muertos no vengaba.

«No os traigo a la memoria lo servido
porque satisfacción de ello pretenda,
ni del modo, señor, que he procedido
es bien tan bajo término se entienda;
mas porque os enteréis que siempre he sido
de quien podéis fiar vida y hacienda,

de mi prisión la fe y palabra os suelto,
que de irme, cual mandáis, estoy resuelto.

«Mas si os es de algún gusto el obligarme,
y no os fuerza negocio de importancia,
haréisme gran merced en aguardarme
(mientras voy a la costa) en esta estancia:
de que habéis la palabra y fe de darme,
y en defender mi gente hacer instancia,
porque nadie la ofenda con mi ausencia,
pues siempre la amparó vuestra presencia.

«Que yo parto a decir a aquella gente,
que de mi dulce patria es ya venida,
cómo por Vuestra Alteza expresamente
me es mandado apresure mi partida:
y advertirle también que es conveniente
en nada vuestra gente sea ofendida,
ni de las naves hombre salte en tierra,
por evitar escándalos y guerra.

«Será con brevedad, señor, mi vuelta
si vos no me mandáis haga otra cosa,
que ya toda mi gente está resuelta
de irse a su patria y de ello deseosa.
Pienso de Tlaxcallán tomar la vuelta
(aunque no sé si está de mí gustosa),
por donde habré de entrar con mano armada
a si acaso me deniegan la pasada.»

Responde Moctezuma enternecido:

«Ninguna cosa os dé, Cortés, cuidado,
que por mis dioses juro que he sentido
haberos por tan poco contrastado.
Siempre seréis de mí favorecido
y de mi gente y reinos ayudado,
los cuales pospondré por complaceros
y, de quien os ofenda, defenderos.

«Vuestras cajas tocad, haced la gente
que baste para hacer el paso llano,
de Méjico escoged la más valiente
y en mi tesoro real meted la mano;
y si éste os pareciere inconveniente,
tomad otro camino, aunque a trasmano,
por donde podréis ir hasta la costa

por tierras mías, a mi cuenta y costa.»

Entonces la rodilla hincó en el suelo
Cortés, y al gran señor besó las manos
lleno de regocijo y de consuelo,
oyendo ofrecimientos tan humanos.
Moctezuma replica: ¿«Id sin recelo,
que aquí me hallaréis con los cristianos.
De no desampararlos os prometo,
llevad de mi palabra este conceto.»

Con esto y con doscientos y cincuenta
españoles a punto, bien armados,
arcabuceros de éstos los noventa,
y trescientos tamemes alentados,
vuestro abuelo de Méjico se ausenta,
otros tantos dejando diputados
para que a Moctezuma acompañasen
y en la prisión cuidadosos le guardasen.

Por capitán a Pedro de Alvarado,
su teniente, dejó, y a donde estaba
Pánfilo con sus gentes alojado,
con presuroso paso caminaba.
En Chololla y Tlaxcala fue hospedado,
que cada cual servirle procuraba:
mas en tanto que en esto se detiene,
diré lo que en su daño se previene.

La mejicana gente belicosa,
a ser señora siempre acostumbrada,
en ira ardiendo y rabia vergonzosa,
de verse de mortales sujetada,
viendo a su rey en cárcel afrentosa
y su temida ley vituperada,
de la cerviz sacude el yugo duro,
por señales temiendo el mal futuro;

La memoria afligiendo con agüeros
en los pasados tiempos ofrecidos,
con algunos presentes, graves, fieros,
no menos admirables que temidos,
por donde rastrearon que a extranjeros
habían de ser sus cuellos sometidos,
los cuales en el aire, osadamente,
visto habían pelear con pecho hirviente.

En todo a los iberos semejantes
eran estos guerreros belicosos,
que con golpes durísimos, pujantes,
los aires asordaban orgullosos.
Estos del fiero Antípoda triunfantes
iban, cargados de trofeos honrosos;
y así, cuando al Hesperio el Indio vido,
ser dijo el que en el aire había vencido.

Los aires de amenazas se hincheron,
de pronósticos tristes y señales;
la tierra y mar bastante indicio dieron
del ímpetu preciso de sus males.
Caer del aire humor sanguino vieron,
mal agüero en las aves y animales,
y una estrella fogosa, vehemente,
volar sobre ellos del rosado oriente.

Vieron envuelto en fiero incendio el cielo
y, entre prestos relámpagos fogosos,
en bonanza bajar rayos al suelo,
con frecuencia de truenos espantosos:
la faz se oscureció del rey de Delo
y sus cabellos (crespos y hermosos)
en el medio escondió de su discurso,
forzándole de nieblas gran concurso.

Vieron cometas que, con largas colas,
sobre la gran ciudad se reclinaban;
grandes peces salir de entre las olas
del mar y que en la tierra se quedaban;
al mediodía las Cabrillas solas
compitiendo con Titán relumbraban;
estrellas nunca vistas descubrieron,
que de su perdición prodigio fueron.

Vieron una visión bajar en vuelo,
estando al sacrificio un hombre dando,
el cual, con ojos fijos en el cielo,
estaba a Dios con lágrimas llamando.
Esta le dijo: «Amigo, ten consuelo,
que al que pides favor te está aguardando,
y presto cesará el torpe ejercicio
del sangriento, inhumano sacrificio.»

Oyeron llorosísimos aullidos
de perros, y en serpientes silbos roncós,
de fieras asperísimos bramidos,
retumbando su horror en huecos troncos;
abriéndose, la tierra dio estallidos,
hinchendo el aire de gemidos broncos:
bajó también su quicio con estruendo,
de que el orbe quedó todo tremiendo.

De súbito las luces se murieron
que estaban en los templos encendidas;
las ofrendas de suyo se cayeron,
aunque en escarpías gruesas suspendidas.
De día mil nocturnas aves vieron
graznar, en varias partes esparcidas;
de noche en la ciudad fieras hallaron,
y bestias que la lengua humana hablaron.

Oyeron muchas voces espantosas
que en los sepulcros los difuntos daban;
aparecieronse ánimas penosas
que el venidero daño denunciaban.
Oyóse estruendo y voces belicosas,
que en los desiertos campos resonaban,
cual si dos gruesas haces se embistieran
y en sangrienta batalla contendieran.

Vistos en la ciudad estos agüeros,
confusos, recelosos, atajados,
acuerdan de llamar los agoreros
de Colimán y Talco más nombrados:
donde estaban dos vanos estrelleros
que de gente vivían apartados,
el uno de los cuales único era
(llamado Goro) en revolver su esfera.

Este mandó que luego degollasen
diez niños, de a tres años cada uno,
también cien cojugadas, y mezclasen
la sangre en una urna, todo en uno,
y que la piedra hiena dentro echasen
y, de frente de lobo, pelo uno,
los dos ojos y entrañas de un raposo,
cabeza y pie de perro vedijoso.

Con esta sangre Goro humildemente

el templo roció, y sus dioses vanos,
llevando en procesión copia de gente,
granados y plebeyos ciudadanos.
Rezando con voz baja y pecho hirviente,
roció también los muros mejicanos,
con larga toga de algodón ceñida
y la calva cabeza en leche ungida.

Llegó con esto Goro do tenían
cincuenta hombres cautivos maniatados
(que entre millares escogido habían
por los más corpulentos y esforzados)
que al dios de sus batallas dar querían,
a quien habían de ser sacrificados,
para que así su furia se templase
y con aquella sangre se aplacase.

Abrió en las aras Goro al uno el pecho,
mas, en lugar de sangre, por la herida
(de que no quedó el indio satisfecho)
salió una verde cólera encendida,
y de otros veinte el sacrificio hecho,
salió la misma mezcla recocida:
lob muertos corazones no latían
y de cuajada podre se cubrían.

Visto por Goro los futuros males
que la no acepta ofrenda prometía,
los pronósticos tristes y señales
de que el cielo, la tierra y mar se henchía,
dijo: «Ofendidos dioses celestiales,
¿cómo la entorpecida lengua mía
al afligido pueblo mejicano
dará a entender lo que obra vuestra mano?»

Con esto y un suspiro dolorido
dijo: «Grandes miserias aguardamos;
nuestro dios de la guerra está ofendido
y en vano en aplacarle nos cansamos.
Ruegos ni sacrificios no ha admitido;
todos permite al fin que nos perdamos,
y esto no sólo en Méjico se entiende,
que a todos estos reinos comprehende.

«¡Oh mal afortunados mejicanos,
que ver tan triste día merecisteis!

y dichosos aquellos que a las manos
de vuestros enemigos morir visiteis
en los soberbios campos tlaxcallanos
(cuyas muertes, en fin, vengar pudisteis),
y dichosos aquellos cuya vida
fue sin sazón en verde flor cogida.

«¡Oh soberanos dioses celestiales!
si a humanos ruegos dais gratas orejas
y no os ofenden ya (por ser mortales)
las justas causas de mis justas quejas,
mirad con píos ojos nuestros males,
renovados por graves culpas viejas:
no pague por el malo el inocente,
pues es, cual veis, en culpa diferente.»

Abrió por las espaldas tras aquesto
a un cautivo, Goro, el más fornido,
a quien hizo el pellejo fuese presto
del palpitante cuerpo dividido.
Quedó deforme, fiero, descompuesto,
en el suelo temblando con gemido:
cuya alma se detuvo en la salida
por no haber vía y puerta conocida.

La toga se quitó, y la piel caliente,
corriendo sangre, el bárbaro se viste;
la abertura cosiéndole igualmente,
de la hórrida corteza se reviste.
El corvo cuerpo y la arrugada frente
esconde en ella, con semblante triste,
de quien huir la turba bien pudiera
si tan crüel costumbre no tuviera.

Usaban de estas y otras crueldades
con nombre de devoto sacrificio,
de nuestro antiguo adverso novedades,
puestas ya por costumbre en ejercicio.
Sembraba allí el tirano sus maldades
con toda suerte y género de vicio:
hablaba con los indios por momentos,
dándoles como suyos documentos.

Fue al templo el viejo Goro revestido
y tras él todo el pueblo alborotado,
adonde habían cien hombres prevenido

que ofrecer a su dios sangriento, airado:
cuyo pecho en las aras fue roto
y, de uno en uno, el corazón sacado,
con cuya sangre el ídolo regaron
y, latiendo, a sus pies los arrojaron.

A quien, haciendo humilde reverencia,
llegó el vano agorero con respeto,
juzgando su atrever por indecencia.
Le suplica reponga el cruel decreto,
procura escudriñar con diligencia
de la habladora estatua lo secreto,
de espíritus malignos entrañada
y de respuestas fáciles preñada.

¿Quién del tartáreo, horrible ayuntamiento
en esta hueca estatua está metido,
que hiera la región del vago viento
con voz horrenda y áspero bramido,
produciendo secretos ciento a ciento,
no a humano entendimiento permitido,
su depravada ley falsa ensanchando,
de tantas almas desde allí triunfando?

Gran rato estuvo en la oración ferviente,
junto al ídolo, el indio arrodillado,
y en gran silencio la devota gente
la respuesta aguardando con cuidado:
tembló el templo y la estatua reciamente,
llenos de aquel furor endemoniado,
dando muestra al entrar de que venía
el sol cegando y enturbiando el día.

Bien quisiera ya el bárbaro apartarse
a inquirir desde afuera aquel secreto,
que los huesos sintió desencajarse
del frágil cuerpo, con crujir inquieto,
y los compuestos miembros desgozarse,
de temor erizado el pelo prieto,
mas no pudo apartarse cuando quiso,
sin saber el tartáreo, crudo aviso.

Volvióse al pueblo el cuello retorciendo,
hiriendo con furor entrambas manos,
las altas gradas con los pies batiendo
con mil mudos afectos inhumanos:

en cuyo angosto pecho no cabiendo
tantos secretos infernales vanos,
los unos con los otros combatían,
que en confuso montón salir querían.

Un murmurio en su pecho resonaba,
de encontradas palabras abundoso,
que un nuevo caos en él manifestaba
cual pudiera en lugar más espacioso;
un aliento con otro se atajaba,
según era su curso presuroso:
sonó en el templo un áspero bramido
y de Goro, tras esto, un fiero aullido.

«Esta gente conviene, dijo, muera,
que es el mayor contraste que tenemos,
y es posible será de esta manera
que los temidos daños evitemos.
Que hubiera luego efecto gran bien fuera,
pues con cosa tan cara no podemos
a nuestro airado dios hacer servicio
ni ofrecerle más grato sacrificio.

«Cese la nueva ley introducida
que del Crucificado aquestos llaman,
sea de nuestro templo impelida
la que por madre tan de veras aman
y en la necesidad más conocida
«¡Gloriosa Virgen!» (como oísteis) claman.
No pierda nuestra ley su antigua fuerza,
antes muramos, pues, cual veis, es fuerza.»

Dijo, y un gran zurrido, en voto acorde,
discurre por la turba bulliciosa;
no hay ninguno del sátrapa discordo:
apellidando libertad sabrosa,
«¡Muera, muera (sonaba en voz concorde),
esta gente atrevida, jactanciosa,
que turba los antiguos sacrificios
de sangre, a nuestros dioses tan propicios!»

Que cesasen los pleitos decretaron,
y hasta ocasión mejor se suspendiesen;
los contratos también todos cesaron,
porque el usar las armas no impidiesen;
los jueces el hábito tomaron

de Marte, porque todos los siguiesen
y no causar temor como justicia,
sino incitar mejor a la milicia.

Sólo en recuperar su ley se trata
y en librar a su rey de cárcel dura.
El temeroso Hesperio se recata,
su estancia reforzando mal segura:
un fuego ve se enciende y se dilata
(en medio de su próspera ventura)
que amenazando está, con fin lloroso,
su proceder, al Cielo ya enojoso.

Iba de muchos la maldad creciendo,
su codicioso y deshonesto trato
(por su torpe apetito) discurriendo
a suelta rienda, sin ningún recato;
con la prosperidad desconociendo
a su glorioso autor, con pecho ingrato:
¡Oh cuán poco, mortales, entendemos,
pues con el bien a Dios desconocemos!

Ya del pesado sueño convencidos
los fatigados cuerpos reposaban,
y a un general descanso reducidos,
del trabajoso curso descansaban.
Cesaron de los lobos los aullidos,
todas las cosas en silencio estaban;
Hécate la mitad tenía del cielo,
de escasa y turbia luz bañando el suelo.

Cuando Cortés, al fuerte arremetiendo
donde el soberbio Pánfilo yacía,
por la española gente entró rompiendo
con proceder sangriento y cruel porfía,
a quien con duros lazos oprimiendo,
con él en Villa Rica amanecía,
quedando el vano Pánfilo herido
y habiendo un ojo en esta lid perdido.

Dejóle en Villa Rica aprisionado,
y atrayendo con término prudente
la gente de quien iba acompañado
(cosa a sus altos fines conveniente),
con razones habiéndola aplacado,
para Méjico parte alegremente,

do le amenaza confusión y espanto,
bien como expresará el siguiente canto.

CANTO XXIII

Pretenden los mejicanos quitar del altar, con armada mano, la imagen de Nuestra Señora que Cortés había puesto, de adonde resulta un comprobado milagro. Combaten los indios la estancia de los españoles. Da Cortés vista a Méjico, donde entra con gran recelo. Hace un general razonamiento Cuetlabac a los indios ofreciéndose por su caudillo y, señalándose valerosamente, embiste a la casa fuerte de los españoles con estrecho cerco y dura batería.

Cuando el perfecto Autor de toda cosa
instituyó la iglesia primitiva,
mandó que su doctrina fructüosa
se esparciese en la tierra con voz viva,
con fuerza sobrehumana, milagrosa,
autorizando lo que haciendo iba,
en nombre suyo, aquel sin par colegio,
dotado de tan alto privilegio.

Unos el capitán encadenado
de los humanos cuerpos desterrando,
con vieja posesión apoderado;
otros al ciego el claro sol mostrando;
otros al cuerpo mísero, encorvado,
que lleve las muletas enseñando,
con paso agradecido y libre, al templo,
a suspenderlas por glorioso ejemplo.

Otros a los llorados cuerpos muertos
los ausentes espíritus volviendo
iban, a los helados miembros yertos
su antigua fuerza y ser restituyendo;
otros en los poblados y desiertos
millones de milagros mil haciendo,
hasta que la palabra y fe sagrada
fue, cual hoy resplandece, autorizada.

Luego (según aquesto) fácil cosa
será de persuadir que conveniente
fue que, de aquesta alteza milagrosa,
también usase entre la indiana gente,
la fe empezando a introducir gloriosa,
y primitiva iglesia permanente,

que si entonces su causa Dios trataba,
ahora un mundo entero la ignoraba.

¡Oh altísimo misterio soberano,
de inmensa admiración por cierto dino!
que Dios tuviese al ciego Mejicano
cerrado tantos años el camino;
sin dar noticia alguna a rey cristiano,
hasta que este varón al mundo vino,
que fue en el año mismo que Lutero,
monstruo contra la Iglesia horrible y fiero.

Este, para sembrar mil opiniones
torpes, sin fundamento, ciegas, vanas,
y henchir de almas las tártaras regiones
con mil doctrinas bárbaras, insanas;
aquél, para ocupar de mil millones
de ellas las altas sillas soberanas:
donde se esconde el sol la fe plantando,
un mundo entero a su obediencia dando.

Uno, para abrasar los templos santos
y profanar su culto misterioso,
usando con las vírgenes de cuántos
insultos pudo un monstruo tan vicioso;
otro, para fundar lugares tantos,
do la Cruz introdujo fervoroso
y adonde, como vemos, adorado
es el perfecto Autor de lo criado.

Pues a un varón electo por el cielo
para cosas tan altas (cual sabemos),
de tan cristiano proceder y celo,
que Dios le quiso mucho creer debemos,
pues antes ni después que dejó el suelo
otra cosa en contrario no tenemos:
¡Quién te viera, oh varón afortunado,
ahora apóstol siendo, ora soldado!

¿Qué Pompeyo, triunfando en edad tierna
del contrastado Hiarbas, hizo tanto?
¿Qué Julio, qué Escipión de fama eterna,
qué Alejandro, que al mundo puso espanto?
¿Quién en la antigua edad y la moderna
dio tan llena materia a humano canto?
¿O cuál Aníbal, Pirro, Emilio, Antonio

dejó de su valor tal testimonio?

Estos hicieron hechos valerosos,
mas de ejércitos gruesos ayudados,
de cercanos socorros poderosos
y de lo necesario confiados.
No cual este varón menesterosos,
ganaron fama y nombre celebrados,
que bienes de fortuna son gran parte
para hacer resistencia al fiero Marte.

Que un hombre sin dineros, empeñado,
con tan pequeña flota y compañía,
se confiase del instable hado
y le siguiese por incierta vía:
y un mundo, hasta entonces ignorado,
con tal valor entrase, do no había
socorros (ni de haberlos esperanza)
más del valerle a cada cual su lanza.

Cosas son que, por cierto, bien miradas
dejan atrás el discernir humano,
pues testimonio dan de ser guiadas
por la alta, poderosa y franca mano,
a quien las intenciones más dañadas
no podrán calumniar; negocio es llano,
pues cuatro partes que el milagro quiere
aquí las hallará quien las leyere.

Milagro obra es de Dios maravillosa,
sobre lo natural acontecida,
por su alta omnipotencia misteriosa
a los flacos mortales ofrecida.
Esta es, de cuatro, la primera cosa
que el milagro requiere definida
para ser verdadero y no fingido,
como en Iañes, el mago, ya se vido.

La segunda ha de ser que admire al suelo,
el ordinario curso atrás dejando,
y la tercera, el pío y santo celo
de aquél por quien se va el milagro obrando;
la cuarta, que acaezca por el Cielo
y en cosa que la fe va confirmando,
y con aquestas partes que refiero,
será el milagro justo y verdadero.

Pues si estas cuatro partes cotejamos
con las de los milagros que aquí canto,
veremos cuán conformes las hallamos
y que no en ponderarlas me adelanto:
nuestra incredulidad aborrezcamos,
pues que ya en nuestro daño puede tanto
que se temen decir estas verdades
sin dar de la Escritura autoridades.

¡Gloriosa Virgen, virgen excelente!
del Redentor depósito divino,
dorada llave, que a la rea gente
abrió el cerrado, celestial camino;
norte de vida, cuya luz fulgente
la tiniebla mortal rompiendo vino:
para cantar haced mi estilo grave,
lo menos, Virgen, que de vos se sabe.

No vuestras excelencias virginales,
señora, cantaré, por ser notorias;
ni mis versos, humildes, manüales,
dignos se sienten de tan altas glorias,
que vuestros coronistas celestiales
al mundo admiran con cien mil historias,
mas algunas, en Indias sucedidas,
cantaré por remotas, no sabidas.

Apenas hubo el agorero vano
al bullicioso pueblo persuadido,
cuando con furia y prevenida mano,
alzando un alto y súbito alarido,
al lugar do Cortés (del hecho ufano)
de la Virgen la efigie había subido,
arremetió con ímpetu gritando,
despedazar la tabla procurando.

A quien como los bárbaros tocasen
con sacrílegas manos indignadas,
y por diversas partes la trabasen
para arrojarla por las altas gradas,
y con tanta violencia porfiasen,
de la imagen mil manos aferradas
pegadas a la tabla se quedaron
según lo poco o mucho que alcanzaron.

Donde por largo espacio, con gemidos,
estuvieron su suerte lamentando,
mas los demás (del miedo compelidos)
huyen, tabla y lugar desamparando:
miraban a los míseros asidos,
que andaban de soltarse procurando,
cual pájaros en liga pegajosa,
con queja al viento y lengua presurosa.

Mas el piadoso Dios, que no pretende
del hombre la ruina, sino enmienda,
aunque amedrenta al Indio, no le ofende,
mas quiere que algo de su ser se entienda:
de esta opresión le suelta, de a do entiende
no hallar el triste a tal fatiga senda,
quedándose la Virgen como estaba
y con admiración la turba brava.

Dejan el templo y con orgullo parte
un confuso tropel de toda gente,
la demás convocando a toda parte
con alta voz y paso diligente:
alzan de Moctezuma el estandarte,
tocan al arma con bullicio hirviente,
suenan flautas, tambores y cornetas,
tortuosos caracoles y trompetas.

Los bárbaros sus casas desamparan,
de ira ciegos y en coraje envueltos;
como si en vivo incendio se abrasaran
huyen de ellas con ánimos resueltos:
o como si a caer amenazaran
los materiales, unos de otros sueltos,
asina cada cual su casa deja
y de lo más querido más se aleja.

Del armarse la prisa embarazosa
a los más diligentes más impide:
quién por tomar el arma más dañosa
la menos útil con enojo pide;
quién con alada flecha ponzoñosa
apremia el arco y su pujanza mide;
quién sin espada del bastón se vale;
quién, pensando se armó, sin armas sale.

Todos con paso largo, descompuesto,

van en ciego montón, sin aguardarse;
el amigo más grato es ya molesto
como haya atrás un pie por él de echarse:
no hay ruego acepto (ni aun de padre) en esto
ni quien atienda a más que adelantarse,
pensando de adquirir, con ser primero,
glorioso nombre en el combate fiero.

Temen los corvos viejos los agüeros
y con varios juicios los explican,
con que los graves daños venideros
por antiguas señales certifican,
trayendo muy de atrás prodigios fieros
con que más los temores multiplican.
Lloran los niños, las mujeres lloran,
y siempre sus recelos empeoran.

Sin orden por las calles discurriendo
las jóvenes hermosas van errando:
los trenzados cabellos descogiendo,
los rostros con las manos maltratando,
a los abiertos templos van corriendo
y, los pies de sus dioses abrazando,
con abundosas lágrimas los riegan
y por sabrosa paz y vidas ruegan.

La grito se acrecienta, el temor crece,
y teme lo que finge el más medroso;
el más claro juicio se entorpece
y al más torpe acompaña en temeroso:
todo es mal cuanto el hado adverso ofrece
y miserable estado prodigioso,
que nunca el mal se cansa ni tropieza
cuando a descomponer a alguno empieza.

Cincuenta mil soldados mejicanos
en menos de dos horas se juntaron,
sin gran copia de armados ciudadanos,
que de setenta mil y más pasaron:
con ánimos briosos y lozanos
al sitio y casa fuerte se acercaron
do el Español estaba recogido,
temeroso y a lid apercebido.

Comienzan el combate riguroso,
sube al cielo el estruendo y vocería:

«¡Dadnos a Moctezuma valeroso!»,
toda la turba bárbara decía.
El Español, aflicto y temeroso,
con gran valor su estancia defendía,
copia de tiros desde arriba arroja
y de su audacia mínima no afloja.

Mas no quedara de ellos hombre a vida,
si el alto Moctezuma no mandara
con instancia a la turba embravecida
que el rigor asperísimo dejara.
Fue con valor la casa combatida,
y si Dios su ruina no estorbara
con milagros visibles, piedra enhiesta
no quedara a su furia descompuesta.

Teníalos la sed en punto estrecho,
y en el patio, en la tierra un hoyo abriendo
de hondo a la rodilla aun no de trecho:
de agua copiosa vena fue saliendo
con que quedó el Esperio satisfecho,
el milagro notorio conociendo,
que el suelo salobral la producía
no salada, más dulce, clara y fría.

Viéndose en confusión tal, Alvarado
repara el fuerte y casa diligente,
guardando a Moctezuma con cuidado
porque no se le fuese con su gente:
hizo a Cortés saber el triste estado
del duro rebelión y mal presente,
fiando su intención de un indio amigo
que fue, señor, de todo buen testigo.

Cortés, con nueva tan pesada y dura,
en lo íntimo del pecho el fin temiendo,
el paso para Méjico apresura,
por la dificultad mayor rompiendo.
Bien ve que es en terrible coyuntura,
mil siniestros sucesos revolviendo,
y mientras duermen todos Cortés vela,
que siempre es el que manda centinela.

Temen los españoles su ruina,
mas de Cortés oyendo las razones,
a ser un Julio cada cual se inclina

en las más peligrosas ocasiones:
el corazón más tímido se indina
y aspira a graves y arduas pretensiones,
que al fin la exhortación al fuerte esfuerzo,
y si al cobarde no, a callar le fuerza.

Hizo reseña, donde halló que había
cien caballos revueltos y ligeros,
mil hombres de española infantería,
de amigos indios ocho mil flecheros,
que de la Liga y Tlaxcallán traía
y Huexocinco, por los más certeros,
entre muchos millares señalados
por fuertes, corpulentos y alentados.

Cortés con esto a Méjico dio vista,
y viendo la ciudad callada y quieta
que no hay quien la entrada le resista,
duda el seguirla y el temor le aprieta:
teme la turba bárbara le embista
con sus celadas o traición secreta,
y aqúeste no es temor, sino advertencia,
que da al de más valor más excelencia.

Concierta sus pequeños escuadrones
y por la gran ciudad el paso tiende,
arbolados de Carlos los pendones,
do la águila imperial la garra extiende,
que del rebelde imperio a los varones
castiga y en Viena al Turco ofende,
y al temido Francisco de la Galia
prende, de quien tembló la fuerte Italia.

Aquéstos y otros triunfos refería
Cortés del quinto Carlo a sus soldados,
en quien altos deseos infundía
de tan gloriosos hechos alentados:
«Pongamos otro triunfo, les decía,
con éstos por la fama celebrados,
debajo, amigos, la imperial bandera
que un mundo entero de quien sois espera.»

Vio al entrar por las calles poca gente,
sin mujeres y niños las ventanas,
desbaratados uno y otro puente,
dos fuertes casas por el suelo llanas.

De armas rumor ninguno no se siente,
antes calles y plazas hacen llanas,
que aquéste era del Bárbaro el decreto
para que su intención tuviese efeto.

Estaba ya de acuerdo el Mejicano
que al Ibero la entrada no impidiesen,
con que su fin sangriento estaba llano
sólo con que los puentes le rompiesen,
de adonde (sin remedio sobrehumano)
era imposible que salir pudiesen,
tenido por negocio ya acabado,
con el ángel soberbio consultado.

Entró en el español alojamiento
el sin par capitán sin resistencia,
dando al aflicto amigo gran contento,
en aprieto tan grande, su presencia.
Dejó el gran Moctezuma su aposento
de do (cual prometió) no hizo ausencia,
a Cortés recibiendo con caricia,
culpando de su pueblo la malicia.

Con esto a sus estancias se retira
cada cual, uno de otro receloso.
De ver el menester Cortés se admira
de su gente, y estado peligroso.
Del duro rebelión las causas mira,
nacidas de un extremo codicioso;
nótalas, pero advierte que es cordura
buscar para el castigo coyuntura.

Cosas notables a Cortés contaron,
en los recios combates sucedidas,
los milagros también con que escaparon
diversas veces las lloradas vidas.
Que vieron en los aires, afirmaron,
del Indio las escuadras ofendidas,
una mujer fulgente que arrojaba
tierra, con que la vista les quitaba.

Que en un caballo blanco un hombre vieron
haciendo estrago, en ellos sanguinoso,
a quien por celestial todos tuvieron
según el rostro y hábito lustroso;
que de él con gran terror se retrajeron,

el combate dejando fervoroso:
aquella era la Virgen y éste el santo
patrón de España, a quien debemos tanto.

De aquéostas y otras cosas informado,
la casa reparó con diligencia,
a los indios mandando su mercado
hiciesen sin ninguna diferencia,
según como hasta allí lo habían usado,
cuyo mandato tuvo resistencia:
de que dijo Cortés, algo mohíno,
cosas de que notable daño vino.

No debe el enemigo maltratarse
cuando aplacarse quiere mayormente,
ni con armas la paz ha de buscarse,
con palabras ni término impaciente;
no de que no le entiende ha de fiarse
el contrario, aunque en lengua diferente,
que nunca falta al mal quien le declare
ni al bien quien le oscurezca y desampare.

Estaba con Cortés en su aposento
un valiente cacique poderoso,
los afectos notando y movimiento
de vuestro abuelo, y término enojoso:
mandóle, con aquel desabrimiento,
que al levantado pueblo bullicioso
a empezar mercado compeliere
y que del orden dado no excediere.

Cíñese un coselete con presteza
(de tres dobleces de una piel curada)
el indio, con gallarda sutileza,
sobre tostado líbano asentada;
de un capacete de oro la cabeza,
con una roja pluma levantada,
fija en el hueco de una perla lisa,
y un sol en la cimera por divisa.

Acudió donde nunca a Dios pluguiera
(mostrando ir donde el general mandaba),
indignado del término y manera
con que tan sin respeto los trataba.
El paso alarga y a la turba fiera
en la espaciosa plaza congregaba,

(que estaba de morir todo resuelta),
do sin temor la voz el indio suelta,

Diciendo: «No el altivo atrevimiento
puede con justo título llamarse
esfuerzo, porque va sin fundamento
y es sin él imposible el conservarse.
Bueno es el arriscado pensamiento,
con la ocasión sabiendo acomodarse,
mas si de aquestos límites excede,
locura y no valor llamarse puede.

«Ni tengáis por menor inconveniente,
cuando viene, el perder la coyuntura,
que aquéste es de fortuna propiamente
el punto, y do consiste la ventura:
¿de qué sirve que al tímido imprudente
le comunique el Cielo su hondura
si no sabe elegir lo que conviene
y del medio contrario se previene?

«De estos extremos dos ninguno apruebo,
ni de ellos debe usar quien busca gloria;
que uséis del medio aconsejaros debo,
cosa loable y digna de memoria.
No a mi propio interés, cual veis, me muevo,
que mi sana intención os es notoria,
y nunca, si advertís, propuse cosa
que fuese a mi república dañosa.

«Duéleme, oh valerosos mejicanos,
la suerte general que nos persigue,
y que seis extranjeros tengan manos
a quien la cara libertad se obligue,
y que de nuestros triunfos soberanos
no aumento, mas infamia, se nos sigue:
pues si al contrario la cerviz bajamos,
con ella nuestras glorias le entregamos.

«No emprendéis gran hazaña en defenderos,
que un pájaro en su nido se defiende.
Si en vuestra tierra receláis perderos
y en vuestros pechos tal temor se extiende,
mal podréis en la ajena guareceros,
a quien la extraña libertad ofende:
mirad que aquésta es prenda tan subida

que sólo ha de perderse con la vida.

«La edad tenéis dispuesta y vigorosa,
el ánimo a venganza provocado,
notada vuestra ley de perniciosa,
vuestro rey en prisión vituperado.
El reino, de esta gente codiciosa
está (cual veis) revuelto y usurpado.
Pues si esto os es notorio, ¿a qué aguardamos
que ley, patria y señor no libertamos?»

«Vuestros estados, casas, posesiones,
entregáis al contrario si hay flaqueza;
vuestros hijos cautivos y en prisiones,
de mujeres e hijas la pureza;
dais al soldado abiertas ocasiones
que a vuestros ojos manche su limpieza;
la honra posponéis por quedar vivos,
y el mayor bien que os queda es ser cautivos.

«Todo aquesto Fortuna nos promete
por premio de la próspera victoria;
sólo falta nuestro ánimo lo acete,
haciéndose capaz de eterna gloria:
mirad la obligación en que nos mete
nuestra afrentosa pérdida notoria,
que a aquésta debéis más, y a vuestro aumento,
señores, que a mi mal razonamiento.

«Aprovechaos de mí en la coyuntura,
de mí (cual capitán) que uséis os ruego,
que aquesta diestra por la suerte dura
el camino abrirá con sangre y fuego.
Defendiéndoos, morir tendré a ventura:
mirad cómo al contrario el pecho entrego,
que aquesta es prueba, amigos, conocida,
de estimar vuestra causa y no mi vida.»

Dijo, y las prestas plantas revolviendo,
por medio rompe de la turba espesa.
Una lanza, señor, lisa blandiendo,
de pedernal los cabos, larga y gruesa,
a la española estancia va corriendo,
y con diestra fortísima, no aviesa,
la arroja por los aires, rechinando,
dentro del patio, la pared salvando.

Esta al fuerte Toyúx tocó en el pecho,
tlaxcallano mancebo corpulento,
y no siendo tres pieles de provecho,
el oculta pulmón buscó en su asiento.
En él se engasta, aunque en lugar estrecho,
el penetrante pedernal violento,
sacando de la parte más briosa
del cuerpo el alma roja y sanguinosa.

Tras ésta, en la carrera reparando,
despide otra fornida y tiesa lanza,
atrás el diestro brazo derribando,
con la cual al cholollo Otoxto alcanza.
Fija en el pecho la quedó temblando,
por cuyo ancho postigo el alma lanza,
con la memoria, en el postrer gemido,
de la cara consorte y patrio nido.

Otra lanza tras ésta tira, y tira
otra que casi alcanza a la primera;
tras estas dos, con pecho ardiendo en ira,
otra despide con pujanza entera,
con que del puesto al español retira,
temiendo su dañosa diestra fiera.
Tras éstas otras tres el indio arroja,
que el fuerte brazo de su ser no afloja.

Como cuando pastor, con presta mano,
con honda impele piedras presurosas
opuesto al bravo toro, que en el llano
con frescas bascas le embistió celosas,
de esta suerte el soberbio mejicano
despide copia de astas peligrosas,
en los campos de Méjico cortadas
de las hayas sombrías y copadas.

Este era Cuerlabác, joven valiente,
sagaz, experto, astuto, reportado,
de grave rostro y espaciosa frente,
corpulento y de miembros bien formado:
de Aculhúa y su casa descendiente,
de Moctezuma con razón amado,
condigna (cual le tuvo) su persona
de un espacioso reino y su corona.

Tras él parten los bárbaros furiosos
sin orden, en copiosos escuadrones,
y en confusos tropeles presurosos
corren de armadas gentes mil montones;
en las calles y pasos anchurosos
aun apenas asientan los talones,
que el aprieto era tal que quien tocaba
del pie la punta al suelo, ufano estaba.

No el helado granizo con ruído
(en la región del aire congelado,
por el frígido viento endurecido,
la nube habiendo en agua desatado)
tan espeso jamás bajar se vido
como del fiero Bárbaro indignado
bajaban, de las torres y terrados,
de piedras a la casa los nublados.

Por mil partes con furia el fuerte embisten
entrarle abiertamente pretendiendo;
los españoles su furor resisten,
varias suertes de tiros despidiendo.
A sus estancias con valor asisten,
mortales golpes dando y recibiendo;
ponen los indios a la casa fuego,
el coraje creciendo y furor ciego.

El grave riesgo vuestro abuelo viendo,
y el daño inevitable que aguardaba,
y en la vana defensa conociendo
cuán sin efecto su designio andaba;
la sangre que su gente iba vertiendo,
y cuánto aquello al Bárbaro alentaba,
con nuevo parecer mudó de intento,
con más necesidad que fundamento.

Sale por una puerta y, al instante,
salga otro capitán por otra manda
con dos escuadras, de ánimo constante,
pensando retirar la espesa banda;
mas el gallardo Bárbaro arrogante,
en su injuria aguzando su demanda,
con nuevo brío y ánimo arremete,
sin temer que el temor ya le sujete.

Búscanse los vecinos corazones,

cada cual pretendiendo al otro entrada,
no para concordar en intenciones,
mas para ensangrentar en él su espada.
Nueva esperanza da a sus pretensiones
la diestra más inútil y cansada,
pensando cometido está a su efeto,
del hado riguroso el cruel decreto.

¿Quién os podrá decir cuán en su punto
la rabia fiera y el coraje andaba,
la variedad de heridas que en un punto
aquella y esta espada, señor, daba;
quién cómo el un contrario y otro junto
(faltándole las armas) se rasgaba
con las uñas el uno al otro, y dientes,
narices, ojos, boca, orejas, frente?

Dos veces las espaldas les volvieron
a los pujantes indios victoriosos
los tristes españoles, y cubrieron
sus hombros con escudos vergonzosos,
y otras tantas sobre ellos revolvieron,
sacando fuerza del honor briosos:
cual dos furiosos vientos encontrados,
echando a un cabo y otro los nublados.

Pero al fin fue del Indio la pujanza
tal, y tan grande el brío descompuesto,
tan grande de vencer la confianza
que Megera en sus pechos había puesto,
que el Ibero (perdida la esperanza)
dejó, viendo su muerte, el caro puesto,
y a su estancia se vuelve mal herido,
del orgulloso Bárbaro seguido.

Tanto aquesto esforzó la batería,
y de los tiros el rigor fue tanto,
tanta la confusión y vocería,
picando el muro de uno y otro canto,
tal el fuego y granizo que caía
de las casas y torres, que mi canto
no lo podrá explicar ni humana lengua
sin que, como la mía, caiga en mengua.

Con gran esfuerzo el Español se muestra,
pero no puede tanto ni es posible,

que al fin dio de mortal forzosa muestra
a poco espacio del combate horrible.
Viendo Cortés su suerte cruel, siniestra,
donde excusar la muerte era imposible,
tanta muerta y herida de su gente,
trazó lo que en el canto oiréis siguiente.

CANTO XXIV

La muerte del rey Moctezuma y ceremoniáticas obsequias que los mejicanos le hicieron. El razonamiento del viejo Guacano. El nombramiento y coronación del nuevo rey Cuetlabac. Los recios combates que los indios dieron al fuerte de los españoles. La resolución de Cortés de desamparar la ciudad de Méjico. La sangrienta y lamentable retirada que de ella hizo.

Nunca debe temerse el mal suceso
más que cuando Fortuna nos halaga,
pues del que levantó con más exceso,
con un solo vaivén mejor se paga,
y aquel a quien persigue el hado avieso,
con su suerte no tal se satisfaga,
pues quien nada le dio, nada le quita
ni a caer de a de está le necesita.

¿Cuándo vimos estado en su pujanza
tú reino en paz sabrosa poseído
que, con declinaciones y mudanza,
no haya gran parte de su ser perdido?
No la seguridad, señor, se alcanza
por estar en su punto lo adquirido,
antes había de ser su vista odiosa,
porque con él declina cada cosa.

Bien como cuando el sol sale de oriente
y en la mitad del cielo se levanta,
hiriendo por cenit la humana gente,
cercando en corta sombra a toda planta,
que hasta su medio curso vehemente
puede subir, y a más no se adelanta,
desde el cual declinando al mar se arroja,
donde sus hebras encrespadas moja:

De esta suerte la cosa más subida
viene desde su punto declinando:
la salud, el contento y corta vida

que tiene (como humano en fin) su cuándo.
Tema el más levantado la caída
que aquella que en su daño al hombre cando,
y no hay cosa más cierta, aunque se tarda,
que aquella que en su daño al hombre aguarda.

Que no amenaza al pobre la trompeta,
la caja, ni de Marte el duro estruendo,
la vocería de la plebe inquieta,
sangrientas novedades pretendiendo,
ni es el juntar riquezas vida quieta
que va a la desventura fin poniendo:
antes quien sus efectos bien alcanza,
trueco de estado la llamó y mudanza.

Pudo hablar Moctezuma de experiencia,
como deudor de la Fortuna instable,
a quien en el fervor de su potencia
embistió, con vaivén irreparable,
cuando en serena paz, sin diferencia,
reinaba con pujanza incontrastable,
habiendo yugo vergonzoso puesto,
del Occidente al cuello más enhiesto.

Pidió Cortés al rey con blando ruego
(visto su aprieto) que su faz mostrando
mandase suspender el furor ciego,
del combate el efecto dilatando.
Puso en ejecución su intento luego,
y esto desde un terrado procurando:
tantas piedras los indios arrojaron
que una en la sien, sin verle, le engastaron.

Voló la fama y a los indios llega,
con presta voz y lastimoso acento,
de Moctezuma la llorosa nueva,
y de su cara vida el fin sangriento;
con que el coraje al Indio se renueva,
haciéndole mayor el sentimiento:
que el sangriento deseo de venganza
colmaba sus intentos de esperanza.

Mas de la muerte de su rey cuidadosos,
el lastimoso extremo llegó a tanto
que (con ansias y afectos fervorosos)
bajan las armas, abrazando el llanto.

Cuatro caciques de los más famosos
sacan su cuerpo, envuelto en negro manto:
repose el Español en tanto ahora,
que Méjico a su rey sepulta y llora.

Desisten por entonces del combate,
pero no de su intento vengativo:
teme, Ibero, tu pérdida y remate,
que te amenaza el hado ejecutivo;
pide el castigo tu Hacedor dilate,
de ti ofendido y de tu celo altivo;
alza plegarias con fervor al Cielo,
que tus umbrales pisa el desconsuelo.

No le conoces, mísero, hasta cuando
tome aposento en tu culpado pecho
y hasta que en él se vaya apoderando,
y te haya puesto en lamentable estrecho:
entonces gemirás y entonces, dando
un suspiro y cien mil a tu despecho,
al Autor llamarás de lo criado,
no voluntariamente, mas forzado.

Que todos fuesen malos no es creíble
los españoles, ni decirse puede,
que eran de ellos de intento corregible
y es justo el tal en su opinión se quede.
Eran otros de término terrible
y recio natural, cual se concede
en propiedad a la robusta encina,
que a fuego o hierro su dureza inclina.

Digo, pues, que los indios fervorosos,
en venganza y exequias diligentes,
los cercos estrechando victoriosos,
fosos abriendo y quebrantando puentes,
formaron tres ejércitos copiosos
de bárbaros gallardos florecientes,
no para que el combate prosiguiesen,
mas porque los cercados no se fuesen.

Luego a sus dioses vanos cobijaron
(un llanto envueltas las horribles caras)
con máscaras diversas, do pintaron
al ángel ambicioso en formas raras.
Sangre humana sin número aprestaron

que derramar en sus sedientas aras;
convocaron los caciques y señores
ausentes, de su mal no sabedores.

Tienden el cuerpo en una varia estera,
vélanle cuatro noches siempre en llanto
celebrando, con ansia lastimera,
hechos que con razón pudieron tanto.
Báñanle todo, cual si vivo fuera,
y, llamándole rey valiente y santo,
de la parte más alta del cabello
una guedeja le cortaron dello.

Aquélla acostumbraban por memoria
de sus reyes tener, diciendo en ella
les era, de su ánima, notoria
recordación feliz con poseella.
Esta les daba vituperio o gloria
de su vida, según que usaron de ella
y, con mostrarla, al fuerte celebraban
y, al tímido y cobarde baldonaban.

Una fina esmeralda le metieron
en la boca a su rey los mejicanos,
y, en diecisiete mantas le envolvieron
(tejidas con primor de raras manos)
que con vivos colores descubrieron
en el blando algodón sus dioses vanos.
Pusieronle una máscara pintada,
de mil estigios monstruos variada.

Con mil preciosas piedras le adornaron,
perlas inestimables, joyas bellas,
y un esclavo tras esto degollaron,
rociando con su sangre las estrellas.
Al templo con aplauso caminaron,
con llanto hiriendo el cielo y con querellas;
otros, cantando en desigual conuento,
forma diversa entre ellos de lamento.

Tremolaban delante mil banderas
(en sangrientas batallas adquiridas)
de gentes naturales y extranjeras,
por el monarca bárbaro abatidas.
Llevaban de otras armas mil maneras,
en guerras mil por su valor rendidas,

lanzas, flechas, sargentas, dardos, mazas,
rodelas, cascos, grebas y corazas.

Habiendo, pues, el cuerpo recibido
con procesión el sacerdote vano,
y, con tono funesto precedido
un cruel, supersticioso ruego insano,
de Vulcano a la furia fue ofrecido
(avivada con pronta y franca mano)
con las armas y joyas referidas,
sólo al rey preeminencias concedidas.

Atravesaron de una flecha alada
el pescuezo de un negro y grueso perro
para que al rey guiase en su jornada,
en semejantes actos común yerro.
Fue de él también la llama apoderada,
formando en alto de humo un yerto cerro,
quedando en un instante consumido
y con el rey en polvos convertido.

Doscientos hombres al altar trajeron,
con cuyos palpitantes corazones
llueva materia y fuerza al fuego dieron,
usando de otras mil supersticiones:
el templo de viandas proveyeron,
funerales, precisas oblaciones;
sembráronle también de flores varias
cosas en tales actos ordinarias.

Las cenizas del muerto rey juntaron,
los dientes y esmeralda referida,
la guedeja también que le cortaron,
con otra más pequeña, retorcida,
que con gran regocijo le quitaron
cuando al mundo mostró su faz perdida:
todo lo cual en una tumba bella
encerraron, luciente cual estrella.

Estaba toda, por de dentro y fuera,
de mil horribles formas variada,
sacadas con primor de la más fiera
por el ángel soberbio frecuentada.
Pusieron una estatua de madera
sobre la rica tumba levantada:
trasunto al vivo de su rey querido,

con sus armas, insignias y vestido.

Sangre humana sin cuenta derramaron,
las lloradas exequias prosiguiendo;
gran copia de almas al Erebo echaron,
los documentos de Luzbel siguiendo.
Si las supersticiones de que usaron
os fuera por extenso refiriendo,
fuera bien menester vena copiosa,
mas trataré, que es tiempo, de otra cosa.

Ya el Bárbaro, bramando por venganza,
culpa la dilación que se la impide
y con viva, sangrienta confianza
en altas voces fuego y armas pide.
Vibra fogoso Cuetlabác su lanza,
mas el viejo Guacán la voz despide
diciendo: «Gran Senado belicoso,
del hado perseguido ignominioso,

«¿Con qué resolución o fundamento
alzas de nuevo la pujante diestra?
¿Qué cabeza o qué rey, en tu ardimiento,
tu justa causa al Mejicano muestra?
¿Qué estandarte real tremola al viento
a quien pueda seguir la gente nuestra?
No acometas sin darnos rey primero
a quien obedezcamos, te requiero.

«Porque una vez la guerra comenzada,
sin haber a quien todos respetemos,
será una confusión desacordada
a quien más que a Cortés temer debemos:
y pues mi edad madura, ya cansada,
de aquesta pretensión tan lejos vemos
(de que en mi juventud no desistiera),
bien verás que ambición nada me altera.

«Y así, sin ella y sin pasión ninguna,
a más se extenderá mi acuerdo sano,
el cual si admites, por sin duda alguna
tengo que la victoria está en la mano.
Si a alguno mi razón fuere importuna,
por proferirse en parecer tan llano,
perdón le pido, pues mi sano pecho
encaminado va al común provecho.

«Bien sabéis Cuetlabác (que está presente)
el derecho que tiene a la corona,
por ser de Moctezuma tan pariente
y, por el gran valor de su persona.
Este es el sucesor más conveniente
de monarquía tal, por quien entona
la Fama un canto singular celeste:
votad vosotros, que mi voto es éste.»

Oyese aquí y allí un murmurio inquieto,
el maduro consejo comprobando:
«Cuetlabác nos conviene sea el eieto»
(dicen, la voz conforme levantando)
«¡Viva el gran Cuetlabác, cuyo conceto
va nuestro ser antiguo recobrando!
¡Ciña sus dignas sienes la corona
y gócela mil siglos su persona!»

Los reyes y caciques, tras aquesto,
con presuroso paso le cercaron,
a quien los dos, con término modesto,
del hábito de Marte despojaron
y, en vivas carnes con presteza puesto,
al ídolo mayor le presentaron,
arrodillado en oración ferviente,
besando el suelo la ignorante gente.

Después, al fin de mil supersticiones,
del sacerdote fue por rey ungido
con varias ceremonias e invenciones
y finas mantas de algodón vestido,
de huesos de finados a montones,
sembradas con primor jamás oído,
para recordación más por entero
de que era su reinar precedero.

Tras aquesto juró con pecho hirviente
de morir por sus dioses y adorallos,
de ser fuerte en las guerras y valiente,
y de guardar justicia a sus vasallos,
de hacer andar el sol resplandeciente,
llover las nubes, temporales dallos,
correr los ríos, producir la tierra
para los sustentar en paz y en guerra.

Entonces en la diestra una ancha espada
de pedernal y palo le pusieron,
y en la siniestra una bandera alzada
do estigios monstruos parecieron:
vuelta la faz a la del sol dorada,
mostrándole su rey, gracias le dieron
por la nueva merced y beneficio
con promesas de humano sacrificio.

Luego, en voz general, el «¡Bien venido!»
por una y otra parte alegre suena.
Del tumulto plebeyo el alarido,
ciudad, monte, campaña y aire atruena.
En ricas andas de oro fue subido
y, oyendo la apacible enhorabuena,
al suntuoso alcázar fue llevado,
do apenas allegó, cuando fue armado.

Repárate, Español, que el brazo fuerte
del nuevo rey brioso te amenaza
no menos que con fuego, sangre y muerte,
do varias formas de venganzas traza:
¡Quién pudiera evitar la adversa suerte
que tu cercana perdición aplaza!
No se dirá por ti que son las cosas
que al hombre espantan más que las dañosas.

Hallábase el Ibero cuidadoso,
aunque con diligencia reparado,
más que jamás confuso, receloso,
con sed, hambre y heridas apretado,
pero Cortés, con pecho valeroso,
el trance facilita más pesado,
ánimo grande en el peligro muestra
bien que teme la suerte cruel, siniestra.

Ya el nuevo rey, con nuevas pretensiones,
el soberbio palacio desampara,
y cercado de gruesos escuadrones
el fuerte embiste con audacia rara.
Pica los reforzados paredones
y con fuertes cubiertas se repara;
comienzan de las torres y tejados
a despedir de tiros mil nublados.

Era tanta la furia, tal la prisa,

el alarido tal, la vocería,
de piedras, lanzas tal la lluvia espesa,
por todas partes tal la batería,
tanta la gente que acudió a la empresa,
tal del sangriento Marte la armonía
que parecía el caos desacordado,
a su primera confusión tornado.

Atónito, el Ibero a la defensa
por ésta acude y por aquella parte,
impedir el picar los muros piensa,
ya del valor usando, ya del arte,
pero lugar no elige sin ofensa
ni donde no le aflija el crudo Marte:
si de abajo estorbar procura el daño,
recíbelo de arriba más extraño.

Cortés el duro estrecho conociendo
y viéndose (cual todos) mal herido,
señas de paz al Bárbaro haciendo,
treguas pide, moviéndose a partido:
cuyo designio el nuevo rey (habiendo
con arrogantes muestras entendido)
en nueva saña ardiendo echó por alto,
de nuevo provocado al duro asalto.

Con tal coraje se avivó el combate,
del Indio por mil partes refrescado,
que no hay del Español quien se recate,
tan sin vigor estaba y destrozado:
no hay quien de su ruina y mal no trate
ni quien sin ver su muerte esté vengado:
y si la luz del mundo no huyera,
el Indio sus intentos consiguiera.

Viendo el aprieto y la fatiga viendo,
y que era el conservarse ya imposible,
a los suyos Cortés fue recogiendo
con término halagüeño y apacible.
Lamento duro en lo interior haciendo
con un suspiro y otro más terrible,
y encubriendo el dolor con entereza,
a consolarlos de esta suerte empieza:

-«Oh compañeros, cuyos altos hechos
a los mayores con razón exceden

(de quien podéis estar bien satisfechos,
que cantarse con trompa heroica pueden,
pues con nombre inmortal y ardientes pechos
hacéis que los famosos sin él queden),
en esta adversidad tened paciencia,
pues sin ella el valor no es excelencia.

«Bien veis el duro golpe irreparable
con que nuestra maldad castiga el Cielo;
nuestra mortal ruína inevitable,
llena de lamentable desconsuelo;
el estado abatido, miserable,
en que nos tiene nuestro vano celo,
de mil viciosos tratos ocupado,
debiendo ir sólo a Dios encaminado.

«Conviene pues, aquesto conociendo,
que las viejas costumbres reformemos,
no con el bien aquél desconociendo
por quien la vida y ser (cual veis) tenemos:
y para efecto tal es bien, entiendo,
que por ahora la ciudad dejemos,
saliendo todos de ella peregrinos,
de tanto bien por nuestra culpa indinos.

«Hasta que llegue el tiempo venturoso
en que el perfecto Autor de todo quiera
que su sagrado culto misterioso
fije esta diestra en el lugar que espera;
y en tanto al Tlaxcalteca belicoso,
que amistad nos ofrece verdadera,
irnos, amigos, si queréis, podremos,
de adonde a la conquista fin pondremos.»

Todos el sano acuerdo comprobaron
y a grande diligencia, con secreto,
las cosas necesarias aprestaron,
desamparando, el fuerte con efeto.
Pero, por gran silencio que guardaron,
no pudo ser tan grande que el conceto
que del Hesperio el Indio ya tenía
no publicase una cercana espía.

Un caracol apremia tortüoso,
tras cuyo ronco son la voz levanta:
«¡Que se os va el enemigo sanguinoso,

dice, triunfante y con riqueza tanta!»
Refuerzan aquel grito fervoroso
las prontas centinelas, pero tanta
la diligencia fue con que acudieron
que a tiempo sus designios impidieron.

Vomitan torres, puertas y ventanas
gran copia de lucientes luminarias,
formando aquí y allí mil formas vanas,
entre el horror confuso y sombras varias:
oprobios y amenazas inhumanas,
bravatas fanfarronas, temerarias,
despide el pueblo idólatra ofendido
contra el Ibero, entre el marcial ruido.

Llega la nueva donde el rey valiente
no en blando lecho estaba recostado
(cuya inútil torpeza infamemente
ha la virtud del mundo desterrado)
mas dando nueva traza conveniente
para, en habiendo Delio el mar dejado,
batir pujante el fuerte, sin dejarle,
hasta con los cimientos allanarle.

Era esta hora cuando al medio curso
la que al Terror parió llegado había,
la cual de espesas nieblas gran concurso
(más que jamás cerradas) ofrecía:
bastantes a impedir cualquier discurso
que nacer en las señales se podía,
con que al Ibero amenazaba el hado,
del todo en daño suyo declarado.

Hínchese de prodigios todo el cielo
y los aires de monstruos espantosos
que del tartáreo reino sin consuelo
Plutón vació los senos cavernosos:
arroja un torbellino y otro el suelo
con ciegos remolinos polvorosos;
carga Megera de terror y espanto
el suelo, el aire y el nocturno manto.

Por esta confusión los escuadrones
del nuevo rey furiosos se abalanzan,
y al discorde tronar de varios sonos,
espesas nubes de astas fieros lanzan:

aquí y allí discurren mil montones
de gente y al Ibero en breve alcanzan,
que un levadizo puente armado
un ojo había del piélagos pasado.

Pero, queriendo en el segundo echarle,
fue tan recia la carga que le dieron
(pretendiendo los pasos atajarle)
que con la muerte muchos lo impidieron.
Cortés, viendo a su gente ya faltarle
ánimo (de que muchos muestras dieron),
con veinte amigos fervoroso aguija
y en el ojo segundo el puente fija.

Y por dificultades mil rompiendo
con cinco de a caballo y cien peones,
el agua con los pechos dividiendo
a pesar de los indios escuadrones
(perdido el puente de madera habiendo)
puso en la tierra firme los talones,
donde dejó a los ciento y, por caudillo,
al fuerte y valeroso Jaramillo.

Volvió por los demás con diligencia,
con los cinco caballos fatigados,
mas por presto que vieron su presencia
halló muchos al sueño eterno dados,
con una temerosa resistencia
de oro, fardaje y tiros despojados:
que el valeroso Quatimox había
dádoles carga, con audaz porfía.

Era un cacique aqueste belicoso,
del nuevo rey pariente y del pasado,
de tanta autoridad, tan valeroso
que (cuando el cetro a Cuetlabác fue dado)
hubo bien más de un ánimo dudoso
(aunque en contradecir no declarado
del maduro Guacano el nombramiento)
que de darle su voto tuvo intento.

Fue sangriento cuchillo de cristianos
(como ya cantará la musa mía),
a quien por general de mejicanos
el valeroso rey nombrado había.
Hizo estragos sangrientos, inhumanos

con admirable traza y osadía,
y en el horror de aquesta noche ciega
de ibera sangre la calzada riega.

Por otra parte Cuetlabác discurre,
la opinión adquirida acrecentando,
y a lo dificultoso fiero ocurre,
cual onza suelta aquí y allí saltando.
Más ofendiendo cuanto más concurre,
la aflicta gente del crismado bando
corta, magulla, abate, hiere, mata
y todo lo atropella y desbarata.

No con ímpetu tal corriente airada,
rota la presa y trabazón nudosa,
de los húmedos Euros esforzada,
corre tan vehemente ni furiosa
cuando (con hinchazón arrebatada)
no deja en la campaña enhiesta cosa,
como el gallardo Bárbaro alentado,
en la española sangre ya cebado.

Corre Cortés a aquella y esta parte
haciendo en el contrario estrago duro.
Allí provee con industria y arte,
acullá mil envía al reino oscuro,
mas es tanta la prisa en toda parte
que no hay lugar vacío ni seguro:
si en dar la muerte a cuatro se detiene,
a ocupar su lugar un millar viene.

El llanto, confusión y vocería,
y del sangriento Marte el son terrible,
la ciudad por mil partes confundía,
la ciega noche haciendo más horrible.
Querer contar la gente que ocurría
será intentar en vano lo imposible,
que el suelo parecía que a montones
brotaba los espesos escuadrones.

Todo es muerte, horror, congoja, espanto,
dura fatiga y áspero lamento
cuanto ofrece el nocturno, oscuro manto,
dando en vez de rocío humor sangriento.
Megera, alegre de destrozo tanto,
de nuevo inflama al rey con vivo aliento:

vibra el ramal de sierpes, gime, brama
y, cruel veneno aquí y allí derrama.

El famoso Alvarado, en ira ardiendo,
por el confuso horror y noche ciega
va con propicio Marte discurriendo,
do mil gargantas corajoso siega:
lagos de sangre bárbara vertiendo,
el agua tiñe y la calzada riega
de muchos, cuyos nombres ha escondido
en su insaciable seno el mudo olvido.

Sandoval, Martín López, León, Quiñones,
de aquel tropel furioso a mil dan muerte,
Rieros, Santacruz, Leyva, Briones,
Terrazas, Aguilar y Villafuerte;
Ávila a los copiosos escuadrones
hace notoria su propia suerte
con duros golpes y sangriento estrago,
acompañado de Matienzo y Lago.

Godoy, Soto, Alanís, Mora, Quintero,
Villapadierna, Aponte, Magariño,
Pantoja, Hurtado, Salas y Ribero,
Lasso, Trigueros y Domingo Niño,
Mudarra, Olvera, Asián, Salís, Romero,
Villalobos, Acedo, Olguín, Triviño,
Benavides, Contreras, Anguiano,
Angulo, Torquemada, Orduña, Cano:

Al ímpetu de aquel tropel furioso
opuestos con valor incomparable,
hacen estrago fiero sanguinoso,
mas es el duro golpe irreparable.
Por otra parte Nájera y Moscoso,
Cansino, Ponce, Ortega memorable
prueba de su valor hacen entera,
de Montaña ayudados, y Ribera.

Vargas, Sotelo, Castro, Ayllón, Quixada,
Cindos, Serna, Granado, Nieto, Ojeda,
Galdámez, Salvatierra, Torquemada,
Román, Cornejo, Bravo, Castañeda,
Balbas, Trujillo, Yáñez, Pardo, Estrada,
Tabira, Olvera, Añaya, Ruiz, Pereda,
Villafaña, Arriaga, Ordás, Calero,

Motrico, Porras, Cáceres, Ribero:

Cada cual de éstos a sus pies tenía
de hirviente sangre un lago caudaloso,
y cada cual el peso sostenía
del desigual combate riguroso.
El Indio amigo, por su parte, hacía
su deber con esfuerzo monstruoso,
pero no pueden tanto ni es posible,
que es el trance asperísimo y terrible.

Renuévase el coraje, el daño crece
en contra ya del pueblo bautizado,
cuyas débiles fuerzas enflaquece
el cruel tesón del Bárbaro alentado:
de veinte en veinte al sueño eterno ofrece
españoles, por éste y aquel lado,
en la laguna de ellos sumergidos,
de ellos con duros golpes abatidos.

Muchos huyendo al fuerte se tornaban
por entre aquellas sombras tenebrosas,
y aquí y allí, sin tiento, errando andaban,
mil ansias esparciendo lastimosas,
y en una selva y otra de astas daban
donde, con duras bascas sanguinosas,
era aquel breve término cumplido,
por su perfecto Autor constituído.

Viendo Cortés el lamentable estrago,
la inevitable muerte al ojo viendo,
de sangre aquí y allí un copioso lago,
la gente que por puntos va perdiendo,
llamando al hado mísero, aciago,
la poca y mal herida recogiendo
que le quedaba, con audaz presteza
la retirada lamentable empieza.

Apenas las espaldas les mostraron
cuando, con vivos y altos alaridos,
los bárbaros los aires asordaron,
la victoria cantando embravecidos.
El rigor vencedor ejecutaron
en los crismados míseros vencidos;
siguen el duro alcance sanguinoso
por el horror confuso, tenebroso.

En montones de cuerpos tropezando
de la caída gente bautizada,
y en arroyos de sangre resbalando,
no satisfecha su sedienta espada,
va el victorioso Antípoda regando
(de la poca que huye desmandada)
por una y otra parte el blando suelo,
con grato Marte y con benigno Cielo.

Nota Alvarado el temerario intento
que en resistir tal ímpetu seguía,
y haciendo en lo interior tierno lamento,
la faz al fiero Antípoda volvía.
Difícilmente y con rigor sangriento
rompió la embarazosa, estrecha vía
hasta llegar al puente postrimero,
do se le ofrece un nuevo trance fiero.

Roto estaba el pontón de parte a parte
y patente la honda y gran laguna,
pareciendo imposible a la otra parte,
sin alas, el pasar criatura alguna:
mas como en los aprietos suele el arte
ofrecer la salud do no hay ninguna,
fijó en el suelo el cuento de la lanza
y sobre ella en el aire se abalanza.

Atravesó, cual pájaro alentado,
de la una a la otra banda el ancho trecho
el bríoso español, de que admirado
quedó el Indio, notando el raro hecho:
sin lo cual escapar fuera excusado
de aquel trance mortífero y estrecho,
causa por donde muchos perecieron
que la difícil prueba acometieron.

Las lástimas, las voces, el lamento
del pueblo ungido con el olio santo
que (penando en el líquido elemento)
se acrecentaba por momentos tanto,
turbando la región del vago viento,
henchía el suelo de confuso espanto,
mezclado con los ásperos gemidos
de los pisados míseros heridos.

El rojo humor sanguino, asaz copioso,
ya las cerúleas ondas rojas vuelve:
allí se ve el que afana más ansioso,
cómo a beber su propia sangre vuelve,
y aquello que le hizo vigoroso,
cómo el nudo estrechísimo disuelve
entre el velo mortal y el alma bella,
efecto duro de su dura estrella.

Con gran dificultad al fin salieron
pocos de la ciudad, bien destrozados,
y en tierra los fogosos pies pusieron,
do quedó Jaramillo y sus soldados.
Por las fortunas que despues corrieron,
de lo adverso y lo próspero forzados,
adelante sabréis, que ya me siento
necesitado de vigor y aliento.

CANTO XXV

El milagroso y victorioso suceso que los españoles tuvieron en lo más estrecho de su lamentable retirada en los campos de Otumpam [Otumba] por el alto valor de Cortés. La sangrienta huida de los mejicanos y amigable acogida que a los españoles hicieron en Tlaxcallán [Tlaxcala]. El razonamiento que hizo Cortés a sus españoles, animándolos, y el que hizo el rey de Méjico a sus ahuyentados escuadrones.

Principio de salud gozosa, entera,
es el conocimiento del pecado,
de a do nace la enmienda verdadera
y el castigar su culpa el más errado:
éste suspende el golpe que se espera
del brazo omnipotente levantado,
con que el justo castigo se convierte
en apacible estado y diestra fuerte.

Culpando va el Ibero miserable
su errada vida, de imprudencias llena,
codiciosa, imperfecta, variable,
con que humillado ya su error condena
de haber a su Hacedor incomparable
así ofendido con ansiosa pena:
llora, gime, suspira, ruega, clama
y a la Virgen con pecho hirviente llama.

De esta suerte, con paso fatigoso,

del victorioso Antípoda seguido,
llegó a un corto cerrillo pedregoso
cuando había nueva luz Delio ofrecido,
habiendo del contrario sanguinoso
gran daño con oprobios recibido:
que siempre el miedo y el vivir culpado,
es del ufano vencedor juzgado.

Aquí un antiguo templo y torre había
do las perdidas vidas restauraron,
y de la espesa turba, que ocurría
con sangriento furor, se repararon,
de a do, con varios tiros, la osadía
del orgulloso Bárbaro templaron:
plantan de Carlos la señal enhiesta,
guardando el fuerte y pedregosa cuesta.

Sucedió al claro día el ciego velo
nocturno, envuelto en confusión y espanto,
mas no mejora del Ungido el duelo,
que está hambriento y de morir a canto.
El general de Cristo, el desconsuelo
viendo y la confusión, destrozo y llanto,
a la oración postrado se dispuso,
de él frecuentada por costumbre y uso.

«Perfecto, Hacedor de toda cosa,
dice, en cuya copiosa confianza
contra esta turba idólatra, orgullosa,
alcé estandarte y empuñé la lanza,
mira con faz benigna y piadosa
cómo del bautizado pueblo alcanza
el monstruo estigio próspera victoria,
de que atribuye a su poder la gloria.

«Suspende del castigo el justo efecto
contra este pueblo mísero y errado,
que con amargo llanto y tierno afecto
su proceder condena mal mirado.»
No llegó tarde arriba el ruego acepto
que, cual volante pájaro alentado,
las nubes penetró e hirió el oído
del padre omnipotente enternecido.

Vuelve al Ibero los piadosos ojos
y, condolido de su triste suerte,

dice: «Acábense ya tantos enojos,
pues el amado pueblo se convierte.
Deje Satán del Indio los despojos;
deshágase, que es tiempo, el lazo fuerte
y la ciega tiniebla que ocupada
tiene la vista de esta gente errada.

«Suban a los asientos eternos
que perdió la ambiciosa inobediencia,
y en las partes se extiendan occidentales
mi inexplicable ser y providencia.»
Dijo, y las bellas luces celestiales,
varios visos haciendo y diferencia,
al mover la cabeza el Padre eterno
temblaron, y el profundo, oscuro Averno.

Sella las luces del cristiano Marte
un blando, breve sueño al improviso
en el cual ve a Miguel, que a toda parte
borda el templo con luz del paraíso:
«Esfuerza, oh gran varón (dice), que a darte
vengo esperanzas del Señor, y aviso
para que tus intentos se consigan,
a quien tus tiernas lágrimas obligan.

«Aunque no has procedido cual debieras
(ni tus inadvertidos militantes),
si los ciegos discursos consideras,
de lo que Dios dispone tan distantes.
Mas pues conocimiento tan de veras
de vuestras vidas alcanzáis, errantes,
a los jueces por el Cielo electos
manifestad contritos sus defectos:

«Poniendo a la ambición y a la codicia
de hoy más (con gran constancia) un freno duro,
dando al Cielo postrados su primicia,
camino de salud cierto y seguro.
Desterrarás con esto la malicia
armada contra ti del reino oscuro,
y procediendo, capitán, de esta arte
quiere el Señor que sigas su estandarte.

«Que en lo pasada edad, y en la presente,
y en la futura, a muchos dar pudiera
este cargo el Señor, tan eminente,

que en su nombre arbolaron su bandera.
Esto debe obligarte sumamente,
si su grandeza bien se considera:
que a ti solo en el mundo te eligiese
para que a éste sin ley la suya diese.

«Con tu compañia a Tlaxcallán camina,
bien que en Otumpam el Señor ordena
(por sana y conveniente medicina)
llevéis de graves culpas leve pena:
que en esto el justo azote y la ruina
quiere que se convierta, [a] que os condena;
pero saldrás al cabo victorioso
para dar a tu intento fin glorioso.»

Despareció con esto el joven santo
y, por el aire, puro se levanta.
Cortés despierta, con alivio tanto
que, en contrición humilde, se adelanta
y (con nueva esperanza) del quebranto
con que el monstruo infernal su mente espanta
sale, turbado ya con mil temores,
de que al Cielo Cortés da nuevos loores.

Luego, con prevenida y pronta mente,
a los pies se arrojó de un religioso,
y con faz vergonzosa y pecho hirviente
sus culpas descubrió contrito, ansioso.
El celestial ministro sabiamente
le reprehende, y, con rigor piadoso,
y le absuelve con fácil penitencia,
aplicando el remedio a la dolencia.

Al punto le imitó la fiel compañia
y todos de sus culpas se limpiaron;
con humildad y contrición extraña
la enmienda de la vida protestaron.
Mas huyendo del Bárbaro y su saña,
del templo a media noche se ausentaron,
al cual (ya libres del temido asedio)
la Virgen, le llamaron, del Remedio.

Después de mil reencuentros sanguinosos,
del orgulloso Bárbaro seguidos,
a los campos llegaron espaciosos
de Otumpam destrozados y heridos.

Querer contar los trances peligrosos
en este breve espacio sucedidos,
la hambre, sed, fatiga fuera cosa
no para deleitar, más enfadosa.

Pues de mí os sé decir que ya me siento
de rigor enfadado y de aspereza
y que me faltan términos y aliento
para decir de tantos la fiereza:
que pensar de escribir es vano intento
de tantas manos juntas la destreza,
la variedad de suertes, las heridas
dadas en un instante y recibidas.

Bien quisiera algún tanto recrearme
cogiendo algunas flores deleitosas,
sin al rigor furioso siempre darme
de las veras marciales sanguinosas:
mas el sujeto no es para dejarme
con mente y pluma ni un momento ociosas,
que en mis ocupaciones me vocea
a que su obligación no sobresea.

Y aunque de mil precisas rodeado,
entre papeles a mi rey sirviendo,
de una y otra jamás desocupado,
con ésta, aunque a mi costa, voy cumpliendo,
aun del común reposo no escudado
(que la vida conserva) desistiendo,
bien arrepiso ya de esta promesa,
no viendo, como joven, cuánto pesa.

Digo que el nuevo rey, bravo, orgulloso,
habiendo la victoria ya cantado,
despreciando al Ibero temeroso,
por su postrero día aquél juzgado,
dejando el duro alcance sanguinoso,
a la fuerte ciudad se había tornado
pareciéndole ya ser imposible
ni uno escapar de trance tan terrible.

Fue tal la multitud de armada gente
que se juntó en los campos otumpanos,
el alcance siguiendo diligente,
con pies fogosos y sangrientas manos,
tal la hambre, fatiga y sed ardiente

en que estaban los míseros cristianos,
que fue aquél por el término tenido,
por su perfecto Autor constituído.

Cercados por aquella y esta parte,
los pasos y caminos ya atajados,
faltos de fuerza, sin industria ni arte,
errando aquí y allí desalentados
por el duro fervor del fiero Marte:
discurrían confusos, desmandados,
sin poder ya mover la débil diestra
para impedir su suerte cruel, siniestra.

Rotas de los caballos las ijadas,
sangre y sudor destilan anhelantes,
del hierro ardiente con fervor labradas,
que no el correr y huir son semejantes:
la yerta crin y orejas levantadas,
las hinchadas narices resonantes,
el bufido, relincho y salto fuerte,
en no se hartar de aliento se convierte.

Mas el fuerte Cortés el daño viendo
(con firmes esperanzas de victoria
por lo que el ángel dijo discurriendo,
cuando alivió en el sueño su memoria),
rienda, estribos y lanza previniendo,
parte a ganar de un golpe eterna gloria:
rompe por los espesos escuadrones
con diestra fuerte y ágiles talones.

Aquí hierre, destroza, allí derriba,
acullá descompone y desbarata,
mata a Tlaxgón, que con soberbia altiva
de haber muerto españoles seis se jacta:
tras éste sobre Ataxio y Mixto arriba,
a quien con tal rigor de paso trata
que, en su caliente sangre resbalando,
con Atropos los deja peleando.

Por una y otra banda el campo deja
de cuerpos sin alientos ocupado,
y a los más resistentes más aqueja,
rompiendo senda por lo más cerrado.
Penetra el pecho del ufano Ixtlexa,
de los del duro alcance el más loado;

también el tuyo rompe, Axtaro fuerte,
haciéndote con Tadio igual en suerte.

Firme en la silla cual robusta encina
en el inculto monte levantada,
a quien el Bóreas cuando más se indina,
ni del cielo la injuria ofende en nada,
iba el cristiano Marte haciendo dina
de fama sin igual su diestra airada:
no los tiros le espantan ni la muerte,
que triunfa de ella con propicia suerte.

Rompiendo cual el Noto impetuoso
cuando las plantas con rigor combate,
el capitán ibero corajoso
montones de hombres a sus pies abate:
pasa adelante y, con vigor brío,
del cansado andaluz la ijada bate,
hasta que dio en la seña deseada,
por el real alférez arbolada.

En cuyo pecho, con pujanza entera,
abrió dos anchas puertas sanguinosas
por donde a la región estigia fiera
huyó el alma entre sombras espantosas:
rueda por tierra la imperial bandera
entre mil esperanzas jactanciosas,
y en medio de la ya cantada gloria,
su ruina lamentan cual notoria.

Aquí se vio en su punto en un instante
el temor en coraje convertido,
y el coraje y orgullo del triunfante
al vil temor del todo sometido:
¡Oh humano discurrir, vano, errante,
con vana presunción desvanecido,
cuán sin fruto en tus cosas te previenes
si grato a tu perfecto Autor no tienes!

¡Quién vio al gallardo Antípoda alentado
felizmente seguir esta victoria,
y al oprimido pueblo bautizado
llorar su suerte mísera, notoria!:
el uno y otro en suertes tan trocado,
vuelta en oprobios la adquirida gloria,
y en gloria ya el oprobio convertido,

y jüez del triunfante el ya vencido.

Deja el sangriento Antípoda el alcance
y la temida faz vuelve al medroso:
admirado el Ungido en este trance,
vuelve sobre él con paso fatigoso,
cuyo coraje a ser (de lance en lance)
vino, de honor forzado, tan fogoso,
que el aliento más flaco y flaca diestra
daba ya victoriosa, ufana muestra.

La tierra, de la ibera sangre roja
húmeda, por aquella y esta parte,
con nuevo humor sanguino se remoja
del que ofrece del Indio el crudo Marte:
que ya confuso y con mortal congoja,
entregado al temor por toda parte,
mide con sueltos pies el ancho llano,
do poco antes cantó victoria ufano.

Hiere los aires el metal sonoro,
del ibérico aliento compelido;
victoria suena el miserable lloro,
en voz triunfante, alegre convertido:
ya el suelo ocupan las estatuas de oro
de aquel monstruo infernal desvanecido;
ya su efigie y banderas tremolantes
se ven holladas de los ya triunfantes.

Ya el suelo ocupan con mortal lamento,
en bautizada sangre resbalando,
los bárbaros sin luz de ciento en ciento,
en los muertos iberos tropezando:
causa en el Español de más aliento,
con que iba su fiereza ejecutando,
provocado a venganza con gemidos
de los que mueren de los pies batidos.

El general de Cristo, que siguiendo
iba el sangriento alcance fervoroso,
del bautizado pueblo conociendo
la sed, la hambre y falta de reposo,
hecho gran daño en el contrario habiendo,
de restaurar el suyo cuidadoso,
el alcance mandó se suspendiese
y que de recoger señal se diese.

Luego que la trompeta obedecida
sembró el decreto por el aire puro,
cesó el alcance y la veloz corrida,
las crudas muertes y el estrago duro:
y ya a naturaleza socorrida,
débil y puesta en punto mal seguro,
junta el pío Cortés su poca gente
y así la anima con amor ferviente:

«Caros amigos, ya el pasado trance
nos muestra que lo más tenemos hecho,
ya la ruina veis y el duro alcance
que ha puesto al Mejicano en tal estrecho.
Resta que cada cual el temor lance
(si temor puede haber en vuestro pecho),
y que victorias tal en mucho estime,
con que otros tales su valor le anime.

«Ya la seña imperial veis abatida
de este monarca bárbaro pujante,
(presagia suerte entre ellos, y temida)
su alférez muerto, de valor constante,
por esta diestra del Señor regida,
parte a mi parecer harto importante
para que fácilmente consigamos
el fructüosa fin a que aspiramos.

«Las armas prevenid y fuertes pechos
(con firmes esperanzas de victoria)
para otros trances no cual éste estrechos,
que otro no queda do adquirir la gloria.
Y ahora, pues estamos satisfechos
del Tlaxcallano y su amistad notoria,
a su ciudad, amigos, caminemos,
do el cansancio y heridas reparemos.

«Pero primero, cual el tiempo ordena,
demos a los amigos sepultura,
cuyas almas ocupan la serena
región celeste, donde no hay tristura,
pues hoy con sangre ilustre y suerte buena
esta patria y aquélla de holgura
con justo celo y con valor compraron
y a la inmortalidad se consagraron.»

Así dice, los ojos de agua llenos,
y luego, con ferviente diligencia,
hace en la tierra abrir profundos senos,
dando el postrer honor, con reverencia,
en los campos otumpanos amenos,
a los amigos cuerpos, la decencia
guardando en todo que le fue posible,
con afecto amoroso y compasible.

Mil gracias dando a la potencia trina
en todo, y por tan alta y gran victoria,
con paso largo a Tlaxcallán camina:
do la antigua nobleza senatoria,
su destrozo sabido y su ruina,
(por alta inspiración obligatoria),
con cincuenta mil hombres en campaña,
iba al socorro con presteza extraña.

El tlaxcalteca general gozoso
en su ciudad al Español admite.
Los heridos curando caricioso,
hace el recelo de Cortés se quite
que al fin, cual retirado temeroso,
no piensa hallar quien su destrozo evite,
pues contra el tal en semejante prueba,
no hay cosa que a dañarle no se atreva.

Pero, ¿de qué, varón por Dios eleto
para tan alta y singular jornada,
temes, me di, si el celestial decreto
rompe por ti la vía más cerrada?
¿No ves que el Tlaxcallano, al Cielo aceto,
tiene la ciega mente ya alumbrada,
y que por el Autor de toda cosa
contigo es su fiereza cariciosa?

¿No ves que el fuerte joven refulgente,
a quien fue la ruina cometida
del ángel comunero inobediente
en aquella batalla tan reñida,
sigue tu justa causa prontamente,
y esta provincia bélica, temida,
reduce a tu amistad (tan sin fatigas)
para que desde allí tu fin consigas?

¿Quién os sabrá decir con el despecho

que el mejicano rey la nueva escucha
del siniestro suceso y duro estrecho,
el fiero estrago y la matanza mucha?
Hierva la ira en el gallardo pecho,
trabando, por mostrarse, ardiente lucha:
brama fogoso por crüel venganza,
del hado blasfemando y su mudanza.

Mas ya pasado el ímpetu primero,
como varón prudente se reporta
para mejor trazar lo venidero,
como quien no ignoraba cuánto importa;
y, serenando el rostro airado, fiero,
sin color (de coraje) al Indio exhorta
diciendo con voz grave estas razones
a los ahuyentados escuadrones:

-«Oh amigos, sin por qué del hado vario
con este duro golpe lastimados
(más fuerte que la diestra del contrario
y que sus duros filos acerados):
no sin misterio el Cielo, aunque adversario
parezca a vuestros fines levantados,
hoy perturbó la ya cantada gloria,
sacándoos de las manos la victoria,

«Para que de una vez triunféis de todos
y de la unión rebelde a mi corona,
que con débiles fuerzas, por mil modos,
abierta guerra contra mí pregona.
Si esta reliquia mísera de godos
(de que jachaste voz gloriosa entona)
en este duro trance se acabara,
en mucho la Fortuna os agraviara.

«Porque la Liga, su destrozo viendo
como fin principal de su esperanza,
fuera las libres armas abatiendo
con humildes excusas y alianza:
así que, su malicia conociendo,
quedaba nuestra injuria sin venganza,
la cual ahora tomaréis entera,
los modos eligiendo y la manera.

«No culpo ya el haber desamparado
los otumpanos campos victoriosos,

pues fuera el no hacerlo haber errado,
según nuestros decretos rigurosos:
que habiendo mi estandarte el duro hado,
(con señales y agüeros prodigiosos)
abatido a los pies de mi contrario,
fue el dejar la batalla necesario:

«Que de otra suerte, si a mi real presencia
viniéades con faz ahuyentada,
dudo en si hacer pudiera resistencia
a los agudos filos de esta espada,
que en vuestro daño, con mortal sentencia,
hiciera su deber como agraviada,
que aquél no estima la afrentosa vida
que al ojo ve la honra oscurecida.»

Dijo, y al punto, con loable traza,
la ciudad y calzadas reedifica,
mientras de Cristo el general enlaza
contra ella la celada, cual publica.
El golpe con que el hado la amenaza,
por más que el nuevo rey la fortifica,
diré, insigne marqués, en la otra parte,
que ya me falta en ésta ingenio y arte.

FIN